

Papeles póstumos  
del Club Pickwick.  
Vol III

---

Charles Dickens

### 39. EN EL CUAL PROCEDE MR. WELLER A EJECUTAR UNA MISIÓN DE AMOR QUE SE LE CONFÍA Y CUYO ÉXITO VERÁ EL QUE LEYERE

Durante todo el día siguiente mantúvose Sam sin perder de vista a Mr. Winkle, completamente resuelto a no dejarle de la mano un solo instante, mientras no recibiera instrucciones concretas del alto manantial. Por muy desagradable que se le hiciera a Mr. Winkle la estrecha vigilancia de Sam, juzgó preferible allanarse a exponerse, por un acto de oposición violenta, a ser conducido a la fuerza, que era el propósito de Mr. Weller, según le insinuara con energía inapelable. Y no puede dudarse de que Sam se hubiera apresurado a calmar sus escrúpulos, llevándose a Bath a Mr. Winkle atado de pies y manos, de no haber Mr. Pickwick, prestando atención diligente a la carta que Dowler se encargara de entregar, evitado tan sumario y extremo procedimiento. En una palabra: que a las ocho de la noche se presentó Mr. Pickwick

en el café de El Arbusto y dijo a Sam, con cara sonriente, lo cual hubo de tranquilizarle, que había procedido admirablemente y que era ya innecesario prolongar la guardia.

—He creído mejor venir yo mismo —dijo Mr. Pickwick, dirigiéndose a Mr. Winkle, en tanto que Sam le despojaba de su gran abrigo y de su bufanda de viaje— para cerciorarme, antes de dar mi consentimiento para que Sam intervenga en el asunto, de que son completamente serios y formales los sentimientos de usted en relación con esa señorita.

—¡Serios; salen de mi corazón... de mi alma! —respondió Mr. Winkle con gran energía.

—No olvide usted, Winkle —dijo Mr. Pickwick con ojos centelleantes—, que la conocimos en casa de nuestro excelente y hospitalario amigo. Sería una villanía corresponder ligera y desconsideradamente a las tiernas deferencias de esa señorita. No lo consentiré, sir, no lo consentiré.

—No tengo semejante intención —exclamó Mr. Winkle calurosamente—. He meditado largamente el asunto, y estoy convencido de que mi felicidad depende de ella.

—Eso es lo que se llama atarse en el mismo paquete, sir —interrumpió Mr. Weller con sonrisa placentera.

Acogió Mr. Winkle con cierta severidad la interrupción, y Mr. Pickwick, con acento de enojo, suplicó a su criado que no se chancara de uno de los más hermosos sentimientos de nuestra naturaleza; a lo cual replicó Sam que no volvería a hacerlo, pero que eran tantos los humanos sentimientos, que no le era fácil saber cuáles eran los más hermosos.

Relató entonces Mr. Winkle la conversación que había mantenido con Mr. Ben Allen acerca de Arabella; declaró que era su propósito lograr una entrevista con ella y descubrirle formalmente su pasión; y dijo que estaba convencido, en vista de ciertas vagas insinuaciones del susodicho Ben, de que, cualquiera que fuera el

sitio en que actualmente se hallara recluida su hermana, debía caer hacia el Arenal.

Con tan incierta guía, convínose que al día siguiente emprendiera Mr. Weller un recorrido de exploración; resolvióse al mismo tiempo que Mr. Pickwick y Mr. Winkle, que confiaban muy poco en sus facultades descubridoras, se quedarían en la ciudad, y que se dejarían caer en casa de Mr. Bob Sawyer aquel mismo día para ver de indagar algo acerca del paradero de la señorita.

A la mañana siguiente partió, en consecuencia, Mr. Weller, con objeto de llevar a cabo sus pesquisas, nada cohibido por la desconsoladora perspectiva que se le ofrecía. Empezó a recorrer una calle y otra —íbamos a decir calle arriba y calle abajo, sin darnos cuenta de que todo Clifton es una pura cuesta—, sin hallar nada ni nadie que pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto que tenía entre manos. Celebró numerosos coloquios con los mozos que paseaban caballos y con nodrizas que paseaban niños; mas

no pudo sacar de unos ni de otras el menor indicio que guardara relación con el objetivo de su habilísima indagatoria. Había en muchas casas muchas señoritas, la mayoría de las cuales estaban, al decir de criados y criadas, perdidamente enamoradas de alguno o dispuestas a enamorarse en cuanto se ofreciera la menor oportunidad. Pero como ninguna de ellas se llamaba Arabella Allen, todos estos informes dejaban a Sam en el mismo estado de ignorancia que al principio.

Al llegar al Arenal, tuvo Sam que luchar contra un fuerte vendaval, y se preguntó repetidas veces si sería preciso siempre sostenerse el sombrero con las dos manos en esta parte de la comarca. Llegó en esto a una sombría plazoleta, rodeada de pequeños hoteles de tranquila y recatada apariencia. A la puerta de una cuadra, y en el fondo de un largo callejón sin salida, un muchacho, en mangas de camisa, estaba haraganeando, aunque persuadido, en apariencia, de que hacía algo, con una pala y una carretilla.

No está de más observar en este punto que hemos visto pocos mozos que, cuando se hallan ociosos a la puerta de una cuadra, dejen de ser víctimas de una ilusión semejante.

Juzgando Sam que lo mismo podía dirigirse a este mozo que a otro cualquiera y sintiéndose impulsado a ello por hallarse fatigado y descubrir una gran piedra frente a la carretilla, anduvo el callejón y, sentándose en la piedra, entabló conversación con la fácil desenvoltura que le era peculiar.

—Buenos días, compadre —dijo Sam.

—Querrá usted decir buenas tardes —replicó el mozo, dirigiendo a Sam una mirada hostil.

—Tiene usted razón, compadre —dijo Sam—; quiero decir buenas tardes. ¿Cómo está usted?

—Pues ni mejor ni peor por ver a usted —repuso el adusto mancebo.

—Hombre, me extraña mucho eso —dijo Sam—, porque parece usted tan extraordina-

riamente alegre y tan juguetón que, al verle, se le regocija a uno el corazón.

El adusto mozo pareció acentuar su malhumor con esto, mas sin hacer mella en Sam, que preguntó acto seguido, con ansioso semblante, si no era Walker el nombre de su amo.

—No, no es —dijo el mozo.

—¿Ni Brown, tampoco? —dijo Sam.

—Tampoco.

—¿Ni Wilson?

—No, ninguno de éstos —resumió el mancebo.

—Bien —repuso Sam—; entonces estoy equivocado y, contra lo que yo creía, no tiene su amo el honor de conocerme. Pero no se quede usted aquí por hacerme la visita —dijo Sam, viendo que el mozo hacía rodar hacia dentro la carretilla y se disponía a cerrar la puerta—. Nada de cumplimientos, compadre; se los dispenso todos.

—Por menos de una corona le quito a usted la cabeza —dijo el hosco mancebo, bajando la corredera de una de las hojas de la puerta.

—Me parece eso demasiado barato —repuso Sam—. Valdría, por lo menos, todos los jornales de usted hasta el fin de sus días, y aún sería bastante módico. Presente usted mis respetos a los señores. Dícales que no me esperen a cenar y que no prescindan de nada en consideración a mí, porque ya habrá llovido antes de que yo entre en la casa.

Como respuesta, el mozo, que ya se iba amostazando, expresó en palabras ininteligibles su deseo de inferir a Sam algún daño personal; mas desapareció sin poner por obra semejante anhelo, cerrando la puerta tras de sí de golpe y desentendiéndose de la afectuosa súplica que le hiciera Sam para que le dejara un mechón de su cabello.

Continuó Sam descansando en la ancha piedra, meditando en lo que debiera hacer y dando vueltas en su mente al proyecto de llamar a

todas las casas de cinco millas a la redonda de Bristol, calculando a ciento cincuenta diarias, en su afán de descubrir a Miss Arabella por este procedimiento, cuando un incidente fortuito puso en su camino lo que no hubiera podido hallar aunque hubiera permanecido doce meses sentado en la piedra.

Abríanse al mismo callejón en que él se hallaba sentado tres o cuatro verjas de jardines pertenecientes a otras tantas casas que, a pesar de estar separadas, se hallaban en vecindad estrecha por los jardines. Como eran éstos largos, espaciosos y hallábanse provistos de frondoso arbolado, las casas no sólo se hallaban algo distantes del callejón, sino que la mayor parte de ellas se ocultaba de la vista por el follaje. Permanecía Sam sentado, con los ojos fijos en un montón de tierra que yacía junto a la puerta contigua a aquella por la que el mozo había desaparecido, preocupado con las dificultades de su empresa, cuando se abrió la verja,

dando paso a una criada que salía para sacudir unas alfombras de cama.

Tan absorto en sus pensamientos estaba Sam, que se hubiera limitado probablemente a darse cuenta de la presencia de la muchacha y tan sólo a levantar la cabeza y observar que tenía una linda figura, si sus hábitos de galantería no le hubiesen llevado a considerar que no tenía la muchacha quien le ayudara en su faena y que las alfombras parecían harto pesadas para las fuerzas de la criada. Mr. Weller era galante de suyo, y no bien percibió esta circunstancia, levantóse con presteza de la ancha piedra y se dirigió hacia la muchacha.

—Querida —dijo Sam, avanzando con ademán respetuoso—, va usted a estropear ese precioso cuerpecito más de la cuenta si se empeña en sacudir sola las alfombras. Déjeme que la ayude.

La joven, que afectaba ladinamente no haberse hecho cargo de la presencia del caballero, volvióse al oír a Sam, sin duda, como dijo

después, para declinar el ofrecimiento, por venir de un extraño, y, en vez de hablar, retrocedió sobresaltada y dejó escapar un tímido chillido. No fue menor el asombro de Sam cuando en el rostro de la guapa doncella percibió los ojos de su enamorada, la hermosa sirvienta del Dr. Dupkins.

—¡Cómo, querida María! —dijo Sam.

—¡Dios mío, Mr. Weller —dijo María—, vaya un susto que me ha dado usted!

No hubo de responder Sam verbalmente a esta reconvención, ni nos atrevemos a precisar la clase de respuesta que diera. Sólo podremos decir que, luego de una breve pausa, dijo María: «¡Por Dios, esté usted quieto, Mr. Weller!», y que su sombrero había caído momentos antes, síntomas ambos que nos inducen a sospechar que debió cruzarse entre las dos partes uno o más besos.

—¿Cómo ha venido usted aquí? —dijo María, reanudando la conversación así interrumpida.

—Pues claro es que he venido por usted, encanto mío —repuso Mr. Weller, dejando que por una vez triunfara su pasión de su veracidad.

—¿Y cómo ha sabido usted que estaba yo aquí? —preguntó María—. ¿Quién puede haberle dicho que cambié de casa en Ipswich y que después nos vinimos aquí? ¿Quién puede habérselo dicho, Mr. Weller?

—¡Ah, amiguita! —dijo Sam con gesto malicioso—. Ahí está el toque. ¿Quién podrá habérmelo dicho?

—¿No habrá sido Mr. Muzzle? —preguntó María.

—No, ca —replicó Sam, moviendo la cabeza con solemnidad—, no ha sido él.

—Tiene que haber sido la cocinera —dijo María.

—Naturalmente que ha sido ella —dijo Sam.

—¡Está bien, no he visto cosa igual! —exclamó María.

—Ni yo tampoco —dijo Sam, poniéndose extremadamente tierno—, María querida, me han encomendado un asunto muy urgente. Aquí está uno de los amigos de mi amo... Mr. Winkle; tiene usted que acordarse de él.

—¿El de la chaqueta verde? —dijo María—. ¡Ah!, sí, me acuerdo.

—Bueno —dijo Sam—, pues está en un estado de enamoramiento horroroso, trastornado, enloquecido.

—¡Qué atrocidad! —interrumpió María.

—Sí —dijo Sam—, pero eso no importaría si pudiéramos dar con la señorita.

Y entonces Sam, entre largas digresiones acerca de las gracias personales de María y de las indescriptibles torturas que había experimentado desde la última vez que la viera, hizo un relato fidelísimo del estado actual de Mr. Winkle.

—¡Qué cosa tan rara! —dijo María.

—Sí que es bien rara —dijo Sam—; es una cosa nunca vista. Y aquí me tiene usted, corre-

teando como el judío errante, un personaje andarín del que habrá usted oído hablar, querida María, que desafiaba al tiempo y que no dormía jamás, buscando a esta Miss Arabella Allen.

—¿Miss qué? —dijo María, denotando un gran asombro.

—Miss Arabella Allen —dijo Sam.

—¡Cielo santo! —dijo María, señalando hacia la puerta del jardín por donde había entrado el adusto mancebo—. Pero si ésa es su casa; hace seis semanas que vive ahí. Su doncella, que es también la de la señora, me lo contó todo, desde el lavadero, una mañana, antes de que se levantasen los señores.

—¡Cómo! ¿Es la puerta de al lado de la de usted? —dijo Sam.

—La misma —replicó María.

Fue tan intensa la sorpresa que experimentó Mr. Weller al recibir esta información, que se vio en la imprescindible necesidad de apoyarse en su hermosa informadora, y hubieron de cru-

zarse entre ellos varias ternezas antes de que Sam pudiera recobrase y volver a su asunto.

—Bien —dijo Sam, al cabo—; si esto no acaba como las riñas de gallos, nada acabará, como dijo el lord mayor cuando su secretario de estado propuso, al terminar de comer, un brindis por su señora. ¡La casa de al lado! Pues tengo una carta, que estoy todo el día trabajando por entregarla.

—¡Ah! —dijo María—, pero no puede usted entregarla ahora, porque ella no pasea por el jardín más que al anochecer y muy poco tiempo; nunca sale sin la vieja.

Meditó Sam unos momentos y se decidió al fin por el siguiente plan de operaciones: que volvería al oscurecer, a la hora en que Arabella daba su paseo invariablemente, y que, dándole entrada María en el jardín de su casa, procuraría él encaramarse en la tapia, resguardándose tras el ramaje de un frondoso peral; que entregaría su carta y trataría de preparar una entrevista de la muchacha con Mr. Winkle para la

tarde siguiente a la misma hora. Planeada esta operación con gran diligencia, ayudó a María en la faena, largamente diferida, de sacudir las alfombras.

No es tarea tan inocente como parece esta de sacudir las alfombras, pues si no ofrece gran cosa de particular el sacudirlas, el proceso de doblarlas tiene su intrínquilis. Mientras dura el sacudido y se hallan separadas las dos partes por la longitud de una alfombra, la faena constituye el más inocente pasatiempo que puede imaginarse; mas cuando empieza el doblado y a menguar gradualmente la distancia, reduciéndose a la mitad de la longitud de la alfombra, luego a la cuarta parte, a la octava, a la dieciseisava y luego a la treintaidosava, si la extensión de la alfombra es algo considerable, resulta un tanto peligrosa. No sabemos a ciencia cierta cuántas alfombras fueron dobladas en este caso; pero sí nos atrevemos a asegurar que Sam dio a la linda doncella tantos besos como alfombras había.

Obsequióse Sam moderadamente en la próxima taberna hasta que, llegado el anochecer, se encaminó de nuevo al callejón sin salida. Entrando en el jardín, guiado por María, y luego de recibir innumerables recomendaciones de ésta, concernientes a la seguridad de sus miembros, trepó Sam al peral, en espera de la salida de Arabella.

Tanto hubo de aguardar este acontecimiento, que empezaba a desconfiar de que llegara a sobrevenir, cuando oyó sobre la grava unos pasos menudos y vio a los pocos momentos a Arabella, que paseaba por el jardín con aire pensativo. En cuanto la muchacha se acercó al árbol, Sam, con objeto de insinuar su presencia, produjo varios ruidos diabólicos, semejantes a los que podría hacer una persona de edad madura que se hallara aquejada de una combinación de asma, garrotillo y tosferina desde su más tierna infancia.

Al oír esto, la señorita dirigió una mirada inquieta hacia el lugar de que provenían aque-

Ilos sonidos espantosos, y como su alarma no disminuyera, ni mucho menos, al percibir a un hombre entre las ramas, no hay que dudar de que hubiera huido y alarmado la casa de no haberse visto privada de todo movimiento y obligada a sentarse en un banco rústico que a la mano tenía.

—Se va a marchar —se decía Sam, presa de extraordinaria ansiedad—. Es mucha cosa esta manía que tienen las mujeres de desmayarse, precisamente cuando no tienen para qué hacerlo. Aquí, señorita, Miss Sierrahuesos. Señora Winkle, no se vaya.

No sabremos decir, ni nos importa, si fue el nombre mágico de Mr. Winkle, la frescura del aire libre o un vago recuerdo de la voz de Mr. Weller lo que hubo de reanimar a Arabella. Levantó la cabeza y preguntó con languidez:

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere usted?

—¡Chissst! —dijo Sam, montándose en la tapia y acurrucándose cuanto pudo—. Soy yo, Miss, soy yo.

—¡El criado de Mr. Pickwick! —dijo Arabella, jadeante de sorpresa.

—El mismo —replicó Sam—. Está aquí Mr. Winkle, desesperado, Miss.

—¡Ah! —dijo Arabella, acercándose a la tapia.

—Sí —dijo Sam—. Anoche creímos vernos obligados a ponerle la camisa de fuerza; no ha hecho más que delirar todo el día, y dice que si no puede verla a usted antes de la noche de mañana algo muy desagradable tendrá que ocurrirle, si no se ahoga.

—¡Oh, no, no, Mr. Weller! —dijo Arabella, cruzando las manos.

—Eso dice, Miss —replicó Sam—. Él es hombre de palabra, y para mí que lo hace, Miss. Creo que le ha hablado algo de usted el sierrahuesos de los lentes.

—¡Mi hermano! —dijo Arabella, reconociendo difícilmente al aludido en la descripción de Sam.

—Yo no estoy seguro de si es su hermano, Miss —repuso Sam—. ¿Es el más sucio de los dos?

—Sí, sí, Mr. Weller —respondió Arabella—. ¡Vamos, dese prisa; por favor!

—Bien, Miss —dijo Sam—. Le ha oído hablar de usted y opina mi amo que, si no le ve usted en seguida, el sierrahuesos de que hemos hablado va a recibir en su cabeza mucho más plomo del que conviene para que pueda conservarse en espíritu de vino.

—¡Oh! ¿Qué puedo yo hacer para evitar esa espantosa lucha? —exclamó Arabella.

—Creo que la causa de todo es la sospecha de que usted tiene ya un amor —replicó Sam—. Lo mejor es que usted le vea, Miss.

—Pero ¿cómo, dónde? —gritó Arabella—. Yo no me atrevo a salir sola de la casa. ¡Mi hermano es tan violento, tan poco razonable! Comprendo que le extrañará a usted que le hable de esta manera, Mr. Weller, pero soy muy desgraciada...

Y la pobre Arabella empezó a llorar con tanta amargura, que Sam sintió dentro de sí el ballestazo caballeresco.

—Es posible que le parezca a usted extraño hablarme de estos asuntos, Miss —dijo Sam con vehemencia—; pero lo que puedo decir es que no sólo estoy dispuesto, sino que deseo con toda mi alma hacer lo que haya que hacer para que se le arreglen los asuntos; y si hay que tirar a alguno de los sierrahuesos por la ventana, aquí estoy yo.

Al decir esto Sam, se estiró los puños, con riesgo inminente de caerse de la tapia, para encarecer su anhelo de poner manos a la obra.

Por mucho que halagaran a Arabella estas protestas de amistad y protección, declinó resueltamente, pensando con harta ligereza, a juicio de Sam, aprovecharse de ellas. Negóse la señorita con gran energía por algún tiempo a conceder a Mr. Winkle la entrevista que Sam solicitaba tan patéticamente; mas como el coloquio se viera amenazado de interrupción por la

llegada intempestiva de una tercera persona, dio a entender a Sam la señorita, entre innumerables promesas de gratitud, que tal vez pudiera salir al jardín al día siguiente, una hora más tarde. Comprendió Sam perfectamente lo que indicaba Arabella, y luego de recibir de ésta una sonrisa dulcísima, partió Mr. Weller poseído de una gran admiración hacia los encantos morales y físicos de la muchacha.

Descendió Sam de la tapia sin haber sufrido daño alguno, y, sin olvidarse de conceder algunos momentos a los asuntos propios que tenía en aquel mismo lugar, regresó lo más de prisa que pudo a El Arbusto, donde su prolongada ausencia había dado pábulo a no pocos comentarios y a cierta alarma.

—Tenemos que ir con cuidado —dijo Mr. Pickwick, después de escuchar atentamente el relato de Sam—; no por nosotros, sino por la señorita; tenemos que ir con gran cautela.

—¡*Tenemos!*—dijo Mr. Winkle con cierto énfasis.

El fugaz gesto de indignación que cruzó por el rostro de Mr. Pickwick al oír esta reticencia fundióse en su bondadosa expresión característica, y replicó:

—*¡Tenemos, sir!* Porque yo acompañaré a ustedes.

—*¡Usted!* —dijo Mr. Winkle.

—Yo —replicó dulcemente Mr. Pickwick—. Al conceder a usted la entrevista, esta señorita ha dado un paso que, si es natural y explicable, no deja de ser imprudente. Si yo, que soy amigo de ambos y bastante viejo para poder ser considerado como el padre de los dos, me hallo presente, nunca osará levantarse contra ella la voz de la calumnia.

Los ojos de Mr. Pickwick resplandecieron de lícito orgullo ante su delicada previsión. Mr. Winkle se sintió conmovido por este rasgo de caballerosidad hacia la joven *protegida* de su amigo, y tomó su mano, lleno de reconocimiento, casi de veneración.

—Tiene usted que ir —dijo Mr. Winkle.

—Iré —dijo Mr. Pickwick—. Sam, prepárame el abrigo y la bufanda y haz que venga un coche mañana por la tarde, con la anticipación necesaria para que lleguemos oportunamente.

Llevóse la mano al sombrero Mr. Weller, en señal de obediencia solícita, y marchó a ejecutar los preparativos necesarios para la expedición.

El coche estuvo dispuesto a la hora señalada, y luego de instalar Mr. Weller cuidadosamente a Mr. Pickwick y a Mr. Winkle en el interior, ocupó su asiento en el pescante, junto al cochero. Apeáronse, según estaba convenido, a un cuarto de milla del lugar de la cita, y encargando al cochero que les esperase allí, recorrieron a pie el camino que les faltaba.

En este momento se hallaban de la importante empresa, cuando Mr. Pickwick, a vuelta de muchas sonrisas y de otras manifestaciones de contento, sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta una linterna sorda, de que se había provisto para el caso, y cuyos primores mecánicos procedió a explicar a Mr. Winkle en tanto

que caminaban, con no pequeña sorpresa de los escasos transeúntes que hallaban al paso.

—Mejor me hubiera ido en mi última expedición nocturna al jardín si hubiera tenido algo como esto, ¿eh, Sam? —dijo Mr. Pickwick, mirando sonriente a su criado, que le seguía inmediatamente.

—Esas cosas son muy bonitas cuando se manejan oportunamente, sir —replicó Mr. Weller—; pero cuando a usted no le conviene que le vean, me parece que es mucho más útil apagada que encendida.

Pareció rendirse Mr. Pickwick a la observación de Sam, porque metió la linterna en su bolsillo y continuaron en silencio.

—Por aquí, sir —dijo Sam—. Permítame que guíe. Éste es el callejón, sir.

Embocaron el callejón, que estaba bastante sombrío. Sacó Mr. Pickwick la linterna dos o tres veces al tiempo que avanzaba y proyectó una brillante estela de claridad delante de él, de un pie de diámetro o cosa así. Era muy bonito

el espectáculo, más parecía aumentar la oscuridad de los objetos circundantes.

Llegaron por fin a la gran piedra. Entonces encargó Sam a su amo y a Mr. Winkle que se sentaran mientras que él practicaba un reconocimiento y se cercioraba de si estaba o no María esperándoles.

Al cabo de una ausencia de cinco o diez minutos volvió Sam diciendo que la verja estaba abierta y todo tranquilo. Siguiéronle con paso furtivo Mr. Pickwick y Mr. Winkle y pronto se hallaron en el jardín. Todos creyéronse en el caso de decir «¡Chissst!» gran número de veces, y luego ninguno parecía tener noción clara de lo que debía hacerse acto seguido.

—¿Está en el jardín Miss Allen, María? —preguntó Mr. Winkle, presa de gran agitación.

—No lo sé, sir —replicó la linda doncella—. Lo mejor será, sir, que Mr. Pickwick tenga la bondad de ver si viene alguien por el callejón, mientras que yo vigilo el otro extremo del jardín. Pero, gran Dios, ¿qué es eso?

—Esa dichosa linterna nos va a matar — exclamó Sam, impaciente—. Tenga cuidado con lo que hace, sir; ahora manda usted la luz derecha a la ventana del salón.

—¡Vaya por Dios! —dijo Mr. Pickwick, cambiando de postura apresuradamente—. No era ése mi propósito.

—Ahora es a la casa de al lado, sir —le reconvino Sam.

—¡Caramba! —exclamó Mr. Pickwick, revolviéndose de nuevo.

—Ahora es a la cuadra, y van a creer que hay fuego en ella —dijo Sam—. Ciérrela, sir, si puede.

—¡Es la linterna más extraña que he visto en mi vida! —exclamó Mr. Pickwick, grandemente maravillado de los efectos que producía sin la menor intención—. No vi jamás un reflector tan poderoso.

—Me parece que va a ser demasiado poderoso para nosotros si sigue usted alumbrando de esa manera, sir —replicó Sam, en tanto que

Mr. Pickwick lograba cerrar la linterna, al cabo de varios intentos frustrados—. Se oyen los pasos de la señorita. Ahora, Mr. Winkle; sir, arriba.

—¡Alto, alto! —dijo Mr. Pickwick—. Es preciso que le hable yo primero. Ayúdame, Sam.

—Vaya con cuidado, sir —dijo Sam, apoyando su cabeza en la pared y disponiendo su espalda en guisa de plataforma—. Suba usted encima de este florero, sir. Ahora, vamos arriba.

—Tengo miedo de hacerte daño, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—No se preocupe de mí, sir —replicó Sam—. Deme una mano, Mr. Winkle, sir. ¡Firme, firme! Éste es el momento más interesante.

Al tiempo que hablaba Sam, Mr. Pickwick, haciendo esfuerzos casi sobrehumanos en un hombre de sus años y de su peso, logró encaramarse en la espalda de Sam, y levantándose éste poco a poco y agarrándose aquél con toda su fuerza al borde de la tapia, en tanto que Mr. Winkle le sujetaba las piernas, consiguieron

que los anteojos de Mr. Pickwick rebasaran un poco el nivel de la tapia.

—Querida mía —dijo Mr. Pickwick, mirando por encima de la tapia y percibiendo a Arabella al otro lado—, no se asuste, querida, que soy yo.

—¡Oh, por Dios, váyase, Mr. Pickwick! —dijo Arabella—. Dígales que se vayan. Estoy asustadísima, querido, querido Mr. Pickwick; no esté usted ahí. Se va usted a caer y se va a matar.

—No se alarme usted, querida —dijo Mr. Pickwick para tranquilizarla—. No hay el menor motivo de temor, se lo aseguro. Manténte firme, Sam —dijo Mr. Pickwick, mirando hacia abajo.

—Perfectamente, sir —replicó Mr. Weller—. No se detenga más que lo necesario, sir. Pesa usted lo suyo.

—Un momento nada más, Sam —replicó Mr. Pickwick—. Sólo quería, querida, que usted supiera que yo no hubiera consentido que mi

amigo viera a usted de este modo clandestino si la situación en que usted se halla no nos impidiera elegir otra forma; y en previsión de que lo inconveniente de este paso pudiera acarrearle algún disgusto, hija mía, ha de ser una satisfacción para usted saber que estoy yo aquí. Nada más, querida.

—Es verdad, Mr. Pickwick; estoy muy agradecida a usted por su cortesía y delicadeza — replicó Arabella, enjugando sus lágrimas con el pañuelo.

Mucho más hubiera dicho, seguramente, de no haber desaparecido como por escotillón en aquel momento la cabeza de Mr. Pickwick, a consecuencia de un falso movimiento del hombro de Sam, que hubo de producir la caída de su amo. Pero se puso de pie instantáneamente, y diciendo a Mr. Winkle que se diera prisa para dar por terminada la entrevista, fuese al callejón a vigilar, con el ardor y el denuedo de un joven. Mr. Winkle, impulsado por lo azaroso y crítico de las circunstancias, escaló la tapia en

un momento, luego de ordenar a Sam que tuviese cuidado de su amo.

—Tendré cuidado, sir —replicó Sam—. Corre de mi cuenta.

—¿Dónde está? ¿Qué está haciendo, Sam? —preguntó Mr. Winkle.

—¡Benditas sean sus polainas! —contestó Sam, mirando hacia la puerta del jardín—. Está de guardia en el callejón, con esa linterna sorda, como el amigo Guy Fawkes. No he visto en mis días una criatura más graciosa. ¡Qué me ahorquen si no puede decirse que ha nacido su corazón veinticinco años después que su cuerpo, por lo menos!

No esperó Mr. Winkle a escuchar el encomio de su amigo. Ya estaba del otro lado de la tapia, a los pies de Arabella, y encarecía en aquel momento la sinceridad de su pasión, con una elocuencia digna del propio Mr. Pickwick.

Mientras ocurrían estas cosas al aire libre, un anciano que asumía grandes méritos científicos hallábase sentado en su estudio, dos o tres ca-

sas más allá, escribiendo un tratado filosófico y humedeciendo de cuando en cuando el gaznate y su tarea con un vaso de vino tinto que a su lado había en una botella de venerable aspecto. En los duros afanes de la composición dirigía el anciano sus ojos a la alfombra, al techo o a la pared, y cuando ni la alfombra, ni el techo, ni la pared le prestaban la inspiración anhelada, miraba por la ventana.

En una de aquellas pausas de su inventiva, el hombre de ciencia contemplaba abstraído las espesas sombras del exterior, cuando se vio sorprendido por una claridad brillantísima que surcaba el aire a poca distancia del suelo y que se desvaneció casi instantáneamente. Al cabo de un breve lapso de tiempo repitióse el fenómeno, no una o dos veces, sino varias; por fin, dejando su pluma el hombre de ciencia, empezó a meditar acerca de las causas que podrían dar origen a tales apariencias.

Manifestábase la claridad demasiado a ras del suelo para ser un meteoro; no eran luciér-

nagas, por su demasiada altura; no eran fuegos fatuos; no eran moscas fosforescentes; no eran fuegos artificiales. ¿Qué podría ser aquello? Tratábase de algún extraordinario, maravilloso fenómeno de la Naturaleza, nunca visto por filósofo alguno; algo cuyo descubrimiento le estaba reservado y que habría de inmortalizar su nombre al reseñarlo en beneficio de la posteridad. Halagado por esta idea, tomó de nuevo su pluma el hombre de ciencia y trasladó al papel varias notas relativas al singular fenómeno, con la fecha, el día, la hora, el minuto y el preciso segundo en que se hiciera visible, datos todos que habían de servir para un voluminoso tratado de gran investigación y profunda doctrina, destinado a asombrar a todos los sabios atmosféricos que pudieran alentar en todos los ámbitos del globo civilizado.

Recostóse en su sillón y quedó sumido en la contemplación de su futura grandeza. La misteriosa luz aparecía más viva que antes, danzaba de un extremo a otro del callejón, cruzábalo de

lado a lado y movíase en una órbita excéntrica como la de los cometas.

Pero el hombre de ciencia era soltero. No disponía de una esposa a quien llamar y sorprender, por lo cual tiró de la campanilla en demanda de su criado.

—Pruffle —dijo el hombre de ciencia—. Hay algo extraordinario en el aire esta noche. ¿Lo ha visto usted? —continuó el hombre de ciencia, señalando a la ventana por donde nuevamente dejábase ver la claridad.

—Sí, si lo he visto, sir.

—¿Qué piensas de eso, Pruffle?

—¿Que qué pienso, sir?

—Sí. Tú te has criado en la comarca. ¿Cuál crees tú que pueda ser la causa de esas luces?

El hombre de ciencia, sonriendo, dio por anticipado la respuesta, afirmando que no podía descubrirse la causa de aquel fenómeno. Pruffle meditó.

—Yo diría que son ladrones, sir —acabó por decir Pruffle.

—Tú eres un estúpido y puedes marcharte ahora mismo —dijo el hombre de ciencia.

—Gracias, sir —dijo Pruffle, y se retiró.

Pero el hombre de ciencia no podía allanarse a la idea de que se perdiera en el mundo el ingenioso tratado que proyectaba, como había de ocurrir forzosamente de no ahogarse al nacer la hipótesis del ingenioso Mr. Pruffle. Calóse, pues, el sombrero, y bajó apresuradamente al jardín, resuelto a investigar la materia hasta el fondo.

Pero he aquí que, poco antes de salir al jardín el hombre de ciencia, había echado a correr Mr. Pickwick por el callejón para dar la señal de falsa alarma, presumiendo que alguien venía, ladeando de cuando en cuando la linterna, con objeto de evitar la cuneta. No bien dio la señal de alarma, saltó la tapia Mr. Winkle y corrió a la casa Arabella; cerróse la puerta del jardín, y los tres aventureros salían callejón arriba más que a paso, cuando vino a sorpren-

derles el hombre de ciencia, que abría la verja de su jardín.

—Agárrese bien —murmuró Sam, que iba, por supuesto, en la vanguardia—. Alumbre usted un segundo, sir.

Hizo Mr. Pickwick lo que se le decía y al ver Sam asomar cautelosamente la cabeza de un hombre a media vara de la suya, descargó sobre aquélla un respetable puñetazo, que la hizo chocar contra la verja, produciendo un ruido sordo. Hecho esto, con gran rapidez y destreza, echóse Mr. Weller a cuestras a Mr. Pickwick y siguió a Mr. Winkle por el callejón, con una presteza tal, que era sorprendente, si se tiene en cuenta la carga que transportaba.

—¿Ha recobrado usted ya el resuello, sir? —preguntó Sam al llegar al extremo de la callejuela.

—Completamente; ya, completamente —respondió Mr. Pickwick.

—Entonces, vamos, sir —dijo Sam, poniendo a su amo en el suelo otra vez—. Póngase entre

los dos, sir. No es más que media milla. Figúrese que va a ganar una copa, sir. Aprisa.

Así estimulado, Mr. Pickwick sacó de sus piernas el mejor partido posible. Debe advertirse confidencialmente que no ha habido un par de negras polainas que haya marchado mejor que las de Mr. Pickwick en esta ocasión memorable. El coche esperaba, los caballos descansados, bueno el camino y diligente el cochero. Los expedicionarios llegaron a El Arbusto sanos y salvos, antes de que Mr. Pickwick alcanzara su normalidad respiratoria.

—Adentro en seguida, sir —dijo Sam, ayudando a bajar a su amo—. No se quede parado en la calle un segundo después del ejercicio que ha hecho. Dispense, sir —continuó Sam, llevándose la mano al sombrero, al apearse Mr. Winkle—. Supongo que no habría otro amor anterior, ¿eh, sir?

Estrechó Mr. Winkle la mano de su humilde amigo y le dijo por lo bajo:

—La cosa va perfectamente; admirablemente.

Diose Sam en la nariz tres o cuatro papirotazos, como indicando que estaba al cabo de la calle; sonrió, guiñó un ojo y procedió a levantar el estribo del coche, con semblante de satisfacción inequívoca.

En cuanto al hombre de ciencia, no hay que decir que demostró en un tratado magistral que aquella luz maravillosa era un fenómeno eléctrico, y llegó a probarlo de un modo concluyente, relatando cómo al asomar su cabeza por la verja del jardín había visto bailar ante sus ojos un vivo relámpago y cómo había recibido una sacudida que le había dejado aturdido un cuarto de hora. Esta demostración deleitó en extremo a todas las sociedades científicas y valió al anciano el ser considerado desde entonces como un luminar de la ciencia.

#### 40. EN EL CUAL SE VE ENTRAR A MR. PICKWICK EN UNA ESCENA INTERESANTE DEL GRAN DRAMA DE LA VIDA

El resto de los días destinados por Mr. Pickwick para su estancia en Bath transcurrió sin ningún incidente notable. Comenzaba el período de la Trinidad, y al finalizar su primera semana regresaron a Londres Mr. Pickwick y sus amigos, y el primero de estos caballeros, acompañado, por supuesto, de Sam, dirigiéndose, sin perder momento, a su antigua residencia de Jorge y el Buitre.

A la tercera mañana después de su llegada, en el preciso instante en que todos los relojes de la ciudad daban las nueve individualmente y colectivamente las novecientas noventa y nueve, tomaba Sam el aire tranquilamente en el patio de Jorge, cuando allí se detuvo un raro vehículo, del que saltó con gran agilidad, luego de dejar las riendas en las manos de un obeso personaje que le acompañaba, un raro caballe-

ro, que tanto parecía hecho para el vehículo como el vehículo para él.

El vehículo no era precisamente un tálburi ni tampoco un faetón; no era lo que se llama una victoria, ni una carretela, ni un cabriolé, y, sin embargo, participaba de los caracteres de cada uno de estos artefactos rodantes. Estaba pintado de amarillo vivo, y en sus llantas y ruedas tenía estrechas listas negras. El conductor se sentaba, según el estilo ortodoxo, sobre cojines que sobresalían dos pies de la barandilla. El caballo era un ejemplar de tinte bayo y de aspecto bastante bueno, pero manifestaba un aire de perro de lucha que armonizaba con el amo y con el vehículo.

El amo era un hombre de unos cuarenta años, con negros cabellos y mostachos cuidadosamente peinados. Vestía en forma ostentosa, luciendo multitud de artículos de joyería, todos los cuales eran tres veces mayores que los que se usan comúnmente, y se cubría con un gabán peludo. En el momento de apearse metió su

mano izquierda en el bolsillo del gabán, mientras que sacaba con la derecha un brillante y abigarrado pañuelo de seda, con el que sacudió una o dos motas de polvo que percibió en sus botas, después de lo cual, conservándolo en su mano, se dirigió resuelto al patio de la fonda.

No había escapado a la atención de Sam, mientras desmontaba este personaje, un desaharrapado sujeto de abrigo pardo, cuyos botones estaban incompletos, que rondaba por el lado opuesto de la calle, que la atravesó y que permaneció estacionado no lejos de la puerta. Concibiendo más que una sospecha acerca de la finalidad de la visita del caballero, precedióle Sam y, volviéndose de pronto, se plantó en el centro de la puerta.

—¡Eh, buen amigo! —dijo el hombre del gabán peludo en tono imperioso, tratando al mismo tiempo de empujarlo para abrirse paso.

—¿Qué hay, sir, qué se ofrece? —replicó Sam, devolviéndole el empujón con interés compuesto.

—Vamos, no es por ahí, amigo; a mí no me venga con eso —dijo el propietario del gabán peludo, levantando la voz y poniéndose blanco—. ¡Aquí, Smouch!

—Vamos a ver, ¿qué ocurre por aquí? —gruñó el hombre de gabán pardo, que había ido colándose en el patio durante el breve diálogo.

—Nada, una insolencia de este joven —dijo el principal, dando a Sam otro empujón.

—Vaya, basta de juego —protestó Smouch, dándole otro más fuerte.

Este último empujón surtió el efecto previsto por el experimentado Mr. Smouch; porque en tanto que Sam, ansioso por devolver el cumplimiento, se ocupaba en moler el cuerpo de este caballero contra el quicio de la puerta, deslizábase el principal y entraba en el bar, adonde hubo de seguirle Sam luego de cambiar con Mr. Smouch unos cuantos epítetos pertinentes.

—Buenos días, querida —dijo el principal, dirigiéndose a la joven que había en el bar, con desenvoltura de presidiario suelto y con genti-

leza de Nueva Gales del Sur—. ¿Cuál es la habitación de Mr. Pickwick, querida?

—Enséñele el camino —dijo la muchacha al camarero, sin dignarse conceder una mirada en respuesta al exquisito personaje.

Condujo el camarero por las escaleras al caballero de gabán peludo, en cuya zaga iba Sam. Éste, durante el ascenso, se permitió varias gesticulaciones reveladoras de desprecio y no pocos ademanes de reto, con regocijo indescriptible de los criados y demás circunstantes. Mr. Smouch, al que aquejaba una tos profunda, quedóse abajo, expectorando en el pasillo.

Mr. Pickwick estaba profundamente dormido en su lecho cuando entró el mañanero visitante, seguido de Sam. El ruido que hicieron al entrar le despertó.

—El agua para afeitarme, Sam —dijo Mr. Pickwick desde el interior de las cortinas.

—Aféitese en seguida, Mr. Pickwick —dijo el visitante levantando una de las colgaduras de la cabecera—. Tengo un mandamiento de

ejecución contra usted, a consecuencia del asunto Bardell. Aquí está la orden: «Audiencia general». Mi tarjeta. Supongo que vendrá usted a mi casa.

Dando a Mr. Pickwick una amistosa palmada en la espalda, el auxiliar del jerife, que no era otro el visitante, arrojó la tarjeta sobre la colcha y sacó un mondadientes de oro del bolsillo de su chaleco.

—Namby es el nombre —dijo el delegado del jerife, mientras que Mr. Pickwick sacaba sus lentes de debajo de la almohada y se los ponía con objeto de leer la tarjeta—. Namby, Bell Alley, Coleman Street.

Sam Weller, que había permanecido contemplando hasta aquel momento el reluciente sombrero de Mr. Namby, intervino.

—¿Es usted cuáquero? —dijo Sam.

—Ya le diré a usted quién soy antes de que nos separemos —replicó indignado el oficial—. Ya le enseñaré a usted a conducirse, buen amigo, uno de estos hermosos días.

—Gracias —dijo Sam—. Lo mismo haré yo con usted. ¡Fuera ese sombrero!

Y en esto Mr. Weller, con la mayor destreza, arrojó el sombrero de Mr. Namby al otro extremo de la estancia, con violencia tal, que a punto estuvo de obligarle a tragarse el aurífero mondadientes.

—Fíjese en esto, Mr. Pickwick —dijo el desconcertado oficial, tomando resuello—. He sido agredido en el cumplimiento de mi deber por su criado en su habitación. Me encuentro en un riesgo personal. Apelo al testimonio de usted.

—Nada de testimonios, sir —interrumpió Sam—. Cierre los ojos bien, sir. Le arrojaría por la ventana si no temiera que no pudiera ir bastante lejos por la marquesina.

—Sam —dijo Mr. Pickwick con voz airada, observando que su criado hacía todo género de demostraciones hostiles—, como digas una palabra más o te metas con este señor, te despidiendo inmediatamente.

—¡Pero, sir! —dijo Sam.

—Ten la lengua —le atajó Mr. Pickwick—.  
Recoge el sombrero.

Pero Sam se negó rotundamente a esto, y luego de ser severamente reprendido por su amo, el oficial, que tenía mucha prisa, accedió a recogerlo por sí mismo, pronunciando numerosas amenazas contra Sam, que éste hubo de recibir con perfecta compostura, sin que esto le impidiera manifestar que si Mr. Namby volvía a ponerse el sombrero, él se lo arrojaría al otro extremo del barrio. Considerando Mr. Namby el perjuicio que habría de irrogársele de someterse a este proceso, renunció a hacer la prueba y llamó acto seguido a Smouch. Habiendo informado a éste de que había realizado la captura y de que tenía que esperar al prisionero hasta que acabara de vestirse, despidióse Namby con jactanciosa desenvoltura y se marchó. Requiriendo Smouch a Mr. Pickwick, en tono malhumorado, que se apresurase cuanto pudiera porque apremiaba el tiempo, acercó una silla a la puerta y se sentó hasta que éste acabara.

Sam fue encargado de avisar un coche, y en él se trasladó el triunvirato a Coleman Street. No poca fortuna fue la brevedad del trayecto, porque Mr. Smouch, además de no hallarse dotado de una conversación muy agradable, era sin duda un compañero poco apetecible en un espacio reducido, a consecuencia de la desgracia física a que hemos aludido en alguna parte.

Doblando el coche una estrecha y oscura callejuela, detúvose ante una casa cuyas ventanas se hallaban todas enrejadas y cuya puerta ostentaba el nombre y el título de «Namby, oficial del jerife de Londres». Franqueada que fue la cancela por un caballero que pudiera haber sido tomado por un hermano gemelo de Mr. Smouch en desgracia, y que se hallaba provisto de una gran llave, fue introducido Mr. Pickwick en el «café».

El café era un salón cuyos rasgos principales consistían en un suelo de tierra y un pronunciado olor a tabaco. Saludó Mr. Pickwick a las trece personas que se hallaban sentadas en el

momento de entrar, y despachando a Sam en busca de Perker, retiróse a un oscuro rincón y empezó desde allí a mirar con curiosidad a sus nuevos compañeros.

Era uno de ellos un muchacho de diecinueve o veinte años, el cual, no obstante lo temprano de la hora, pues no eran las diez, estaba bebiendo ginebra y fumando un cigarro, distracciones que, a juzgar por su faz arrebolada, parecían haber sido su ocupación constante en los últimos dos o tres años. Al otro lado de la estancia, entretenido en atizar el fuego con la puntera de su bota derecha, veíase un tosco joven de unos treinta años, de rostro achatado y voz ronca, que debía de poseer ese conocimiento del mundo y esa cautivadora libertad de maneras que sólo se adquieren en las tabernas y en los billares de baja estofa.

El tercer personaje era un hombre de edad madura, con vieja casaca negra, que estaba pálido y distraído y que recorría incesantemente la estancia, parándose de cuando en cuando

para mirar con gran ansiedad por la ventana, como si esperara a alguien, reanudando acto seguido su paseo.

—Debía usted de aceptar el préstamo de mi navaja de afeitar esta mañana, Mr. Ayresleigh —dijo el hombre que atizaba el fuego, guiñando un ojo al más joven.

—Gracias, no, no he de necesitarla; espero estar fuera antes de una hora —replicó el otro apresuradamente.

Marchando en seguida hacia la ventana y volviendo en seguida defraudado, suspiró profundamente y abandonó la estancia, con lo cual reventaron de risa los otros dos.

—Bien; no he visto cosa más divertida —dijo el que ofreciera la navaja, cuyo nombre parecía ser Price—. ¡Nunca!

Confirmó Mr. Price el aserto con una interjección y se echó a reír de nuevo, en lo cual hubo de acompañarle el otro, que parecía considerarle el hombre más vivo del mundo.

—¿Querrá usted creer —dijo Price, dirigiéndose a Mr. Pickwick— que ese chico hizo ayer una semana que está aquí y no se ha afeitado ni una sola vez, porque está tan cierto siempre de salir antes de una hora, que lo aplaza para cuando se encuentre en su casa?

—¡Pobre hombre! —dijo Mr. Pickwick—. ¿Es que tiene tantas probabilidades de salir?

—¡Qué probabilidades ni qué niño muerto! —replicó Price—. No tiene ni sombra de esperanza. No daría yo ni esto por su libertad, en diez años lo menos.

Con esto, produjo Mr. Price un ademán despectivo y tiró de la campanilla.

—Deme un pliego de papel, Crookey —dijo Mr. Price al criado, que por su traje y general aspecto parecía algo intermedio entre un tendero de comestibles quebrado y un cochero insolvente—, y un vaso de agua y aguardiente, Crookey. ¿Has oído? Voy a escribir a mi padre, y necesito un estimulante para hallarme en condiciones de conmover al bueno del viejo.

Al terminar este festivo discurso, el muchacho no hay para qué decir que se sintió atacado de una convulsión de risa.

—Está bien —dijo Mr. Price—. No hay que achicarse. Todo es broma, ¿verdad?

—¡Magnífico! —dijo el imberbe mancebo.

—Usted tiene bastante espíritu, ya se ve —dijo Price—. Usted ha visto ya mucho.

—¡Ya lo creo que he visto! —replicó el muchacho.

Había visto la vida a través de las churretas vidrieras de una taberna.

Bastante disgustado Mr. Pickwick, tanto por este diálogo como por el aspecto y maneras de los dos seres a cuya compañía se le había llevado, iba a preguntar si no podría acomodársele en un gabinete privado, cuando entraron dos o tres individuos de grata apariencia, al ver a los cuales arrojó el mancebo su cigarro a la chimenea y, diciendo por lo bajo a Mr. Price que venían para arreglar las cosas, se unió a ellos,

acercándose a una mesa que había en el extremo del salón.

Parecía, sin embargo, que las cosas no llevaban camino de arreglarse tan presto como el joven anunciara, porque hubo de seguirse una larga conversación de la que no tuvo Mr. Pickwick más remedio que oír ciertos fragmentos airados, en los que se hablaba de conducta disoluta y de perdones repetidos. Por último, percibiéronse distintamente ciertas alusiones, formuladas por el más viejo, a Whitecross, al oír las cuales, el mancebo, no obstante sus anteriores tonos fanfarrones y su espíritu y su decantado conocimiento de la vida, reclinó la cabeza en la mesa y gimió amargamente.

Grandemente satisfecho con esta repentina caída del valor del muchacho y la consiguiente moderación y humildad de su tono, tiró de la campanilla Mr. Pickwick y fue conducido a un gabinete privado, que tenía una alfombra, una mesa, sillas, un aparador, un sofá y que se hallaba adornado de un espejo y de varios gra-

bados antiguos. Allí disfrutó la ventaja de oír tocar el piano a la señora Namby, mientras se preparaba el almuerzo, que llegó al mismo tiempo que Mr. Perker.

—¡Ajá!, mi querido señor —dijo el hombrecito—. Encerrado al cabo, ¿eh? Vamos, vamos; no lo lamento, porque ahora se convencerá usted de lo absurdo de su conducta. He anotado el importe de las costas y la indemnización, y lo mejor será liquidar para no perder tiempo. Supongo que habrá vuelto Namby. ¿Qué dice usted, mi querido señor? ¿Extiendo el cheque, o quiere usted hacerlo?

Frotóse las manos el hombrecito con afectada alegría al decir esto; pero, al mirar el semblante de Mr. Pickwick, no pudo menos de volverse con gesto desconsolado hacia Sam Weller.

—Perker —dijo Mr. Pickwick—, no me hable más de eso, se lo suplico. No veo la ventaja de estar aquí, por lo cual dormiré esta noche en la prisión.

—No puede usted ir a Whitecross Street, mi querido señor —dijo Perker—. ¡Imposible! Hay sesenta camas en cada dormitorio, y las rejas están cerradas dieciséis horas todos los días.

—Prefiero ir, si es posible, a otra prisión —dijo Mr. Pickwick—. Si no, allí me las arreglaré como pueda.

—Puede usted ir a la de Fleet Street, mi querido señor, si es que se empeña usted en encerrarse en alguna parte —dijo Perker.

—Así lo haré —dijo Mr. Pickwick—. Iré allí en cuanto haya terminado de almorzar.

—Poco a poco, mi querido señor; no merece la pena de apresurarse tanto para entrar en un lugar del que la mayor parte de los hombres desea salir cuanto antes —dijo el humanitario procurador—. Necesitamos proveernos de un *habeas corpus*. En las cámaras no habrá ningún juez hasta las cuatro de la tarde. No tiene usted más remedio que esperar hasta entonces.

—Muy bien —dijo Mr. Pickwick con inagotable paciencia—. Entonces, podemos tomar

aquí una chuleta a eso de las dos. Ocúpate de eso, Sam, y encarga que sean puntuales.

Sin perder Mr. Pickwick su firmeza, a despecho de todas las reconvenciones y argumentos de Perker, aparecieron las chuletas y desaparecieron, como era de esperar. Fue luego introducido en otro coche de punto, que se dirigió a Chancery Lane, después de esperar cosa de media hora a Mr. Namby, que, habiendo sido invitado a una comida elegante, no pudo lograrse que viniera hasta entonces.

En la Cámara de doctores había dos jueces de servicio, uno del Banco del Rey y otro de la Audiencia general, y debían de tener muchos asuntos pendientes de despacho, a juzgar por el número de pasantes que por allí andaban afañosos con sus paquetes de legajos. Cuando llegaron al medio punto que forma la entrada de la Cámara, Perker se detuvo unos momentos a parlamentar con el cochero, a causa del servicio y del cambio, y Mr. Pickwick, apartándose a un

lado para evitar la muchedumbre que entraba y salía, miró a su alrededor con cierta curiosidad.

Los que en mayor grado atraían su atención eran tres o cuatro individuos mal trajeados y de humilde aspecto, que saludaban a muchos de los procuradores que cruzaban y que parecían tener que ventilar algún asunto cuya naturaleza no podía adivinar Mr. Pickwick. Eran unos hombres de apariencia sumamente curiosa. Uno de ellos era un hombre flaco y algo cojo, con raído traje negro y blanco pañuelo arrollado al cuello; otro era un personaje bastante obeso, vestido de análoga guisa, con una bufanda de color rojo oscuro, y el tercero era un ser pequeño y grotesco, con vitola de borracho y el rostro salpicado de verrugas. Merodeaban por allí con las manos cruzadas en la espalda y hablándose por lo bajo, de cuando en cuando, con ávidos semblantes. Con frecuencia se acercaban a alguno de los caballeros que llegaban presurosos y les murmuraban algo al oído. Mr. Pickwick recordaba haberles visto a la puerta

cuando en sus paseos acertaba a pasar por allí, y sentía curiosidad extrema por averiguar a qué rama de la profesión pertenecían aquellos entes desharrapados que con tanto empeño parecían ofrecerse.

A punto estaba de formular la pregunta a Namby, que se hallaba a su lado, atareado en la faena de ajustar en su dedo meñique un descomunal anillo de oro, cuando Perker apareció azorado y, advirtiéndoles que el tiempo se echaba encima, les hizo penetrar en la Cámara.

Al echar a andar Mr. Pickwick, se le acercó el cojo y, llevándose servilmente la mano al sombrero, sacó una tarjeta escrita, que Mr. Pickwick, por temor de herir, si rehusaba, los sentimientos del hombre, aceptó cortésmente y depositó en el bolsillo de su chaleco.

—Vamos —dijo Perker, volviéndose, en el momento de entrar en las oficinas, para cerciorarse de que le seguían sus amigos—. Adentro, mi querido señor. ¿Qué desea usted?

Esta pregunta iba dirigida al cojo, quien, sin que Mr. Pickwick se percatara, habíase unido a la partida. Como respuesta, volvió el cojo a llevarse la mano al sombrero, con indescriptible cortesanía, y se dirigió hacia Mr. Pickwick.

—No, no —dijo sonriendo Perker—; no le necesitamos, mi querido amigo; no le necesitamos.

—Perdone, sir —dijo el cojo—. Este señor ha tomado mi tarjeta. Espero que habrá de utilizarme, sir. El señor me ha hecho una seña. Apelo a lo que diga el mismo señor. ¿Me ha hecho usted seña, sir?

—¡Bah, bah, qué tontería! ¿Ha hecho usted señas a alguien, Pickwick? Un error, un error —dijo Perker.

—Este caballero me dio su tarjeta —replicó Mr. Pickwick sacándola del bolsillo de su chaleco—. Yo la recogí, accediendo a sus deseos, y porque, en efecto, sentía curiosidad por leerla cuando estuviera desocupado. Yo...

El pequeño procurador prorrumpió en una estrepitosa carcajada, y devolviendo la tarjeta al cojo, diciéndole que se trataba de una equivocación, dijo por lo bajo a Mr. Pickwick, cuando el hombre se hubo retirado cariacontecido, que era un fiador alquilón.

—¿Un qué? —exclamó Mr. Pickwick.

—Un fiador alquilón —replicó Perker.

—¡Alquilón!

—Sí, mi querido señor... hay aquí lo menos media docena. Le atestiguan a usted lo que le dé la gana por sólo media corona. Curiosa industria, ¿verdad? —dijo Perker, regalándose con un polvo de rapé.

—¡Cómo! ¿Quiere decir que esos hombres se ganan la vida como perjuros ante los jueces del Reino, al precio de media corona por delito? —exclamó Mr. Pickwick, estupefacto ante la revelación.

—Hombre, yo no sé si serán perjuros, mi querido señor —replicó el hombrecito—. Ésa es una palabra muy dura, mi querido señor, una

palabra durísima. Se trata de una ficción legal, mi querido señor, y nada más.

Diciendo lo cual, se encogió de hombros el procurador, sonrió, tomó un segundo polvo y encaminóse al despacho del auxiliar del juez.

Era este despacho un aposento notoriamente sucio, bajo de techo y de viejo y deteriorado revestimiento mural, y tan lóbrego que, aun siendo pleno día en el exterior, ardían sobre los pupitres grandes velas de sebo. En uno de los extremos veíase la puerta que conducía al despacho del juez, y en sus inmediaciones congregábase una muchedumbre de procuradores y auxiliares, que iban siendo llamados por el orden en que se hallaban apilados sus asuntos respectivos. Cada vez que abríase la puerta para dejar salir un grupo abalanzábase violentamente hacia la entrada el que le seguía, y como, además de los innumerables diálogos que se cruzaban entre las personas que esperaban ver al juez, producíanse no pocas discusiones entre los que acababan de salir, reinaba todo el

barullo y el ruido que pueda concebirse en un recinto de tan breves dimensiones.

Y no eran las conversaciones de aquellos caballeros los únicos ruidos que al oído llegaban. De pie sobre un cajón que se hallaba detrás de un mostrador situado en el fondo del antedespacho, había un escribiente con gafas que estaba «tomando los affidávits» que en grandes manojos eran llevados de tiempo en tiempo por otro escribiente a la firma del juez. Había un gran número de procuradores a quienes tomar juramento, y, dada la imposibilidad moral de tomárselo en conjunto, la pugna de aquellos caballeros por aproximarse al escribiente de las gafas recordaba la que se produce entre la multitud por ganar la puerta principal de un teatro cuando Su Graciosa Majestad se digna honrarlo con su presencia. Otro funcionario ponía a prueba de cuando en cuando sus pulmones, proclamando los nombres de los que estaban jurados, con objeto de entregarles sus affidávits, ya firmados por el juez, lo que daba origen

a no pocos empujones; y todas estas cosas, produciéndose simultáneamente, ocasionaban todo el alboroto que pueda desear la persona más activa y diligente. Había, empero, otra laya de personajes, compuesta por los que aguardaban con objeto de hacerse presentes en las conferencias que sus jefes habían solicitado y que era potestativo atender o no en los procuradores de la parte contraria. La actuación de éstos consistía en gritar de tiempo en tiempo el nombre del procurador contrario, para cerciorarse de que no se encontraba allí sin conocimiento de ellos.

Por ejemplo, apoyado contra la pared, junto al asiento que ocupaba Mr. Pickwick, había un muchacho de catorce años, con voz de tenor; a su lado había un pasante, con voz de bajo.

Llegó un escribiente a escape con un paquete de papeles y comenzó a mirar a su alrededor.

—Sniggle y Blink —gritó el tenor.

—Porkin y Snob —gruñó el bajo.

—Stumpy y Deacon —dijo el recién llegado.

Nadie respondió; el primero que llegó después fue invocado por los tres anteriores, procediendo él a su vez a pregonar otra firma; otro requirió a poco en alta voz a quien buscaba, y así sucesivamente.

A todo esto, el de las gafas no daba paz a la mano extendiendo *affidávits*; el juramento se administraba maquinalmente, sin pararse en detalles de puntuación y, por lo general, en estos términos:

«Tome el libro con la mano derecha éste es su nombre y su letra usted jura que el contenido de este su *affidávit* es verdadero si es así Dios se lo premie un chelín tiene usted que cambiar porque yo no tengo.»

—Bien, Sam —dijo Mr. Pickwick—; yo creo que ya habrán tomado el *habeas corpus*.

—Sí —dijo Sam—, y me gustaría que se trajeran el *habeas esqueletus*. Tiene poca gracia que le hagan a uno esperar aquí. En el tiempo que llevamos, ya tendría yo media docena de *habeas esqueletus* preparados, empaquetados y todo.

No sabríamos decir qué clase de artefacto voluminoso y difícil de manejar pensaba Sam que era un *habeas corpus*. En aquel momento salió Perker y llamó aparte a Mr. Pickwick.

Cumplidos los requisitos legales, el cuerpo de Samuel Pickwick fue en seguida confiado a la custodia de un alguacil, para ser conducido por éste a la prisión de Fleet Street, donde debía quedar detenido hasta haber pagado o satisfecho el importe de la indemnización y las costas del proceso Bardell.

—Y eso —dijo sonriendo Mr. Pickwick— va para largo. Sam, vete por un coche. Perker, mi querido amigo, adiós.

—Yo iré con usted y le dejaré instalado allí —dijo Perker.

—En realidad —repuso Mr. Pickwick—, preferiría ir acompañado solamente de Sam. Tan pronto como me encuentre instalado, le escribiré diciéndoselo y citándole. Hasta entonces, adiós.

Diciendo esto, Mr. Pickwick subió al coche que acababa de llegar, seguido del alguacil. Acomodado Sam en el pescante, partió el vehículo.

—¡Qué hombre tan extraordinario! —dijo Perker mientras se calzaba los guantes.

—Vaya un concursado que haría, sir —observó Mr. Lowten, que no estaba lejos—. ¡Cómo les quemaría la sangre a los acreedores! Hubiera sido capaz de desafiarles en cuanto ellos le hablaran de procesarle.

No pareció muy halagado el procurador con esta apreciación profesional del carácter de Mr. Pickwick, porque se alejó al punto sin dignarse contestar.

Recorrió el coche toda Fleet Street como cualquier coche de punto. Los caballos «iban mejor», al decir del cochero, cuando tenían algo delante (¡qué paso no habrían de llevar de hallar el camino libre!), por lo cual hizo que el vehículo marchara a la zaga de un carro; cuando el carro paraba, paraba el coche, y cuando el

carro se ponía en camino, reanudaba el coche su marcha. Mr. Pickwick se sentaba frente al alguacil, y el alguacil, sentado, con el sombrero entre las rodillas, silbaba un aire popular y miraba por la ventanilla.

Pero el tiempo opera verdaderas maravillas. Con la ayuda poderosa de un anciano, hasta un coche de punto es capaz de tragarse media milla de camino. Detuviéronse al fin, y Mr. Pickwick se apeó ante la puerta de Fleet.

Mirando hacia atrás el alguacil para cerciorarse de que le seguía su detenido, precedió a Mr. Pickwick; doblando a la izquierda, a poco de entrar, llegaron, después de trasponer una puerta que hallaron abierta, a un vestíbulo, en cuyo fondo había una puerta de hierro que daba frente a la primera que cruzaran y que estaba guardada por un obeso portero que tenía la llave en la mano. Esta puerta daba acceso al interior de la prisión.

Allí se detuvieron, mientras el alguacil entregaba su documentación, y allí se le dijo a Mr.

Pickwick que había de permanecer hasta cumplirse la ceremonia denominada por los iniciados «del retrato».

—¡Retratarme! —dijo Mr. Pickwick.

—Tomarle la fisonomía, sir —replicó el obeso carcelero— Somos aquí magníficos retratistas. Lo hacemos en un periquete, y siempre resulta exacto. Entre, sir, y siéntese cómodamente.

Sentóse Mr. Pickwick, defiriendo la invitación que se le hacía, y Mr. Weller, que se había situado detrás de la silla que ocupaba su amo, le dijo por lo bajo que lo del retrato era una manera como otra cualquiera de someterse a la inspección de los vigilantes para que éstos pudieran distinguir a los prisioneros de los extraños a la casa.

—Bien, Sam —dijo Mr. Pickwick—; pues que vengan los artistas. Esto es estar en medio de la calle.

—Me parece que no han de tardar mucho en hacerlo —replicó Sam—. Un reloj de pesas, sir.

—Ya lo veo —observó Mr. Pickwick.

—Y una jaula de pájaro, sir —dijo Sam—: Es una prisión dentro de otra prisión, ¿verdad, sir?

Mientras Mr. Weller se ocupaba de producir esta observación filosófica; dióse cuenta Mr. Pickwick de que había comenzado la ceremonia del retrato. Relevado de la puerta el gordo carcelero, sentóse y empezó a mirarle detenidamente, en tanto que un hombre larguirucho, que ocupaba el puesto del gordo, con las manos cruzadas bajo los faldones de la casaca, plantábase frente a Mr. Pickwick y le contemplaba largamente. Un tercero, de faz adusta, cuyo té debía haberse interrumpido inoportunamente, porque conservaba en la mano un resto de tostada, estacionóse junto a Mr. Pickwick y, apoyando sus manos en las caderas, inspeccionólo escrutadoramente. Otros dos acercáronse al grupo y estudiaron cuidadosamente los rasgos fisonómicos del caballero. Mr. Pickwick sintióse bastante molesto durante la operación y pareció agitarse inquieto en su silla; pero se guardó de

formular la más leve protesta mientras se celebraba la ceremonia, sin dirigir siquiera la palabra a Sam, que reclinado en el respaldo de la silla y meditando en la situación de su amo, no dejaba de pensar en la satisfacción que habría de proporcionarle lanzarse en brusco asalto sobre los carceleros allí congregados, de haber sido su anhelo compatible con la ley.

Concluido al cabo el retrato, participóse a Mr. Pickwick que podía ingresar en la prisión.

—¿Dónde voy a dormir esta noche? — preguntó Mr. Pickwick.

—Pues lo que es esta noche no sé decirle — replicó el obeso clavero—. Mañana se le emparejará con alguno y estará usted cómodo. La primera noche se pasa mal generalmente; pero mañana todo se arreglará.

Después de alguna discusión, se supo que uno de los vigilantes disponía de una cama para alquilar, que podría servir a Mr. Pickwick para aquella noche. Éste se prestó gustoso a alquilarla.

—Si quiere usted venir conmigo, se la enseñaré —dijo el hombre—. No es muy ancha que digamos, pero se puede dormir en ella. Por aquí, sir.

Traspusieron la verja del vestíbulo y bajaron un corto tramo de escalera. Giró la llave después de pasar ellos, y Mr. Pickwick encontróse por primera vez en su vida entre los muros de una prisión por deudas.

#### 41. LO QUE OBSERVÓ MR. PICKWICK AL INGRESAR EN LA PRISIÓN DE FLEET; LOS PRISIONEROS QUE VIO ALLÍ, Y CÓMO PASÓ LA NOCHE

Mr. Tomás Roker, que era el que había acompañado a Mr. Pickwick al ingresar en la prisión, volvió hacia la derecha, al llegar al fin del corto tramo de escaleras, y condujo al prisionero, después de atravesar una verja que estaba abierta y de subir otra corta escalera, a una estrecha y larga galería, sucia y baja de techo, ensolada con piedras y pobremente iluminada por una serie de distanciadas claraboyas.

—Ésta —dijo el carcelero, metiéndose las manos en los bolsillos y mirando con indiferencia a Mr. Pickwick—, ésta es la escalera del departamento central.

—¡Oh! —repuso Mr. Pickwick, al ver una oscura y húmeda escalera, que parecía dar acceso a una serie de sombrías cuevas subterráneas—. Y aquéllas serán, supongo yo, las pe-

queñas celdas donde los prisioneros guardan sus escasas provisiones de carbón. Son bien poco gratos lugares para tener que andar por ellos, pero muy convenientes, sin embargo.

—Sí, ya lo creo que son convenientes —replicó el vigilante—, si se tiene en cuenta que en ellas viven muchos tan ricamente. Es lo que se llama la Feria.

—¡No querrá usted decir, amigo mío —dijo Mr. Pickwick—, que esos mezquinos cuchitriles sirven de albergue a seres humanos!

—¿Que no? —replicó Mr. Roker con enojado talante—. ¿Por qué no habrían de servir?

—¡De viviendas! ¡Vivir ahí! —exclamó Mr. Pickwick.

—¡Vivir ahí, sí, y también morir ahí con mucha frecuencia! —repuso Mr. Roker—. ¿Y qué tiene de extraño? ¿Quién ha de decir nada en contra? Vivir ahí, sí, y es un magnífico sitio para vivir.

Advirtiendo que Roker se volvió un tanto amostazado al decir esto, además de musitar

unas cuantas interjecciones, relativas a sus propios ojos, miembros y sangre circulante, no consideró prudente Mr. Pickwick dar mayor extensión a su comentario. A poco comenzó Mr. Roker a subir otra escalera, tan sucia como la que les había conducido al lugar que diera origen a la discusión, seguido inmediatamente de Mr. Pickwick y de Sam.

—Aquélla —dijo Mr. Roker, deteniéndose jadeante no bien llegaron a otra galería de dimensiones análogas a la de abajo— es la escalera del café; la que está inmediatamente encima de nosotros es la tercera, y luego viene la superior; y la habitación en que va usted a dormir esta noche es lo que se llama sala del guarda, y se va por aquí... Vamos.

Dicho esto con respiración anhelosa, subió Mr. Roker otra escalera, seguido siempre de Mr. Pickwick y de Sam Weller.

Estas escaleras recibían la luz de diversas ventanas, situadas a poca distancia del suelo y que dejaban ver un patio empedrado, cerrado

por altas paredes de ladrillo, con erizado caballete de hierro. Este patio era, al decir de Mr. Roker, el patio de juego, y, según el mismo vigilante, había en aquella parte de la prisión, que correspondía a Farringdon Street, otro patio más pequeño, denominado «el patio de las pinturas» por el hecho de haber ostentado sus muros las figuras de varios barcos de guerra navegando a toda vela, y otras obras de arte, ejecutadas en tiempos pretéritos por algún dibujante prisionero en sus horas de ocio.

Una vez comunicado este interesante detalle, más con propósito de desahogar su pecho dando salida a una noticia importante que con el designio expreso de ilustrar a Mr. Pickwick, llegado el guía a otra galería penetró en un estrecho pasillo, abrió una puerta y ofrecióse a la vista un aposento de aspecto nada grato, que contenía ocho o nueve camas de hierro.

—Ésta —dijo Mr. Roker, abriendo la puerta y mirando triunfante a Mr. Pickwick—, ésta es la habitación.

Tan ligera satisfacción denotó, sin embargo, el rostro de Mr. Pickwick ante la apariencia de su aposento, que Mr. Roker, deseoso de descubrir una sensación recíproca, miró a Samuel Weller, que hasta entonces habíase limitado a observar con silenciosa dignidad.

—Ése es un dormitorio, joven —observó Mr. Roker.

—Ya lo veo —replicó Sam, volviendo la cabeza rápidamente.

—¿No pensaría usted encontrar una habitación como ésta en el hotel Farringdon? —dijo Mr. Roker con sonrisa complacida.

A esto replicó Mr. Weller con un imperceptible y natural guiño, que podía significar o que lo había pensado, o que no lo había pensado, o que nunca se le había ocurrido meditar acerca de semejante cosa, según conviniera a la imaginación del que observara el gesto. Hecho el gesto y luego de abrir el ojo, Mr. Weller procedió a inquirir cuál era el lecho que Mr. Roker describiera de modo tan optimista.

—Ése es —replicó Mr. Roker, señalando a una herrumbrosa cama que en el rincón había—. Esa cama le hace a uno dormir, quiera o no.

—Yo creería —dijo Sam, examinando el mueble en cuestión con ostensible disgusto—, yo creería que las adormideras no son nada en comparación con ella.

—Nada —dijo Mr. Roker.

—Y supongo —dijo Sam, mirando de soslayo a su amo, como si pretendiera descubrir en él síntomas de cambiar de resolución, en vista de lo que iba viendo—, supongo que los otros caballeros que duermen aquí serán caballeros.

—Nada más que caballeros —dijo Mr. Roker—. Uno de ellos se zampa sus doce pintas de cerveza diarias y no para de fumar ni en las comidas.

—Debe de ser una buena espada —dijo Sam.

—El número uno —replicó Mr. Roker.

Sin dejarse intimidar por todos estos detalles que iba conociendo, declaró Mr. Pickwick, son-

riendo, su determinación de ensayar el poder narcotizante de la cama por aquella noche, y Mr. Roker, después de comunicarle que podía entregarse al descanso a la hora que tuviese por conveniente, sin precisar advertencia previa ni formalidad de ninguna clase, retiróse, dejando a Mr. Pickwick y a Sam de pie en la galería.

Anocheecía; es decir: se encendieron unos cuantos mecheros de gas en aquel lugar, siempre oscuro, por cortesía a la noche, que sobrevenía en el exterior. Como hacía algún calor, los inquilinos de las numerosas celdas que se abrían a uno y otro lado de la galería tenían las puertas abiertas. Mr. Pickwick asomaba la nariz al pasar, lleno de curiosidad e interés. Aquí, tres o cuatro haraganes, difícilmente visibles entre la humareda del tabaco, mantenían ruidosa y desordenada conversación sobre los vasos de cerveza a medio apurar o jugaban con grasientas barajas. En la estancia contigua, tal solitario recluso inclinábase, a la luz tenue de una vela de sebo, sobre un rimerero de mancha-

das y carcomidas cuartillas, amarillas y destruidas por el tiempo, escribiendo por centésima vez el relato interminable de sus desventuras, con destino a algún magnate, cuyos ojos nunca habrían de leerlo y cuyo corazón jamás habría de conmoverse. En otra celda veíase a un hombre, con su esposa y abundante prole, aderezando una especie de cama sobre el suelo o sobre unas sillas, para que allí pasaran la noche los pequeños. Y en una cuarta, en una quinta, una sexta y una séptima, el barullo, la cerveza, los naipes y el humo del tabaco manifestábase en confusión incesante.

En las mismas galerías, y más aún en las escaleras, pululaban numerosos individuos, que allí venían, unos por estar sus habitaciones vacías y solitarias; otros, porque sus celdas estaban llenas y calurosas; la mayoría, por sentirse desasosegados y no poseer el secreto de saber qué hacer de sí mismos. Muchas castas de seres veíanse por allí: desde el artesano, con su tosco vestido de paño, hasta el distinguido pródigo,

envuelto en su batín mañanero, que, como era del caso, mostraba por los codos la ropa interior. Pero en todos advertíase el mismo aire despreocupado, la algarabía fanfarrona de pájaros insolentes, la inquietud alocada del hampa vagabunda, imposible de describir en palabras, pero fácil de experimentar en cuanto se quiera con sólo entrar en la más cercana prisión de insolventes y pararse a contemplar el primer grupo de reclusos que se vea, con el interés desplegado por Mr. Pickwick.

—Me sorprende ver —dijo Mr. Pickwick, apoyándose en la barandilla de la escalera—, me sorprende ver, Sam, que esta prisión por deudas no me parece un castigo.

—¿Cree usted, sir? —preguntó Mr. Weller.

—¿No ves cómo bebe y fuma y grita esa gente? —repuso Mr. Pickwick—. Es imposible que les preocupe estar donde están.

—¡Ah, ahí está la cosa precisamente! —replicó Sam—. A éstos no les preocupa nada; para ellos no es más que una fiesta... cerveza y

patatas asadas. Los otros son los que se encuentran aquí abatidos. Siempre están tristes y no pueden sorber cerveza ni jugar a las cartas. Ésos son los que pagarían si pudieran y que tienen el corazón deshecho en este encierro. Verá usted, sir: para que los que se pasan la vida holgazaneando por las tabernas, esto no les resulta un castigo, y para los otros, que trabajan siempre que pueden, esto es una pena durísima. Es muy desigual, como dice mi padre cuando el ponche no está hecho de mitad y mitad. Es desigual, y ahí está lo malo.

—Me parece que tienes razón, Sam —dijo Mr. Pickwick, después de reflexionar unos momentos—; tienes mucha razón.

—De cuando en cuando se ve por aquí a alguno que no se encuentra a disgusto —dijo Sam, recapacitando—; pero no sé de ninguno, como no fuera un pequeñaco, de cara sucia, y eso por la fuerza de la costumbre.

—¿Y quién fue ése? —preguntó Mr. Pickwick.

—Eso es lo que nadie pudo averiguar —respondió Sam.

—¿Pero qué fue lo que hizo?

—Pues hizo lo que otros mejor conocidos hicieron en su tiempo —replicó Sam—: hacerle una apuesta a la policía y ganársela.

—¿Eso quiere decir que contrajo deudas? —dijo Mr. Pickwick.

—Justamente, sir —replicó Sam—; y con el tiempo acabó por venir aquí. No era mucho: una ejecución por nueve libras, quintuplicadas por las costas, a pesar de lo cual se pasó aquí veinte años. Si algunas arrugas le salieron en la cara, se las borró la suciedad, porque su cara sucia y la chaqueta parda eran las mismas al cabo de los veinte años. Era un hombrecito inofensivo y pacífico, que andaba siempre buscando a alguien para charlar o para jugar, sin que ganara nunca, hasta que los vigilantes le tomaron cariño y todas las noches iba a entretenerse con ellos, contando historias. Una noche estaba, como de costumbre, paseando con un

antiguo amigo que se hallaba de guardia, cuando se le ocurrió decir de repente: «No he visto el mercado que hay aquí cerca, Bill», el mercado de Fleet se celebraba entonces, «no he visto el mercado, Bill, hace diecisiete años». «Ya lo comprendo», dijo el vigilante, fumando su pipa. «Me gustaría verlo siquiera un minuto, Bill», dijo. «Ya lo supongo», dijo el vigilante, fumando con aire distraído y afectando no darse por enterado de lo que el otro quería decirle. «Bill», dijo el hombrecito, más súbitamente que antes, «me ha venido esa idea. Déjeme usted que eche un vistazo por las calles antes de morir; y, si no me da una apoplejía, estoy de vuelta en cinco minutos». «¿Y qué sería de mí si le diera a usted la apoplejía?», dijo el vigilante. «Vaya, hombre», dijo el hombrecito, «cualquiera que me encontrase me traería a casa, porque tengo en el bolsillo mi tarjeta, Bill: número veinte, escalera del café». Y era verdad, porque cuando deseaba trabar conocimiento con algún recién llegado siempre sacaba una pequeña y

deteriorada cartulina, en la que se leían esas palabras; y ésa era la razón por la que siempre se le llamaba número veinte. Quedóse mirando fijamente el vigilante, y le dijo al cabo, en tono solemne: «Veinte, confío en usted; sé que no ha de poner en un compromiso a su viejo amigo». «No, hombre; creo tener aquí dentro algo bueno», dijo el hombrecito, y al decir esto señaló expresivamente hacia su chaleco, y de cada uno de sus ojos brotó una lágrima, cosa extraordinaria, porque no se sabía que el agua hubiera tocado nunca su rostro. Estrechó la mano del vigilante, salió de la prisión...

—¿Y no volvió? —dijo Mr. Pickwick.

—Por una vez se ha colado usted —replicó Mr. Weller—, porque volvió dos minutos antes de la hora fijada, lleno de rabia y diciendo que a poco le atropella un coche; que él no estaba acostumbrado a aquello, y que estaba decidido a escribir al lord mayor. Lograron calmarle, y se pasó cinco años sin que se le ocurriera asomarse a la puerta.

—¿Murió al cabo de esos cinco años, verdad? —dijo Mr. Pickwick.

—No murió, sir —replicó Sam—. Le entró curiosidad por salir y probar la cerveza de una taberna que acababa de establecerse por allí y que tenía un salón tan bonito que se empeñó en visitarlo todas las noches, lo cual estuvo haciendo por mucho tiempo, volviendo siempre un cuarto de hora antes de cerrarse la prisión, con lo que marchaba a las mil maravillas. Por fin, fue tanto el gusto que le tomó, que empezó a olvidarse de la hora de volver, a no preocuparse por ello y a regresar cada vez más tarde, hasta que una noche, estaba su amigo cerrando, habiendo ya dado vuelta a la llave, cuando acertó allegar. «Aguarda un poco, Bill», dijo. «¿Cómo no ha vuelto a casa aún, veinte?», dijo el vigilante. «Yo creí que estaba dentro hacía rato.» «No estaba», dijo el hombrecito, sonriendo. «Pues entonces, verás lo que te voy a hacer, mi amigo», dijo el vigilante, abriendo la puerta con pausa malhumorada. «Me parece

que hace tiempo se junta usted con malas compañías, lo cual me disgusta mucho. Por hoy no quiero hacer nada», dijo; «pero si no se limita usted a frecuentar buenas tertulias y no vuelve a tiempo, tan seguro como estoy aquí que le niego la entrada para siempre». Acometió al hombrecito un violento temblor, y no volvió a salir de la prisión en su vida.

Al acabar Sam este relato, volvió a bajar las escaleras lentamente Mr. Pickwick. Luego de dar unos cuantos paseos, con aire pensativo, por la sala de pinturas, que por hallarse a oscuras estaba desierta, participó a Mr. Weller que le parecía buena hora para que se retirara hasta el día siguiente, diciéndole que buscara una cama en que dormir en el más cercano dormitorio público y que volviera temprano al día siguiente, con objeto de preparar el traslado de las ropas de su amo desde Jorge y el Buitre. Aprestóse a obedecer Sam Weller con toda la solicitud que le era habitual, mas no sin mostrar fuerte resistencia. Llegó hasta significar el

deseo de pasar la noche tendido en el suelo; pero convencido de la obstinación con que Mr. Pickwick se hacía el sordo a sus indicaciones, acabó por retirarse.

No hay para qué ocultar el hecho de que Mr. Pickwick se sintiera abatido y preocupado, no por falta de compañía, pues la prisión se hallaba repleta de gente, y una botella de vino hubiérale bastado para comprar la más franca amistad de unos cuantos conspicuos, sin precisar la ceremonia de presentación; mas veíase solo en medio de aquella grosera muchedumbre, y experimentaba el decaimiento espiritual y la angustia que eran consecuencias naturales de reflexionar que estaba allí enjaulado sin esperanza de liberación. En cuanto a la idea de conquistar la libertad sucumbiendo a las argucias sutiles de Dodson y Fogg, ni por un momento sobrevino a su mente.

En tal estado de ánimo, encaminóse a la galería del café y comenzó a pasear lentamente. El lugar estaba inmundo, y el olor del humo del

tabaco era sofocante. Oíase un perpetuo batir de puertas, ocasionado por la gente que entraba y salía, y el ruido de voces y pisadas resonaba constantemente a lo largo de las galerías. Una joven, con un niño en sus brazos que apenas si balbuceaba de endebles y miseria, paseaba arriba y abajo, conversando con su marido, que no disponía de otro sitio para verla. Al pasar junto a Mr. Pickwick, oyó éste sollozar a la joven; y en una ocasión entregóse la muchacha a tan hondo espasmo de amargura, que no tuvo más remedio que apoyarse en la pared, mientras que el hombre tomaba el niño en sus brazos y trataba de calmarla.

Era esto demasiado para el dolorido corazón de Mr. Pickwick, que se fue a acostar más que aprisa.

Aunque la sala de guardias no ofrecía comodidad alguna, ya que en punto a decorado y mobiliario encontrábase cien veces peor que cualquier enfermería de una cárcel provinciana, tenía en aquel momento la ventaja de estar des-

ocupada. Sentóse Mr. Pickwick a los pies de su camita de hierro y empezó a preguntarse cuánto podrían sacar al año los guardias de aquella estancia inmunda. Luego de deducir por cálculos matemáticos que aquella mansión podría equiparar su renta anual a la de una callejuela de los suburbios de Londres, empezó a reflexionar en cuál sería la tentación que podría haber inducido a una desdichada mosca que trepaba por sus pantalones a introducirse en una oscura prisión, cuando podía elegir entre tantos lugares ventilados, meditación que hubo de conducirle a la irrefutable conclusión de que el insecto estaba completamente loco.

Después de resolver este punto, empezó a darse cuenta de que el sueño le invadía. Sacó del bolsillo su gorro de dormir, que había tenido la precaución de tomar aquella mañana, y desnudándose perezosamente metióse en la cama y se quedó dormido.

—¡Bravo! Ahora sobre las puntas... salta y treza... ¡duro con ello, Céfiro! Que me macha-

quen si no es la ópera tu centro. ¡Arriba!  
¡Hurra!

Estas exclamaciones, pronunciadas en tono jaranero y acompañadas de estrepitosas carcajadas, despertaron a Mr. Pickwick de uno de esos profundos sopores que, sin durar en realidad más de media hora, antójanse al durmiente haberse prolongado tres o cuatro semanas.

No bien cesó la voz prodújose en la estancia trepidación tan violenta que las ventanas temblaron en sus quicios y las camas se conmovieron. Levantóse Mr. Pickwick y quedó estático por algunos minutos, mudo de asombro ante la escena que descubrían sus ojos.

En el suelo veíase a un hombre con cazadora de largos faldones, estrechos pantalones de terciopelo y medias grises de algodón, que ejecutaba con una cornamusa un aire popular y que bailaba con un ademán grotesco y una ligereza que, contrastados con el aspecto de su traje, resultaban indescriptiblemente absurdos. Otro individuo, evidentemente beodo, que de-

bía de haber sido introducido en la cama por sus compañeros, estaba sentado entre las sábanas, entonando a duras penas una canción festiva, con acento extremadamente sentimental; y un tercero, sentado en otra de las camas, aplaudía a ambos ejecutantes con aire de perfecto conocedor y animándoles con el fervoroso entusiasmo que sacara de su sueño a Mr. Pickwick.

Era el jaleador un tipo admirable, de esa clase de gentes que nunca pueden observarse en la plenitud de su ser sino en estos lugares; no es difícil hallarles, si bien más imperfectamente, en las cuadras y en las tabernas; pero nunca alcanzan su florecimiento más que en estas cálidas estufas que parecen hallarse dispuestas por la ley al solo objeto de darles a conocer.

Era un hombre alto, de semblante aceitunado, largos cabellos y enmarañados bigotes, que venían a juntarse por debajo del mentón. No llevaba bufanda, pues había estado jugando todo el día a la pelota, y su abierta camisa mos-

traba el lujo de su interior musculoso. Llevaba en la cabeza uno de esos casquetes franceses de dieciocho peniques, con una borla juguetona, que armonizaba perfectamente con el tosco paño de su cazadora. Sus piernas, que, siendo muy largas, adolecían de honda debilidad, ostentaban unos pantalones de mezclilla de Oxford, confeccionados, al parecer, para acentuar la simetría de sus miembros. Como no estaban bien ceñidos ni debidamente abotonados, caían en desgraciados pliegues sobre un par de zapatos escotados, para enseñar un par de asquerosas medias blancas. Había en el conjunto una tonalidad de canallesca jactancia y de granujería desvergonzada que valía una mina de oro.

Ésta fue la primera figura que advirtió la atención de Mr. Pickwick; hizo un guiño a Céfiro y le suplicó con gravedad burlona que no despertara al caballero.

—¡Vaya con el bendito señor! —dijo Céfiro, mirando en derredor y afectando extremada sorpresa—. El señor está despierto. ¡Eh, Sha-

kespeare! ¿Cómo está usted, sir? ¿Cómo están María y Sarah, sir? ¿Y su vieja, sir? ¿Tendrá usted la bondad de incluirle mis respetos en el primer paquete que usted mande, sir, y decir que se los hubiera enviado antes si no hubiera temido que se hicieran pedazos en el carro, sir?

—No le des la lata al caballero con ordinarios cumplidos, cuando estás viendo que lo que desea es beber algo —dijo el de los mostachos con acento jocoso—. ¿Por qué no preguntas al señor qué es lo que quiere tomar?

—¡Vaya por Dios, se me había pasado! —replicó el otro— ¿Qué desea usted tomar, sir? ¿Quiere usted oporto, sir, o jerez, sir? Yo le recomiendo la cerveza, sir. ¿O tal vez le gusta el jugo de Malta crudo, sir? Concédame usted la felicidad de colgar su gorro de dormir, sir.

Diciendo esto, arrancó el charlatán el citado adminículo de la cabeza de Mr. Pickwick y lo encasquetó en un abrir y cerrar de ojos en la cabeza del borracho, el cual, firmemente convencido de que se hallaba deleitando a una

numerosa asamblea, continuo atormentando los oídos de los circunstantes con las modulaciones melancólicas de la canción festiva.

Despojar a un hombre violentamente de su gorro de dormir y ajustarlo en la sucia cabeza de un desconocido, no obstante el aticismo de la maniobra, entra incuestionablemente en la categoría de las bromas pesadas. Mirado el asunto precisamente bajo este prisma por Mr. Pickwick, saltó vigorosamente de su lecho, sin la más ligera advertencia previa, y descargó tan soberbio puñetazo sobre el pecho de Céfiro, que hubo de privarle de una considerable porción del imprescindible elemento que en ocasiones designase con ese mismo nombre, y, recuperando su gorro de dormir, plantóse denodado en actitud de defensa.

—¡Ahora —dijo Mr. Pickwick, sofocado, tanto por la ira como por el desgaste de energía sufrido—, vengan acá los dos... los dos!

Formulada esta liberal invitación, imprimió a sus puños cerrados un movimiento rotatorio,

con objeto de intimidar a sus adversarios con una ostentación de técnica.

La inesperada galantería de Mr. Pickwick o la aparatosa movición realizada para lanzarse del lecho y caer en masa sobre el de la cornamusa impresionaron a sus contrincantes. De que se conmovieron, no cabe duda alguna, porque en vez de aprestarse al asesinato, como era la creencia de Mr. Pickwick, quedaron suspensos; miráronse unos instantes, y acabaron por romper a reír con todas sus ganas.

—Bien; es usted un ventajista, y eso me le hace simpático —dijo Céfiro—. Ahora, vuélvase a la cama, que si no va usted a coger un reuma. Supongo que no me guardará rencor, ¿verdad? —dijo el hombre, tendiendo una manaza del tamaño de una de esas masas digitadas que cuelgan como emblema de las guante-rías.

—Desde luego que no —dijo Mr. Pickwick con apresuramiento, ya que, pasada la excitación, comenzaba a sentir frío en las piernas.

—Dispéñseme el honor —dijo el de los mostachos, ofreciendo su diestra y aspirando la *h*<sup>1</sup>.

—Con mucho gusto, sir —dijo Mr. Pickwick. Y luego de estrecharse las manos solemnemente, se metió de nuevo en la cama.

—Mi nombre es Smangle, sir —dijo el de los mostachos.

—¡Ah!... —exclamó Mr. Pickwick.

—El mío es Mivins —dijo el de las medias.

—Encantado, sir —dijo Mr. Pickwick.

—¡Ejem! —carraspeó Mr. Smangle.

—¿Decía usted algo? —dijo Mr. Pickwick.

—No, nada, sir —respondió Mr. Smangle.

—Me había parecido, sir —repuso Mr. Pickwick.

La situación, como se ve, tomaba un cariz armónico y placentero; mas, para que acabara de establecerse la cordialidad, aseguró Mr. Smangle a Mr. Pickwick que le merecían un

---

<sup>1</sup> Refiérese a la *h* de la palabra «honor», y constituye un detalle prosódico intraducible. (*N. del T.*)

elevado respeto los sentimientos de un caballero, noble inclinación que le honraba tanto más cuanto que no era discreto suponer que en modo alguno los entendiera.

—¿Va usted a pasar por la Audiencia, sir? —inquirió Mr. Smangle.

—¿Por dónde? —preguntó Mr. Pickwick.

—Por la Audiencia de Portugal Street... El tribunal de liquidación... Ya me entiende usted.

—¡Oh, no; yo, no! —respondió Mr. Pickwick.

—¿Es que sale usted, entonces? —insinuó Mivins.

—No lo espero —replicó Mr. Pickwick—. Me niego a pagar indemnización, y por eso estoy aquí.

—¡Ah, ya! —dijo Mr. Smangle—. El papel ha sido mi ruina.

—¿Es usted papelerero, tal vez, sir? —dijo ino-centemente Mr. Pickwick.

—¡Papelerero! No, hombre, no. ¡Cualquier día! No tan bajo. Nada de comercio. Al decir papel, me refiero a los pagarés.

—¡Oh! ¿Emplea usted la palabra en ese sentido? Ya comprendo —dijo Mr. Pickwick.

—¡Pero, qué caramba! Un caballero siempre está expuesto a reveses de fortuna —dijo Smangle—. ¿Y qué? Ya estoy en la prisión Fleet. Bueno. ¿Qué tenemos con eso? No estoy peor que antes.

—Ni mucho menos —replicó Mivins.

Y tenía razón, porque, lejos de hallarse peor, Mr. Smangle había prosperado, ya que, con objeto de prepararse para entrar en aquel lugar, había entrado gratuitamente en posesión de ciertos artículos de joyería que con anterioridad fueron a parar a una casa de empeño.

—Bien; pero vamos a ver —dijo Mr. Smangle—: esto está muy seco. Mojemos la boca con una gota de jerez caliente; el último que haya venido lo compra; Mivins irá a buscarlo, y yo ayudaré a beberlo. He aquí una equitativa y caballerosa distribución del trabajo. ¡Maldita sea!

Por no suscitar nueva discusión, aceptó Mr. Pickwick, contento, la propuesta, y consignó el dinero a Mr. Mivins, el cual, viendo que eran cerca de las once, dirigióse a toda prisa al café para cumplir el encargo.

—Oiga —murmuró Smangle en cuanto su amigo abandonó la estancia—, ¿qué le ha dado usted?

—Medio soberano —dijo Mr. Pickwick.

—Ése es un perro del demonio —dijo Mr. Smangle—; un guasón. No he visto otro igual; pero...

Y se detuvo bruscamente Mr. Smangle, moviendo la cabeza con aire dubitativo.

—¿No insinuará usted la probabilidad de que se quede con el dinero? —dijo Mr. Pickwick.

—¡Oh, no; no digo eso! Digo que es un muchacho caballeroso y travieso —dijo Mr. Smangle—. Pero me parece que no estaría mal que alguien bajara para vigilar si no metía el pico por casualidad en la jarra o cometía alguna

equivocación, perdiendo el dinero al subir la escalera. Oiga, sir, baje usted y vigile a ese caballero, ¿quiere usted?

Esta súplica iba dirigida a un hombrecito de aspecto nervioso y tímido, cuya apariencia denotaba gran pobreza y que había permanecido acurrucado en su lecho todo ese tiempo, sobrecogido, al parecer, por la novedad de su situación.

—¿Sabe usted dónde está el café? —dijo Smangle—. Baje usted y diga a ese señor que ha ido para ayudarle a traer la jarra. O... espere. Le diré a usted... Le diré a usted lo que vamos a hacer —dijo Smangle con gran viveza.

—¿Qué? —dijo Mr. Pickwick.

—Mandarle decir que se traiga la vuelta en cigarros. ¡Admirable idea! Corra y dígame eso. ¿Oye usted? No se perderán —continuó Smangle, volviéndose hacia Mr. Pickwick—. Yo me los fumaré.

Tan ingeniosa fue esta maniobra, y ejecutada con tan irreprochable compostura y serenidad,

que no quiso entorpecerla Mr. Pickwick, aunque en su mano hubiera estado el hacerlo. Volvió a poco Mr. Mivins con el jerez, que Mr. Smangle escanció en dos jícaras desconchadas, y considerando que, por lo que a él se refería, no debe un caballero pararse en minucias en tales circunstancias, declaró que no llegaba su orgullo hasta el punto de impedirle beber de la jarra.

Y para demostrar su sinceridad, se propinó ante la concurrencia un trago, en el que consumió la mitad casi de la jarra. Promovida, gracias a estos medios excelentes, la mejor inteligencia entre los circunstantes, procedió Mr. Smangle a divertir a sus oyentes con la relación de varias aventuras románticas, en las que se había visto envuelto en ciertas ocasiones, detallando diversas anécdotas interesantes relativas a un caballo de carreras y a una magnífica israelita, ambos bellísimos y envidiados por la nobleza y la crema de aquellos reinos.

Mucho antes de que terminaran estos elegantes extractos de la biografía del caballero habíase metido en la cama Mr. Mivins y había comenzado a roncar para toda la noche, dejando al tímido recluso y a Mr. Pickwick entregados al dominio de Mr. Smangle.

Mas no llegaron los edificantes pasajes relatados a conmover a estos dos caballeros tanto como hubiera ocurrido en otras circunstancias. Mr. Pickwick llevaba un rato dormitando, cuando percibió confusamente algo así como si el borracho hubiera de nuevo prorrumpido en la canción festiva y recibido de Mr. Smangle, por medio del jarro del agua, una tímida advertencia de que no estaba para músicas el auditorio. Durmióse otra vez Mr. Pickwick con la noción vaga de que Mr. Smangle estaba aún empeñado en la narración de una larga historia, cuyo fondo parecía consistir en haber despachado en cierta ocasión al mismo tiempo una cuenta y un caballero.

42. EN EL QUE SE DA CUENTA, LO MISMO QUE EN EL ANTERIOR, DE QUE, COMO REZA EL VIEJO PROVERBIO, LA ADVERSIDAD PROCURA AL HOMBRE EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE CUARTO. CONTIENE ASIMISMO EL EXTRAORDINARIO Y SORPRENDENTE ANUNCIO QUE HIZO MR. PICKWICK A MR. SAMUEL WELLER

Cuando abrió los ojos Mr. Pickwick a la mañana siguiente, el primer objeto en que éstos fueron a dar fue Samuel Weller, que se hallaba sentado en un negro y reducido portamantas, mirando atentamente la sólida figura del impetuoso Mr. Smangle, en tanto que Mr. Smangle, ya casi vestido, estaba sentado en su lecho, empeñado en el vano y loco intento de hacer bajar los ojos a Mr. Weller. Decimos vano y loco intento, porque Sam, luego de echar una comprensiva ojeada sobre el gorro, los pies, la cabeza, la cara, las piernas y los bigotes de Mr. Smangle, seguía mirándole fijamente, con sín-

tomas de viva satisfacción, mas concediendo a la actitud de Mr. Smangle la misma importancia que si fuera una estatua de madera del propio Guy Fawkes.

—Bueno; ¿me reconoce usted ya? —dijo Mr. Smangle, frunciendo el ceño.

—Juraría haberle visto en alguna parte, sir —replicó Sam con acento risueño.

—No se insolente con un caballero, sir—dijo Mr. Smangle.

—Por nada del mundo —replicó Sam—. Si quiere usted indicármelo cuando se despierte, me conduciré con él como en la más elegante sobremesa.

Como esta observación marcara una tendencia remota a significar que Mr. Smangle no era un caballero, montó éste en cólera.

—¡Mivins! —dijo Mr. Smangle en tono airado.

—¿Qué hay que hacer? —replicó éste desde su cama.

—¿Quién demonio es este mozo?

—Chico —dijo Mr. Mivins, mirando perezosamente desde debajo de las sábanas—, iba yo a preguntárselo. ¿Tiene aquí algún negocio?

—No —replicó Mr. Smangle.

—Entonces tírale por la escalera y dile que no se le ocurra volver hasta que yo me levante y pueda darle una patada —añadió Mr. Mivins.

Con esta pronta resolución, zambullóse de nuevo en el sueño el excelente caballero.

Como la conversación presentara síntomas inequívocos de bordear el terreno personal, juzgó oportuno terciar Mr. Pickwick.

—Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Sir —respondió Mr. Weller.

—¿Hay alguna novedad desde anoche?

—Nada de particular, sir —respondió Sam, contemplando los mostachos de Mr. Smangle—. El último efecto de una atmósfera enrarecida y confinada parece haber favorecido el desarrollo de una semilla de naturaleza sanguinaria y alarmante; pero con esta excepción, todo está bastante tranquilo.

—Voy a levantarme —dijo Mr. Pickwick—; dame ropa limpia.

Cualesquiera que hubieran sido las intenciones hostiles de Mr. Smangle, pronto evolucionó su pensamiento, solicitado por la operación de deshacer el portamantas. El contenido de éste pareció imponerle al punto la más favorable opinión, no sólo de Mr. Pickwick, sino también de Sam, el cual, según dijo Mr. Smangle en voz bastante alta para que llegara a oídos de aquel excéntrico personaje, no bien se le ofreció oportunidad, era un hombre original y muy de su gusto. En cuanto a Mr. Pickwick, la afección que le inspiraba no tenía límites.

—¿Puedo ayudarles en algo, mi querido señor? —dijo Smangle.

—En nada, que yo sepa; muchas gracias —replicó Mr. Pickwick.

—¿No hay ropa que dar a la lavandera? Conozco una magnífica lavandera de aquí cerca, que viene por mis prendas dos veces a la semana, y, ¡qué casualidad!... ¡qué feliz coinciden-

cia!... hoy le toca venir. ¿Quieren que meta alguna de esas cosas con las mías? Nada de molestia. No hablemos de eso. Si un caballero que se encuentra en una situación apurada no puede molestarse un poco para ayudar a otro que se encuentra en circunstancias análogas, ¿qué es la naturaleza humana?

Hablando de esta suerte, Mr. Smangle inclinábase hacia el portamantas cuanto podía, dirigiéndole miradas de la más ferviente y desinteresada amistad.

—¿No quiere usted dar nada a cepillar, querido amigo, al hombre que está ahí fuera? —continuó Smangle.

—Absolutamente nada, hermoso —contestó Sam, apoderándose de la respuesta—. Tal vez si uno de nosotros se pusiera a cepillar sin molestar al hombre, sería más agradable para todos, como dijo el maestro a aquel chico que se oponía a que le azotara el mayordomo.

—¿Y no hay nada que pueda yo enviar en mi caja a la lavandera? —dijo Mr. Smangle,

mirando alternadamente a Sam y a Mr. Pickwick con aire desconsolado.

—Absolutamente nada, sir —repitió Sam—. Tengo miedo de que la caja reviente sólo con usted.

Fue acompañada esta respuesta de una mirada tan expresiva a aquella porción especial de la ropa de Mr. Smangle por cuya apariencia viene a juzgarse, en general, de la pericia de la lavandera, que hubo éste de girar sobre sus talones y abandonar por el momento todo proyecto relacionado con la bolsa y guardarropa de Mr. Pickwick. Retiróse, cabizbajo, al patio, donde se obsequió con el sano y frugal desayuno de los cigarros adquiridos en la noche precedente.

Mr. Mivins, que no era fumador y cuya cuenta de artículos comestibles subía ya hasta las tejas y aun doblado el caballete, permaneció en el lecho, y según frase propia, «se desayunó con sueño».

Después de desayunar en un reducido aposento, anejo a la cantina, que ostentaba el título imponente de gabinete, recinto cuyo temporal ocupante, sin más que un leve sobreprecio, disfrutaba la inefable ventaja de escuchar la conversación de la cantina, luego de despachar con algunas comisiones a Mr. Weller, encaminóse Mr. Pickwick a la portería con objeto de consultar a Mr. Roker acerca de su futura instalación.

—¿Instalación, eh? —dijo Mr. Roker, consultando un gran libro—. Hay sitio de sobra, Mr. Pickwick. Su cédula estará en el veintisiete, en el tercero.

—¡Oh! —dijo Mr. Pickwick—. ¿Mi qué decía usted?

—Su cédula de compañía —replicó Mr. Roker—. ¿No lo comprende usted?

—Aún no —contestó sonriendo Mr. Pickwick.

—Hombre —dijo Mr. Roker—, pues es tan claro como Salisbury: tendrá usted su cédula de

compañía en el veintisiete del tercero, y el que esté en esa habitación será un compañero.

—¿Hay muchos allí? —preguntó Mr. Pickwick con aire de duda.

—Tres —respondió Mr. Roker. Mr. Pickwick tosió.

—Uno de ellos es un párroco —dijo Mr. Roker, llenando los blancos de un papel mientras hablaba—; el otro es un carnicero.

—¿Eh? —exclamó Mr. Pickwick.

—Un carnicero —repitió Mr. Roker, dando con su pluma un golpe en el pupitre con objeto de curarla de su resistencia a marcar el trazo—. ¡Vaya un punto corrido que era! ¿Te acuerdas de Tomás Martru, Neddy? —dijo Roker, dirigiéndose a otro compañero que se ocupaba de rascar el barro de sus zapatos con un cortaplumas de veinticinco hojas.

—Ya lo creo —replicó el interpelado con gran énfasis.

—¡Dios me conserve la vista! —dijo Mr. Roker, moviendo pausadamente la cabeza y mi-

rando distraídamente a través de las enrejadas ventanas, como recordando con ternura alguna escena de su pasada juventud—. Parece que fue ayer cuando le dio la paliza al cargador de carbón en Fox—underthe—Hill, junto al muelle. Aún me parece que le estoy viendo venir por el Strand, entre dos guardias, un poco apabullado por los golpes, con un parche de color pardo en la ceja derecha y con aquel precioso perrillo detrás, que luego se comió al chico. ¿Qué bromas gasta el tiempo, verdad, Neddy?

La persona a quien estas palabras iban dirigidas, que parecía de condición taciturna y reservada, limitóse a repetir la observación como un eco; y, sacudiendo Mr. Roker el poético y melancólico matiz que traicioneramente había tomado su pensamiento, descendió a la realidad de la vida y de nuevo requirió su pluma.

—¿Sabe usted quién es el otro de los que están allí? —preguntó Mr. Pickwick, nada complacido con la descripción que acababa de oír de sus futuros asociados.

—¿Quién es ese Simpson, Neddy? —dijo Mr. Roker, volviéndose hacia su compañero.

—¿Qué Simpson? —dijo Neddy.

—Hombre, ese del veintisiete del tercero, que es donde se ha destinado a este señor.

—¡Ah, es ése! —replicó Neddy—. ¡Pues no es nada! Fue entrenador de caballos; ahora es un petardista.

—¡Ah!, ya lo suponía —repuso Mr. Roker, cerrando el libro y poniendo el papelucho en manos de Mr. Pickwick—. Ésa es la cédula, sir.

Algo desconcertado por este modo sumario con que se disponía de su persona, tornó a la prisión Mr. Pickwick, recapacitando en lo que hacer debía. Convencido, sin embargo, de que sería prudente, antes de dar ningún paso, ver y hablar a los tres caballeros con quienes estaba destinado a convivir, encaminóse como pudo a la tercera nave.

Luego de vagar algún tiempo por la galería, esforzándose por descifrar entre las tinieblas los números de las diversas puertas, acabó por

dirigirse a un muchacho que acertaba a encontrarse allí ocupado en su tarea matinal de bruñir los cachivaches de estaño.

—¿Cuál es el veintisiete, amigo? —dijo Mr. Pickwick.

—Cinco puertas más allá —respondió el criado—. Hay en la puerta un hombre ahorcado, que está fumando una pipa, pintado con yeso.

Guiado por estas indicaciones, siguió Mr. Pickwick pausadamente la galería hasta que encontró el retrato de un caballero como acaba de describirse, sobre cuyo rostro llamó, golpeando con el nudillo de su índice, suavemente primero, con más fuerza después. Luego de repetir varias veces esta operación, sin resultado, aventuróse a abrir la puerta y asomarse.

Sólo había una persona en la estancia, y estaba inclinada sobre el alféizar de la ventana todo lo más hacia fuera que podía, sin perder la estabilidad, esforzándose, con gran perseverancia, por escupir en el sombrero de su amigo que

en el patio se hallaba. Como ni el hablar, ni el toser, ni el estornudar, ni el llamar, ni ningún otro modo de hacerse notar lograron que aquella persona advirtiese la presencia del visitante, Mr. Pickwick, luego de pensar un momento, acercóse a la ventana y dio un suave tirón de la chaqueta del individuo. Retrotrajo éste vivamente su cabeza y sus hombros y, mirando escrutadoramente a Mr. Pickwick, preguntó en tono gruñón que qué (y profirió una palabra que empezaba con c) se le ofrecía.

—Creo —dijo Mr. Pickwick, consultando su boleta—, creo que éste es el veintisiete del tercero.

—¿Y qué? —replicó el interpelado.

—He venido aquí porque me han dado este cacho de papel —repuso Mr. Pickwick.

—A verlo —dijo el caballero. Mr. Pickwick se lo entregó.

—Pues bien podía Roker haberle mandado a otra parte —dijo Mr. Simpson (porque no era

otro que el petardista), al cabo de un silencio enojoso.

Del mismo modo pensó Mr. Pickwick; pero en aquellas circunstancias consideró discreto guardar silencio.

Roznó Mr. Simpson unos momentos, y, asomándose luego a la ventana, produjo un fuerte silbido y pronunció a toda voz varias veces una palabra. Mr. Pickwick no logró distinguir cuál fuera ella; mas infirió que debía de tratarse de algún apodo con que se distinguía a Mr. Martin, porque unos cuantos que abajo se hallaban procedieron inmediatamente a gritar: «¡El carnicero!», imitando el tono con que esta utilísima casta social se anuncia diariamente por las mañanas ante las rejas de los sótanos<sup>2</sup>.

Lo que ocurrió después vino a confirmar lo acertado de las presunciones de Mr. Pickwick, porque, al cabo de unos segundos, un hombre,

---

<sup>2</sup> Las cocinas y dependencias anejas de las casas de Londres hállanse generalmente en los sótanos. (N. del T.)

harto apaisado para sus años, ataviado con la blusa azul profesional y con botas altas de suela circular, entró en la estancia, jadeante, seguido de otro con negra y deteriorada cazadora y gorro de piel. Este último, que sujetaba su chaqueta cerrada hasta la barbilla, alternando botones con alfileres, ostentaba una faz grosera y enrojecida y parecía un cura borracho, lo que era en realidad.

Habiendo leído estos caballeros sucesivamente la cédula de Mr. Pickwick, opinó uno de ellos que aquello era una burla, y manifestó otro su convicción de que aquello era intolerable. Después de demostrar sus sentimientos de tan explícita manera, miraron a Mr. Pickwick y se miraron unos a otros en medio de un silencio embarazoso.

—Nos ha reventado, ahora que teníamos las camas tan cómodamente dispuestas —dijo el clérigo, mirando los tres colchones, que estaban arrollados y envueltos en una manta y que ocupaban durante el día un rincón del cuarto

en guisa de lavabo, sobre el que se veía una palangana desportillada y un platillo para el jabón de loza amarilla con una flor azul—; nos ha reventado.

Abundó en esta opinión Mr. Martin, aunque expresándose en términos más enérgicos; después de dar salida Mr. Simpson a unos cuantos adjetivos sonoros y desusados en sociedad, sin sustantivo alguno que les diera escolta, reman-góse la chaqueta y empezó a lavar las verduras para la comida.

Mientras se ventilaban estas cuestiones, había Mr. Pickwick inspeccionado la estancia, que estaba verdaderamente asquerosa y que era hedionda a más no poder. No se veían en ella vestigios de alfombra, cortinas ni visillos, ni siquiera un departamento reservado. Cierto que eran escasos los objetos que pudieran hacerlo necesario; pero, aunque pocos en número y reducidos en tamaño, no faltaban restos de pan, cortezas de queso, toallas sucias, piltrafas de carne, cacharros medio rotos, fuelles sin

cánula, prendas de vestir, tostadores sin mango, cosas todas ellas que constituyen un espectáculo poco estético cuando se hallan despararramadas por el suelo de una habitación pequeña, que es vivienda y dormitorio de tres hombres ociosos.

—Creo que la cosa puede arreglarse —dijo el carnicero después de un silencio prolongado—. ¿Cuánto quiere usted por irse a otro sitio?

—Dispense, sir —objetó Mr. Pickwick—. ¿Qué quiere usted decir? No le comprendo.

—Que por cuánto accedería usted a acomodarse en otra parte —dijo el carnicero—. Por lo general son dos y medio; ¿quiere usted tres?

—... Y una ruedecita —sugirió el clérigo.

—Bien, vaya por la ruedecita; no es más que dos peniques por barba—dijo Mr. Martín.

—¿Qué le parece a usted? Le daremos a usted tres y medio semanales por dejarnos. ¡Vamos!

—Y mandarnos traer un galón<sup>3</sup> de cerveza —canturreó Mr. Simpson—. ¡Eso es!

—Para bebérselo ya mismo —dijo el cura—. ¡Manos a la obra!

—En realidad, estoy tan poco penetrado de las costumbres de la casa —replicó Mr. Pickwick—, que no entiendo a usted una palabra. ¿Es que puedo instalarme en otra parte? Yo creía que no.

Al oír semejante revelación, adoptó Mr. Martín un gesto de extraordinaria sorpresa, mirando a sus dos amigos, y acto seguido señalaron los tres con sus pulgares hacia sus hombros izquierdos. Este ademán, que se expresa con palabras mediante la frase concisa de «A la izquierda», cuando se ejecuta por varias señoras o por varios caballeros que se hallan habituados a marcarlo al unísono, resulta de un

---

<sup>3</sup> Cuatro litros y medio. (*N. del T.*)

efecto gracioso y elegante y entraña un liviano y festivo sarcasmo.

—¡Puede usted! —repitió Mr. Martín con sonrisa compasiva.

—Caramba, si yo tuviera esa idea tan incompleta de la vida, me comería el sombrero con hebilla y todo —observó el clerizonte.

—Y yo —añadió el esportivo con solemnidad.

Después de este iniciador preámbulo, los tres inquilinos del cuarto revelaron a Mr. Pickwick, en suave cuchicheo, que en la prisión de Fleet significaba el dinero lo mismo que fuera; que el dinero le proporcionaría al momento cuanto se le antojase, y que si no le importaba gastárselo y sólo anhelaba disponer de una habitación para sí, podía posesionarse de una amueblada y provista de cabo a rabo en menos de media hora.

Y con esto separáronse las partes contratantes, mutuamente satisfechas: Mr. Pickwick para volver a la portería, y los tres compañeros en-

camináronse a la cantina para gastarse allí los cinco chelines que el clérigo, con admirable precisión, había pedido prestados al primero con el mencionado objeto.

—¡Ya lo sabía yo! —dijo Mr. Roker, regodeándose cuando Mr. Pickwick le dio a conocer el motivo de su retorno—. ¿No lo decía yo, Neddy?

El filosófico propietario del cortaplumas universal asintió con un gruñido.

—¡Yo sabía que deseaba usted una habitación solitaria, claro, hombre! —dijo Mr. Roker—. Vamos a ver: necesitará usted algunos muebles. ¿Me los alquilará usted a mí, como es lógico, verdad? Esto es lo corriente.

—Con mucho gusto —replicó Mr. Pickwick.

—Mire usted: hay una magnífica habitación en la crujía del café que pertenece a un prisionero de Chancery —dijo Mr. Roker—. Puede usted quedarse con ella por una libra semanal. Creo que no le parecerá mucho eso.

—Nada —dijo Mr. Pickwick.

—Pues venga usted conmigo —dijo Mr. Roker, tomando su sombrero con gran viveza—. Eso se arregla en cinco minutos. ¡Pero, señor! ¿Por qué no me ha dicho usted desde el principio que quería las cosas bien?

La cuestión se solventó en seguida, según había predicho el vigilante. El prisionero de la Chancery llevaba allí tiempo bastante para haber perdido amigos, fortuna, hogar y felicidad y adquirido el derecho a disfrutar de una habitación para él solo. Mas como, sin embargo, solía faltarle el pan, escuchó con ansiedad la proposición que de alquilarle el cuarto le hizo Mr. Pickwick, y manifestóse al punto dispuesto a cederle la posesión indivisa y absoluta de la estancia al tanto semanal de veinte chelines, por el cual se comprometía además a desalojar a la persona o personas que allí pudieran llegar consignadas.

En tanto que ultimaban el pacto, examinóle Mr. Pickwick con dolorosa curiosidad. Era un hombre alto, flaco, de aspecto cadavérico, en-

vuelto en amplia casaca vieja y con los pies en chancletas; tenía hundidas las mejillas y febril la mirada. Sus labios estaban exangües y afilados sus huesos. ¡Pobre hombre!: los férreos dientes de la reclusión y de la indigencia habí-anle ido esquilmando durante aquellos veinte años.

—¿Y dónde va usted a vivir entre tanto? —dijo Mr. Pickwick al tiempo que depositaba el importe adelantado de la primera semana sobre la insegura mesa.

Tomó el desgraciado el dinero con mano temblorosa, y respondió que no lo sabía; ya vería y buscaría adónde trasladar su cama.

—Temo, sir —dijo Mr. Pickwick, poniéndole compasivamente la mano en el brazo—, temo que vaya usted a vivir a algún lugar ruidoso atestado de gente. Por tanto, le suplico que considere esta habitación como propia siempre que desee tranquilidad, así como cuando vengan a verle sus amigos.

—¡Amigos! —interrumpió el hombre con voz que resonó lúgubrementemente en su pecho—. Si estuviera muerto en la mina más profunda, encerrado en el ataúd con la tapa soldada, pudriéndome en el foso inmundo por donde se arrastra el cieno, bajo los cimientos de esta prisión, no podría estar más olvidado ni abandonado de lo que aquí me hallo. Soy un muerto; muerto para la sociedad, sin la conmiseración que acompaña a aquellos cuyas almas han pasado al juicio de Dios. ¡Venir a verme mis amigos! ¡Dios mío! En este lugar he descendido desde la flor de la juventud a la decrepitud, y no habrá siquiera quien, levantando su mano sobre el lecho en que yazca mi cadáver, diga: «Al fin le ha cabido la dicha de partir».

La emoción, que prestara a su semblante un destello de vida mientras hablaba, desvaneciéndose con su última palabra, y, cruzando de pronto sus escuálidas manos, salió de la estancia.

—Se anima un poquillo —dijo sonriendo Mr. Roker—. Son como los elefantes. Se hacen

sensibles de cuando en cuando y se ponen furiosos.

Formulada esta profundamente compasiva observación, dedicóse Mr. Roker a los arreglos con tanta expedición, que en un santiamén proveyóse a la estancia de una alfombra, seis sillas, una mesa, una cama—sofá, una tetera y de otros menudos utensilios alquilados por la razonable cantidad de veintisiete chelines y medio semanales.

—Bueno; ¿quiere usted algo más? —preguntó Mr. Roker, mirando satisfecho a su alrededor y sonando alegremente en su puño cerrado el primer plazo.

—Hombre, sí —dijo Mr. Pickwick, que hablaba entre dientes poco hacía—. ¿Hay aquí alguien que haga recados y esas cosas?

—¿Para fuera quiere usted decir? —preguntó Mr. Roker.

—Sí; digo que si hay quien vaya fuera que no sea prisionero.

—Sí que hay —dijo Mr. Roker—. Hay un pobre diablo, amigo de uno que está en el departamento de pobres, que se vuelve loco cuando le ocupan en algo así. Hace dos meses que se dedica a ganarse así la vida. ¿Le mando venir?

—Hágame el favor —dijo Mr. Pickwick—. Y si no, espere. ¿Dice usted el departamento de pobres? Pues me gustaría verlo. Iré yo mismo a buscarle.

El departamento de pobres en una prisión de insolventes, según previene la denominación, es aquel en que se halla recluida la más abyecta y mísera casta de los deudores. El recluso que se consigna al sector de los pobres ni paga pensión ni tanto de dormitorio. Satisface al entrar y al salir unos reducidísimos derechos y adquiere opción a una mezquina ración de alimento; con objeto de subvenir a la cual, unas pocas personas caritativas consignan en sus testamentos legados insignificantes. Muchos de nuestros lectores recordarán seguramente que

hasta hace pocos años veíase junto a la pared de la prisión de Fleet una jaula de hierro, dentro de la cual había un hombre de hambrienta catadura que sacudía de tiempo en tiempo un cepillo con algunas monedas, en tanto que exclamaba con plañidero acento: «Acuérdese de los pobres deudores; acuérdese de los pobres deudores». La colecta de este cepillo, cuando había alguna, distribuíase entre los deudores pobres, y cuando uno salía de la jaula, otro pobre recluso reemplazábale en tan denigrante ocupación.

Aunque abolida la costumbre y desaparecida la jaula cuestatoria, perdura la miserable y triste condición de aquellos seres. Ya no les consentimos implorar a las puertas de la prisión la compasión y caridad de los transeúntes; pero aún no hemos borrado de nuestro código, tal vez para edificación y ejemplo de las edades venideras, esa ley justa y saludable que prescribe alimentar y vestir al felón desaprensivo y dejar morir de hambre y de frío a los deudores

indigentes. No se trata de una ficción. No pasaría una semana sin que en todas nuestras prisiones por deudas sucumbieran fatalmente algunos de esos hombres, al cabo de las espantosas agonías de la necesidad, si no fuesen aliviadas y socorridas por sus compañeros de cárcel.

Revolviendo estas ideas en su magín, mientras subía la estrecha escalera a cuyo pie le dejara Roker, sintióse invadido Mr. Pickwick gradualmente por la más viva indignación; y era tanta la excitación ocasionada por estas reflexiones, que ya se había colado en la habitación que iba buscando, sin recordar el lugar en que se hallaba ni el objeto de su visita.

La apariencia general del recinto hízole al punto recobrase; mas no bien cayó su mirada sobre un individuo que meditaba tristemente junto al mezquino fuego, dejó caer su sombrero y quedó paralizado y suspenso de asombro.

Sí; envuelto en andrajos y sin chaqueta, exhibiendo una camisa de percal amarillenta y hecha jirones, con el cabello sobre los ojos, des-

figurado el rostro por los sufrimientos y aniquilado por el hambre, allí estaba Mr. Alfredo Jingle, con la cabeza sostenida por la mano, fijos los ojos en el fuego y ofreciendo todas las características de la postración y de la miseria.

Junto a él, apoyado contra la pared, con semblante distraído, había un robusto campesino, que a la sazón sacudía con un carcomido látigo de caza la alta bota que exornaba su derecho pie, y cuya izquierda extremidad aún calzaba una vieja zapatilla, ya que se vestía por descansadas etapas. Los caballos, los perros y el vino, todo ello revuelto, habíanle traído allí. La bota solitaria ostentaba una herrumbrosa espuela, que hacía chascar en el aire en tanto que azotaba su bota y musitaba las voces con que enardecen a los caballos los profesionales. En aquel momento debía de tomar parte en alguna reñida carrera imaginaria. ¡Pobre hombre! El más vertiginoso de sus corceles nunca le había arrastrado en tan veloz carrera como ésta, cuya meta estaba en la cárcel de Fleet.

En el lado opuesto de la estancia había un viejo sentado en un cajón de madera, con los ojos clavados en el suelo y con su faz desencarnada por la más profunda y negra desesperación. Una niña, su nietecita, colgábase de él y procuraba atraer su atención con infantiles zalamerías; pero el anciano ni oía ni veía. Aquella voz, que fuera para él música, y aquellos ojos, que fueran su luz, caían sobre sus sentidos embotados. Sus miembros temblaban de fiebre y la parálisis habíase apoderado de su mente.

Veíase en la habitación a dos o tres hombres más, que charlaban en animado grupo. Una encorvada y adusta mujer, esposa de uno de los prisioneros, regaba con gran solicitud el desmedrado tallo de una planta marchita, que bien se veía no había de dar una hoja más; emblema, tal vez cierto, de la misión que aquélla venía a cumplir.

Tales fueron los objetos que ofreciéronse a la contemplación de Mr. Pickwick al tender en derredor su mirada sorprendida. El ruido de

alguien que entraba atropelladamente fijó su atención. Volvióse hacia la puerta y toparon sus ojos con el recién llegado, en el cual reconoció, no obstante su desaliño y suciedad, los rasgos personales de Mr. Job Trotter.

—¡Mr. Pickwick! —exclamó en voz alta Job.

—¿Eh? —dijo Jingle, saltando de su asiento—. Mr. ... ¡Ah!, sí... sitio extraño... rara cosa... merecido...

Metió Mr. Jingle sus manos en aquel lugar de sus pantalones que en otro tiempo correspondiera a los bolsillos e, inclinando la barbilla sobre el pecho, acurrucóse en la silla.

Conmovióse profundamente Mr. Pickwick ante la mísera apariencia de aquellos dos hombres. La ansiosa e involuntaria mirada que lanzó Mr. Jingle sobre el trozo de cordero crudo que Job había traído consigo decía mucho más acerca de la deplorable situación en que se hallaban que dos horas de explicación verbal.

—Desearía hablarle a solas. ¿Quiere usted salir un instante?

—Ya lo creo —dijo Mr. Jingle, levantándose diligente—. No se puede ir muy lejos... no hay miedo de pasarse... parque cerrado... lindo paisaje... romántico, pero no muy extenso... abierto al público... la familia siempre está fuera... la portera no se distrae.

—Se ha olvidado usted de ponerse la chaqueta —dijo Mr. Pickwick, saliendo a la escalera con Mr. Jingle y cerrando la puerta del cuarto.

—¿Eh? —dijo Jingle—. Colgada... pariente querido... tío Tomás... no se pudo por menos... hay que comer... Exigencias de la naturaleza...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se fue, mi querido amigo... la última chaqueta... no se pudo evitar... quince días con un par de botas. Sombrilla de seda... puño de marfil... una semana... palabra... pregúntele a Job... él lo sabe bien.

—¡Que se ha pasado tres semanas viviendo de un par de botas y una sombrilla de seda con puño de marfil! —exclamó Mr. Pickwick, que

sólo recordaba haber oído cosas semejantes en los naufragios o en los relatos de la policía.

—Exacto —dijo Jingle, moviendo la cabeza—. Casa de empeños... ahí están las papeletas... ínfimas sumas... nada... ¡Todos canallas!

—¡Ah —exclamó Mr. Pickwick, tranquilizado por la explicación—, ya lo entiendo! ¿Que ha empeñado usted su vestuario?

—Todo absolutamente... también lo de Job... volaron las camisas... no importa... ahora lavadera. Dentro de poco, nada... a la cama... el hambre... la muerte... Indagatoria... montón de huesos... pobre prisionero... ni lo necesario... silencio... los jurados... proveedores... se apaña bien... muerte natural... partida defunción... funeral de pobres... bien ganado... se acabó... abajo el telón.

Llevó a cabo Jingle esta sumaria exposición singularísima de sus esperanzas en la vida con su volubilidad habitual y con varias contorsiones del rostro en guisa de sonrisas. Comprendió Mr. Pickwick fácilmente que su alocado

vivir había llevado su merecido, y mirándole fijamente, mas no con severidad, observó que sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas.

—Buen amigo —dijo Jingle, estrechándole la mano y volviendo su rostro a otro lado—. Perro ingrato... llorar de niños... no puedo evitarlo... fiebre... debilidad... padecimiento... hambre. Mercedísimo... pero muy doloroso.

Imposibilitado de prolongar la falaz apariencia de despreocupación y vencido también por el esfuerzo desplegado a tal objeto, sentóse en los escalones el desdichado vagabundo, y, cubriéndose la faz con las manos, rompió a llorar como un chiquillo.

—Vamos, vamos —dijo Mr. Pickwick lleno de emoción—, veremos lo que puede hacerse cuando me haya enterado de todo. Job, ¿dónde está ese muchacho?

—Aquí, sir —respondió Job, presentándose en la escalera. Si le describimos en una ocasión con los ojos hundidos, en su actual situación

miserable parecía que todos sus rasgos habíanse desvanecido definitivamente.

—Aquí, sir —exclamó Job.

—Vamos, sir —dijo Mr. Pickwick, esforzándose por mantener la severidad del tono, pero mostrando cuatro lagrimones que resbalaban sobre su chaleco—. Tome, sir.

¿Tome qué? Dados los antecedentes, esta frase sólo podía referirse a una bofetada. Teniendo en cuenta lo que es el mundo, debiera haber sido un soberbio puñetazo, porque Mr. Pickwick había sido engañado, estafado y ultrajado por el ente miserable que ahora estaba bajo su poder. ¿Diremos la verdad? Lo que había de tomar era algo salido del bolsillo del chaleco de Mr. Pickwick, que tintineó al caer en la mano de Job, acto que hubo de hacer brotar una chispa en la mirada y una congoja en el corazón de nuestro excelente amigo al alejarse rápido.

Ya de vuelta Sam, cuando Mr. Pickwick llegó a su cuarto, inspeccionaba los arreglos que se habían hecho para la comodidad de su amo

y miraba en torno con una especie de maliciosa complacencia, que era por extremo pintoresca. Resuelto a no conformarse con que su amo permaneciera allí, parecía Mr. Weller considerar como un alto deber moral suyo no mostrarse satisfecho de nada que se hiciera, dijera, sugiriera o propusiera.

—Oye, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Sir —respondió Mr. Weller.

—¿Ha quedado bastante bien, verdad, Sam?

—Bastante bien, sir —respondió Sam, mirando en derredor con escéptico continente.

—¿Has visto a Mr. Tupman y a nuestros otros amigos?

—Sí, los he visto, sir, y vendrán mañana; por cierto que se extrañaron mucho al saber que no debían venir hoy —replicó Sam.

—¿Has traído las cosas que necesito?

Mr. Weller dio la respuesta señalando a varios envoltorios que había depositado con el mayor cuidado posible en un rincón de la estancia.

—Muy bien, Sam —dijo Mr. Pickwick, al cabo de una breve vacilación—; escúchame lo que voy a decirte, Sam.

—Escucho, sir —repuso Mr. Weller—; fuego, sir.

—He comprendido desde el primer momento, Sam —dijo Mr. Pickwick con gran solemnidad—, que no es éste lugar adecuado para traer a un joven.

—Ni a un viejo tampoco, sir —observó Mr. Weller.

—Tienes mucha razón, Sam —dijo Mr. Pickwick—; pero los viejos vienen aquí por imprudencia o locura, y los jóvenes tal vez vienen aquí traídos por el egoísmo de aquellos a quienes sirven. Lo más discreto para esos jóvenes, desde todos los puntos de vista, es que no permanezcan aquí, ¿me entiendes, Sam?

—Pues no, sir; no lo entiendo —replicó Mr. Weller con acento cazurro.

—Pues haz lo posible, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Bien, sir —repuso Sam después de una corta pausa—; me parece que lo adivino, y puesto que lo adivino, mi opinión es que eso que dice usted es un poco duro, como decía el mayoral del correo cuando le volcó el coche la borrasca de nieve.

—Ya veo que me comprendes, Sam —dijo Mr. Pickwick—. Aparte de mi deseo de que no estés ocioso en un lugar como éste durante los años venideros, me hago cargo de que es monstruosamente absurdo que un deudor de Fleet esté servido por un criado. Sam, es preciso que me dejes por algún tiempo.

—¡Oh, por algún tiempo! ¿Eh, sir? —repuso Mr. Weller con cierto sarcasmo.

—Sí, por el tiempo que haya de permanecer aquí —dijo Mr. Pickwick—. El salario te seguirá corriendo. Uno cualquiera de mis tres amigos se alegrará mucho de tomarte, aunque no sea más que por respeto a mi persona. Y si alguna vez saliera yo de aquí, Sam —añadió Mr. Pickwick con alegría ostensible—, si saliera, te doy

mi palabra de que volverás a mi servicio inmediatamente.

—Pues ahora voy a decirle a usted una cosa, sir —dijo Mr. Weller con voz grave y solemne—, y es que eso no será; así que no me hable usted más de ello.

—Te lo digo en serio, y estoy resuelto, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—¿Lo está usted, sir? —preguntó Mr. Weller con firmeza— Muy bien, sir. También yo.

Y diciendo esto, calóse el sombrero Mr. Weller con gran decisión y salió del cuarto bruscamente.

—¡Sam! —gritó Mr. Pickwick, llamándole—. ¡Sam! ¡Ven aquí en seguida!

Pero el eco de los pasos del fugitivo habíase extinguido en la galería. Sam Weller se había marchado.

### 43. EN EL QUE SE RELATA CÓMO SAMUEL WELLER SE CREA UNA SITUACIÓN DIFÍCIL

En un salón destartalado, mal alumbrado y peor ventilado, que se halla en Portugal Street, de Lincoln's Inn Fields, toman asiento durante casi todo el año uno, dos, tres o cuatro empelucados caballeros, según los casos, apoyando sus brazos en pequeños pupitres, contruidos según la usanza de los jueces del Reino, un tanto deslustrados por el ludir incesante. Un estrado para los doctores levántase a la derecha; vese a la izquierda el banquillo de los insolventes, y un plano inclinado, guarnecido de rostros singularmente sucios, cierra el frente del recinto. Aquellos caballeros son los comisarios de la Audiencia de Insolventes, y la Audiencia de Insolventes es el nombre de la sala en que toman asiento.

Es, y ha sido desde tiempo inmemorial, el peculiar destino de esta Audiencia el de ser

considerada, por general plebiscito de todos los hampones de Londres, como su punto de reunión y lugar de refugio cotidiano. Hállase atestado siempre. Los vapores de la cerveza y del alcohol ascienden perpetuamente al techo, y, condensados por el calor<sup>4</sup>, caen por las paredes como lluvia. Hay en esta sala, en un instante cualquiera, más ropa vieja que la que se ofrece a la venta en el curso de un año en Houndsditch; más cutis sin lavar y más barbas cazcarrias que las que pueden adecentar las bombas y las barberías de Tyburn y Whitechapel desde la aurora hasta el ocaso.

No vaya a creerse que alguno de estos concurrentes tiene allí ni sombra de asunto que ventilar, ni la conexión más remota con el lugar a que acude con asiduidad tan perseverante. De ser así, no habría de qué extrañarse y desaparecería lo singular y raro del fenómeno. Algunos duermen durante casi todo el tiempo que allí

---

<sup>4</sup> Así dice el original. (*N. del T.*)

permanecen; otros llevan comestibles envueltos en pañuelos o escapándoseles de sus raídos bolsillos, y engullen y escuchan con el mismo afán; pero ni uno solo se ha sabido jamás que tenga el más ligero interés personal con el caso que allí se debate. Pase lo que pase, allí permanecen sentados desde el principio hasta el fin. En tiempo lluvioso entran hechos una sopa, y entonces las emanaciones de la sala recuerdan las de una charca infecta y cenagosa.

Un visitante accidental podría tomar aquella mansión por un templo consagrado al Genio de la Penuria. No se ve allí mensajero ni ujier cuyo traje venga a su medida, ni se percibe en todo el establecimiento un solo individuo de aspecto saludable y grato, si se exceptúa el pequeño, canoso y aceitunado alguacil, y aun este mismo, como la guinda enfermiza conservada en aguardiente, parece haberse desecado, mostrándose en un estado del que no le es dable envanecerse. Las mismas pelucas de los aboga-

dos hállanse mal empolvadas y caen lacios los bucles, perdida su crespada rigidez.

Mas los procuradores que se sientan en derredor de la gran mesa situada bajo el estrado de los comisarios son, después de todo, los que constituyen la mayor curiosidad. El bagaje profesional de los más opulentos consiste en un saco azul y en un chico, que pertenece por lo general al credo judío. No tienen auxiliares fijos, ya que sus negocios legales se ventilan en las tabernas o en los patios de las cárceles, adonde acuden en manadas y reclutan sus parroquianos lo mismo que los cocheros de los ómnibus. Son de aspecto tiznado y grasiento, y si algún vicio ha de imputárseles sería acaso la embriaguez y la charlatanería. Sus residencias vienen a caer generalmente en la zona comprendida en el círculo de una milla de radio cuyo centro es el Campo de San Jorge. Su apariencia no les abona y sus maneras son sumamente peculiares.

Mr. Salomón Pell, uno de los individuos pertenecientes a la docta actividad, era un pálido y linfático personaje, bastante gordo, que vestía un sobretodo tan pronto verde como pardo, con aterciopelado cuello de análogo matiz camaleónico; era angosta su frente, ancha su faz, abombada su cabeza, amén de tener la nariz torcida, cual si la Naturaleza, indignada con las propensiones que él advirtiera desde la cuna, hubiérale administrado un airado papirotazo definitivo. Mas, siendo asmático y corto de cuello, respiraba habitualmente por la citada facción, de modo que lo que desmerecía en estética lo ganaba en utilidad.

—Estoy seguro de sacarle adelante —dijo Mr. Pell.

—Lo está usted? —replicó la persona a quien se encarecía esta seguridad.

—Completamente seguro —replicó Pell—; pero si se hubiese valido de un cualquiera de la clase, no respondería yo de las consecuencias.

—¡Ah! —dijo el otro, abriendo una boca de a cuarta.

—No, desde luego que no —dijo Mr. Pell.

Y estiró el hocico, frunció el ceño y movió la cabeza misteriosamente.

Digamos que el lugar en que este diálogo tenía efecto era la taberna frontera de la Audiencia de Insolventes, y el otro interlocutor no era sino el viejo Mr. Weller, que allí había ido con el propósito de confortar y reanimar a un amigo cuya instancia de descargo debía verse aquel día y con cuyo procurador estaba en aquel momento consultando.

—¿Y dónde está Jorge? —inquirió el viejo.

Señaló Mr. Pell con la cabeza en dirección al gabinete interior, al que se dirigió en seguida Mr. Weller, y en el que fue acogido de la manera más calurosa y halagüeña por media docena de cofrades, que así evidenciaron la complacencia que su llegada les producía. El insolvente, que había llegado a la difícil situación actual por haber contraído una morbosa e imprudente

pasión especulativa relacionada con la industria de los cambios de tiro, parecía encontrarse a las mil maravillas y mitigaba su excitación con gambas y cerveza.

El saludo que se cruzó entre Mr. Weller y sus amigos ajustóse estrictamente al estilo masonico de la clase, y consistió en una inversión del puño derecho con simultánea exhibición del meñique en el aire. Conocimos a dos famosos cocheros (ya se han muerto los pobres) que eran gemelos y entre los cuales existía un afecto entrañable y fervoroso. Cruzáronse día por día por espacio de veinticuatro años en el camino de Dover sin que cambiaran otra cosa que este saludo, y, sin embargo, al morir uno de ellos cayó el otro en profunda melancolía y le siguió poco después.

—Bien, Jorge —dijo el anciano Mr. Weller, despojándose de su pelliza y sentándose con su acostumbrada gravedad— ¿Cómo va eso? ¿Gente en la trasera y lleno el interior?

—Perfectamente, amigo —replicó el interfecto.

—¿Vendió la yegua torda? —preguntó ansiosamente Mr. Weller.

Jorge asintió con la cabeza.

—Bueno, perfectamente —dijo Mr. Weller—. ¿El coche en seguridad también?

—En completa seguridad —replicó Jorge, retorciendo las cabezas de media docena de gambas y engulléndoselas sin pestañear.

—Muy bien, muy bien —dijo Mr. Weller—. No olvide el torno cuando va cuesta abajo. ¿Está en regla la hoja de ruta?

—La cédula, sir —dijo Pell, adivinando el sentido de lo que decía Mr. Weller—, la cédula está tan clara y satisfactoria como pueda desearse.

Movió la cabeza Mr. Weller para manifestar la íntima aprobación del procedimiento, y, volviéndose hacia Mr. Pell, dijo, señalando a su amigo Jorge:

—¿Cuándo le quita usted el toldo?

—Hombre —replicó Mr. Pell—, está el tercero en la vista y creo que le llegará el turno dentro de media hora. Dije a mi pasante que viniera a avisarnos oportunamente.

Examinó Mr. Weller al procurador de pies a cabeza con admiración, y dijo enfáticamente:

—¿Y qué va usted a tomar, sir?

—Hombre, realmente —replicó Mr. Pell— es usted muy... Mi palabra, que yo no tengo costumbre... Es tan temprano, que lo que es, ahora yo estoy casi... Bueno, puede usted traerme tres peniques de ron, amiga.

La damisela oficiante, que se había anticipado a la demanda, depositó la copa espirituosa delante de Pell y se retiró.

—¡Señores —dijo Mr. Pell, dirigiendo una mirada circular—, por el buen suceso de nuestro amigo! No soy jactancioso, señores; no es ésa una de mis debilidades; mas no puedo por menos de decir que si su amigo no hubiera tenido la fortuna de caer en mis manos... pero no

digo lo que iba a decir. Señores, a la salud de ustedes.

Apurada la copa en un abrir y cerrar de ojos, chascó sus labios Mr. Pell y miró satisfecho a la asamblea de cocheros, que indudablemente le miraban como a una deidad.

—Vamos a ver —dijo el prestigioso jurista—. ¿Qué estaba diciendo, señores?

—Me parece que estaba usted dando a entender que no tendría reparo en tomarse otro igual, sir —dijo Mr. Weller con festiva gravedad.

—¡Ja, ja! —dijo riendo Mr. Pell—. No está mal, no está mal. Pero un profesional, a esta hora de la mañana, sería un poco... Bueno, yo no sé... En fin, si se empeña...

Produjo Mr. Pell un solemne y digno carraspeo, por considerar que respondía a la actitud que debía tomar en vista del desenfrenado regocijo que en el auditorio advertía.

—El difunto lord canciller, señores, me quería mucho —dijo Mr. Pell.

—Lo cual le honraba verdaderamente —  
interrumpió Mr. Weller.

—Silencio, silencio —demandó, asintiendo,  
el cliente de Mr. Pell.

—Nada más natural.

—¡Ah, ya lo creo! —dijo un cochero de faz  
enrojecida, que no había dicho nada hasta en-  
tonces y que parecía imposible que volviera a  
decir más—. ¿Y por qué no?

Un murmullo de aprobación cundió entre  
los circunstantes.

—Recuerdo, señores —Mr. Pell—, haber  
comido con él en una ocasión; estábamos los  
dos solos, pero todo resplandecía como si se  
hubiera esperado a veinte comensales... El gran  
sello estaba a la derecha del canciller, en una  
estantería, y un hombre con colete y armadura  
dirigía la ceremonia con la espada desenvaina-  
da y medias de seda... lo cual es costumbre allí  
día y noche. De pronto dijo el canciller: «Pell,  
no es lisonja falsa, Pell. Es usted un hombre de  
talento; es usted capaz de sacar a quien quiera

en la Audiencia de Insolventes, Pell, y el país puede estar satisfecho de usted». Tales fueron sus palabras. «Lord», dije yo, «usted me confunde». «Pell», dijo, «estoy convencido de ello, ¡voto a tal!».

—¿Dijo eso? —preguntó Mr. Weller.

—Así lo dijo —confirmó Pell.

—Bien; entonces —dijo Mr. Weller— yo digo que el Parlamento podía haberle destituido; y si se hubiera tratado de un pobre hombre, ya lo hubiera hecho.

—Pero, mi querido amigo —arguyó Mr. Pell—, fue en confianza.

—¿En qué? —dijo Mr. Weller.

—En confianza.

—¡Oh, muy bien! —replicó Mr. Weller después de reflexionar un momento—. Si juró en confianza, es otra cosa.

—Claro que fue así —dijo Mr. Pell—. La diferencia es bien patente, ya comprende usted.

—Cambia la cosa por completo —dijo Mr. Weller—. Adelante, sir.

—No, no sigo adelante, sir —dijo Mr. Pell en tono quedo y serio—. Me ha hecho usted recapacitar, sir, en que aquello fue una conversación privada... privada y confidencial, señores. Señores, yo me debo a mi profesión. Podrá ocurrir que ocupe en ella un puesto brillante y prestigioso... y podrá ocurrir que no. Eso, allá el público. Yo no digo nada. Se han hecho en este recinto comentarios injuriosos para la reputación del noble amigo. Dispénsenme, señores, he cometido una imprudencia. Ahora me hago cargo de que no he procedido correctamente al mencionar este asunto sin su anuencia. Gracias, sir, gracias.

Y luego de producirse en esta forma, Mr. Pell se metió las manos en los bolsillos y, mirando en derredor con solemne apostura, sonó tres peniques con ademán resuelto.

Apenas formada esta virtuosa resolución, entraron en la estancia atropelladamente el chico y el saco azul, que eran inseparables compañeros, y dijeron —por lo menos dijo el

muchacho, porque el saco azul no tomó parte en la comunicación— que había llegado el momento. No bien se enteraron los de la partida, cruzaron la calle rápidamente y comenzaron a luchar para introducirse en la Audiencia, ceremonia previa que puede calcularse que exige por lo general de veinte a treinta minutos.

Mr. Weller, que era muy corpulento, introdujose en la multitud con la ilusoria esperanza de conquistar un lugar conveniente. Pero el éxito no acompañó a sus designios, porque, habiéndose olvidado de quitarse el sombrero, fuele encasquetado hasta los ojos por un ser invisible sobre cuyos pies había gravitado con peso considerable. A lo que parece, este individuo no tardó en manifestar la contrariedad que le producía aquella impetuosidad del anciano, porque, musitando una vaga exclamación de sorpresa, arrastró al viejo al vestíbulo, y después de una lucha violenta descubrió su cabeza y su faz.

—¡Samivel! —exclamó Mr. Weller en cuanto pudo contemplar a su extractor.

Sam movió la cabeza.

—Eres un muchachito bien afectuoso y cumplidor de tu deber, ¿no es verdad? —dijo Mr. Weller—, pues vienes a ponerle el sombrero a tu padre, ya a sus años.

—¿Qué sabía yo quién era? —respondió el hijo—. ¿Cree usted que podía reconocerle por el peso de sus pies?

—Bueno, tienes razón, Sammy —replicó Mr. Weller, desarmado al punto—. Pero, ¿qué es lo que haces aquí? Tu amo nada puede sacar de aquí, Sammy. No volverán sobre ese veredicto, no volverán, Sammy.

Y Mr. Weller movió la cabeza con legal solemnidad.

—¡Qué manías tiene usted! —exclamó Sam—. Siempre hablando de veredictos y de coartadas. ¿Quién ha dicho nada de veredictos?

Guardó silencio Mr. Weller; pero sacudió la cabeza una vez más con aire de docta suficiencia.

—Deje ya de zarandear esa chaqueta si no quiere que le salten las costuras —dijo Sam impaciente—, y sea razonable. Anoche estuve en El marqués de Granby después de marcharse usted.

—¿Viste a la marquesa de Granby, Sam? —preguntó Mr. Weller suspirando.

—Sí —replicó Sam.

—¿Cómo encontraste a la vieja?

—Bastante rara —dijo Sam—; yo creo que se está perjudicando demasiado con el ron de manzanas y con esas otras medicinas de la misma clase.

—¿Es posible, Sammy? —dijo el padre con notorio afán.

—Sí —replicó el hijo.

Tomó Mr. Weller la mano de su hijo, la apretó y la abandonó. Había en su rostro una expresión que, lejos de dejar traslucir alarma o des-

consuelo, parecía denotar una vaga y dulce esperanza. Un gesto de resignación, más bien de alegría, cruzó por su faz, al tiempo que dijo:

—No las tengo todas conmigo, Sam. ¡Sentiría sufrir al cabo una desilusión; pero creo, hijo mío, creo que el pastor tiene algo en el hígado!

—¿Se le nota algo? —inquirió Sam.

—Está tremendamente pálido —replicó el padre—, salvo la nariz, que está más encarnada que nunca. Parece que ha perdido algo el apetito; pero bebe de un modo que asusta.

Ciertos pensamientos afines al ron debieron invadir la mente de Mr. Weller en el momento de decir esto, porque se manifestó pensativo y melancólico; mas no tardó en recobrase, según vino a testimoniar el alfabeto de guiños a que solía entregarse cuando se sentía contento y satisfecho.

—Bien; ahora —dijo Sam— voy a mi negocio. Ponga el oído y no diga nada hasta que haya terminado.

Con este breve prefacio relató Sam tan sumariamente como pudo la última conversación memorable que había tenido con Mr. Pickwick.

—¡Estar allí solo, pobre hombre —exclamó el viejo Weller—, sin nadie que se interese por él! Eso no puede ser, Samivel, no puede ser.

—Claro que no —asintió Sam—; eso ya lo sabía yo antes de venir.

—¡Hombre, por Dios, se lo van a comer vivo, Sammy! —exclamó Mr. Weller.

Sam prestó asentimiento con un ademán.

—Entra ahí muy prieto, Sammy—dijo Mr. Weller metafóricamente—, y si sale, va a salir tan rubio, que no le van a conocer sus amigos más íntimos. Ni un pichón asado, Sammy. Sam Weller aprobó de nuevo con la cabeza.

—Eso no debe ser, Samivel —dijo gravemente Mr. Weller.

—No puede ser —dijo Sam.

—Desde luego que no —dijo Mr. Weller.

—Ahora —dijo Sam— ha sido usted un profeta muy agudo; ni más ni menos que el rojo

Nixon como le pintan en los libros de seis peniques.

—¿Quién era ése, Sammy? —preguntó Mr. Weller.

—No importa quién fuera —respondió Sam—; no era cochero, y eso basta para usted.

—Es que yo he conocido a un palafrenero de ese nombre —dijo musitando Mr. Weller.

—Pues no era él —dijo Sam—. Este que yo digo fue un profeta.

—¿Qué es un profeta? —preguntó Mr. Weller, mirando seriamente a su hijo.

—Hombre, uno que dice lo que va a pasar —replicó Sam.

—Me gustaría haberle conocido, Sammy —dijo Mr. Weller—. Tal vez pudiera habernos dado alguna luz sobre eso del hígado de que antes hablábamos. Sin embargo, si ya se ha muerto y no le ha traspasado el negocio a otro, no hay más que hablar. Adelante, Sammy —dijo Mr. Weller suspirando.

—Bien —dijo Sam—; decía que ha sido usted un profeta al predecir lo que le va a ocurrir a mi amo si se le deja solo. ¿No ve usted la manera de velar por él?

—No, no la veo, Sam —dijo Mr. Weller con semblante reflexivo.

—¿No ve ningún camino? —preguntó Sam.

—Ninguno —dijo Mr. Weller—, a menos que...

Y un destello de comprensión iluminó su semblante. Apagó la voz, y, aplicando su boca al oído de su vástago, dijo murmurando:

—A menos de que pudiera sacársele en un colchón liado, sin que se enteraran los porteros, Sammy; o vistiéndole de vieja, con un gran manto.

Sam Weller escuchó ambas sugerencias con soberano desdén y repitió su pregunta.

—No —dijo el viejo—; si él no quiere que tú estés allí, no veo manera. No hay salida, Sammy, no hay salida.

—Bien; entonces verá usted lo que se me ha ocurrido —dijo Sam—: voy a molestarle a usted pidiéndole un préstamo de veinticinco libras.

—¿Y para qué? —preguntó Mr. Weller.

—No se preocupe —replicó Sam—. Figúrese usted que me pide esas libras dentro de cinco minutos; figúrese usted que yo no se las quiero pagar, y ya está armada. ¿Y se atreverá usted a mandar prender a su propio hijo por ese dinero y enviarle a la cárcel de Fleet? ¿Se atreverá usted, perverso vagabundo?

Como consecuencia del apóstrofe, cambiaron padre e hijo un código completo de muecas y gesticulaciones telegráficas, después del cual el viejo Mr. Weller se sentó en un escalón de piedra y rompió a reír hasta ponerse la faz amoratada.

—¡Vaya un viejo mascarón! —exclamó Sam, indignado por el tiempo que estaba perdiéndose—. ¿Para qué se sienta ahí y para qué se está poniendo la cara como el manillero de un lla-

mador de puerta habiendo tanto que hacer?  
¿Dónde está el dinero?

—En la bolsa, Sam, en la bolsa —replicó Mr. Weller, componiendo los rasgos de su fisonomía—. Tenme el sombrero, Sammy.

Aliviado Mr. Weller del embarazoso artefacto, imprimió a su cuerpo un brusco movimiento lateral, y mediante una diestra contorsión logró introducir su mano derecha en un inmenso bolsillo, del cual, a vuelta de no pocas manipulaciones laboriosas, extrajo un cuaderno en octavo mayor, que tenía arrollada una enorme correa. De este cuaderno sacó un par de trallas, tres o cuatro hebillas, un saquito de muestras de granos y, por último, un pequeño rollo de sucios billetes de Banco, del que separó la cantidad requerida, que entregó a Sam acto seguido.

—Y ahora, Sammy —dijo el viejo, una vez que fueron nuevamente empaquetadas las trallas, las hebillas y el saco de muestras y luego de haber depositado el cuaderno en el fondo

del bolsillo mencionado—, ahora, Sammy, sé yo de un señor que hay aquí que nos arreglará el asunto en menos que se dice... un corderillo de la ley, Sammy, que como las ranas, tiene los sesos desparramados por todo el cuerpo y le llegan hasta la punta de los dedos; un amigo del lord canciller, Sammy, a quien con decirle lo que hace falta basta para que te encierre por toda la vida.

—Bueno —dijo Sam—; no se trata de eso.

—¿No se trata de qué? —preguntó Mr. Weller.

—Hombre, nada de procedimientos anti-constitucionales —protestó Sam—. Los *carga con el cuerpo*, después del movimiento continuo, son las cosas más maravillosas que se han inventado. Lo he leído en los periódicos muchas veces.

—¿Pero qué tiene eso que ver con lo nuestro? —preguntó Mr. Weller.

—Pues que yo quiero —dijo Sam— proteger esa invención y entrar por ese sistema. Ni una

palabra a la Cancillería; no me gusta ese medio. Puede no ser muy seguro para cuando se trate de salir.

Defiriendo a las convicciones de su hijo acerca de este punto, requirió Mr. Weller inmediatamente al erudito Salomón Pell y le participó su deseo de extender al instante un escrito por la suma de veinticinco libras y las costas del proceso, para ejecutar sin demora a su hijo Samuel Weller y apoderarse de su cuerpo a responder de la deuda, a más de los derechos adelantados para Salomón Pell.

El procurador estaba loco de contento, porque el cochero industrioso había sido absuelto libremente. Aprobó Mr. Pell encomiásticamente la adhesión de Sam hacia su amo; declaró que aquello le recordaba muy vivamente los sentimientos de afecto y devoción que él abrigara para con su amigo el canciller, y acto seguido condujo a Mr. Weller al Temple para jurar el affidávit de la deuda, que el chico, con la ayuda del saco azul, había extendido sobre el terreno.

Entre tanto Sam, habiendo sido ceremoniosamente presentado al cochero absuelto y a sus amigos como el retoño de Mr. Weller, de Belle Savage, fue acogido con marcada complacencia e invitado a regalarse con ellos para celebrar las circunstancias, invitación que Sam no vaciló en aceptar.

El regocijo entre los caballeros de esta clase es por lo general de un carácter grave y pacífico; pero el caso presente constituía una fiesta especial, en gracia a la cual subió algo de tono la expansión. Después de unos cuantos brindis, algo tumultuosos, en honor del comisario jefe y de Mr. Salomón Pell, que habían desplegado aquel día tan notables habilidades, un individuo con la cara picada de viruelas y de bufanda azul propuso que cantara alguien. Era de rigor que si el señor de las viruelas abogaba por el canto, se encargase él de ejecutarlo; pero el virolento declinó la proposición de una manera descompuesta y un tanto ofensiva. Con lo cual

bastó para que, como suele ocurrir en tales casos, se promoviese un violento coloquio.

—Señores —dijo el cochero—, antes que romper la armonía de esta deliciosa reunión, merecía la pena de que Mr. Samuel Weller honrase a la concurrencia.

—En realidad, señores —dijo Sam—, no tengo costumbre de cantar sin acompañamiento; pero debe hacerse cualquier cosa por llevar una vida tranquila, como dijo el hombre en el momento en que se posesionaba del faro.

Inmediatamente después de este prelude prorrumpió Sam Weller en la siguiente primitiva y hermosa leyenda, que, por considerarla poco conocida, nos tomamos la libertad de transcribir. Creemos deber llamar la atención acerca del monosílabo con que terminan el segundo y cuarto versos, que no sólo proporciona al cantor un compás de espera para tomar aliento, sino que contribuye grandemente al encanto del metro.

## ROMANCE

—Por el soto de Hounlow,  
raudo como un proyectil... iii...

iba en su intrépida jaca  
el intrépido Turpín... iii...

Al obispo, en su carroza,  
desde lejos vio venir,  
y, galopando hasta el coche,  
en él metió la nariz.

Viole llegar el obispo,  
y, asustado, dijo así:  
«Como los huevos son huevos,  
éste es el bravo Turpín».

## CORO

Viole llegar el obispo

«Te has de comer lo que has dicho  
con plomo», dijo Turpín.  
Y, disparando en su boca,

tragar le hizo el proyectil.  
No gustó mucho al cochero  
de aquella broma el cariz,  
y arreando a los caballos  
quiso a todo escape huir.  
Mas dos balas en la espalda  
le metió el bravo Turpín,  
y de que no se escapase  
consiguióle persuadir.

CORO

*(Con sarcasmo.)*

Mas dos balas...

—Yo sostengo que ese canto ofende al uniforme personalmente —dijo el virolento, interrumpiendo bruscamente la canción—. Que se me diga el nombre de ese cochero.

—No lo sabe nadie —replicó Sam—. No llevaba la tarjeta en su bolsillo.

—Protesto de que se mezcle la política —dijo el de la cara picada—. Yo afirmo que en esta asamblea es ésa una canción política, o, lo que es lo mismo, que no tiene una palabra de verdad. Yo aseguro que ese cochero no huyó, sino que lo cazaron como a un faisán; y que no oiga yo que nadie me contradice.

Como el hombre de cara picada se expresaba con gran energía y resolución y como la división de opiniones que reinaba acerca del asunto amenazaba renovar el altercado, fue oportunísima la llegada de Mr. Weller y de Mr. Pell.

—Corriente, Sammy—dijo Mr. Weller.

—El oficial estará aquí a las cuatro —dijo Mr. Pell—. ¿Supongo que no se nos escapará usted en tanto, eh? ¡Ja, ja!

—Tal vez mi cruel papá se ablande antes —replicó Sam con un gesto risueño.

—Yo no —dijo el anciano Weller.

—Sí, hombre —dijo Sam.

—De ninguna manera, por nada del mundo —replicó el inexorable acreedor.

—Pagaré a plazos de seis peniques mensuales —dijo Sam.

—No lo admitiré —dijo Mr. Weller.

—¡Ja, ja, ja! ¡Muy bien, muy bien —dijo Mr. Salomón Pell, en tanto que extendía su cuentecilla de costas—, divertido incidente! Benjamín, copia eso.

Y sonrió nuevamente Mr. Pell, mientras enteraba a Mr. Weller del importe total.

—Gracias, gracias —dijo el profesional, tomando uno de los grasientos billetes que sacó Mr. Weller del cuaderno—. Tres diez y una diez hacen cinco. Muchas gracias, Mr. Weller. Su hijo de usted es un joven verdaderamente meritorio, sir. Es un rasgo encantador en un joven —añadió Mr. Pell sonriendo amablemente en derredor, al tiempo que se abrochaba el dinero.

—¡Es buena pieza! —dijo el anciano Mr. Weller con un gesto de complacencia—. ¡Un hijo prodigioso!

—Pródigo, hijo pródigo, sir —sugirió dulcemente Mr. Pell.

—No se moleste, sir —dijo con dignidad Mr. Weller—. Yo sé ya la hora que es, sir. Cuando no lo sepa se lo preguntaré a usted, sir.

Cuando llegó el agente habíase hecho Sam tan popular, que los señores congregados resolvieron acompañarle en masa a la prisión. Salieron, pues, el demandante y el demandado del brazo; al frente, el oficial, y ocho corpulentos aurigas a la retaguardia. En el café de la Posada del Doctor hizo alto la comitiva para tomar un refrigerio, y, completados los requisitos legales, reanudó la procesión su marcha.

Alguna conmoción hubo de producirse en Fleet Street como consecuencia de la humorada de los ocho cocheros, que persistían en marchar de a cuatro en fondo. Fue también necesario dejar atrás al de la cara picada peleándose con uno del Orden público, luego de convenirse en que volverían sus amigos a buscarle. Sólo estos pequeños incidentes sobrevinieron en el cami-

no. Cuando llegaron a la puerta de Fleet, los de la cabalgata, tomándole la vez al demandante, produjeron tres horrísonas aclamaciones en honor del demandado y luego de estrecharse las manos, se separaron.

Entregado Sam a la guardia de Fleet con las formalidades de rúbrica, ante la más intensa extrañeza de Roker y con emoción evidente hasta del flemático Neddy, penetró en la prisión, dirigióse al cuarto de su amo y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Mr. Pickwick.

Entró Sam, quitóse el sombrero y sonrió.

—¡Ah, Sam, mi buen amigo! —dijo Mr. Pickwick, evidentemente satisfecho al ver de nuevo a su criado—. No fue mi intención herir ayer tus sentimientos, mi fiel compañero. Deja el sombrero, Sam, y permítame que te explique un poco más lo que quise decirte.

—Ahora no; ¿para qué, sir? —le objetó Sam.

—Sí, hombre —dijo Mr. Pickwick—. ¿Pero por qué no quieres?

—Mejor luego, sir —repuso Sam.

—¿Por qué? —inquirió Mr. Pickwick.

—Porque... —dijo Sam vacilando.

—¿Por qué razón? —preguntó Mr. Pickwick, alarmado ante la actitud de su criado—. Explícate, Sam.

—Porque —continuó Sam—, porque tengo que ventilar un asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó Mr. Pickwick, sorprendido por la confusión de Sam.

—Nada de particular, sir —replicó Sam.

—Pues si no es nada de particular —dijo Mr. Pickwick sonriendo—, dímelo primero.

—Me parece mejor ir a eso ahora mismo —dijo Sam titubeando aún.

Miróle atónito Mr. Pickwick, pero no dijo nada.

—La cosa es... —dijo Sam, deteniéndose bruscamente.

—¡Vamos! —dijo Mr. Pickwick—. Explícate, Sam.

—Pues la cosa es... —dijo Sam, haciendo un esfuerzo desesperado—. Tal vez fuera mejor buscarme una cama antes de hacer nada.

—¡Una cama! —exclamó asombrado Mr. Pickwick.

—Sí, una cama, sir —replicó Sam—. Estoy prisionero. Fui arrestado esta tarde por deudas.

—¡Arrestado por deudas! —exclamó Mr. Pickwick, desplomándose en su silla.

—Sí, por deudas, sir —replicó Sam—. Y el hombre que me ha hecho arrestar no me dejará salir hasta que usted se marche.

—¡Dios mío! —gritó Mr. Pickwick—. ¿Qué es esto?

—Lo que digo, sir —repuso Sam—. Y si cuarenta años tuvieran que pasar, seguiría yo prisionero, y muy contento; había de ser en Newgate y me daría lo mismo. ¡En este caso, el asesino está fuera, y ya lo sabe usted todo!

Con estas palabras, que hubo de repetir con violento énfasis, arrojó Sam Weller su sombrero al suelo, presa de una excitación en él desacos-

tumbrada, y, cruzándose de brazos, quedóse mirando fijamente a su amo.

#### 44. TRATA DE DIVERSOS MENUDOS INCIDENTES OCURRIDOS EN LA CÁRCEL DE FLEET Y DE LA MISTERIOSA CONDUCTA DE MR. WINKLE; REFIERE, ADEMÁS, CÓMO OBTUVO, AL FIN, SU LIBERTAD EL POBRE RECLUSO DE CHANCERY

Estaba Mr. Pickwick harto conmovido por la calurosa prueba de afecto de Sam para que le fuera dable manifestarse airado o descontento por la precipitación con que aquél se había confinado voluntariamente en una prisión por deudas, por tiempo indefinido. El único punto que persistía en aclarar era el nombre del acreedor de Sam; pero en esto no cedía Mr. Weller.

—No hay para qué, sir —dijo Sam una y otra vez—. Es un hombre atrabiliario, rencoroso, despótico y vengativo, con un corazón tan duro que no hay quien se lo ablande, como dijo el virtuoso clérigo al anciano hidrópico moribundo cuando éste le participó que, después de

todo, le parecía mejor dejar su fortuna a su esposa que emplearla en construir una iglesia.

—Pero considera, Sam —reconvínole Mr. Pickwick— que la suma es tan pequeña, que es muy fácil de satisfacer, y una vez decidido a conservarte a mi servicio, debieras recapacitar en cuánto más útil habrías de serme si pudieras salir a la calle.

—Mucho se lo agradezco, sir —replicó gravemente Mr. Weller—; pero más vale que no.

—¿Que no qué, Sam?

—Hombre, que más vale no tener que pedir el favor al malvado enemigo.

—Pero no es favor pedirle que tome el dinero, Sam —argumentó Mr. Pickwick.

—Dispéñeme, sir —repuso Sam—; sería un gran favor pagarle, y no lo merece; ahí está la cosa, sir.

Frotóse Mr. Pickwick las narices con aire contrariado y Mr. Weller juzgó pertinente cambiar el tema del diálogo.

—Yo he tomado mi resolución por principio, sir —observó Sam—, y usted toma la suya con el mismo fundamento, y esto me recuerda lo de aquel hombre que se mató por principio, como usted habrá oído decir por supuesto, sir

Guardó silencio Mr. Weller, luego de decir esto, y dirigió a su maestro una jocosa mirada con el rabillo del ojo.

—Nada de «por supuesto», Sam —dijo Mr. Pickwick, derritiéndose gradualmente en una sonrisa, a despecho de la contrariedad que había producido la obstinación de Sam—. La fama del caballero en cuestión no ha llegado a mis oídos.

—¿No, sir? —exclamó Mr. Weller—. Me deja usted turulado, sir; pues era un escribiente de un Ministerio, sir.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Mr. Pickwick.

—Sí, lo era, sir —continuó Mr. Weller—, y un caballero muy agradable... uno de esos metódicos y pulcros que meten sus pies en chan-clos de hebillas resplandecientes cuando llueve

y que no tienen otro amigo entrañable que un peto de piel de liebre; ahorraba su dinero por principio; se mudaba de camisa todos los días por principio; no hablaba jamás con sus parientes por principio y por temor a que le pidiesen dinero, y era, en suma, una persona de carácter agradable. Rapábase por principio cada quince días, y se vestía con arreglo al principio económico de hacerse tres trajes al año, devolviendo los usados. Como era tan metódico, comía todos los días en el mismo sitio, donde le costaba veintiún peniques, y no desperdiciaba ni uno, como decía el dueño de la fonda, cayéndosele las lágrimas; como no fuera lo que suponía el modo que tenía de atizar el fuego en invierno, que equivalía a una pérdida de cuatro y medio diarios; esto sin contar lo desagradable que resultaba el ver cómo lo hacía. ¡Qué grande era también tratándose de la prensa! «El Post, cuando lo deje ese caballero», decía todos los días al entrar. «Búscame el *Times*, Tomás; dame el *Morning Herald* cuando esté libre; no se te

olvide pedir el *Chronicle*, y tráeme en seguida el *Tizer*.» Luego se quedaba con los ojos fijos en un reloj y salía escapado un cuarto de minuto antes de que el chico entrase con los periódicos de la noche, los que leía con tal interés y perseverancia, que atacaba a los nervios de los demás parroquianos, especialmente de un viejo de muy malas pulgas, al que vigilaba muy de cerca el camarero en tales casos por miedo a que cometiese alguna violencia con el trinchante. Bien, sir, allí se estaba tres horas ocupando el mejor sitio, y nunca hacía nada después de comer, sino dormir, marchándose luego a un café de las cercanías, donde tomaba una taza de café y cuatro bizcochos, después de lo cual se volvía a Kensington y se acostaba. Una noche se puso muy malo; mandó por el médico; vino el médico en un cochecito verde, que tenía el estribo al estilo de Robinson Crusoe, porque lo bajaba cuando él salía y lo subía al entrar, para que no tuviera que apearse el cochero y no se enterara el público de que aquél no tenía panta-

lones que emparejaran con la librea. «¿Qué le ocurre?», dijo el doctor. «Estoy muy malo», dijo el paciente. «¿Qué ha comido usted?», dice el doctor. «Carne asada», dijo el paciente. «¿Qué es lo último que usted ha devorado?», dijo el doctor. «Bizcochos», dice el paciente. «¡Pues ahí está!», dice el doctor. «Voy a mandarle a usted en seguida una caja de píldoras, y no tome más eso», dijo. «¿Qué no tome más qué?», dice el paciente. «¿Píldoras?» «No, bizcotelas», dice el doctor. «¿Por qué?», dice el paciente, incorporándose en la cama. «Por espacio de quince años me he tomado cuatro bizcotelas todas las noches por principio.» «Bueno; pues entonces deja usted de tomarlas por principio», dice el doctor. «Las bizcotelas son sanas, sir», dice el paciente. «Las bizcotelas no son sanas, sir», dice el doctor, bastante amostazado. «Pero son tan baratas...», dice el paciente apagando un poco la voz, «y llenan tanto el estómago para ese precio...». «A cualquier precio serían caras para usted; caras, aunque le pagaran a usted por

comerlas», dijo el doctor. «¡Cuatro bizcotelas por noche», dice, «le arreglaban el negocio en seis meses!». Miróle con atención el paciente y, después de darle vueltas a la cosa en el magín, dice: «¿Está usted seguro de eso, sir?». «Apuesto mi reputación profesional», dice el doctor. «¿Cuántas bizcotelas de una sentada cree usted que me matarían?», dice el paciente. «No lo sé», dice el doctor. «¿Cree usted que bastaría con las que entran en media corona?», dice el paciente. «Creo que sí», dice el doctor. «¿Tres chelines cree usted que bastarían?», dice el paciente. «Seguramente», dice el doctor. «Muy bien», dice el paciente; «buenas noches». A la mañana siguiente se levantó, encendió el fuego, mandó traer tres chelines de bizcotelas, las tostó, se las comió y se levantó la tapa de los sesos.

—¿Y por qué hizo eso? —preguntó brusca-  
mente Mr. Pickwick, grandemente impresiona-  
do por el trágico fin del cuento.

—¿Por qué lo hizo, sir? —repitió Sam—.  
¡Pues para que quedara en pie su gran princi-

pio de que eran sanas las bizcotelas y para demostrar que él no cambiaba de costumbres por nada ni por nadie!

Con estos artificios de su amena conversación logró atajar Mr. Weller las preguntas de su amo en la primera noche de su residencia en Fleet. Viendo que eran inútiles todas sus reconvencciones, rindióse al cabo Mr. Pickwick, aunque a regañadientes, a que tomara alojamiento, por un tanto semanal, en el cuarto de un zapatero remendón, que disfrutaba de un zaquizamí en una de las galerías superiores. A este humilde departamento llevó Mr. Weller un colchón y un catre, que alquiló a Mr. Roker, y cuando se acostó por la noche encontrábase tan a gusto cual si hubiérase criado en la pensión y como si toda su familia hubiese vegetado allí desde tres generaciones atrás.

—¿Fuma usted siempre después de acostarse, viejo gallo? —preguntó Mr. Weller a su patrón cuando se hubieron entregado al descanso.

—Sí, joven cochinchino —replicó el zapatero.

—¿Me permite usted que le pregunte por qué se hace usted la cama debajo de esa mesa? —dijo Sam.

—Porque estaba acostumbrado cuando vine aquí a dormir bajo un baldaquino y las patas de la mesa me hacen ese efecto bastante bien —respondió el zapatero.

—Es usted un carácter, sir —dijo Sam.

—Nunca he tenido nada de eso —repuso el zapatero moviendo la cabeza—, y si usted necesita alguno bueno, me parece que va a serle difícil proveerse de él en esta oficina.

Mientras se desarrollaba este breve diálogo, Mr. Weller hallábase tendido en su colchón en uno de los extremos de la estancia, y en el otro el zapatero acostado en el suyo; la habitación estaba iluminada por la luz de una bujía mortecina y por la pipa del zapatero, que fulgía debajo de la mesa como un ascua. La conversación, aunque breve, bastó para que Mr. Weller se

granjeara el favor de su patrón, e incorporándose aquél sobre el codo observó al zapatero con mayor detenimiento que antes.

Era un hombre pálido, como todos los zapateros, y de barba hirsuta y crespa como la de todos los zapateros. Su rostro constituía un raro ejemplar fisonómico: torvo y de aspecto bondadoso a un tiempo, exornado de un par de ojos que debían de haber ofrecido en tiempos una expresión alegre, porque aún chispeaban. Aunque por los años no pasaba de los sesenta, sabe Dios lo envejecido que se hallaría por la reclusión, tanto, que era difícil sorprender en él un gesto de satisfacción o de alegría. Era pequeño, y como estaba acurrucado en la cama, parecía su longitud la de un hombre sin piernas. Tenía en su boca una gran pipa roja y fumaba y miraba a la luz denotando

—¿Hace mucho que está usted aquí? — preguntó Sam, rompiendo una larga pausa.

—Doce años —respondió el zapatero, mordiéndole el extremo de su pipa.

—¿Por orgullo? —inquirió Sam.

El zapatero movió la cabeza.

—Entonces —dijo Sam con cierta severidad—, ¿por qué se empeña usted en consumir su preciosa vida en esta inmensa fábrica? ¿Por qué no da su brazo a torcer y dice en Chancery que deplora usted haber ofendido a la Sala y que no volverá a hacerlo más?

Trasladó su pipa el remendón hacia un extremo de sus labios, sonrió y llevóla de nuevo a su primitivo emplazamiento sin decir una palabra.

—¿Por qué no lo hace usted? —dijo Sam, acentuando el tono perentorio de su pregunta.

—¡Ah —dijo el remendón—, usted no entiende de estas cosas! ¿Qué piensa usted que me ha arruinado, vamos a ver?

—Pues —dijo Sam, despabilando la bujía— supongo que habrá empezado usted por meterse en deudas, ¿no?

—Jamás he debido un penique —dijo el zapatero—; discurra usted.

—Hombre, tal vez —dijo Sam— se dedicó usted a comprar casa, lo que en inglés correcto se llama estar loco; o a construir, lo que en términos médicos significa caso desesperado.

Movió la cabeza el zapatero y dijo:

—Piense usted más.

—¿No habrá usted pleiteado, me figuro? —dijo Sam, con aire de sospecha.

—En mi vida —replicó el zapatero—. El hecho es que yo me he arruinado por haber recibido un dinero en herencia.

—Vamos, vamos —dijo Sam—, no es posible. ¡Qué más quisiera yo sino que algún rico enemigo se empeñara en destrozarme por ese camino! No se lo impediría yo.

—¡Oh, ya sabía yo que no había usted de creerlo! —dijo el zapatero, fumando tranquilamente su pipa—. Lo mismo haría yo en el caso de usted; pero es cierto, a pesar de todo.

—¿Cómo fue? —preguntó Sam, medio inclinado ya a dar crédito al hecho, en vista de la mirada que el remendón le dirigió.

—Pues fue así —replicó el zapatero—: un anciano, para el que yo trabajé allá en un pueblo, con una pariente del cual me casé (ya murió, Dios la bendiga, ¡y gracias le sean dadas por ello!), se sintió enfermo, y se fue.

—¿Adónde? —inquirió Sam, que empezaba a dormirse, fatigado por los numerosos acontecimientos del día.

—¿Yo que sé dónde se fue? —dijo el zapatero con voz gangosa, saboreando su pipa deliciosamente—. ¡Que se murió!

—¡Ah, ya! —dijo Sam—. ¿Y qué más?

—Bueno —dijo el zapatero—; pues dejó al morir cinco mil libras.

—Fue una gran acción la suya —dijo Sam.

—Uno de cuyos miles —prosiguió el zapatero— me dejó a mí por haberme casado con su parienta.

—Muy bien —murmuró Sam.

—Y como el viejo estaba rodeado de un gran número de sobrinas y sobrinos, que no cesaban de discutir y de pelearse por la fortuna, me

nombró su albacea y me encomendó la tarea de repartirla en fideicomiso, para hacer la distribución según rezaba el testamento.

—¿Qué quiere usted decir con eso de fideicomiso? —preguntó Sam, despierto a medias—. Si no está el dinero contante, ¿para qué sirve eso?

—Es un término legal —dijo el zapatero— que indica confianza.

—No la veo —dijo Sam, moviendo la cabeza negativamente—. Representa bien poca confianza. Sin embargo, siga usted.

—Bien —dijo el zapatero—; cuando iba yo a sacar una certificación del testamento, las sobrinas y los sobrinos, que estaban desesperados por no coger todo el dinero, presentaron contra mí un *caveat*.

—¿Qué es eso? —preguntó Sam.

—Un instrumento legal que equivale a decir «eso no sirve» —replicó el zapatero.

—Ya comprendo —dijo Sam—; una especie de cuñado de «carga con el cuerpo»<sup>5</sup>. Está bien.

—Mas —continuó el zapatero— viendo que no podían ponerse de acuerdo y que, por consiguiente, no llegaban a unirse para denunciar el testamento, retiraron el *caveat*, y yo pagué todos los legados. No bien hice esto, uno de los sobrinos entabló una demanda para anular el testamento. Viose el asunto unos meses después, ante un viejo sordo, en un cuarto trastero de una casa que hay cerca de la plaza de San Pablo, y después de que los cuatro magistrados se dedicaron durante cuatro días a zaherirse unos a otros, tomóse el presidente una semana para deliberar y para leer el apuntamiento, que tenía seis volúmenes. Por fin, sentenció que, como el testador no tenía bien la cabeza, tenía yo que devolver todo el dinero, a más de pagar las costas. Apelé; sustanciósese el pleito a presen-

---

<sup>5</sup> Así llama Sam al *habeas corpus*. (N. del T.)

cia de tres o cuatro señores soñolientos que habían ya oído la cuestión en la otra sala, donde no eran sino abogados, consistiendo la única diferencia en que aquí se les llamaba doctores y en el otro sitio delegados, que no sé si usted entenderá esto; el caso es que muy escrupulosamente confirmaron el fallo del viejo mencionado. Después pasó el asunto a la Chancery, y ahí estamos todavía, y ahí estaremos siempre. Mis abogados se han quedado ya con todas mis libras y por el total de la fortuna, como ellos dicen, y las costas; estoy aquí en prenda de diez mil, y aquí permaneceré hasta que me muera, remendando zapatos. Algunos señores han hablado de llevar la cosa al Parlamento, y creo que lo hubieran hecho; pero no teniendo tiempo de venir a verme, ni yo facultad para ir a ellos, acabaron por cansarse de mis largas cartas y abandonaron el asunto. Y éste es el evangelio, sin palabra de más ni de menos, como saben aquí muy bien más de cincuenta.

Hizo pausa el zapatero con objeto de observar el efecto que en Sam producía la historia; pero advirtiéndole que éste se había quedado dormido, sacudió las cenizas de su pipa, suspiró, púsole en el suelo, cubrióse hasta la cabeza y se durmió también.

Estaba Mr. Pickwick sentado a la mesa a la mañana siguiente desayunándose (Sam ocupábase a la sazón en limpiar los zapatos de su amo y en charolar las negras polainas en el cuarto del zapatero), cuando oyó llamar a la puerta, apareciendo, sin darle tiempo a decir «¡Adelante!», una cabeza peluda y un gorro de terciopelo de algodón, prendas que no le fue difícil reconocer como pertenecientes a Mr. Smangle.

—¿Cómo está usted? —dijo el notable personaje, acompañando a la pregunta con doscientas inclinaciones de cabeza—. Oiga... ¿espera usted alguien esta mañana? Tres hombres... bien elegantes los condenados... han estado preguntando por usted abajo y llamando a to-

das las puertas de la galería; por lo cual han sido bien sopapeados por los colegiales que han tenido que molestarse en abrirles.

—¡Caramba! ¡Qué torpeza de muchachos! —dijo Mr. Pickwick levantándose—. Sí; no tengo duda de que son unos amigos que esperaba que hubieran venido ayer.

—¡Amigos de usted! —exclamó Smangle, captando la mano de Mr. Pickwick—. No diga usted más. Amigos míos son desde este instante, y amigos también de Mivins. ¡Bravo muchacho este Mivins! Es el demonio, ¿eh? —dijo Smangle calurosamente.

—Conozco tan poco a ese caballero —dijo vacilando Mr. Pickwick—, que yo...

—Ya lo comprendo —le atajó Smangle, agarrando por el hombro a Mr. Pickwick—. Ya le conocerá usted mejor. Le encantará a usted. Ese hombre, sir —dijo Smangle con solemne continente—, tiene una fuerza cómica que haría honor al teatro de Drury Lane.

—¿Sí, eh? —dijo Mr. Pickwick.

—¡Ah, ya lo creo! —replicó Smangle—. Tiene usted que oírle hacer los cuatro gatos en la carretilla... cuatro gatos diferentes, sir, se lo aseguro. ¡Es un chico listísimo! No puede usted dejar de sentir simpatía hacia él en cuanto conozca todos sus rasgos. No tiene más que una falta... esa pequeña flaqueza de que hablé a usted.

Sacudió Mr. Smangle la cabeza con aire confidencial y, dándose cuenta Mr. Pickwick de que no tenía más remedio que decir algo, dijo «¡Ah!», y dirigió a la puerta una mirada impaciente.

—¡Ah! —repitió Mr. Smangle, dejando escapar un prolongado suspiro—. Es un hombre delicioso, sir. No conozco otro compañero mejor, pero no tiene más que ese inconveniente. Si ahora mismo se le apareciera el espectro de su abuelo, le haría firmar el acepto de un préstamo en papel timbrado.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Mr. Pickwick.

—¡Sí —añadió Mr. Smangle—, y si estuviera en su poder evocarle otra vez a los dos meses y tres días, le haría renovar el pagaré!

—Son rasgos verdaderamente notables —dijo Mr. Pickwick—; pero temo que mientras nos entretenemos aquí charlando estén mis amigos inquietos por no encontrarme.

—Yo les indicaré el camino —dijo Smangle, dirigiéndose hacia la puerta—. Buenos días; no le molestaré mientras estén aquí. Por cierto que...

Paróse de repente Smangle al pronunciar estas tres últimas palabras; cerró la puerta, que había abierto, y, acercándose suavemente a Mr. Pickwick por detrás, se puso de puntillas y dijo en murmullo imperceptible:

—¿Tendría usted inconveniente en prestarme media corona hasta el fin de la próxima semana?

A duras penas logró Mr. Pickwick contener la sonrisa; mas, conservando su gravedad, sacó la moneda y la depositó en la palma de la mano

de Mr. Smangle. Entre guiños y gesticulaciones y encareciendo el más profundo misterio desapareció Smangle para ir en busca de los tres forasteros, con quienes tornó a poco; y después de toser tres veces y de hacer otros tantos signos con la cabeza, para dar a entender a Mr. Pickwick que no se olvidaría de pagarle, estrechó efusivamente las manos de todos y se marchó por fin.

—¡Queridos amigos míos! —dijo Mr. Pickwick, estrechando sucesivamente las manos de Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass, que no eran otros los visitantes—. ¡Encantado de verles!

El triunvirato manifestóse hondamente conmovido. Mr. Tupman movió la cabeza con gesto dolorido; sacó el pañuelo Mr. Snodgrass con inequívocas señales de ternura, y retiróse a la ventana Mr. Winkle, sollozando ostensiblemente.

—Buenos días, señores —dijo Sam, entrando con los zapatos y las polainas—. Fuera melan-

colías, como dijo el chico cuando se le murió la maestra. Sean bien venidos al colegio, señores.

—Este atolondrado muchacho —dijo Mr. Pickwick, dando unas palmadas en la cabeza de Sam, que estaba arrodillado abrochando a su amo las polainas—, este atolondrado muchacho se ha hecho arrestar para quedarse a mi lado.

—¡Cómo! —exclamaron los tres amigos.

—Sí, señores —dijo Sam—; estoy... estése quieto, sir, si quiere... estoy prisionero, señores. Confinado, como dijo la señora.

—¡Prisionero! —exclamó Mr. Winkle con vehemencia extremada.

—¡Así es, sir! —respondió Sam levantando la cabeza—. ¿Qué tenemos con eso, sir?

—Yo esperaba, Sam, que... nada, nada —dijo Mr. Winkle atropelladamente.

Manifestóse Mr. Winkle en forma tan brusca y descompuesta, que Mr. Pickwick miró a sus amigos instintivamente en demanda de una explicación.

—No sabemos nada—dijo Mr. Tupman, contestando al mudo interrogante en altavoz—. Lleva dos días muy intranquilo y conduciéndose de una manera desacostumbrada en él. Sospechamos que le ocurre algo; pero él lo niega rotundamente.

—No, no —dijo Mr. Winkle, ruborizándose bajo la mirada de Mr. Pickwick—, no hay nada. Le aseguro a usted, querido, que no hay nada. Tengo que ausentarme por algún tiempo para asuntos particulares, y yo esperaba que usted autorizase a Sam para que me acompañara.

Miróle Mr. Pickwick más asombrado que antes.

—Yo creo —balbució Mr. Winkle— que Sam no se hubiera negado; pero, claro está que encontrándose prisionero es imposible. Así, pues, partiré solo.

Al decir esto Mr. Winkle, advirtió Mr. Pickwick, con alguna extrañeza, que los dedos de Sam temblaban sobre las polainas, como si se sintiera inquieto o sobresaltado. Miró Sam

hacia Mr. Winkle también en el momento en que éste acabó de hablar, y por muy fugaz que fuera la mirada que cruzaron, parecieron entenderse mutuamente a las mil maravillas.

—¿No sabes tú nada de esto, Sam? —dijo de pronto Mr. Pickwick.

—No, no sé nada, sir —replicó Mr. Weller, empezando a abotonar con extraordinaria solitud.

—¿Estás seguro, Sam? —dijo Mr. Pickwick.

—Sir —respondió Mr. Weller—, de lo que estoy seguro es de no haber oído nada de eso hasta este momento. Y si algo creyera adivinar —añadió Sam, mirando a Mr. Winkle—, no creo tener derecho a decir nada, por miedo a equivocarme.

—No me considero autorizado a profundizar más en los asuntos privados de un amigo, por íntimo que sea —dijo Mr. Pickwick después de una breve pausa—; por el momento, sólo he de decir que no entiendo una palabra de ello.

Eso es. Ya hemos hablado bastante de esta cuestión.

Dicho esto, llevó Mr. Pickwick la conversación hacia otros temas, y Mr. Winkle pareció ir recobrando gradualmente la serenidad, aunque estuviera aún muy distante de la tranquilidad completa. Tanto era lo que tenían que decirse, que se les pasó la mañana en un vuelo; y cuando a las tres dispuso Mr. Weller sobre la mesita de comer una pierna de carnero asada y una enorme empanada de carne, con varios otros manjares vegetales y los correspondientes vasos de cerveza, todo lo cual estaba sobre las sillas, en la cama—sofá o donde se podía, aprestáronse todos a hacer justicia a los comestibles, no obstante haber sido aderezada y comprada la carne y confeccionada y cocida la empanada en la inmediata cocina de la prisión.

A los manjares y a la cerveza sucedieron una o dos botellas de buen vino, en demanda del cual había Mr. Pickwick despachado un propio al café de El Cuerno, en Doctor's Commons. En

realidad la botella, o las dos botellas, pudieran decirse las seis botellas, porque acabaron de consumirse, así como el té, cuando la campana de la prisión comenzó a tañer, avisando que había llegado el momento de que se retirasen los visitantes.

Si la conducta de Mr. Winkle había sido inexplicable por la mañana, resultó completamente solemne y esotérica, bajo la influencia de sus íntimos sentimientos, así como por efecto de su participación en las seis botellas, en el momento de despedirse de su amigo. Hízose el remolón hasta que hubieron desaparecido Mr. Tupman y Mr. Snodgrass. Entonces estrechó fervorosamente la mano de Mr. Pickwick, con una expresión en la que se combinaban la más profunda y enérgica resolución con la quintaesencia de la melancolía.

—¡Buenas noches, amigo querido! —dijo Mr. Winkle por lo bajo.

—¡Que Dios le bendiga, mi querido compañero! —repuso el entrañable Mr. Pickwick, devolviendo el apretón de manos de su amigo.

—¡Vamos! —gritó Mr. Tupman desde la galería.

—Sí, al momento —replicó Mr. Winkle—. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —dijo Mr. Pickwick.

Aún hubo otras buenas noches, y otras, y otras, y hasta media docena antes de que Mr. Winkle abandonara la mano de su amigo. A todo esto, mirábale fijamente, con expresión rarísima.

—¿Ocurre algo? —dijo Mr. Pickwick, cuyo brazo estaba martirizado por la incesante sacudida.

—Nada —dijo Mr. Winkle.

—Entonces, buenas noches —dijo Mr. Pickwick, tratando de libertar su mano.

—Amigo mío, mi bienhechor, mi excelente compañero —murmuró Mr. Winkle, asiendo la muñeca de su maestro—: no me juzgue con

ligereza; no me juzgue con precipitación si oye que, lanzado a determinaciones extremas en vista de obstáculos desesperados...

—Vamos —dijo Mr. Tupman, reapareciendo a la puerta— ¿Viene usted, o es que nos van a encerrar aquí?

—Sí, sí, voy en seguida —replicó Mr. Winkle.

Y haciendo un esfuerzo violento se desprendió de su mano y salió.

Contemplaba Mr. Pickwick con aire intrigado el pasillo por donde se alejaban sus amigos, cuando vio aparecer a Sam Weller en la escalera, acercarse a Mr. Winkle y murmurar algo en su oído.

—Desde luego, esté usted seguro —dijo en alta voz Mr. Winkle.

—Gracias, sir. ¿No me olvidará, sir? —dijo Sam.

—Claro que no —replicó Mr. Winkle.

—Buena suerte, sir —dijo Sam, llevándose la mano al sombrero—. Me hubiera gustado acompañarle, sir; pero el amo es lo primero.

—Le enaltece mucho eso de quedarse aquí —dijo Mr. Winkle.

Y dicho esto, desapareció escaleras abajo.

—Es extraordinario —dijo Mr. Pickwick, entrando de nuevo en su habitación y sentándose a la mesa en actitud meditabunda—. ¿Qué es lo que puede ir a hacer ese muchacho?

Llevaba un rato rumiando este asunto, cuando oyó la voz del portero Roker, que pedía autorización para entrar.

—Ya lo creo —dijo Mr. Pickwick.

—Le traigo una almohada más blanda, sir —dijo Roker—, en vez de la provisional que tuvo usted anoche.

—Gracias —dijo Mr. Pickwick—. ¿Quiere usted una copa de vino?

—Es usted muy amable, sir —repuso Mr. Roker, aceptando la copa que se le ofrecía—. Por usted, sir.

—Gracias —dijo Mr. Pickwick.

—Tengo el sentimiento de decirle que su patrón está muy mal esta noche, sir —dijo Roker, dejando el vaso e inspeccionando el forro de su sombrero, como para ponérselo otra vez.

—¡Cómo! ¡El prisionero de Chancery! —exclamó Mr. Pickwick.

—No será ya por mucho tiempo el prisionero de Chancery, sir —replicó Roker, dando la vuelta al sombrero hasta poner a la derecha, conforme se mira hacia dentro, la marca del fabricante.

—Me deja usted frío —dijo Mr. Pickwick—. ¿Qué quiere usted decir?

—Hace mucho tiempo que se está consumiendo —dijo Mr. Roker—, y esta noche le ha dado un ahogo. Dijo el médico hace seis meses que como no fuera el cambio de aire nada podía salvarle.

—¡Cielo santo! —exclamó Mr. Pickwick—. ¡Este hombre está siendo asesinado lentamente por la ley desde hace seis meses!

—No sé —repuso el portero, sopesando el sombrero, que tenía sujeto por las alas—. Supongo que le hubiera pasado lo mismo en cualquiera otra parte. Fue a la enfermería esta mañana; el doctor dice que hay que levantarle las fuerzas todo lo posible, y el guarda le ha mandado vino y pan de su casa. No es culpa del guarda, ya comprende usted, sir.

—Claro que no —se apresuró a replicar Mr. Pickwick.

—Temo, sin embargo —dijo Roker, moviendo la cabeza—, que todo sea inútil. He apostado con Neddy seis contra uno acerca de esto; pero no quiere aceptarlo, y hace muy bien. Gracias, sir. Buenas noches, sir.

—Espere —dijo Mr. Pickwick con visible afán—. ¿Dónde está la enfermería?

—Precisamente encima de donde usted duerme, sir —contestó Roker—. Yo le enseñaré si quiere venir.

Descolgó Mr. Pickwick su sombrero sin decir palabra y siguió a Roker.

Condújole el portero en silencio, y levantando suavemente el picaporte de una habitación invitó a entrar a Mr. Pickwick. Era un aposento espacioso, desmantelado y triste, en el que había varias camas de hierro: en una de ellas veíase la sombra yacente de un hombre desvañecido, pálido y espectral. Su respiración era difícil, y cada vez que el aire entraba o salía percibíase un penoso gemido. A la cabecera del lecho sentábase un viejecito con mandil de zapatero, que, con ayuda de unas gafas de cerco de cuerno, leía en alta voz pasajes de la Biblia. Era el afortunado legatario.

El enfermo apoyó su mano en el brazo de su acompañante y le invitó a interrumpir la lectura. El viejo cerró el libro y lo depositó en el lecho.

—Abra la ventana —dijo el paciente.

Hízolo el viejo así. El estrépito de coches y carromatos, el rumor de los gritos de hombres y chicos, el trepidar de las ruedas, el zumbido afanoso de toda una muchedumbre animada

por el instinto de la vida y del trabajo fundidos en sordo murmullo flotaban en el interior de la mísera estancia. Sobre el ruidoso eco que entraba de la calle destacábase a las veces una insolente carcajada; un retazo de canción jocosa saltaba de la multitud, hería el oído por un instante y perdíase a poco en el confuso escándalo de voces y pisadas: eran los rompientes del proceloso mar de la vida en su incesante ir y venir. ¡Si tales ecos despiertan sensaciones de melancolía en un indiferente, qué impresión no habrán de causar en aquel que contempla un lecho de muerte!

—No hay aire aquí —dijo el enfermo con acento débil—. El lugar lo enrarece. Era fresco y saludable el que yo respiraba al entrar aquí, hace años; pero se hace tibio y pesado al penetrar entre estas paredes. No puedo respirarlo.

—Juntos lo hemos respirado bastante tiempo —dijo el viejo—. Vamos, vamos.

Siguió un corto silencio, durante el cual se aproximaron a la cama los dos espectadores. El

enfermo tomó una mano de su viejo compañero de prisión y, estrechándola efusivamente entre las suyas, la retuvo en un apretón prolongado.

—Espero —balbució al cabo de un rato, con acento tan desmayado que los visitantes tuvieron que acercar el oído para recoger los débiles sonidos que dejaban salir los labios del paciente—, espero que mi Juez Misericordioso me tendrá en cuenta el duro castigo que he sufrido en la tierra. ¡Veinte años, amigo mío, veinte años en esta odiosa tumba! Mi corazón se destrozó cuando murió mi niño, y ni siquiera pude besarle en su cajita. Mi soledad desde entonces, en medio de este ruido y de esta barahúnda, ha sido espantosa. ¡Que Dios me perdone! Él ha visto mi muerte lenta y solitaria.

Cruzó sus manos y, murmurando entre dientes algo que no pudo oírse, cayó en un sueño profundo, sueño no más al principio, porque le vieron sonreír.

Cambiáronse algunas palabras entre los circunstantes, y acercándose el portero a la almohada, retrocedió bruscamente.

—¡Ya alcanzó su libertad! —dijo el hombre.

Y así era, en efecto. Pero como su vida se había parecido tanto a la muerte, no pudieron distinguir cuándo pasó de una a otra.

45. EN EL QUE SE DESCRIBE UNA CONMOVEDORA ENTREVISTA QUE TUVO MR. SAMUEL WELLER CON SU FAMILIA. MR. PICKWICK DA LA VUELTA AL MUNDO DIMINUTO EN QUE HABITA Y RESUELVE MEZCLARSE EN ÉL LO MENOS POSIBLE EN LO FUTURO

Unas cuantas mañanas después de su encarcelamiento, después de haber arreglado Mr. Samuel Weller con todo celo la habitación de su amo y de verle sentado confortablemente entre sus libros y papeles, retiróse con propósito de emplear una o dos horas en aquello que le viniera en gana. Era una mañana hermosa y pensó Sam que una pinta de cerveza gustada al aire libre podría amenizarle un cuarto de hora, lo mismo que cualquier otro pasatiempo con que pudiera regalarse.

Formulada esta conclusión, encaminóse a la cantina. Después de adquirir la cerveza y de proveerse además del periódico de cuatro días

atrás, dirigióse al patio del juego de bolos y, sentándose en un banco, procedió a solazarse apacible y metódicamente.

Empezó por refrescarse el gaxnate con un trago de cerveza, y enderezando su mirada hacia una ventana, dedicó una platónica ojeada a una muchachita que pelaba patatas enfrente. Desplegó el periódico y lo dobló de modo que quedara visible la sección de política; y como esta operación es un tanto difícil y embarazosa cuando reina el viento, tomó otro sorbo de cerveza, luego de haberla llevado a feliz término.

Leyó un par de líneas del diario, y se detuvo de pronto para mirar a una pareja de jugadores que terminaba un partido, concluido el cual gritó Sam: «¡Muy bien!», manifestando su aprobación, y paseó la mirada por los espectadores con objeto de cerciorarse de si la opinión de éstos coincidía con la suya propia. Todo esto imponía la necesidad de mirar también hacia la ventana, y como la muchacha aún se encontrara allí, era obligada la fineza de un nuevo guiño,

así como el beber a su salud, acompañando el acto de un nuevo ademán, propinándose un segundo trago de cerveza; y después de mirar con terrible ceño a un chiquillo que se había percatado de la amable demostración referida, abriendo los ojos desmesuradamente, cruzó las piernas y, sujetando el periódico con las dos manos, empezó a leer con gran atención.

Aún no había logrado la abstracción requerida, cuando le pareció oír su nombre, pronunciado hacia una puerta lejana. No era ilusión, porque el nombre pasó de boca en boca, y a los pocos segundos tronó el aire con el nombre de ¡Weller!

—¡Presente! —gritó Sam con voz estentórea—. ¿Qué se ofrece? ¿Quién le busca? ¿Es que ha venido alguien a decir que está ardiendo su quinta?

—Le buscan en la portería —dijo uno que estaba a su lado.

—Encárguese usted del periódico y del vaso de cerveza, buen amigo —dijo Sam—. Vuelvo

en seguida. ¡A buen seguro que si alguien me llamara para comparecer ante el Tribunal no haría más ruido!

Acompañando estas palabras de una suave palmada en la cabeza del joven mencionado, que, inconsciente de la vecindad de la persona requerida, estaba gritando «¡Weller!» con toda su alma, atravesó Sam el patio apresuradamente y subió a la portería. En ella, el primer objeto que toparon sus ojos fue su amado padre, que estaba sentado en el fondo de una escalera, con el sombrero en la mano, gritando «¡Weller!» con su voz más poderosa y a intervalos de medio minuto.

—¿Qué está usted ahí vociferando —dijo Sam impetuosamente, en el momento en que el viejo acababa de proferir el ruidoso vocativo— y sofocándose de tal manera que parece usted un soplador de vidrio a punto de estallar? ¿Qué ocurre?

—¡Ajá! —contestó el anciano—. Empezaba a temer que hubieras hecho una escapada a Regency Park, Sammy.

—Vaya —dijo Sam—, no hay que burlarse de una víctima de la avaricia, y salga usted ya de esa escalera. ¿Para qué se ha sentado ahí? Yo no vivo por ese lado.

—Te traigo un buen entretenimiento, Sammy —dijo, levantándose, el anciano Weller.

—Espere un momento —dijo Sam—; está usted manchado de blanco por detrás.

—Es verdad, Sammy; límpialo —dijo Mr. Weller mientras su hijo le quitaba el polvo—. ¿No estaría mal, ni sería impropio del lugar, el que se pasease uno por aquí con la ropa encalada, eh, Sammy?

Como Mr. Weller empezara a ofrecer en este punto síntomas inequívocos de un inminente ataque de regocijo, apresuróse Sam a atajarle.

—Tranquilícese, haga el favor —dijo Sam—; en la vida se ha visto una caricatura igual. ¿Qué es lo que le hace a usted reventar ahora?

—Sammy —dijo Mr. Weller, enjugando su frente—, estoy viendo que un día de éstos me va a dar una apoplejía de tanto reír, hijo mío.

—Bueno. Pues entonces, ¿para qué lo hace? —dijo Sam—. Vamos a ver, ¿qué es lo que tiene usted que decirme?

—¿Quién dirás que ha venido conmigo, Samivel? —dijo Mr. Weller, haciéndose un poco atrás, poniendo los labios en punta y enarcando las cejas.

—¿Pell? —dijo Sam.

Movió la cabeza negativamente Mr. Weller, y su mejilla escarlata se infló en una carcajada que pugnaba por encontrar salida.

—¿El de la cara pintada, quizás? —sugirió Sam.

De nuevo negó Mr. Weller con la cabeza.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Sam.

—Tu madrastra —dijo Mr. Weller.

Y no fue poca fortuna el que lo dijera, pues de otra suerte hubieran reventado sus carrillos a consecuencia de la anormal distensión.

—Tu madrastra, Sammy —dijo Mr. Weller—, y el de la nariz roja, hijo mío, y el de la nariz roja. ¡Ju, ju, ju!

Y diciendo esto, Mr. Weller cayó en una risa convulsiva, en tanto que Sam le miraba con un gesto de asombro, que iba gradualmente invadiendo su fisonomía.

—Han venido a hablar contigo seriamente, Samivel —dijo Mr. Weller, secándose los ojos—. Que no se te escape nada acerca del desnaturalizado acreedor, Sammy.

—¿Y por qué no han de saber quién es? —inquirió Sam.

—Ni una palabra de eso —replicó su padre.

—¿Dónde están? —dijo Sam, correspondiendo largamente a todos los aspavientos del anciano.

—En la sala de espera —continuó Mr. Weller—. Cualquiera pesca al de la nariz roja sino

donde haya bebida; no es fácil, Samivel, no. Hicimos esta mañana un delicioso viaje en el coche desde El Marqués, Sammy —dijo Mr. Weller cuando se halló en condiciones de emitir sonidos articulados—. Conduje al viejo carcamal en ese carrucho que pertenecía al primer poseedor de tu madrastra, en el que se había colocado un sillón para el pastor; y te aseguro —dijo Mr. Weller con gesto de profundo desdén—, te aseguro que si no le han traído una escalera portátil para que suba, no le han traído nada.

—¿Es posible? —dijo Sam.

—Y tan posible, Sammy —replicó su padre—; y me hubiera gustado que le vieras agarrarse para subir, como si tuviera miedo de caer al suelo desde una altura de seis pies y hacerse añicos. Al fin se metió, y salimos, y me parece, digo que me parece, Samivel, que no ha tenido mal ajeteo al doblar las esquinas.

—Claro. ¿No le habrá hecho tropezar con unos cuantos guardacantones? —dijo Sam.

—No diría yo —replicó Mr. Weller en una verdadera orgía de guiños—, no diría yo que no hubiéramos cogido uno o dos, Sammy; ha estado a punto de volar del sillón todo el camino.

Empezó el anciano en este momento a mover la cabeza de lado a lado y a notarse en él un regocijado gruñido interno, acompañado de una violenta inflación del rostro, síntomas que no dejaron de alarmar a su hijo.

—No te asustes, Sammy, no te asustes —dijo el anciano cuando, al cabo de sobrehumanos esfuerzos y de varios pisotones convulsivos, recobró el uso de la palabra—. Es que intento habituarme a una risa tranquila, Sammy.

—Pues si es así —dijo Sam—, mejor es que no lo intente. Se va usted a encontrar con un resultado peligroso.

—¿No te gusta, Sammy? —preguntó el viejo.

—Absolutamente nada —replicó Sam.

—Bien —dijo Mr. Weller, por cuyas mejillas resbalaban algunas lágrimas todavía—; hubiera

sido para mí una gran ventaja el haberlo conseguido, y hubiera servido para ahorrar muchas palabras algunas veces entre tu madrastra y yo; pero voy viendo que tienes razón, Sammy; es fácil por ahí llegar a la apoplejía. Muy fácil, Samivel.

Hablando de esta suerte llegaron a la portería, en la cual entró Sam inmediatamente, no sin haberse detenido un instante para mirar por encima del hombro, con gesto ladino y sonriente, a su respetable progenitor, que aún vibraba detrás.

—Madrastra —dijo Sam, saludando cortésmente a la dama—, muy agradecido a usted por esta visita. Pastor, ¿cómo está usted?

—¡Oh Samuel! —dijo la señora Weller—. Esto es espantoso.

—Nada de eso, mamá —replicó Sam—. ¿Verdad, pastor?

Alzó sus manos Mr. Stiggins y levantó sus ojos al cielo, hasta vérselo solamente el blanco, o, mejor dicho, el amarillo; pero no respondió.

—¿Es que tiene este caballero alguna enfermedad dolorosa? —dijo Sam, mirando a su madrastra en demanda de una explicación.

—El buen señor se duele de verte aquí, Samuel —replicó la señora Weller.

—¡Oh! ¿Es eso? —dijo Sam—. Yo pensaba, al ver esas cosas que hace, que tal vez se hubiera olvidado de tomar pimienta con el último pepino que ha comido. Siéntese, sir; no cobramos más por sentarse, como observó el rey cuando quiso volar a sus ministros.

—Joven —dijo solamente Mr. Stiggins—, me temo que no le va a suavizar esta reclusión.

—Dispense, sir —replicó Sam—. ¿Qué tenía usted la bondad de observar?

—Decía, joven, que su temperamento no va a suavizarse por este castigo —dijo Mr. Stiggins con voz fuerte.

—Sir —repuso Sam—, es usted muy amable al decir eso. Yo comprendo que mi temperamento no es suave, sir. Muy agradecido por su buena opinión, sir.

Al llegar a este punto la conversación, un ruido que se parecía mucho a una carcajada oyóse venir de la silla en que estaba sentado Mr. Weller. Entonces la señora Weller, haciéndose cargo rápidamente de las circunstancias, consideró deber indeclinable empezar a dejarse atacar por el histerismo.

—¡Weller! —dijo la señora (el anciano estaba sentado en un rincón)—. ¡Weller! Ven acá.

—Muchas gracias, querida —respondió Mr. Weller—, pero me encuentro muy bien aquí.

Al oír esto, rompió a llorar la señora Weller.

—¿Qué le pasa, mamá? —dijo Sam.

—¡Oh Samuel! —replicó la señora Weller—. Tu padre me hace desgraciadísima. ¿Es que no hay manera de hacerle bueno?

—¿Oye usted eso? —dijo Sam—. La señora desea saber si hay algo que pueda hacerle bien.

—Muy reconocido a la señora Weller por su afectuoso interés, Sammy —repuso el anciano—. Yo creo que una pipa me haría un gran beneficio. ¿Puede arreglarse, Sammy?

Vertió algunas lágrimas más la señora Weller y gruñó Mr. Stiggins.

—¡Hola! Este pobre señor se ha puesto malo otra vez —dijo Sam, mirando alrededor—. ¿Dónde siente usted el dolor ahora, sir?

—En el mismo sitio, joven —repuso Mr. Stiggins—, en el mismo sitio.

—¿Dónde es, sir? —preguntó Sam con afectada inocencia.

—En el pecho, joven —replicó Mr. Stiggins, apoyando el paraguas en su chaleco.

Impotente la señora Weller para reprimir sus sentimientos, suspiró ruidosamente y proclamó su convicción de que el de la nariz roja era un santo. Mr. Weller se aventuró a insinuar por lo bajo que debía de ser el representante de las dos parroquias de San Simón Fuera y San Correntón Dentro.

—Me parece, mamá —dijo Sam—, que este caballero que tiene la cara torcida siente algo de sed a causa del triste espectáculo que aquí contempla. ¿No es eso, mamá?

La digna señora miró hacia Mr. Stiggins, solicitando una respuesta, y el caballero, dando vueltas a los ojos y apretándose el pecho con la mano derecha, ejecutó una mímica significativa de tragar, para dar a entender que se hallaba sediento.

—A mí se me figura, Samuel, que el sufrimiento le ha producido eso —dijo la señora Weller con acento compasivo.

—¿Cuál es su bebida habitual, sir? —preguntó Sam.

—¡Oh mi joven amigo! —repuso Mr. Stiggins—. ¡Todas las bebidas no son sino vanidades!

—Verdaderamente, verdaderamente —dijo la señora Weller, murmurando un gruñido y asintiendo con la cabeza.

—Bien —dijo Sam—. Así será, sir. ¿Pero cuál es su vanidad predilecta? ¿Cuál es la vanidad cuya esencia le gusta más, sir?

—¡Oh mi joven amigo! —replicó Mr. Stiggins—. A todas las desprecio por igual. Pero si

hubiera alguna —añadió Mr. Stiggins— que me resultara menos odiosa que las demás, es el licor llamado ron, caliente, mi joven amigo, con tres terrones de azúcar en el vaso.

—Lo siento mucho, sir —dijo Sam—; pero en este establecimiento no se vende esa vanidad especial.

—¡Oh, qué corazón tan duro el de esos hombres pervertidos! —exclamó Mr. Stiggins—. ¡Oh, cuán malvados y crueles son esos inhumanos perseguidores!

Al decir estas palabras, de nuevo levantó sus ojos Mr. Stiggins y golpeóse el pecho con el paraguas. Y para hacer justicia al reverendo señor, no sobra decir que su indignación parecía sincera y en modo alguno afectada.

Después de comentar la señora Weller y el de la nariz roja este inhumano proceder en términos enérgicos y de haber emitido santas y piadosas execraciones contra los que así proceden, pidió el último una botella de oporto caliente con un poco de agua, especias y azúcar,

como bebida estomacal y de sabor menos vanidoso que cualquier otra composición. Diose orden para que se preparase el brebaje, y en tanto que se preparaba, el de la nariz roja y la señora Weller miraron al anciano en actitud de gruñona reconvención.

—Bien, Sammy —dijo Mr. Weller—; supongo que te habrá confortado el espíritu esta bienhechora visita. Es una conversación muy alegre y muy educadora. ¿Verdad, Sammy?

—Es usted un réprobo —replicó Sam—, y hágame el favor de no dirigirme más esas importunas observaciones.

Lejos de enmendarse el anciano con esta réplica, entregóse una vez más a sus aparatosas gesticulaciones, contumacia que hubo de forzar a la señora y a Mr. Stiggins a cerrar los ojos y a agitarse inquietos en sus sillas, manifestando intensa perturbación. Al observar esto, Mr. Weller produjo varios otros actos de pantomima, en los que se advertía el deseo de apretar y retorcer las narices del mencionado Stiggins, ope-

ración que parecía constituir para el anciano un desahogo necesario. Poco faltó para que Mr. Stiggins se apercibiera de estos ademanes, porque el pastor, conmovido por la llegada del ponche, acertó a poner su cabeza casi en inmediato contacto con el puño cerrado de Mr. Weller, que describía en el aire caprichosas trayectorias a dos pulgadas del de la nariz roja.

—¿Por qué se empeña usted en alcanzar el vaso de ese modo salvaje? —dijo Sam con oportuna presteza—. ¿No ve usted que a poco le da un golpe a ese caballero?

—No era ésa mi intención, Sammy —dijo Mr. Weller, un tanto desconcertado por el inesperado derrotero del incidente.

—Pruebe el tratamiento interno, sir —dijo Sam, viendo que el pastor se frotaba la cabeza con gesto doloroso—. ¿Qué le parece a usted de eso en calidad de vanidad caliente, sir?

Aunque no respondió verbalmente Mr. Stiggins, fue bien expresivo su ademán. Gustó el contenido del vaso que Sam puso en su mano,

depositó su paraguas en el suelo y tomó otro sorbo; acaricióse suavemente el estómago dos o tres veces, apuró el vaso de una vez, chascó sus labios satisfecho y tendió el vaso en demanda de nueva provisión.

No se quedó atrás la señora Weller en la tarea de hacer honor a la bebida. Empezó la buena señora asegurando que no le era posible tomar ni una gota; luego tomó una gotita; luego, una gota más grande; luego, muchas gotas, y siendo su temperamento extraordinariamente susceptible a los líquidos fuertes, vertió una lágrima por cada gota de ponche, y así continuó liquidando sus sentimientos hasta llegar a la más patética de las tristezas.

El viejo Weller observó estos síntomas con manifestaciones de profundo desagrado; y cuando, después de haber consumido una segunda porción de la bebida, empezó Mr. Stiggins a suspirar desconsoladamente, evidenció claramente la desaprobación que le merecía todo aquello por medio de varios susurros in-

coherentes, entre los que hubo de oírse varias veces, en tono de ira, la palabra «farsa».

—Te diré, Samivel, hijo mío —murmuró el viejo al oído de su vástago, al cabo de una larga y atenta contemplación de su señora y de Mr. Stiggins—, que me parece que tu madrastra y el de la nariz roja tienen algo roto dentro.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Sam.

—Quiero decir, Sammy —replicó el anciano—, que lo que beben parece que no les alimenta; todo se les vuelve agua caliente y se les sale por los ojos. Indudablemente, Sammy, se trata de una enfermedad constitucional.

Expuso Mr. Weller esta opinión científica entreverada con gestos corroborantes, que, interpretados por la señora Weller como vejatorios para ella, para Mr. Stiggins, o para los dos, amenazaron agravar extraordinariamente la triste situación de la señora. Poniéndose de pie Mr. Stiggins a costa de complicados esfuerzos, procedió a obsequiar al concurso con un discurso edificante, especialmente enderezado a

Mr. Samuel, al que hubo de conjurar en términos conmovedores a que meditara en la sima de iniquidad en que estaba a punto de arrojar-se, a que refrenara todo sentimiento hipócrita y orgulloso y a que siguiera escrupulosamente su propio ejemplo, el de Stiggins, con lo cual podía estar seguro de llegar, tarde o temprano, al resultado consolador de ser, como él, un hombre de condición irreprochable y elevada, en tanto que todos sus amigos y conocidos podían considerarse irremisiblemente perdidos. Lo cual, decía, no podía menos de proporcionar la más honda satisfacción.

Conjuróle, además, a huir sobre todo del vicio de la embriaguez, hábito condenable que le asemejaba al cerdo, y de aquellas venenosas y nocivas drogas que al ser mascadas disipan la memoria. Al llegar a este punto de su discurso, comenzó a manifestarse el de la nariz roja por demás incoherente y a tambalearse inseguro en el calor de su elocuencia, viéndose obligado a

agarrarse al respaldo de una silla para conservar su verticalidad.

No se cuidó Mr. Stiggins de poner en guardia a sus oyentes contra aquellos falsos profetas y pérfidos detractores de la religión, que, sin sentido bastante para propagar las doctrinas fundamentales ni corazón para abrigar sus esenciales principios, resultan más peligrosos para la sociedad que los ordinarios criminales; contra aquellos que, imponiéndose, como ocurre fatalmente, a los débiles y a los indoctos, proyectan el desdén sobre lo que debe ser más sagrado y mancillan en cierto modo el prestigio de las grandes colectividades integradas por individuos de sanas costumbres que pertenecen a sectas excelentes y que profesan respetables credos. Mas como hubo de permanecer largo tiempo apoyado en el respaldo de la silla, con un ojo cerrado y guiñando con el otro, es presumible que pensara todo esto, aunque lo guardara para sí.

Mientras duró la peroración no cesó la señora Weller de llorar y suspirar al fin de cada párrafo. Entre tanto, sentado Sam, con las piernas cruzadas y con los brazos apoyados en el respaldo de la silla, miraba al predicador en actitud de suave mansedumbre, cambiando de cuando en cuando miradas de inteligencia con el anciano, que, deleitándose al principio, se durmió hacia la mitad.

—¡Bravo! ¡Muy bonito! —dijo Sam cuando, al dar por terminado su discurso, el de la nariz roja se ponía los guantes, sacando los dedos por los agujeros terminales—. ¡Muy bonito!

—Espero que esto te haga bien, Samuel —dijo solemnemente la señora Weller.

—Así lo creo, mamá —replicó Sam.

—¡Ojalá pudiera servir de algo a tu padre! —dijo la señora Weller.

—Gracias, querida —dijo el anciano Mr. Weller—. ¿Cómo te encuentras tú después del sermón, amor mío?

—¡Hereje! —exclamó la señora Weller.

—¡Hombre sin luces! —dijo el reverendo Mr. Stiggins.

—Pues si no tuviera más luz que ese rayo de luna que nos ha dado usted, mi respetable señor —dijo el viejo Mr. Weller—, me parece que me vería precisado a viajar de noche todo el camino. Señora Weller: si el carcamal sigue en esta faena, no se va a poder tener de pie cuando volvamos, y a lo mejor va a arrojar su sillón sobre cualquier seto, con el pastor dentro, por supuesto.

Ante esta perspectiva, consternado, el reverendo Mr. Stiggins requirió su sombrero y su paraguas y propuso salir inmediatamente, a lo que accedió la señora Weller. Acompañóles Sam hasta la puerta exterior y les hizo una cortés despedida.

—¡Abur, Samivel! —dijo el anciano.

—¿Qué es eso de abur? —preguntó Sam.

—Pues que adiós —dijo el anciano.

—¡Ah! ¿Era eso lo que quería usted decir? —dijo Sam—. ¡Adiós!

—Sammy —murmuró Mr. Weller, mirando con cautela en derredor—, mis saludos a tu amo, y dile que si piensa de otra manera en este asunto, no deje de comunicármelo. Yo y el ebanista hemos discurrido un plan para sacarle. ¡Un piano, Samivel, un piano! —dijo Mr. Weller, golpeando suavemente el pecho de su hijo con el revés de la mano y haciéndose un poco atrás.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Sam.

—Un piano fuerte, Samivel —repuso Mr. Weller, adoptando un tono más misterioso aún—; puede tomar en alquiler uno para no tocarlo, Sammy.

—¿Y qué objeto tendría eso? —dijo Sam.

—Pues mandar a mi amigo el ebanista que venga a llevárselo otra vez —replicó Mr. Weller—. ¿Estás ya al cabo?

—No —respondió Sam.

—No tiene dentro maquinaria —murmuró su padre—. Puede él caber cómodamente en la caja, con sombrero y zapatos, y respirar por las

patas, que son huecas. Tomar un pasaje para América. El Gobierno americano no le echará mientras le quede dinero que gastar, Sammy. Que tu amo se quede allí hasta que haya muerto la señora Bardell, o hasta que Dodson y Fogg sean ahorcados, lo cual es más probable que ocurra primero, y luego puede volver a escribir un libro sobre los americanos, con lo que sacará para gastos y más aún si lo explota bien.

Luego de formular Mr. Weller esta sumaria exposición de su plan con voz queda y vehementemente, como si temiera debilitar el efecto de la tremenda revelación prolongando el diálogo, hizo el saludo de los cocheros y desapareció.

Apenas recobró Sam la naturalidad de su semblante, profundamente trastornada por la secreta comunicación de su respetable progenitor, oyó que le llamaba Mr. Pickwick.

—Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Sir —respondió Mr. Weller.

—Voy a dar una vuelta por la prisión y quiero que me acompañes. Hacia nosotros veo venir

a un prisionero conocido, Sam —dijo sonriendo Mr. Pickwick.

—¿Quién es, sir? —preguntó Mr. Weller—. ¿El peludo o el interesante cautivo de las medias?

—Ninguno de los dos —replicó Mr. Pickwick—. Es un antiguo amigo tuyo, Sam.

—¿Mío, sir? —exclamó Mr. Weller.

—Apuesto a que te acuerdas muy bien de ese señor, Sam —repuso Mr. Pickwick—, porque si no, revelarías ser más olvidadizo respecto de tus antiguos conocimientos de lo que yo me figuraba. ¡Chisst!, ni una palabra, Sam; ni una sílaba. Aquí está.

Al decir esto Mr. Pickwick, llegaba Jingle. Parecía menos miserable que antes, pues vestía un traje en mediano uso, que, gracias a Mr. Pickwick, había rescatado de la prendería. Llevaba además camisa limpia y se había cortado el pelo. Estaba pálido y flaco, sin embargo, y al acercarse pausadamente, apoyado en un bastón, era fácil percatarse de que sufría profun-

damente de enfermedad y de hambre y que su debilidad era extremada. Quitóse el sombrero para saludar a Mr. Pickwick y sintióse humillado y abatido a la vista de Sam Weller.

Pisándole los talones venía Mr. Job Trotter, en el catálogo de cuyos vicios no figuraban en modo alguno la infidelidad ni el desafecto hacia su compañero. Mostrábase aún derrotado y escuálido; pero su rostro no aparecía tan demacrado como la primera vez que le viera Mr. Pickwick unos días antes. Al descubrirse ante nuestro bondadoso amigo, murmuró unas cuantas frases cortadas de gratitud y musitó algo en que se traslucía su reconocimiento por haberle librado de morir de inanición.

—Bien, bien —dijo Mr. Pickwick, atajándole impaciente—; váyase con Sam.

—Tengo que hablar con usted, Mr. Jingle. ¿Puede usted andar sin la ayuda de su brazo?

—Desde luego, sir... perfectamente... no muy de prisa... flaquean las piernas... se va la cabe-

za... todo da vueltas... sensación de temblor de tierra.

—Pues deme su brazo —dijo Mr. Pickwick.

—No, no —replicó Jingle—, no quiero... más vale que no.

—¡Qué tontería! —dijo Mr. Pickwick—. Apóyese en mí, yo lo deseo, sir.

Viendo que se hallaba agitado y confuso y que no sabía qué hacer, resolvió Mr. Pickwick su incertidumbre tomando el brazo del inválido y obligándole a marchar, sin hablar más del asunto.

Durante todo este tiempo el rostro de Mr. Samuel Weller no cesó de manifestar el más profundo asombro que pueda concebirse. Después de mirar en silencio a Job y a Jingle, murmuró las palabras: «¡Pues, señor, quién iba a figurárselo!». Después de repetir la frase un buen número de veces, pareció verse privado del habla, y una vez más empezó a pasear sus ojos del uno al otro, mudo de extrañeza y maravilla.

—¡Vamos a ver, Sam! —dijo Mr. Pickwick, volviendo la cabeza.

—Voy, sir —replicó Mr. Weller, siguiendo maquinalmente a éste, pero sin quitar los ojos de Mr. Job Trotter, que a su lado marchaba en silencio.

Mantuvo Job sus ojos fijos en el suelo por algún tiempo. Sam, sin perder de vista a Job, avanzó entre la multitud, atropellando a los pequeños y tropezando en todos los escalones y barandillas, sin darse cuenta de ello hasta que Job, mirándole furtivamente, dijo:

—¿Qué tal está usted, Mr. Weller?

—¡Es él! —exclamó Sam.

Y una vez establecida de un modo inequívoco la identidad de Job, dióse un golpe en la pierna, y dejó escapar sus sensaciones por medio de un agudo y prolongado silbido.

—Han cambiado las cosas para mí, sir —dijo Job.

—Ya lo veo —exclamó Mr. Weller, examinando el destrozado indumento de su compa-

ñero, sin disimular la estupefacción que sentía—. Esto ha sido cambiar para ir a peor, Mr. Trotter, como dijo aquel a quien le dieron dos chelines y medio en piezas falsas a cambio de media corona verdadera.

—Así es —replicó Job, moviendo la cabeza—. Ahora no es fingido, Mr. Weller. Las lágrimas —añadió Job con fugaz gesto malicioso—, las lágrimas no son las únicas pruebas de la desgracia, ni tampoco las mejores.

—Claro que no lo son —replicó Sam con ademán comprensivo.

—Hay que guardárselas, Mr. Weller —dijo Job.

—Eso creo yo —dijo Sam—. Algunos parece que las tienen siempre a la mano y las ocultan cuando les viene en gana.

—Sí —replicó Job—; pero esas cosas no se fingen tan fácilmente, Mr. Weller, y suponen un esfuerzo bastante penoso. Al decir esto, señaló a sus hundidas mejillas, y, remangándose la chaqueta, descubrió un brazo cuyo hueso pare-

cía había de romperse sólo con tocarlo; tan afilado y quebradizo se mostraba bajo su tenue envolvente de carne.

—¿Pero qué es lo que ha hecho usted consigo? —dijo Sam, haciéndose atrás.

—Nada —replicó Job.

—¡Nada! —repitió Sam.

—Hace muchas semanas que no hago nada —dijo Job—, y de comer y de beber digo lo mismo, poco más o menos. Dirigió Sam una mirada atenta y comprensiva al escuálido rostro y desmedrada persona de Mr. Trotter. Al fin, tomándole por un brazo, le arrastró tras de sí con gran violencia.

—¿Dónde va usted, Mr. Weller? —dijo Job, tratando en vano de luchar contra la enérgica presa de su antiguo enemigo.

—¡Vamos —dijo Sam—, vamos!

Sin dignarse dar explicaciones, continuó hasta llegar a la cantina, donde pidió un vaso de cerveza, que le fue servido inmediatamente.

—Ahora —dijo Sam— beba eso sin dejar gota, y luego ponga el vaso boca abajo, para que yo me convenza de que ha tomado la medicina.

—¡Pero, mi querido Mr. Weller! —protestó Job.

—¡Arriba con ello! —dijo Sam en tono apremiante.

Así, conminado Mr. Trotter, acercó el vaso a sus labios y, siguiendo imperceptible gradación, lo levantó en el aire. Detúvose una vez, sólo una vez, para tomar resuello, mas sin levantar la cara del vaso, que momentos después mostró invertido, tendiendo el brazo en toda su longitud. Sólo cayeron al suelo unos copos de espuma, que se desprendieron lentamente del borde en perezoso descenso.

—¡Bien! —dijo Sam—. ¿Cómo se encuentra usted después de eso?

—Mejor, sir. Me parece que estoy mejor —respondió Job. —Ya se ve que lo está usted —dijo Sam con aire convencido—. Es lo mismo que meter gas en el globo. Ha engordado usted

a ojos vistas por efecto de la bebida. ¿Qué tendría usted que oponer a otro del mismo porte?

—No me atrevo, se lo agradezco mucho, sir —replicó Job—, pero no me atrevo.

—Bien. ¿Entonces qué diría usted de algo comestible? —inquirió Sam.

—Gracias a su dignísimo amo, sir —dijo Mr. Trotter—, tenemos media pierna de carnero cocida para las tres menos cuarto, con patatas debajo para que no se pegue.

—¡Cómo! ¿Es que les ha socorrido a ustedes? —preguntó Sam con énfasis.

—Sí, sir —replicó Job—. Más aún, Mr. Weller: como mi amo está enfermo, nos ha proporcionado una habitación: estábamos en una zahurda, y la ha pagado, sir, y viene a vernos por la noche sin que nadie se entere. Mr. Weller —dijo Job, mostrando, por una vez, lágrimas sinceras en sus ojos—, yo serviría a ese señor hasta que me cayera muerto a sus pies.

—¡Eh, amigo! —dijo Sam—. ¡Mucho ojo, amigo mío! ¡De eso, ni hablar!

Job Trotter le miró confuso.

—Digo que ni hablar, joven —repitió Sam con firmeza—. Nadie le sirve más que yo. Y ya que estamos en eso, le comunicaré además otro secreto —dijo Sam mientras pagaba la cerveza—. No he oído jamás, fíjese, ni leído en los libros, ni visto en cuadros, que haya existido un ángel con pantalones y polainas, ni con lentes, que yo recuerde, aunque no niego que haya podido haberlo; pero no se olvide de esto, Job Trotter, y tenga usted presente que, a pesar de todo, es un verdadero ángel, y el que diga otra cosa, que se me ponga delante.

Proclamado este reto, guardóse el cambio Mr. Weller en el bolsillo, y entre gestos y ademanes confirmatorios encaminóse en busca del personaje aludido.

Encontraron a Mr. Pickwick en compañía de Jingle, empeñados en animada conversación, y tan absortos en ella, que no se dignaban dirigir ni una mirada hacia los grupos que había en el patio de juegos: eran unos grupos abigarrados

y dignos de examen, aunque no fuera más que por curiosidad.

—Bien —dijo Mr. Pickwick en el momento en que se acercaban Sam y su compañero—; a ver cómo se fortalece, y no deje de pensar en ello entre tanto. Cuando se sienta mejor y en condiciones, expóngame usted el caso, y ya lo discutiré con usted después de meditar sobre ello. Ahora váyase al cuarto. Está usted cansado y no le conviene permanecer mucho tiempo aquí fuera.

Mr. Alfredo Jingle, sin el menor chispazo de su antigua facundia, sin el menor síntoma siquiera de aquella lúgubre alegría que adoptara al toparse con Mr. Pickwick por primera vez en su actual estado de miseria, inclinóse en silencio e indicando a Job que le siguiera, alejóse fatigosa y pausadamente.

—Curiosa escena, ¿verdad, Sam? —dijo Mr. Pickwick, mirando, risueño, en torno.

—Mucho, sir —replicó Sam—. Las maravillas no se acaban nunca —añadió Sam, hablan-

do para sí—. ¡Mucho me equivocaré si ese Jingle no tiene algo que ver con las bombas!

El área formada por el muro en la parte de Fleet, en que se hallaba Mr. Pickwick, era bastante amplia para constituir un buen patio de juego; en uno de los lados alzabase la pared propiamente dicha, y se cerraba al otro por aquella porción del establecimiento que miraba, o, mejor dicho, que hubiera mirado, a no ser por la pared, hacia la catedral de San Pablo. Paseando o sentados, en todas las actitudes posibles de ociosidad e indiferencia, veíase un gran número de insolventes, la mayor parte de los cuales esperaban en la prisión el día de comparecencia ante el Tribunal; mientras que otros, habiendo sido remitidos nuevamente, consumían su plazo de reclusión como Dios les daba a entender. Unos mostrábanse desharapados, elegantes otros, sucios muchos y limpios poquísimos; pero todos vagaban y pasaban el tiempo tan indiferentes y ociosos como animales de granja.

Asomados a las ventanas que daban a este paseo había gran número de personas, de las cuales conversaban algunas con sus conocidos de abajo, jugaban otras a la pelota con los que se la arrojaban desde fuera, y miraban otras a los jugadores o contemplaban a los chicos que comentaban a gritos el juego.

Mujeres desaliñadas y en chancletas pasaban una vez y otra hacia la cocina, que estaba en un rincón del patio; los niños chillaban, se peleaban y jugaban en otro; el chocar de los bolos y las exclamaciones de los jugadores mezclábanse constantemente con aquellos y con otros mil ruidos; el tumulto y el escándalo reinaban por doquier, excepto en un mísero cuchitril que se hallaba no muy lejos, donde yacía inmóvil y rígido el cuerpo del prisionero de la Chancery, que había muerto la noche anterior, en espera del ficticio requisito judicial. ¡El cuerpo!, he aquí el término legal con que se designa la masa afanosa y turbulenta de cuidados y ansiedades, afectos, esperanzas y dolores que integran

el ser humano. La ley tenía su cuerpo, y allí estaba envuelto en fúnebre ropaje, como espantoso testigo de su tierna compasión.

—¿Le gustaría a usted ver la tienda de los pitos, sir? —preguntó Job Trotter.

—¿Qué es eso? —preguntó Mr. Pickwick a su vez.

—Una tienda silbante, sir —se apresuró a explicar Mr. Weller.

—¿Y eso qué es, Sam? ¿Una tienda de pájaros? —interrogó nuevamente Mr. Pickwick.

—¡Ca!, no, señor. ¡Qué inocencia! —replicó Job—. Una tienda de silbatos, sir, es donde se venden bebidas alcohólicas. Y explicó Job, en pocas palabras, que, estando prohibido a todo el mundo introducir bebidas espirituosas en la prisión de insolventes bajo gravísimas penalidades, y siendo tales artículos altamente apreciados por las señoras y los caballeros allí confinados, habíasele ocurrido a cierto vigilante especulador, animado de lucrativos propósitos, ponerse en connivencia con dos o tres reclusos,

que se encargaban de almacenar y vender al menudeo el género favorito de la ginebra, en provecho y beneficio exclusivos de aquél.

—Y este sistema, sabe usted, se ha ido implantando poco a poco en todas las prisiones por deudas —dijo Mr. Trotter.

—Y eso tiene la gran ventaja —dijo Sam— de que los vigilantes se cuidan muy bien de echar mano a todos menos a aquellos a quienes tienen encargados del negocio; es decir, a los que intentan el fraude, y luego los elogian los periódicos por el celo de sus funciones de custodia, y se matan dos pájaros de un tiro, porque retraen a los demás de ese comercio, al mismo tiempo que levantan su reputación.

—Exacto, Mr. Weller —observó Job.

—Bien; pero esas habitaciones me figuro que se registrarán para cerciorarse de si hay en ellas bebidas alcohólicas —dijo Mr. Pickwick.

—Claro que sí —replicó Sam—; pero los vigilantes lo saben de antemano, y les dan el soplo a los silbantes, y cuando quiere usted des-

cubrir la provisión de alcohol, ya puede usted silbarle.

En esto llamó Job a una puerta, que abrió un individuo de enmarañada cabellera; echó el cerrojo, luego de entrar los visitantes, y sonrió; correspondieron Job y Sam con análoga manifestación, y presumiendo Mr. Pickwick que aquello fuera de ritual, permaneció sonriendo hasta el fin de la visita.

Pareció complacer altamente al de la enmarañada cabellera el mudo anuncio de lo que deseaban sus visitantes, y sacando una botella plana, que tendría de cabida un par de cuartillos, de debajo de la cama, escanció tres vasos de ginebra, que Job Trotter y Sam despacharon con modales del más genuino trabajador.

—¿Algo más? —dijo el caballero silbante.

—Nada más —respondió Job Trotter.

Pagó Mr. Pickwick, abrióse la puerta y salieron los bebedores; el de la cabeza enmarañada cambió un gesto amistoso con Mr. Roker, que pasaba de largo en aquel momento.

Desde allí empezó Mr. Pickwick a vagar por las interminables galerías y a subir y bajar escaleras, dando una vez más vuelta al establecimiento.

En la generalidad de los pobladores de la prisión reproducíanse constantemente los Mi-vins, los Smangle, el clérigo, el petardista y el carnicero. La miseria, la confusión y el ruido prestaban a cada rincón sus matices característicos, así en los recintos distinguidos como en las más infestas guaridas. El tedio y el desorden palpitaban en el ámbito integral; las gentes agitábanse inquietas en fugaces tropes, como las sombras de un sueño proceloso.

—Basta ya —dijo Mr. Pickwick, dejándose caer pesadamente sobre una silla en su reducido aposento—. Me duele la cabeza de ver estas escenas, y también el corazón. En lo sucesivo, permaneceré recluido en mi cuarto.

Y a la verdad, fue Mr. Pickwick consecuente con su resolución. Por espacio de tres meses mantúvose encerrado durante el día; sólo al

Llegar la noche salía recatadamente a tomar el aire, cuando la mayor parte de sus compañeros de prisión estaban acostados o se solazaban en sus habitaciones. La salud de nuestro amigo empezaba a resentirse de aquel estrecho confinamiento; pero ni las súplicas persistentes de Perker y de sus amigos ni los repetidísimos consejos y reconvenciones de Samuel Weller lograron disuadirle ni un ápice de su inflexible decisión.

#### 46. EN EL QUE SE RELATA UN ACTO DE DELICADEZA SIN DEJO ALGUNO DE HUMORISMO, PLANEADO Y LLEVADO A CABO POR LOS SEÑORES DODSON Y FOGG

Cierto día de la última semana del mes de julio un cabriolé, cuyo número ignoramos, vio-se remontar a buen paso Goswell Street; tres personas apiñábanse en su interior, además del cochero, que se sentaba en un sitio peculiar; sobre la capota colgaban dos chales, pertenecientes a dos señoras chiquitinas de quimérico aspecto que sentábanse bajo el mencionado artefacto; entre ellas comprimíase estrechamente, hasta el punto de amenazar a cada instante ser lanzado al exterior, un caballero obeso, de modales contenidos, el cual, no bien se arriesgaba a formular una observación, era brusca-mente rebatido por una de las quiméricas señoras mencionadas. En aquel momento, las dos quiméricas señoras y el obeso señor dedicában-

se a dar al cochero señas contradictorias, enderezadas al único fin de que se detuviera en la puerta de la señora Bardell; puerta que el obeso caballero, en abierta contradicción con las quiméricas señoras, afirmaba ser verde, y no amarilla.

—Pare en la casa de la puerta verde, cochero —dijo el pesado caballero.

—¡Oh incorregible criatura! —exclamó una de las quiméricas señoras—. Llévenos a la casa de puerta amarilla, cochero.

En esto, el cochero, que al hacer un violento esfuerzo para detener el carruaje en la casa de la puerta verde había levantado tanto el caballo que casi le había hecho gravitar sobre la delantera del cabriolé, dejó que el caballo fijara en el terreno nuevamente sus manos y se detuvo.

—Bueno. ¿Dónde tengo que parar? —preguntó el cochero—. A ver si se entienden ustedes. Lo único que yo pregunto es dónde he de parar.

Reprodújose la controversia con nueva violencia; y como el caballo se viera molestado por una mosca que rondaba en torno de su nariz, el cochero dedicó caritativamente su vagar a fustigarle la cabeza, según el principio de la revulsión.

—¡Por mayoría de votos! —dijo al cabo una de las quiméricas damas—. ¡La casa de puerta amarilla, cochero!

Pero antes de que el cabriolé se hubiera puesto en marcha, con la requerida magnificencia, hacia la casa de la puerta amarilla, «haciendo», como decía triunfante una de las quiméricas señoras, «más ruido que si se tratara de una carroza propia», y después de apearse el cochero para ayudar a descender a las señoras, la menuda y redonda cabeza de Tomás Bardell viose asomar por una ventana de la casa de puerta verde, unos cuantos números más arriba.

—¡Nos hemos fastidiado! —dijo la quimérica dama, lanzando una mirada anonadante al obeso caballero.

—Querida mía, no tengo yo la culpa —dijo el caballero.

—No me digas nada, estúpido —replicó la señora—. La casa de puerta verde, cochero. ¡Oh! ¡Si ha habido mujer atropellada por un rufián que se enorgullezca y deleite en martirizar a su esposa siempre que se tercia delante de extraños, yo soy esa mujer!

—No sé cómo no le da a usted vergüenza, Raddle —dijo la otra mujercita, que no era sino la señora Cluppins.

—¿Pero qué es lo que he hecho yo? —preguntó Mr. Raddle.

—¡No me hables, bruto, porque me vas a hacer olvidar mis convicciones y te voy a pegar! —dijo la señora Raddle.

Mientras se desarrollaba este diálogo, el cochero, tomando al caballo de la brida, conducía ignominiosamente el carruaje a la casa de la

puerta verde, que ya había abierto el pequeño Bardell. ¡Aquello era un modo humillante y mezquino de llegar a la casa de un amigo! No subir en veloz carrera con todo el fuego y el coraje del animal; no saltar el cochero del pescante; no llamar a la puerta con estrépito; no abrir la capota en el último momento, por temor de que molestase el frío a las señoras que iban dentro, en tanto que les presentaba los chales, como si dispusieran de un cochero particular. Todo el brillante aparato había venido al suelo; aquello resultaba más vulgar que venir a pie.

—¡Hola, Tomasito! —dijo la señora Cluppins—. ¿Cómo está tu pobre madre?

—¡Oh, está muy bien! —replicó el pequeño Bardell—. Está en la sala ya preparada. Yo también estoy preparado.

Y el pequeño Bardell, con las manos metidas en los bolsillos, empezó a dar saltos sobre el último escalón de la entrada.

—¿Viene alguien más, Tomasito? —dijo la señora Cluppins, componiendo su pelerina.

—La señora Sanders viene —respondió Tomasito—. Yo también voy.

—¡Dichoso niño! —dijo la señora Cluppins—. No piensa más que en sí mismo. Oye, Tomasito, querido.

—¿Qué? —dijo el pequeño Bardell.

—¿Quién más viene, hermoso? —dijo la señora Cluppins con acento insinuante.

—Viene la señora Rogers —replicó el pequeño Bardell, abriendo los ojos desmesuradamente al participar esta nueva.

—¿Cómo? ¡La señora que ha tomado las habitaciones! —exclamó la señora Cluppins.

Introdujo sus manos el pequeño Bardell más profundamente en sus bolsillos y movió la cabeza más de treinta veces, para confirmar que se trataba, en efecto, de la inquilina.

—¡Dios mío! —dijo la señora Cluppins—. ¡Sí es una verdadera fiesta!

—¡Ah!, si usted supiera lo que hay en el aparador bien podría asegurarlo —repuso el pequeño Bardell.

—¿Qué hay allí, Tomasito? —dijo la señora Cluppins mimosamente—. Me lo vas a decir, Tomasito, estoy segura.

—No, no quiero —replicó el pequeño Bardell, sacudiendo su cabeza y aplicándose a sus acrobatismos en el último escalón.

—¡Maldito chico! —musitó la señora Cluppins—. ¡Qué niño tan insolente! Vamos, Tomasito, cuéntaselo a tu querida Cluppins.

—Mi madre me ha prohibido decirlo —insistió el pequeño Bardell—. Yo lo disfrutaré.

Y halagado por esta perspectiva, dedicóse nuevamente la precoz criatura, con renovado empeño, a su infantil pasatiempo deportivo.

El mencionado interrogatorio de un niño de corta edad verificábase al mismo tiempo que el señor y la señora Raddle y el cochero mantenían un violento altercado, que tenía por causa el importe del servicio; altercado que se resolvió a

favor del cochero y del que salió la señora Raddle agitada y vacilante.

—¡Mari Ana! ¿Qué pasa? —dijo la señora Cluppins.

—Una cosa que me ha producido un trastorno horrible, Isabelita —respondió la señora Raddle—. Raddle no es un hombre; todo lo echa sobre mí.

Esto no era justo en realidad, porque el infortunado Mr. Raddle había sido recusado desde el comienzo de la disputa y perentoriamente constreñido a no despegar sus labios. Mas no tuvo ocasión de defenderse, porque la señora Raddle empezó a manifestar síntomas inequívocos de desmayarse, lo cual, habiendo sido observado desde la ventana de la sala por la señora Bardell, la Sanders, la inquilina y la criada de la inquilina, salieron precipitadamente y la llevaron al interior de la casa, a todo esto sin dejar de charlar ni de producir exclamaciones de piedad y conmiseración, como si aquella señora fuese una de las más desdichadas de la

tierra. Transportada al salón, fue depositada en el sofá, y la señora del primer piso, corriendo a toda prisa al primer piso, volvió con un frasco de sales, y agarrando por el cuello a la señora Bardell se lo aplicó a la nariz con femenil piedad, hasta que la señora doliente, entre aspavientos y contorsiones, tuvo a bien declarar que se encontraba mejor.

—¡Pobrecita! —dijo la señora Rogers—. Comprendo demasiado bien su angustia.

—¡Ah, pobre señora! Yo también —dijo la Sanders.

Y a continuación todas las señoras la compadecieron al unísono. Dijeron que sabían lo que le pasaba y la compadecieron desde el fondo de sus corazones. Hasta la criadita de la inquilina, que no tenía más de trece años ni de tres pies de alta, se atrevió a murmurar su simpatía.

—¿Pero qué es lo que ha pasado? —dijo la señora Bardell.

—¿Qué ha sucedido para que se ponga de esa manera? —preguntó la señora Rogers.

—Una sofocación tremenda —replicó la Raddle en tono de reproche.

—La cosa ha sido —dijo el infeliz marido adelantándose— que, al apearnos a la puerta, ha surgido una discusión con el cochero del cabriolé...

Un horrísono alarido de su esposa, al oír esta palabra, ahogó todo conato de explicación.

—Lo mejor sería que nos dejase usted con ella, Raddle —dijo la señora Cluppins—; mientras esté usted aquí no se tranquiliza.

Como todas las damas abundaron en la misma opinión, fue conminado Mr. Raddle a salir de la estancia, con orden de airearse un rato en el patio posterior. Allí permaneció cosa de un cuarto de hora, hasta que vino a anunciarle con grave semblante la señora Bardell que podía entrar ya, pero que se mirase mucho en el modo de tratar a su esposa. Ya sabía ella, por supuesto, que no había de conducirse en

forma inconveniente; pero la resistencia de Mari Ana dejaba mucho que desear, y de no andar con cuidado se exponía a perderla cuando menos lo esperase, lo cual podría acarrearle un espantoso remordimiento, y así sucesivamente. Oyó todo esto Mr. Raddle con profunda sumisión, y entró de nuevo en la sala como un cordero.

—¡Por cierto, señora Rogers —dijo la Bardell—, que ahora caigo en que no le he presentado a nadie! Mr. Raddle, señora: la señora Cluppins; la señora Raddle.

—... Hermana de la señora Cluppins —sugirió la Sanders.

—¡Ah, muy bien! —dijo la Rogers con distinción suma, pues siendo la inquilina y corriendo el servicio a cargo de su criada, pensó que mejor cuadraba a su posición una amabilidad de buen tono que un aire de íntima llaneza—. ¡Ah, muy bien!

Sonrió dulcemente la señora Raddle, inclinóse Mr. Raddle y aseguró la Cluppins «hallarse

encantada de trabar conocimiento con una señora de la que había oído tantas alabanzas», cumplido que recibió la aludida señora con exquisita deferencia.

—Vamos, Mr. Raddle —dijo la Bardell—, no dudo que se sentirá usted muy honrado al ser usted y Tomasito los únicos caballeros que han de escoltar a tantas damas en la excursión a los Españoles de Hampstead. ¿Verdad que debe estar orgulloso, señora Rogers?

—¡Ah, ya lo creo! —replicó la señora Rogers, después de lo cual se apresuraron todas las demás señoras a contestar—: ¡Ah, ya lo creo!

—Ya se ve que me halaga, señora —dijo Mr. Raddle, frotándose las manos y manifestando una ligera tendencia a sentirse alegre—. Y a la verdad, recuerdo haber dicho, cuando veníamos en el cabriolé...

Al oír repetirse esta palabra, que despertaba tan penosos recuerdos, llevóse el pañuelo a los ojos la señora Raddle y dejó escapar un sofocado lamento. Miró a Mr. Raddle ceñudamente la

señora Bardell, como intimándole para que se abstuviera de seguir hablando, e indicó por un ademán a la criada de la señora Rogers que sacara el vino.

Ésta fue la señal para que salieran a la luz los escondidos tesoros de la alacena, consistentes en varios platos de naranjas y bizcochos, una botella de tostado oporto añejo de una con nueve y otra de un renombrado jerez de las Indias del Este de catorce peniques, todo lo cual se mostraba en honor de la inquilina con general satisfacción. Después de experimentar la señora Cluppins un principio de consternación, por manifestar Tomasito el propósito de referir el interrogatorio a que se le sometiera a cuenta del aparador, que constituía la actualidad del instante —propósito que dichosamente hubo de morir en capullo por haberse atragantado el chico con media copa del tostado, comprometiéndolo su vida por algunos momentos—, salieron los excursionistas en demanda del coche de Hampstead. Pronto dieron en él, y a las dos

horas llegaban sanos y salvos al merendero de los Españoles, donde en poco estuvo que no sufriera una recaída la buena señora de Raddle, a causa de la primera iniciativa de éste. No fue otra la iniciativa que la de pedir té para siete, siendo así que, como las señoras opinaban a una, podía Tomasito haber tomado el té en la taza de cualquiera, o en la de todos, si era necesario, a hurtadillas del camarero, lo que hubiera ahorrado un té y al chico le hubiera sabido lo mismo.

Pero no hubo manera de componerlo. Vino la bandeja del té con siete tazas, siete platillos y el pan y la manteca correspondientes. Por unanimidad se concedió la presidencia a la señora Bardell, y situándose a su derecha la Rogers y a su izquierda la de Raddle, comenzó la merienda, con regocijo y general buen humor.

—¡Qué delicioso es el campo! —suspiró la Rogers—. Casi me gustaría vivir en él siempre.

—¡Oh!, no le agradecería a usted, señora —repuso la Bardell con viveza, pues no convenía

a sus intereses de patrona fomentar semejantes aficiones—. No le agradecería a usted, señora.

—¡Bah! A mí me parece que es usted demasiado querida y estimada en la ciudad para contentarse con el campo —dijo la pequeña Cluppins.

—No diré que no, señora; no diré que no —suspiró la inquilina del primer piso.

—Para aquellos que viven solitarios, sin nadie a quien atender ni quien de ellos se cuide; para aquellos que han sufrido un desengaño o cosa por el estilo —observó Mr. Raddle, animándose un poco y mirando en derredor—, es muy bueno el campo. El campo para las almas heridas, dicen.

Cualquier cosa que pudiera habersele ocurrido al desventurado hubiera sido preferible. No habrá que decir que la señora Bardell rompió a llorar y suplicó que se la llevaran de la mesa al instante, con lo cual empezó a gemir desconsoladamente su entrañable vástago.

—¿Se concibe, señora —exclamó la señora Raddle, volviéndose bruscamente hacia la Rogers—, que pueda haberse casado una mujer con un ser tan inhumano que se pasa el día martirizando los sentimientos de una mujer de esta manera?

—Querida mía —arguyó Mr. Raddle—, yo no he hablado con ninguna intención.

—¡Con ninguna intención! —replicó la señora Raddle, profundamente despreciativa—. Márchate. No puedo resistirte, bruto.

—No te sofoques, Mari Ana —terció la señora Cluppins—. Debías tener más cuidado contigo misma, y no lo haces. Usted, Raddle, váyase; ya ve usted a la pobre, se va a poner peor.

—Lo mejor será que tome usted el té solo, sir —dijo la señora Rogers, aplicándole de nuevo el frasquito de sales.

La señora Sanders, que, según su costumbre, estaba ocupadísima con el pan y la manteca, emitió idéntico parecer, y Mr. Raddle se retiró tranquilamente.

Luego vino la faena de colocar al pequeño Bardell en los brazos de su madre, faena harto laboriosa, dado el tamaño de la criatura, y durante la cual plantó sus botas en la bandeja, ocasionando cierta confusión en tazas y platos; pero este género de desvanecimientos, que son contagiosos en las señoras, rara vez duran largo tiempo; así, pues, luego de haber recibido el chico suficiente número de besos y de haber lloriqueado un poco la madre, recobró la calma, puso al niño en el suelo, mostró su extrañeza por haberse atolondrado de aquella manera y tomó otro poco de té.

En este momento oyóse el ruido de un coche, y dirigiendo sus ojos las señoras hacia el sitio por donde venía, vieron pararse el carruaje ante la verja del jardín.

—¡Ahí viene gente! —dijo la señora Sanders.

—Es un caballero —advirtió la señora Raddle.

—¡Calle, si es Mr. Jackson, el pasante de Dodson y Fogg! —exclamó la señora Bardell—.

¡Gran Dios! ¡No será que Mr. Pickwick haya pagado la indemnización!

—¡O que promete casarse! —dijo la señora Cluppins.

—¡Caramba, qué despacio viene! —observó la señora Rogers—. ¿Por qué no se dará prisa?

Mientras pronunciaba la señora estas palabras, venía Mr. Jackson del coche, a cuyo pie se había detenido unos momentos para hacer algunas indicaciones a un individuo desharrapado de pantalones negros que había surgido del vehículo con un garrote de fresno en la mano. Encaminóse el pasante hacia el lugar en que se sentaban las señoras, atusándose el cabello que rebosaba de su sombrero.

—¿Ocurre algo? ¿Ha pasado algo, Mr. Jackson? —dijo con avidez la señora Bardell.

—Nada de particular, señora —replicó Mr. Jackson—. ¿Qué tal, señoras? Tengo que pedirles mil perdones por entrometerme... pero la ley, señoras... la ley.

Con estas explicaciones, formuladas con rostro sonriente, saludó maliciosamente Mr. Jackson y atusó de nuevo su cabello. La señora Rogers dijo por lo bajo a la Raddle que, en realidad, era un joven muy elegante.

—He estado en Goswell Street —continuó Jackson—; y como me dijo la servidumbre que estaba usted aquí, he tomado un coche y he venido. Mi gente la necesita en seguida, señora Bardell.

—¡Dios mío! —exclamó la señora, sobresaltada ante la brusca nueva.

—Sí —dijo Jackson, mordiéndose los labios—. Se trata de un asunto muy importante y urgente, que no puede demorarse de ninguna manera. Así me lo ha dicho con mucho empeño Dodson y también Fogg. He conservado el coche para volver con usted.

—¡Qué cosa tan rara! —exclamó la Bardell.

Convinieron las señoras en que aquello era muy raro; pero abundaron en la opinión de que debía de tratarse de algo importante, pues de

otro modo Dodson y Fogg no hubieran enviado por ella, y manifestaron además que, por tratarse de un negocio urgente, no tenía ella más remedio que acudir sin dilación al llamamiento de Dodson y Fogg.

Algo lisonjeó el orgullo de la señora Bardell el que aquellos juristas necesitaran de ella de modo tan apremiante, y se sintió no poco halagada en su importancia, teniendo en cuenta lo que aquello la enaltecía a los ojos de su inquilina del primer piso. Hizo unos cuantos remilgos, fingió vacilación y contrariedad y llegó al fin a la conclusión de que juzgaba imprescindible acudir.

—¿Pero no va usted a tomar algo después del paseo, Mr. Jackson? —dijo solícita la señora Bardell.

—No hay mucho tiempo que perder —respondió Jackson—, y tengo aquí un amigo —continuó mirando hacia el hombre de garrote de fresno.

—¡Oh!, diga usted a su amigo que venga, sir —dijo la señora Bardell—. Dígale que tenga la bondad de venir, sir.

—No, gracias; es mejor que no —dijo Mr. Jackson un poco azorado—. No está muy acostumbrado a tratar señoras y le resultaría violento. Si quiere usted decir al camarero que le lleve algo, no tardará en bebérselo... ¡Haga usted la prueba y verá!

Los dedos de Mr. Jackson vagaban jocosamente en torno de su nariz al decir esto, tratando de significar con aquel ademán que hablaba irónicamente.

—Isaac —dijo Jackson cuando ya estuvo la señora Bardell dispuesta a subir al coche, mirando al hombre del garrote, que fumaba un cigarro en el pescante.

—¿Qué hay?

—Ésta es la señora Bardell.

—¡Oh, la conozco hace mucho tiempo! —dijo el del garrote.

Subió la señora Bardell al coche, siguióla Mr. Jackson y partieron. La señora Bardell no dejaba de pensar en lo que había dicho el amigo de Mr. Jackson. Son listos estos hombres de ley. ¡Válgame Dios, cómo conocen a la gente!

—¿Es una cuestión muy enojosa esa de las costas, verdad? —dijo Jackson cuando ya la Cluppins y la Sanders se hubieron quedado dormidas—. La cuenta de sus costas, quiero decir.

—No se puede usted figurar lo que siento que no las cobren —repuso la señora Bardell—. Pero si ustedes los profesionales hacen estas cosas por especulación, es lógico que pierdan alguna vez.

—¿Usted les dio un *cognovit*<sup>6</sup> por el importe de sus costas, después de la vista, según creo? —dijo Jackson.

---

<sup>6</sup> Documento en el que se reconoce una deuda. (N. del E.)

—Sí. Una cuestión de fórmula —replicó la señora Bardell.

—Desde luego —asintió Jackson con sequedad—. Una simple cuestión de forma, y nada más.

A la mitad del camino se durmió la señora Bardell. Despertóse al cabo de un rato, cuando paró el coche.

—¡Cómo! —dijo la señora—. ¿Estamos en la Audiencia de Freeman?

—No vamos tan lejos —contestó Jackson—. Tenga usted la bondad de apearse.

La señora Bardell, aún medio dormida, accedió inmediatamente. Era un curioso paraje: una pared interminable, con una verja en el centro y un mechero de gas ardiendo en el interior.

—¡Ahora, señoras —dijo el hombre del garrote, mirando hacia dentro del coche y sacudiendo a la señora Sanders para despertarla—, vamos!

Después de despertar a su amiga, se apeó la señora Sanders. La señora Bardell, apoyándose en el brazo de Jackson y llevando de la mano a Tomasito, había cruzado el pórtico. Las demás la siguieron.

La estancia en que penetraron tenía un aspecto más extraño aún que el vestíbulo. ¡Cuántos hombres había allí! ¡Y cómo miraban!

—¿Qué sitio es éste? —preguntó deteniéndose la señora Bardell.

—Es uno de nuestros establecimientos públicos —replicó Jackson, haciéndola entrar a escape por una puerta y mirando en torno para cerciorarse de que las demás mujeres venían también—. ¡Mucho Ojo, Isaac!

—Sanos y salvos —replicó el hombre del garrote.

Cerróse la puerta tras ellos y bajaron un corto tramo de escaleras.

—Ya estamos aquí. ¡Perfectamente, señora Bardell! —dijo Jackson, mirando satisfecho a su alrededor.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo la señora Bardell, con el corazón palpitante.

—Le diré a usted —replicó Jackson, llamándola aparte—. No se asuste, señora Bardell. No ha existido jamás persona más delicada que Dodson, señora, ni hombre más humanitario que Fogg. Era su deber, atendiendo a la marcha del negocio, tomar a usted como rehén de las costas; pero deseaban muy sinceramente hacerla sufrir lo menos posible. ¡Debe ser un gran consuelo para usted el considerar la forma en que se han hecho las cosas! Esto es Fleet, señora. Buenas noches, señora Bardell. ¡Buenas noches, Tomasito!

En el momento en que Jackson salía a escape en unión del hombre del garrote, otro individuo, con una llave en la mano, que había permanecido mirándoles durante el breve diálogo, condujo a la asombrada señora a un segundo tramo de escaleras que daban acceso a una galería. La señora Bardell gritó violentamente; gimió Tomasito; encogióse en sí misma la seño-

ra Cluppins, y salió a buen paso la señora Sanders. Porque allí estaba el ofendido Mr. Pickwick, tomando su nocturna ración de aire, y a su lado veía a Samuel Weller, el cual no bien percibió a la señora Bardell, se quitó el sombrero con burlona cortesía, en tanto que su amo, indignado, volvía la espalda a la señora.

—No moleste a la mujer —dijo el vigilante a Weller—; acaba de entrar.

—¡Prisionera! —dijo Sam, calándose el sombrero a toda prisa—. ¿Quién es el demandante? ¿Por qué? Hable usted, amigo.

—Dodson y Fogg —respondió el hombre—; ejecución sobre *cognovit* por costas.

—¿Eh? ¡Job! ¡Job! —gritó Sam, precipitándose a la galería—. Corra en busca de Perker, Job. Lo necesito inmediatamente. Me parece que la cosa se pone bien. Puede dar juego. ¡Hurra! ¿Dónde está el amo?

Pero nadie respondió a su llamamiento, porque Job había partido como alma que lleva el diablo no bien recibió su comisión, y la seño-

ra Bardell se había desmayado, vencida por una sincera angustia.

## 47. EN EL QUE SE HABLA PRINCIPALMENTE DE NEGOCIOS Y DE LA FUGAZ VICTORIA DE DODSON Y FOGG. MR. WINKLE REAPARECE EN CIRCUNSTANCIAS EXTRAORDINARIAS. LA BONDAD DE MR. PICKWICK TRIUNFA DE SU OBSTINACIÓN

Sin moderar su velocidad lo más mínimo, subió Job Trotter toda Holborn; unas veces iba por el arroyo; otras, por la acera; en algunos momentos marchó por la cuneta, según variaban las circunstancias y según las dificultades que ofrecían los hombres, las mujeres, los niños y los coches que transitaban por las diferentes zonas de la vía; indiferente a todos los obstáculos, no se detuvo un instante hasta llegar a la verja de Gray's Inn. No obstante la presteza derrochada, la verja habíase cerrado media hora antes de su llegada, y cuando le fue posible descubrir a la lavandera de Mr. Perker, que vivía con una hija casada, la cual había conce-

dido su mano a un camarero que ocupaba una habitación en una calle cercana a una cervecería situada a la espalda del callejón de Gray's Inn, sólo faltaba un cuarto de hora para que se cerrase la prisión. Mr. Lowten aún tenía que ser exhumado del fondo de La Urraca, y aún no había acabado de lograrlo Job y de comunicarle el mensaje de Sam Weller, cuando dieron las diez.

—Hombre —dijo Lowten—, es muy tarde ya. No puede usted entrar esta noche; ha tomado usted la llave de la calle, mi amigo.

—No se preocupe de mí —repuso Job—. Yo duermo en cualquier sitio. ¿Pero no será mejor ver esta noche a Mr. Perker, para que mañana estuviera allí a primera hora?

—Mire usted —respondió Lowten, después de meditar un instante—: si se tratase de otra persona cualquiera, no le gustaría a Mr. Perker que fuera yo a su casa; pero como es Mr. Pickwick, creo que puedo atreverme a tomar un coche y dirigirme a la oficina.

Tomando este partido, requirió su sombrero Mr. Lowten y, suplicando a la concurrencia que nombrara a otro para que le sustituyera en la presidencia durante su ausencia temporal, encaminóse al punto más próximo. Llamó al cochero cuya apariencia estimó más aceptable y le dijo que parase en Montague Place, Russell Square.

Mr. Perker había tenido convite aquel día, según testimoniaban las luces que se advertían en las ventanas del salón, los sones de un gran piano perfeccionado y los de una voz perfeccionable que salía del gabinete, a más de un fuerte olor a carne asada que invadía la escalera y el vestíbulo. Era que un par de agentes de provincia habían coincidido en venir a la ciudad y se había dispuesto una pequeña fiesta en su obsequio. La concurrencia componíanla, además de Mr. Snicks, secretario de la oficina de Seguros, Mr. Prosee, el eminente consejero; tres procuradores; un comisario de quiebras; un abogado del Temple; un diligente jovencito de

ojos diminutos, discípulo del anterior, que había escrito un ameno tratado sobre la ley de Sucesiones, con profusión de notas marginales y de citas, y otros varios eminentes y distinguidos personajes. Destacóse Mr. Perker de esta agradable sociedad al anunciársele, por lo bajo, la llegada de su pasante, y, dirigiéndose al comedor, halló a Mr. Lowten y a Job Trotter envueltos en las sombras y tinieblas que sobre ellos proyectaba la luz de una vela de cocina que el caballero que se avenía a desempeñar funciones de ordenanza, con pantalones de terciopelo, por un reducido estipendio, había colocado sobre la mesa, influido por el vivo menosprecio que le inspiraba el pasante y todo cuanto con la oficina se relacionaba.

—¡Hola, Lowten! —dijo el pequeño Mr. Perker, cerrando la puerta—. ¿Qué hay? ¿Ha venido alguna carta importante en el paquete?

—No, sir —respondió Lowten—. Es un enviado de Mr. Pickwick, sir.

—De Mr. Pickwick, ¿eh? —dijo el hombrecito, volviéndose rápidamente hacia Job—. Bien. ¿Qué es ello...

—Dodson y Fogg han hecho arrestar a la señora Bardell por las costas, sir —dijo Job.

—¿Es posible? —exclamó Perker, metiéndose las manos en los bolsillos y apoyándose en el aparador.

—Sí —repuso Job—. Parece que le cogieron un *cognovit* por el importe de ellas, inmediatamente después de la vista.

—¡Anda, morena! —dijo Perker, sacándose las manos de los bolsillos y golpeándose la palma de la mano izquierda con los nudillos de la derecha—. ¡Son los tíos más listos que he topado en mi vida!

—Los profesionales más hábiles que he conocido, sir —observó Lowten.

—¡Hábiles! —repitió Perker—. No hay manera de pillarles.

—Es verdad, sir, no la hay —replicó Lowten.

Y jefe y pasante miráronse maravillados por espacio de algunos segundos, con semblantes estupefactos, cual si se tratase de uno de los más ingeniosos y bellos descubrimientos debidos al humano intelecto. Cuando se hubieron recobrado en cierto modo del pasmo, desembuchó Job Trotter el resto de su comisión. Perker movió la cabeza pensativo y sacó el reloj.

—A las diez en punto allí estaré —dijo el hombrecito—. Sam tiene razón. Dígaselo. ¿Quiere usted un vaso de vino, Lowten?

—No, gracias, sir.

—Querrá usted decir que sí —dijo el hombrecito, volviéndose hacia el aparador por la jarra y los vasos.

Como Lowten quería decir que sí, no hizo manifestación alguna acerca del asunto, y limitóse a preguntar a Job, en perceptible murmullo, si el retrato de Perker que colgaba del testero opuesto a la chimenea no era de un parecido admirable; a lo cual replicó Job, por supuesto, que pensaba lo mismo. Escanciado el vino, be-

bió Lowten a la salud de la señora Perker y de los niños, y Job en honor de Perker. No considerando el de los pantalones de peluche comprendida entre sus obligaciones la de acompañar a los que salían de la oficina, estimó procedente no acudir al campanillazo, y salieron los visitantes por sí solos. Volvió el procurador a la sala; a La Urraca, el pasante, y encaminóse Job al mercado de Covent Garden, para pasar la noche en una cesta de verduras.

En punto de la hora señalada llamaba el risueño procurador, a la mañana siguiente, en la puerta de Mr. Pickwick, que se abrió, con gran alegría, por Sam Weller.

—Mr. Perker, sir —dijo Sam, anunciando al visitante a Mr. Pickwick, que estaba sentado junto a la ventana en actitud pensativa—. Me alegro muchísimo de que la casualidad le haya hecho venir, sir. Precisamente creo que el amo tiene que decirle algo, sir.

Dirigió Perker a Sam una mirada de inteligencia, reveladora de darse por enterado de

que no debía decir que había sido llamado, e indicándole que se aproximase murmuró algunas palabras en su oído.

—¿Pero es posible, sir? —dijo Sam, retrocediendo bruscamente, lleno de sorpresa.

Perker sonrió, asintiendo.

Miró Samuel Weller al procuradorcito; luego, a Mr. Pickwick, al techo, a Perker otra vez; sonrió, rió francamente y, por último, tomando su sombrero, que yacía sobre la alfombra, desapareció sin decir palabra.

—¿Qué significa esto? —preguntó Mr. Pickwick, mirando con asombro a Perker—. ¿Qué es lo que le ha puesto a Sam en ese estado?

—¡Oh, nada, nada! —respondió Perker—. Vamos, mi querido señor, acerque su silla a la mesa. Tengo una porción de cosas que decirle.

—¿Qué papeles son éstos? —inquirió Mr. Pickwick, fijándose en el legajo, atado con baldique, que depositaba en la mesa el hombrecito.

—Los papeles del proceso Bardell—  
Pickwick —contestó Perker, deshaciendo el  
nudo con los dientes.

Mr. Pickwick hizo rechinar su silla contra el  
suelo, y, dejándose caer en ella, cruzó sus ma-  
nos y adoptó un severo continente, si la severi-  
dad cabía en Mr. Pickwick, mirando a su jurídi-  
co amigo.

—¿No le agrada oír el nombre de la causa?  
—dijo el hombrecito en plena tarea de deshacer  
el nudo.

—No, no me agrada —replicó Mr. Pickwick.

—Lo siento —continuó Perker—, porque va  
a ser el tema de nuestra conversación.

—Yo desearía que ese tema no volviera a  
mentarse jamás entre nosotros, Perker —le ata-  
jó Mr. Pickwick.

—¡Bah, bah, mi querido señor! —dijo el  
hombrecito, desatando el legajo y mirando afa-  
nosamente a Mr. Pickwick con el rabillo del  
ojo—. Pues hay que mentarlo. No he venido  
más que a eso. Vamos a ver: ¿está usted dis-

puesto a oír lo que tengo que decirle, mi querido señor? No hay prisa; si no lo está usted, esperaré. Aquí tengo un periódico de la mañana. Hasta cuando usted quiera. ¡Ajajá!

Y diciendo esto, cruzó las piernas el hombrecito e hizo ademán de ponerse a leer con toda atención.

—Bien, bien —dijo Mr. Pickwick suspirando, pero fundiendo su severidad en una sonrisa—. Diga usted lo que tiene que decirme; será la vieja historia, me la figuro.

—Con una diferencia, mi querido señor, con una diferencia —repuso Perker, plegando el periódico con gran parsimonia y metiéndoselo en el bolsillo—. La señora Bardell, la demandante en la querrela, se halla entre estos muros, sir.

—Ya lo sé —fue la respuesta de Mr. Pickwick.

—Perfectamente —repuso Perker—. Y también sabe usted, supongo, cómo ha venido

aquí; quiero decir en qué calidad y a instancia de quién.

—Sí, al menos he oído lo que me ha contado Sam sobre el asunto —dijo Mr. Pickwick con afectada indiferencia.

—La versión de Sam —replicó Perker— me atrevo a decir que es perfectamente correcta. Bien. Pues ahora, mi querido señor, lo primero que tengo que preguntarle es si esa mujer va a quedarse aquí.

—¡Quedarse aquí! —repitió Mr. Pickwick.

—Quedarse aquí, mi querido señor —insistió Perker, retrepándose en la silla y mirando con fijeza a su cliente.

—¿Cómo me pregunta usted a mí eso? —dijo Mr. Pickwick—. Eso es cosa de Dodson y Fogg; bien lo sabe usted.

—Yo no sé nada de eso —repuso con firmeza Perker—. Ésa no es incumbencia de Dodson y Fogg; usted conoce a esos caballeros, mi querido señor, tan bien como yo. Es asunto que concierne única y exclusivamente a usted.

—¡A mí! —exclamó Mr. Pickwick, levantándose nerviosamente de la silla y volviendo a sentarse inmediatamente.

Dio el hombrecito un golpe en el borde de su tabaquera, la abrió, tomó un buen pellizco, cerróla de nuevo y repitió las palabras «A usted».

—Lo que yo digo, mi querido señor —continuó el hombrecito, que parecía cobrar seguridad en sí mismo a medida que tomaba rapé—, lo que yo digo es que su inmediata liberación o su reclusión perpetua dependen de usted, y de nadie más que de usted. Óigame, mi querido señor, si quiere, y no se excite de esa manera, porque eso le hará sudar, y no le conviene en modo alguno. Lo que yo digo —continuó Perker, adscribiendo a cada uno de sus dedos una afirmación, a medida que las iba produciendo—, lo que yo digo es que nadie sino usted puede rescatarla de este tugurio de infamia, y que usted sólo puede hacer esto pagando las costas, tanto las de usted como las de la demandante, poniendo ese dinero en las ma-

nos de los dos granujas de Freeman. Pero cálmese, mi querido señor.

Mr. Pickwick, cuyo rostro había experimentado los más notables y profundos cambios de expresión durante esta perorata, y que se hallaba indudablemente a punto de reventar de indignación, moderó su rabia en la forma que pudo. Perker reforzó su argumentación con otro pellizco de rapé y prosiguió:

—He visto a la mujer esta mañana. Pagando las costas puede usted obtener una renuncia plena de su indemnización, y, además, lo que estimo constituye para usted, mi querido señor, la finalidad más importante, una afirmación espontánea y libre, firmada por ella, en forma de una carta a mí, de que este negocio fue desde el primer momento tramado, fomentado y llevado a cabo por Dodson y Fogg; de que ella lamenta profundamente haber sido el instrumento de que se han valido para ofender e injuriar a usted, y de que ella me suplica interceda con usted e implore su perdón.

—Si yo pago sus costas —dijo indignado Mr. Pickwick—. ¡Vaya un documento valioso!

—No hay si que valga, mi querido señor —dijo, triunfante, Perker—. Aquí está la carta de que hablo. Llegó a mi oficina a las nueve de la mañana, antes de que yo pusiera el pie en este establecimiento o tuviese comunicación alguna con la señora Bardell, mi palabra de honor.

Tomando la carta de entre los documentos que había en el legajo, exhibiéndola el procurador a Mr. Pickwick, y durante dos minutos consecutivos estuvo tomando tabaco sin pestañear.

—¿Eso es todo lo que tiene usted que decirme? —preguntó dulcemente Mr. Pickwick.

—No todo —replicó Perker—. No me atrevo a asegurar en este momento si el texto del *cognovit*, si la forma en que se ha llevado esta parte del proceso ni si las pruebas que podamos obtener acerca del detalle del procedimiento serán suficientes para fundamentar una querrela por conspiración. Presumo que no, mi querido señor, son demasiado listos para eso. Creo, sí,

que los hechos, en conjunto, han de proporcionar elementos para rehabilitar a usted en el concepto de todas las personas razonables. Y ahora, mi querido señor, voy a hacerle una consideración. Estas ciento cincuenta libras, o las que sean, hablando en números redondos, no son nada para usted. Contra usted se ha pronunciado un jurado. Bueno. Su veredicto es injusto; pero ellos lo estimaron correcto, y es desfavorable a usted. A usted se le presenta una oportunidad, facilísima, para colocarse en una posición mucho más airosa de lo que podría lograr permaneciendo aquí; lo cual se atribuiría por aquellos que no le conocen a malicia rencorosa, a perversidad o a brutal testarudez; a otra cosa, no, mi querido señor, créame. ¿Puede usted vacilar en aprovechar una ocasión que ha de restituirle a sus amigos y habituales ocupaciones, al disfrute de su salud y a las expansiones naturales, cuando puede liberar a su fiel y adicto criado, quien, de otra suerte, se vería condenado a prisión hasta el fin de

los días de usted, y, sobre todo, cuando le proporciona a usted el medio de tomar una venganza magnánima, que es, a no dudarlo, mi querido señor, su deseo sincero, sacando a esta mujer de un ambiente de miseria y desorden, en el que no se haría entrar a ningún hombre, si estuviera en mi voluntad, pero que tratándose de una mujer, resulta mucho más bárbaro y espantoso? Ahora yo le pregunto, mi querido señor, no sólo como su consejero legal, sino como amigo verdadero: ¿Quiere usted desperdiciar la ocasión de alcanzar todos estos fines y de hacer todos estos bienes por la mezquina consideración de que unas cuantas libras vayan a parar a los bolsillos de un par de canallas, a quienes no rinde provecho alguno, puesto que, si más ganan, más se afanan por ganar, y que, satisfaciendo su desmedida codicia, puede ocurrir que, guiados por su ciego afán de lucro, acaben por caer en una trampa, alcanzando un fin desastroso? Hago a usted estas reflexiones, mi querido señor, torpes y desaliñadas, pero en

las que le invito a meditar. Piense en ellas todo el tiempo que le plazca. Yo espero aquí tranquilamente su respuesta.

—¡Caramba, caramba! —exclamó Mr. Pickwick, a quien había logrado conmover la invocación de su amigo—. ¡Qué ruido hay en esa puerta! ¿Quién es?

—Soy yo, sir —replicó Sam Weller, asomando la cabeza.

—No puedo hablar contigo ahora, Sam —dijo Mr. Pickwick—. En este momento estoy ocupado, Sam.

—Dispéñeme, sir —repuso Mr. Weller—; pero hay aquí una señora, sir, que dice tener que revelar algo muy importante.

—No puedo recibir a ninguna señora —replicó Mr. Pickwick, cuya mente se hallaba invadida por enojosas visiones de la señora Bardell.

—No estoy yo muy seguro de eso, sir —insistió Mr. Weller, sacudiendo la cabeza—. Si usted supiera quién está aquí, sir, me parece

que cambiaría de parecer, como se dijo a sí mismo el milano con alegre risa al oír cantar al petirrojo que volaba a su alrededor.

—¿Quién es? —inquirió Mr. Pickwick.

—¿Quiere usted verla, sir? —preguntó Mr. Weller, sujetando la puerta con la mano, como si al otro lado de ella se escondiese algún animal curioso.

—Claro que quiero —dijo Mr. Pickwick, consultando a Mr. Perker.

—Bien. ¡Entonces, a empezar! —gritó Sam—. Suene la trompeta, levantad la cortina y que entren los dos conspiradores. Diciendo esto Sam Weller, abrió la puerta del todo, y precipitóse en la estancia Mr. Nathaniel Winkle, llevando de la mano a la misma señorita que en Dingley Dell llevaba las botas con vueltas de piel, y que ahora, animada por los rubores y la confusión, con su vestido de seda lila, elegante sombrero y lujoso lazo de terciopelo, aparecía más linda que nunca.

—¡Miss Arabella Allen! —exclamó Mr. Pickwick, levantándose de la silla.

—No —replicó Mr. Winkle, cayendo de hinojos—, señora Winkle. ¡Perdón, mi querido amigo, perdón!

Apenas si se atrevió Mr. Pickwick a dar crédito a sus sentidos, y tal vez no lo hiciera a no ser por el testimonio corroborante que le ofrecían el rostro sonriente de Perker y la presencia corporal de Sam y de la guapa doncellita, que parecían contemplar los sucesos con la más viva satisfacción.

—¡Oh, Mr. Pickwick! —dijo Arabella en voz baja, como sobrecogida por el silencio—. ¿Perdonará usted mi imprudencia?

No concedió Mr. Pickwick respuesta verbal a esta apelación; pero, quitándose los lentes a toda prisa y tomando las manos de la joven, las besó gran número de veces —tal vez muchas más de las necesarias—, y conservando luego entre las suyas una de las de la joven, dijo a Mr. Winkle que era un audaz ladronzuelo y le su-

plicó que se levantara. Mr. Winkle, que había permanecido unos segundos acariciándose la nariz con el ala del sombrero, en actitud penitente, accedió al cabo, después de lo cual le dio Mr. Pickwick varios espaldarazos y cambió un cordial apretón de manos con Perker, quien, para no quedarse atrás en los cumplimientos propios de la ocasión, saludó a la novia y a la linda doncellita, y luego de estrechar cordialmente la mano de Mr. Winkle, remató sus demostraciones de júbilo administrándose una dosis de rapé capaz de hacer estornudar toda la vida a media docena de hombres de narices normalmente construidas.

—Vaya, querida niña —dijo Mr. Pickwick—, ¿cómo ha sido esto? ¡Vamos a ver! Siéntese y cuéntemelo todo.

—¡Qué bien está!, ¿verdad, Perker? —añadió Mr. Pickwick, contemplando el rostro de Arabella con el mismo orgullo que si se hubiera tratado de su propia hija.

—Deliciosa, mi querido señor —replicó el hombrecito—. Si yo no fuera casado, no vacilaría en envidiarle, granuja.

Y diciendo esto, el diminuto procurador dio un golpe en el pecho de Mr. Winkle, quien al punto se lo devolvió. Después se echaron a reír los dos con todas sus ganas, aunque no con tantas como Samuel Weller, el cual había calmado sus emociones besando a la linda doncellita guareciéndose tras la puerta de la alacena.

—Nunca se lo agradeceré bastante, Sam —dijo Arabella con la más dulce sonrisa imaginable—. No podré olvidar jamás sus trabajos en el jardín de Clifton.

—No diga usted eso, señora —replicó Sam—. No hice más que ayudar a la Naturaleza, señora, como dijo el médico a la madre del chico después de matarle de una sangría.

—María querida, siéntate —dijo Mr. Pickwick, cortando bruscamente estos cumplimientos—. Y ahora decidme: ¿cuánto tiempo hace que se han casado?

Miró Arabella tímidamente a su amo y señor y respondió:

—Tres días solamente.

—Nada más que tres días, ¿eh? —dijo Mr. Pickwick—. Pues entonces, ¿qué es lo que han hecho en estos tres meses?

—¡Ah, eso es! —interrumpió Perker—. ¡Vamos! Justificación del abandono. Ya ven ustedes que lo que le asombra a Mr. Pickwick es que no lo hayan hecho hace varios meses.

—Pues ha consistido —repuso Mr. Winkle, mirando a su ruborizada esposa— en que tardé mucho tiempo en lograr convencer a Bella, y después de convencerla, tuvimos que esperar la oportunidad. María tenía que despedirse con un mes de anticipación de la casa de al lado, y no podíamos hacer nada sin su ayuda.

—A fe mía —exclamó Mr. Pickwick, que ya se había puesto los lentes y que paseaba su mirada de Arabella a Winkle y de Winkle a Arabella, con todo el alborozo que pueden infundir en un semblante la bondad y la ternura—, a fe

mía que ha llevado usted las cosas con prudencia y método. ¿Y está enterado su hermano de todo esto, querida?

—¡Ah, no, no! —repuso Arabella, cambiando de color—. Querido Mr. Pickwick, él debe saberlo por usted solamente, sólo de sus labios. Es tan violento, tan maniático, y se ha interesado tanto..., tanto, por su amigo Mr. Sawyer —añadió Arabella, mirando al suelo—, que temo consecuencias espantosas.

—¡Ah!, ciertamente —dijo gravemente Perker—. Este asunto tiene usted que ventilárselo, mi querido señor. Esos muchachos han de respetar a usted más que a otro cualquiera, y han de escucharle lo que a nadie consentirían. No tiene usted más remedio que evitar el posible disgusto.

Y tomando el hombrecito una previsoramente dada de rapé, sacudió su cabeza en ademán dubitativo.

—Pero usted olvida, amor mío —dijo Mr. Pickwick dulcemente—, que yo soy un prisionero.

—No, no, amigo querido —replicó Arabella—. No lo he olvidado un solo instante. No he dejado nunca de pensar en los sinsabores que habrá usted pasado en este lugar miserable y grosero. Pero siempre esperé que lo que no hiciera usted por sí mismo no dejaría de llevarlo a cabo mirando a nuestra felicidad. Si mi hermano llega a saber esto, en primer término, por usted, estoy segura de que podremos reconciliarnos. Es mi única familia en el mundo. Mr. Pickwick; y si usted no intercede por mí, creo que le pierdo. He procedido mal, muy mal, yo lo comprendo.

Y al llegar a este punto escondió la cara en el pañuelo la pobre Arabella y lloró amargamente.

Estas lágrimas conmovieron bastante la sensibilidad de Mr. Pickwick; pero al ver cómo Mr. Winkle enjugaba los ojos de su esposa y la mi-

maba y tranquilizaba con las más dulces inflexiones de su más dulce voz, experimentó extraordinaria inquietud y denotó la más visible indecisión, que se evidenciaba por las nerviosas frotaciones a que sometió a sus anteojos, su nariz, sus pantalones, su cabeza y sus polainas.

Aprovechando la ventaja de estos síntomas de perplejidad, Mr. Perker —a quien parecía haber visitado aquella mañana el joven matrimonio— arguyó con legal táctica y sutil marrullería que Mr. Winkle padre ignoraba el importante paso dado por su hijo; que las futuras esperanzas del referido hijo cifrábanse exclusivamente en que el mencionado Mr. Winkle padre continuara mirándole con la ternura y el afecto de siempre, cosa que era improbable si se le conservaba por largo tiempo en el secreto de este gran acontecimiento; que si Mr. Pickwick se dirigía a Bristol en busca de Mr. Allen, debía, con igual razón, dirigirse a Birmingham para avistarse con Mr. Winkle padre; finalmente,

que Mr. Winkle padre tenía derecho y justo título para considerar, en cierto modo, a Mr. Pickwick como guardián y consejero de su hijo, y que, en consecuencia, incumbía a este señor, y le correspondía en calidad de tal, la misión de dar cuenta al susodicho Winkle padre, personal y verbalmente, de todas las circunstancias relativas al caso, así como de la parte que él mismo había tenido en el convenio.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass llegaron con la mayor oportunidad en aquel momento del debate, y como fuera necesario ponerles al tanto de lo ocurrido, con todos los pros y los contras, volvieron a formularse todos los argumentos, en cuya exposición arguyó cada cual según su estilo propio y peculiar amplitud. Por fin, Mr. Pickwick, hábilmente discutido y disuadido, hasta el punto de hacerle salirse de todas sus resoluciones, y en riesgo inminente de salirse de quicio, estrechó a Arabella en sus brazos, y, declarando que era una adorable criatura y que sin saber por qué la había amado desde el pri-

mer momento, dijo que no hallaba en su propio corazón motivo para atravesarse en el camino de la dicha de aquellos jóvenes y que podían hacer de él lo que quisieran.

El primer acto de Sam Weller, al oír esta concesión, fue despachar a Job Trotter en busca del ilustre Mr. Pell, con autorización para que entregase al portador la redención legalizada que su prudente padre había tenido la previsión de depositar en manos del docto caballero para el caso de que fuera requerida en cualquier momento y circunstancia. La segunda determinación que tomó fue invertir su entera disponibilidad de numerario en la adquisición de veinticinco galones de cerveza, que distribuyó por sí mismo en el patio a cuantos tuvieron a bien participar de ella; gritó luego diversos ¡hurras! en diversas regiones del establecimiento, hasta quedarse afónico, y, por último, se restituyó tranquilamente a su habitual y filosófica compostura.

A las tres de aquella tarde echó una última ojeada Mr. Pickwick a su pequeña estancia, y salió como pudo por entre la muchedumbre de deudores, que ávidamente se agolpaban en torno para estrecharle la mano, hasta alcanzar la escalera de la portería. Volvióse allí para mirar en derredor, e ilumináronse sus ojos con resplandor vivísimo. Entre la multitud de escuálidos y depauperados rostros, ni uno solo descubríase en que no alentasen el efecto y la simpatía hacia él.

—¡Perker! —dijo Mr. Pickwick, llamando a un joven para que se le acercara—. Éste es Mr. Jingle, de quien ya le he hablado.

—Muy bien, mi querido señor —replicó Perker, mirando al joven con fijeza—. Mañana me avistaré con usted... Espero que en lo sucesivo sólo vivirá para agradecer profundamente lo que he de comunicarle, sir.

Inclinóse respetuosamente Jingle. Viósele temblar al estrechar la mano de Mr. Pickwick, y se retiró.

—A Job ya le conoce, creo —dijo Mr. Pickwick, mostrándoselo.

—Conozco a este pícaro —repuso Perker, con gesto risueño—. Cuide a su amigo y haga por verme mañana a la una. ¿Lo oye usted? ¿Hay algo más?

—Nada —respondió Mr. Pickwick—. ¿Has entregado el paquetito que te di para tu antiguo patrón, Sam?

—Se lo he entregado, sir —replicó Sam—. Se echó a llorar, sir, y dijo que era usted muy generoso y caritativo y que sólo deseaba que le inoculase usted una consunción galopante, porque se ha muerto el amigo con quien ha vivido aquí tanto tiempo y no podrá encontrar otro como él.

—¡Pobre hombre, pobre hombre! —dijo Mr. Pickwick—. Amigos míos, que Dios les bendiga.

Al pronunciar Mr. Pickwick este adiós, rompió la muchedumbre en una ruidosa aclamación. Muchos se esforzaban por abrirse paso

para estrecharle de nuevo la mano, cuando, cogiéndose del brazo de Perker, abandonaba rápidamente la cárcel, bastante más triste y apenado que al entrar. ¡Cuántos desventurados, ay, no dejaba a su espalda!

Dichosa y grata fue aquella tarde para algunos, al menos, de los huéspedes de Jorge y el Buitre, y bien contentos y animosos sintiéronse dos de los corazones que salieron a la mañana siguiente de aquella puerta hospitalaria. Los poseedores de ellos eran Mr. Pickwick y Sam Weller, el primero de los cuales fue cómodamente instalado en una posta, en cuyo reducido asiento posterior montó el segundo con gran agilidad.

—¡Sir! —gritó Mr. Weller a su amo.

—¿Qué hay, Sam? —respondió Mr. Pickwick, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Ojalá que estos caballos se hubieran pasado tres meses largos en Fleet.

—¿Por qué, Sam? —preguntó Mr. Pickwick.

—Caramba, sir —exclamó Mr. Weller, fro-  
tándose las manos—. Porque ¡qué bien correrían  
ahora!

## 48. EN EL QUE SE RELATA CÓMO MR. PICKWICK INTENTÓ, CON LA AYUDA DE SAM WELLER, ABLANDAR EL CORAZÓN DE MR. BENJAMÍN ALLEN Y APLACAR LA CÓLERA DE MR. BOB SAWYER

Mr. Ben Allen y Mr. Bob Sawyer, sentados en el reducido gabinete quirúrgico contiguo a la rebotica, discutiendo mano a mano un salpicón de vaca y sus esperanzas para el futuro, llevaron la conversación hacia el negocio tomado en traspaso por el mencionado Bob y hacia las probabilidades que, de lograr una situación independiente, podría ofrecerle la honrosa profesión que había abrazado.

—... Las cuales, en mi concepto —observó Mr. Bob Sawyer, reanudando el tema del diálogo—, las cuales, en mi concepto, Ben, son un tanto dudosas.

—¿Qué es lo dudoso? —inquirió Mr. Ben Allen, al tiempo que aguzaba su intelecto con un trago de cerveza—. ¿Qué es lo dudoso?

—Hombre, las probabilidades —respondió Mr. Bob Sawyer.

—¡Ah, no me acordaba! —dijo Ben Allen—. La cerveza me ha refrescado la memoria... Sí, son dudosas.

—Es maravilloso lo que me protege esta gente pobre —dijo Bob Sawyer con acento reflexivo—. Me llaman a cualquier hora de la noche; toman las medicinas en una cantidad inconcebible; se plantan los vejigatorios y las sanguijuelas con una perseverancia digna de mejor causa; multiplican sus familias de una manera espeluznante. ¡Y seis pagarés de éstos, que vencen el mismo día, Ben, todos confiados a mi cuidado!

—¿Es muy halagüeño, verdad? —dijo Mr. Ben Allen, levantando el plato en demanda de una nueva ración de salpicón.

—¡Oh!, muchísimo —replicó Bob—; pero lo sería mucho más la confianza de unos cuantos enfermos que pudieran desprenderse de unos chelines. El negocio se describía admirablemen-

te en el anuncio, Ben. Es una clientela, una extensa clientela... y nada más.

—Bob —dijo Mr. Ben Allen, dejando cuchillo y tenedor y clavando los ojos en la cara de su amigo—, Bob, te voy a decir una cosa.

—¿Qué es ello? —preguntó Mr. Bob Sawyer.

—Es preciso que te hagas cuanto antes con las mil libras de Arabella.

—Tres por ciento consolidado, que ahora están a su nombre en el libro Mayor del Banco de Inglaterra —añadió Bob Sawyer en estilo legal.

—Exactamente —dijo Ben—. Ella ha de entrar en posesión de ellas a su mayor edad o al casarse. Le falta un año para la mayor edad, y si tú te dieras maña, te casarías con ella antes de un mes.

—Es una criatura encantadora y deliciosa —observó Mr. Sawyer a guisa de réplica—, y no tiene más que un defecto, que yo sepa. Ocurre, por desgracia, que carece de gusto... No gusta de mí.

—Lo que yo pienso es que no sabe lo que le gusta —dijo Mr. Ben Allen desdeñosamente.

—Puede ser —arguyó Mr. Bob Sawyer—. Pero mi opinión es que sabe lo que no le gusta, y eso es lo más grave del caso.

—Quisiera —dijo Mr. Ben Allen, apretando los dientes y expresándose más como furioso guerrero que se alimenta con carne cruda de lobo, que desmenuza con sus dedos, que como pacífico caballero, que come salpicón de vaca con tenedor y cuchillo—, quisiera saber si algún granuja ha intentado apoderarse de su cariño. Creo que le asesinaba, Bob.

—Yo le metería una bala si me lo encontrara —dijo Mr. Sawyer, interrumpiendo un interminable trago de cerveza y mirando fieramente por encima del vaso—. Y si con eso no le despachaba, le mataba al extraérsela.

Contempló Mr. Benjamín Allen, abstraído, a su amigo, por espacio de algunos minutos, en silencio, y luego dijo:

—¿No se lo has propuesto nunca, so pánfilo?

—No, porque vi que no hubiera adelantado nada —replicó Mr. Bob Sawyer.

—Pues has de hacerlo antes de veinticuatro horas —repuso Ben con desesperada calma—. Te aceptará, o veremos lo que pasa. Haré valer mi autoridad.

—Bien —dijo Mr. Bob Sawyer—. Allá veremos.

—Allá veremos, amigo —replicó Mr. Ben Allen con dureza. Calló unos momentos, y añadió con voz entrecortada por la emoción:

—Tú la amas desde niña, amigo mío. La amas desde que estabais juntos en la escuela, y ya entonces se mostraba esquiva y desdeñaba tus tiernas afecciones. ¿Recuerdas con cuánto afán le suplicaste que aceptara dos pastas de anís y una dulce manzana, cuidadosamente envuelta en un cartucho formado con la hoja de un cuaderno?

—Sí que lo recuerdo —replicó Bob Sawyer.

—¿Lo despreció, verdad? —dijo Ben Allen.

—Sí —repuso Bob—. Me dijo que había yo tenido guardada tanto tiempo la manzana en el bolsillo de mi pantalón, que estaba atroz de caliente.

—Me acuerdo —dijo Mr. Allen con desconuelo—. Y entonces nos la comimos entre los dos a mordiscos alternativos.

Manifestó Bob Sawyer, por un fruncimiento melancólico, acordarse de la aludida circunstancia, y ambos amigos quedáronse absortos unos momentos en sus propias meditaciones.

Mientras se cruzaban estas observaciones entre Mr. Bob Sawyer y Mr. Benjamín Allen, y mientras el chico de librea gris, intrigado por la desacostumbrada prolongación de la comida, lanzaba ansiosas miradas de cuando en cuando hacia la puerta de cristales, embargado por internos presentimientos relacionados con la porción de salpicón que podría quedar para su consumo individual, rodaba pausadamente por las calles de Bristol un coche particular, pintado de verde melancólico, tirado por un macilento

alazán y guiado por un hombre de rostro malhumorado, con las piernas revestidas en guisa de lacayo y el cuerpo al estilo de cochero. Tales apariencias son comunes en muchos vehículos pertenecientes a viejas señoras de costumbres económicas; y en este vehículo iba sentada una anciana, que era la dueña y propietaria del carruaje.

—¡Martin! —dijo la vieja, llamando al adusto cochero por la ventanilla del frente.

—¿Mande? —dijo el adusto cochero, saludando a la anciana.

—A casa de Mr. Sawyer —dijo la vieja.

—Allí voy —dijo el hombre.

La señora movió la cabeza en señal de la satisfacción que le producía la previsión con que aquel hombre se anticipaba a sus deseos, y, dando el cochero un suave fustazo al jamelgo, dirigiéronse todos a casa de Mr. Bob Sawyer.

—¡Martin! —dijo la vieja dama al pararse el coche a la puerta de Mr. Bob Sawyer, antes Nockemorf.

—¿Mande? —dijo Martin.

—Di al chico que salga y tenga cuidado del caballo.

—Yo mismo lo cuidaré —dijo Martin, dejando el látigo en el techo del carruaje.

—Eso no lo permito de ninguna manera —dijo la anciana— Su testimonio ha de ser muy importante, y es preciso que entre usted en la casa conmigo. No puede usted moverse de mi lado en toda la entrevista. ¿Oye usted?

—Oigo —replicó Martin.

—Bien. ¿Por qué se queda usted parado?

—Por nada —replicó Martin.

Y diciendo esto el adusto cochero, apeóse parsimoniosamente de la rueda sobre la cual estaba de puntillas, y después de llamar al chico de librea gris abrió la portezuela, bajó el estribo, e introduciendo una mano envuelta en oscuro guante de gamuza, extrajo a la anciana con la misma indiferencia que si se hubiera tratado de un paquete de ropa.

—¡Dios mío! —exclamó la anciana—. Estoy tan agitada, ahora que he llegado, Martin, que no hago más que temblar.

Tosió Mr. Martin, tapándose la boca con el oscuro guante de gamuza, sin hacer manifestación alguna; así es que la vieja, tratando de calmarse, subió apresuradamente la escalera de Mr. Bob Sawyer, seguida de Mr. Martin. No bien entró la vieja en la tienda, Mr. Benjamín Allen y Mr. Bob Sawyer, que habían escondido los licores y el agua y esparcido nauseabundas drogas para disimular el olor del tabaco, salieron a su encuentro, transportados de gozo y solicitud.

—¡Mi querida tía! —exclamó Mr. Ben Allen—. ¡Qué buena es usted al ocuparse de nosotros! Mr. Sawyer, tía; mi amigo Mr. Bob Sawyer, de quien te he hablado, refiriéndome... ya sabes, tía.

Y entonces Mr. Ben Allen, que no se hallaba en aquel momento muy fresco que digamos, añadió la palabra «Arabella» en tono que, pre-

tendiendo ser quedo murmullo, resultó tan perceptible y distinto, que nadie pudiera haber dejado de oírlo, ni aun proponiéndoselo.

—Mi querido Benjamín —dijo la vieja, luchando con la sofocación y temblando de pies a cabeza—. No te alarmes, querido; pero me parece que convendría que hablase un momento a solas con Mr. Sawyer. Sólo un momento.

—Bob —dijo Mr. Ben Allen—, ¿quieres entrar con mi tía en la clínica?

—Ya lo creo —respondió Bob en la más profesional de las voces—. Pase por aquí, mi querida señora. No se asuste, señora. Lograremos aliviarla en muy poco tiempo, no lo dudo, señora. Aquí, mi querida señora. ¡Vamos a ver!

Y llevando Mr. Bob Sawyer de la mano a la vieja hasta una silla, cerró la puerta, acercó una silla a la señora y aguardó que se le detallaran los síntomas de alguna dolencia, en la que adivinaba una larga serie de provechos y ventajas.

Lo primero que hizo la anciana fue mover la cabeza muchas veces y empezar a llorar.

—Nerviosa —dijo Bob Sawyer en tono complacido—. Agua de alcanfor tres veces al día y poción calmante a la noche.

—No sé cómo empezar, Mr. Sawyer —dijo la anciana—. Tan penoso y desconsolador es.

—No tiene usted que empezar, señora —repuso Mr. Bob Sawyer—. Yo puedo anticiparle lo que quiere decirme. Flaquea la cabeza.

—Mucho me temo que sea el corazón —dijo la anciana, dejando escapar un leve gruñido.

—Por ahí no tenemos el menor peligro, señora —replicó Bob Sawyer—. La causa primaria radica en el estómago.

—¡Mr. Sawyer! —exclamó la anciana, inquieta.

—No hay la menor duda, señora —insistió Bob, adoptando un doctísimo continente—. Una medicación oportuna, mi querida señora, lo hubiera evitado todo.

—¡Mr. Sawyer! —dijo la anciana, más agitada que antes— Esta conducta acusa una gran impertinencia, tratándose de una persona que

se halla en mi situación, sir, o proviene de no estar usted enterado del objeto de mi visita. Si hubiera consistido en la virtud de la medicina o si hubiera cabido alguna previsión para evitar lo ocurrido, seguramente que no hubiera vacilado en emplearlas. Mejor será que hable en seguida con mi sobrino —dijo la vieja, retorciendo indignada su bolso y poniéndose de pie.

—Un momento, señora —dijo Bob Sawyer—; temo no haberla entendido. ¿De qué se trata, señora?

—Mi sobrina, Mr. Sawyer —dijo la anciana—, la hermana de su amigo.

—Sí, señor —dijo Bob, lleno de impaciencia, porque la vieja señora, no obstante su extrema agitación, hablaba con la más tantálica parsimonia, como suelen hacer las viejas—. Sí, señora.

—Abandonó mi casa, Mr. Sawyer, hace tres días, so pretexto de visitar a mi hermana, otra tía suya, que regenta un gran colegio que hay al pie de la tercera piedra miliaria, junto a un

enorme abeto y que tiene una verja de roble — dijo la anciana, deteniéndose en este punto para enjugarse los ojos.

—¡Oh, que el diablo se lleve el abeto, señora! —dijo Bob, olvidando completamente su dignidad profesional, embargado por la ansiedad—. Explíquese un poco más de prisa; dé usted un poco más de vapor, señora, tenga la bondad.

—Esta mañana —dijo la anciana lentamente—, esta mañana, ella...

—Volvió, señora, supongo —dijo Bob, cobrando ánimo—. ¿Ha vuelto?

—No, no ha vuelto; ha escrito —replicó la anciana.

—¿Y qué dice? —inquirió afanosamente Bob.

—Dice, Mr. Sawyer —repuso la anciana—, y para esto es para lo que necesito preparar a Benjamín poco a poco, dice que se ha... tengo la carta en mi bolsillo, Mr. Sawyer; pero mis gafas están en el coche, y sería hacerle perder el

tiempo intentar, sin ellas, señalarle el pasaje; dice en resumen, Mr. Sawyer, que se ha casado.

—¡Cómo! —dijo, o, mejor dicho, gimió, Mr. Bob Sawyer.

—Casada —repitió la vieja.

No pudo oír más Mr. Bob Sawyer; saliendo de estampía de la clínica, gritó con voz estentórea:

—¡Ben, amigo mío, se ha fugado!

Mr. Ben Allen, que dormitaba tras el mostrador con la cabeza más baja que las rodillas, no bien oyó la terrible nueva, precipitóse sobre Mr. Martin, y asiendo con su mano la corbata del taciturno criado, mostróse decidido a estrangularle en el acto, y con la prontitud de la desesperación, empezó a poner por obra su intento con extraordinario vigor y quirúrgica destreza.

Mr. Martin, que era hombre de pocas palabras y que no poseía el don de la persuasión ni el de la elocuencia, sometióse a esta operación con apacible y risueño semblante por algunos

segundos; pero advirtiéndole que la manipulación amenazaba privarle de la facultad de reclamar el salario, la comida y otras muchas cosas para lo que le restaba de vida, musitó una inarticulada protesta y tendió de un puñetazo a Mr. Benjamín Allen. Como las manos de éste estaban enredadas en su corbata, no tuvo más remedio el cochero que caer también. Allí empezaban a luchar, cuando se abrió la puerta y aumentó la concurrencia por la llegada de dos inesperados visitantes, a saber: Mr. Pickwick y Mr. Samuel Weller.

La impresión primera de Mr. Weller fue la de que Mr. Martin había sido contratado por la entidad Sawyer, antes Nockemorf, para tomar medicinas fuertes; para sufrir ataques y actuar como sujeto de experimentación; para tragar veneno de cuando en cuando, como objeto de probar la eficacia de nuevos antídotos, o para hacer progresar la ciencia médica y satisfacer el ardiente espíritu de investigación que alentaba en el pecho de los dos jóvenes profesores. Así,

pues, sin preocuparse de intervenir, permaneció Sam tranquilo y mirando lo que pasaba, cual si se hallara hondamente interesado en el resultado del experimento que a la sazón se verificaba. No hizo lo mismo Mr. Pickwick, quien se arrojó al punto entre los asombrados combatientes, con su acostumbrada energía, y requirió a los demás circunstantes para que se interpusieran.

Esto despertó a Mr. Bob Sawyer, que había quedado completamente paralizado por el frenesí de su compañero. Con su asistencia, levantó Mr. Pickwick a Ben Allen, y hallándose solo en el suelo Mr. Martin, levantóse y miró a su alrededor.

—Mr. Allen —dijo Mr. Pickwick—, ¿qué es lo que ocurre, sir?

—¡Lo que a usted no le importa, sir! —replicó Mr. Allen con altanera jactancia.

—¿Qué pasa? —preguntó Mr. Pickwick, dirigiéndose a Bob Sawyer—. ¿Es que está enfermo?

Antes de que replicara Bob, tomó Mr. Ben Allen la mano de Mr. Pickwick y murmuró con acento doliente:

—¡Mi hermana, señor mío, mi hermana!

—¡Ah, se trata de eso! —dijo Mr. Pickwick—. Eso me parece que lo arreglaremos fácilmente. Su hermana se encuentra perfectamente y en seguridad, y yo he venido, amigo, para...

—Lamento muchísimo tener que interrumpir tan grata sesión, como dijo el rey cuando disolvió el Parlamento —terció Mr. Weller, que llevaba un rato asomando la cabeza por la mampara de cristales—; pero hay aquí otra experiencia que hacer. Aquí hay una venerable anciana tendida en la alfombra y esperando la disección, embalsamamiento o cualquier invento científico que la resucite.

—Se me había olvidado —exclamó Mr. Ben Allen—. Es mi tía.

—¡Vaya por Dios! —dijo Mr. Pickwick—. ¡Pobre señora! Con cuidado, Sam, con cuidado.

—Extraña situación para una persona de la familia —observó Sam Weller, levantando a la tía y poniéndola en una silla—. Ahora, segundo sierrahuesos, sácate los volátiles.

Esta última frase iba enderezada al chico gris, que, habiendo dejado el coche al cuidado de un guardia, había entrado con objeto de enterarse de la causa de aquel estrépito. Entre el chico de gris, Mr. Bob Sawyer y Mr. Benjamín Allen —que después de asustar a su tía hasta hacerla desmayarse manifestaba un vivo anhelo de volverla a la vida—, lograron que la anciana recobrase el uso de sus facultades. Entonces Mr. Ben Allen, volviendo hacia Mr. Pickwick su rostro cariacontecido, preguntóle qué era lo que iba a decir cuando fuera interrumpido de manera tan alarmante.

—Aquí no hay más que amigos, supongo —dijo Mr. Pickwick, aclarando la voz con un carraspeo y mirando hacia el hombre lacónico de adusta faz que guiaba el coche de macilento jamelgo.

Esto advirtió a Mr. Bob Sawyer de que el chico de gris estaba mirando con ojos dilatados y escuchando con ávidas orejas. Suspendido por el cuello de la chaqueta el químico incipiente y lanzado por la puerta, aseguró Bob Sawyer a Mr. Pickwick que podía hablar sin reserva alguna.

—Su hermana, señor mío —dijo Mr. Pickwick, volviéndose a Benjamín Allen—, está en Londres buena y dichosa.

—Su felicidad no es mi objetivo, sir —dijo Mr. Benjamín Allen, haciendo un molinete en el aire con la mano.

—Su marido es un objetivo para mí, sir —dijo Bob Sawyer—. ¡Será para mí un objetivo, sir, a veinte pasos, y haré de él un magnífico blanco, sir... un ente rastrero y rufianesco!

Estas palabras, que constituían un delicado y magnánimo reto, tuvieron un efecto, que hubo de debilitarse considerablemente por venir luego Mr. Bob Sawyer a formular ciertas observaciones generales, concernientes a cabezas aplas-

tadas y a ojos extraídos, que resultaron en comparación meros lugares comunes.

—Espere, sir —dijo Mr. Pickwick—. Antes de aplicar estos epítetos al caballero en cuestión, considere imparcialmente la magnitud de su culpa, y recuerde, sobre todo, que es amigo mío.

—¡Cómo! —dijo Mr. Bob Sawyer.

—¡Su nombre! —gritó Ben Allen—. ¡Su nombre!

—Mr. Nathaniel Winkle —dijo Mr. Pickwick.

Mr. Benjamín Allen aplastó de intento sus anteojos con el tacón de su bota, y luego de recoger los fragmentos y de guardarlos en tres bolsillos distintos, cruzóse de brazos, mordióse los labios y miró en actitud amenazadora la apacible fisonomía de Mr. Pickwick.

—¿Entonces ha sido usted, ha sido usted, sir, el que ha alentado y realizado esa unión? —inquirió al cabo Mr. Benjamín Allen.

—Y el criado de este señor, me parece — interrumpió la anciana—, es quien ha estado rondando por mi casa y quien ha intentado enredar a mis criados en una conspiración contra su ama. ¡Martin!

—Mande —dijo el ceñudo sirviente adelantándose.

—¿Es éste el joven a quien me dijo usted esta mañana haber visto en el callejón?

Mr. Martin, que, como está dicho, era hombre de pocas palabras, miró a Sam Weller, meneó la cabeza y gruñó: «¡Ése es!». Mr. Weller, que no era orgulloso, produjo una sonrisa amistosa al enfrentar sus ojos con los del ceñudo criado, y declaró en términos corteses que ya le conocía de antes.

—¡Y éste es el hombre fiel —exclamó Mr. Ben Allen—, a quien he estado a punto de estrangular! Mr. Pickwick, ¿cómo se ha atrevido usted a consentir que este pollo se dedique a sonsacar a mi hermana? Exijo a usted que explique este asunto, sir.

—¡Que lo explique, sir! —gritó enérgicamente Bob Sawyer.

—Es una conspiración —dijo Ben Allen.

—Un complot en toda regla —añadió Mr. Bob Sawyer.

—Una miserable impostura —observó la anciana.

—Nada más que una intromisión —arguyó Martin.

—Hagan el favor de oírme —suplico Mr. Pickwick, en tanto que Mr. Ben Allen se desplomaba en la silla en que sentaban a los que tenían que sangrar y sacaba el pañuelo—. No he prestado otra ayuda en esta cuestión, fuera de la de hallarme presente en una entrevista de los jóvenes, que no pude impedir, y en la que mi presencia comprendí que habría de quitar todo matiz de incorrección, que de otra manera hubiera tenido. Ésta es toda la intervención que he tenido en el asunto, y no sospechaba que se proyectara el matrimonio tan pronto, aunque, tengan ustedes la seguridad —añadió Mr.

Pickwick, deteniéndose bruscamente—, tengan la seguridad de que no lo hubiera impedido de haber sabido que era ése su designio.

—¿Oyen ustedes esto, lo oyen todos? —dijo Mr. Benjamín Allen.

—Que lo oigan —dijo dulcemente Mr. Pickwick, mirando en torno, y añadió con el semblante cada vez más animado—: Oigan esto también. Oigan también que yo afirmo que no tenía usted derecho a intentar forzar las inclinaciones de su hermana, como lo hizo, y que debiera usted haber procurado, con ternura y paciencia, reemplazar a otros seres que ella nunca conoció. En cuanto a mi amigo, tengo que decir que, por lo que se refiere a su posición, es, por lo menos, igual a la de usted, si no mucho más desahogada, y que, a menos de que yo oiga discutir esta cuestión con la templanza y moderación debidas, me niego en absoluto a escuchar una palabra más.

—Yo deseo hacer unas pocas observaciones accesorias a lo que ha dicho el honorable caba-

Ilero —dijo Mr. Weller, avanzando—, que es lo siguiente: un individuo de la concurrencia me ha llamado pollo.

—Esto no tiene nada que ver con el asunto, Sam —interrumpió Mr. Pickwick—. Haz el favor de callarte la boca.

—No voy a decir nada, sir —replicó Sam—, más que esto. Tal vez piense este señor que había una inclinación anterior; pero no había nada de eso, porque dijo la señorita desde el principio que no podía soportarle. Nadie le ha traicionado, y lo mismo hubiera sido aunque la señorita no hubiera conocido a Mr. Winkle. Esto es lo que yo quería decir, sir, y creo que servirá para tranquilizar a ese señor.

Una breve pausa siguió a esta aclaración consoladora de Mr. Weller. Luego, levantándose de la silla, Mr. Ben Allen aseguró que no volvería a ver más a Arabella; y mientras tanto, Mr. Bob Sawyer, a pesar de las lisonjeras seguridades de Sam; juró tomar venganza terrible del afortunado marido. Mas precisamente

cuando ya estaban las cosas en esta tesitura y amenazaban continuar así, halló Mr. Pickwick una poderosa aliada en la vieja señora, la cual, hondamente impresionada por la defensa que hiciera Mr. Pickwick de la causa de su sobrina, aventuróse a dirigir a Mr. Benjamín Allen unas cuantas reflexiones conciliadoras, entre las que figuraban la de que, después de todo, tal vez era una suerte que no hubiera ocurrido algo peor; que cuanto menos se dijera, más pronto se arreglarían las cosas, y que, en su opinión, lo ocurrido, al fin y al cabo, no le parecía tan mal; que a lo hecho pecho, y que a lo que no puede curarse, no hay más remedio que aguantarse, con otras varias sentencias de análogo sentido. A todas ellas replicó Mr. Benjamín Allen que no quería faltar al respeto a su tía ni a ninguno de los presentes; pero que, si les era lo mismo y le consentían hacer su gusto, él prefería regalarse con el placer de odiar a su hermana hasta la muerte y después de ésta.

Por fin, luego de haberse anunciado más de cincuenta veces esta determinación, levantándose la anciana y adoptando un majestuoso continente, dijo que deseaba saber qué es lo que le había hecho para que no se le guardara el respeto debido a sus años y a su condición, y que ya en este terreno preveía verse obligada a rogar y a suplicar a su sobrino, a quien recordaba veinticinco años antes de nacer y a quien ella había conocido personalmente cuando no tenía un solo diente en la boca. Algo añadió referente a haberse encontrado junto a él la primera vez que se cortó el pelo, y en otras muchas ocasiones y ceremonias de su niñez, circunstancias todas que le otorgaban derecho a su afecto, obediencia y ternura imperecederos.

Mientras la buena señora conjuraba de esta suerte a Mr. Ben Allen, Bob Sawyer y Mr. Pickwick mantenían íntimo coloquio en la otra habitación, donde se vio a Mr. Sawyer acercar sus labios repetidas veces a la boca de una botella negra, por influencia de la cual fueron ad-

quiriendo gradualmente sus rasgos una expresión alegre y jovial. Saliendo al cabo de la estancia botella en mano y declarando que sentía mucho tener que decir que se había ofuscado, propuso un brindis por la felicidad del señor y de la señora Winkle, cuya aventura, lejos de envidiar, sería el primero en anhelar. Al oír esto, Mr. Ben Allen se levantó bruscamente, y, apoderándose de la botella, bebió con tanto afán, que, por efecto del licor, que era bastante fuerte, se puso tan negro como la botella misma. Finalmente, circuló la botella hasta consumirse, y hubo luego tanto apretón de manos y tantos mutuos cumplimientos, que hasta el acorado rostro de Mr. Martin se dignó aparecer sonriente.

—Y ahora —dijo Bob Sawyer, frotándose las manos—, ahora vamos a tener la gran noche.

—Lo siento mucho —dijo Mr. Pickwick—; pero tengo que volver a la fonda. De poco tiempo a esta parte me encuentro algo débil, y el viaje me ha fatigado sobremanera.

—¿Tomará usted té siquiera, Mr. Pickwick?  
—dijo la vieja con dulzura irresistible.

—Gracias; prefiero no tomarlo —replicó Mr. Pickwick.

La verdad era que la ostensible y creciente admiración de la vieja constituía el principal motivo para la retirada de Mr. Pickwick. Pensaba en la señora Bardell, y cada mirada que la vieja le dirigía hacía le romper a sudar.

Como no hubiera modo de convencer a Mr. Pickwick de que se quedara, concertóse al punto, a instancia del propio señor, que Mr. Benjamín Allen le acompañaría en su viaje a la ciudad en que se hallaba Mr. Winkle padre, y que el coche estaría dispuesto para las nueve de la siguiente mañana. Despidióse entonces Mr. Pickwick, y seguido de Mr. Samuel Weller se encaminó a El Arbusto. No está de más observar que el rostro de Mr. Martin se convulsionó horriblemente al estrechar las manos de Sam y que produjo simultáneamente una sonrisa y una interjección, síntomas que, a juicio de los

que conocían la manera de ser del primero, permitían asegurar que le complacía altamente el trato de Mr. Weller y que solicitaba el honor de su amistad para lo sucesivo.

—¿Tengo que pedir un gabinete privado, sir? —preguntó Sam, cuando llegaban a El Arbusto.

—No, Sam —respondió Mr. Pickwick—. Puesto que he comido en el café y voy a acostarme pronto, no merece la pena. Entérate de quién hay en la sala de viajeros, Sam.

Partió Mr. Weller a cumplir la orden, y volvió en seguida, diciendo que había un solo caballero con un solo ojo, y que él y el patrón estaban bebiéndose mano a mano un bol de sangría.

—Voy a pasar un rato con ellos —dijo Mr. Pickwick.

—No es mal parroquiano el tuerto —observó Mr. Weller, acompañando a su amo—. Está dando matraca al patrón y divirtiéndose

con él de tal manera, que ya no sabe el hombre si está sobre los pies o sobre la coronilla.

El individuo a quien se refería este comentario estaba sentado en el fondo de la sala en el momento de entrar Mr. Pickwick, y fumaba su gran pipa danesa, fijando maliciosamente su ojo único en la redonda faz del posadero, un jocundo y risueño vejete, a quien debía de acabar de contar alguna historia maravillosa, a juzgar por las diversas exclamaciones de «¡Es increíble!», «¡No he oído nada igual!», «¡Parece imposible!», y otras frases reveladoras de estupefacción, que brotaron espontáneas de sus labios al corresponder a la insistente mirada del tuerto.

—Servidor de usted, sir —dijo el tuerto a Mr. Pickwick—. Hermosa noche, sir.

—Muy hermosa, en efecto —respondió Mr. Pickwick, mientras le servía el camarero el jarro de brandy y el agua caliente.

En tanto que Mr. Pickwick mezclaba su agua y su brandy, no cesaba el tuerto de asestarle ojeadas curiosas, diciendo al cabo:

—Me parece que yo a usted le conozco de antes.

—Pues yo no me acuerdo de usted —replicó Mr. Pickwick.

—Es claro —dijo el tuerto—. Usted no me conoce a mí; pero yo conozco a dos amigos de usted, que paraban en El Pavo Eatanswill cuando la elección.

—¡Ah, ya caigo! —exclamó Mr. Pickwick.

—Sí —repuso el tuerto—. Les conté un caso ocurrido a un amigo mío llamado Tomás Smart. Tal vez haya oído usted hablar de él.

—Muchas veces —contestó, sonriendo, Mr. Pickwick—. ¿Era tío de usted, verdad?

—No, no; amigo de mi tío solamente —replicó el tuerto.

—Ese tío de usted fue un hombre maravilloso, no obstante —observó el posadero, moviendo la cabeza.

—Hombre, sí que lo era; bien puede decirse que lo era —respondió el tuerto—. Y podría contarles, señores, una historia e ese mismo tío que les habría de asombrar.

—¿Sí? —dijo Mr. Pickwick—. Pues cuéntenosla.

Escancióse el tuerto viajante del bol un vaso de sangría se lo bebió; tomó una larga bocanada de su pipa danesa, y diciendo a Sam Weller, que permanecía indeciso junto a la puerta, que no tenía para qué retirarse, a menos de que así lo deseara, porque la historia no era secreta, clavó su ojo en el posadero y comenzó en la forma que se transcribe en el capítulo siguiente.

## 49. QUE CONTIENE LA HISTORIA DEL TÍO DEL VIAJANTE

—Mi tío —dijo el viajante— era uno de los más alegres, simpáticos y vivos personajes que han existido. ¡Ojalá que le hubieran ustedes conocido, señores! Aunque, pensándolo bien, señores, más vale no desear que le hubieran conocido, porque de haber sido así, según el curso natural de las cosas, estarían ustedes al presente, si no muertos, tan cerca de ello, que se verían reducidos a una existencia casera y solitaria, lo que me hubiera privado del inestimable placer de dirigirles la palabra en este momento. Señores, me gustaría que sus padres y madres hubieran conocido a mi tío. Hubiéranle estimado extraordinariamente, especialmente sus respetables madres, no tengo duda. Si algunas de sus numerosas virtudes predominaban sobre las muchas que adornaban su manera de ser, diría yo que fueron su arte en darle el punto al ponche y su canción de sobremesa.

Dispénsenme que insista en estas melancólicas añoranzas del apreciable difunto; pero no se ve todos los días de la semana a un hombre como mi tío.

»He considerado siempre como rasgo notabilísimo del carácter de mi tío, señores, el que fue amigo íntimo y compañero de Tomás Smart, de la gran casa Wilson y Slum, de Cateaton Street en la City. Mi tío trabajaba para la Tiggin y Welps; mas por mucho tiempo siguió casi el mismo itinerario de Tomás, y en la primera noche que se encontraron, mi tío se prendió de Tomás y Tomás se prendió de mi tío. A la media hora de conocerse apostaron un sombrero nuevo sobre quién confeccionaría el mejor cuartillo de ponche y había de bebérselo más de prisa. Mi tío fue declarado triunfante en la confección; pero Tomás Smart le zurró en la bebida en cosa de media cucharada de café. Tomaron otros sendos cuartillos a su mutua salud, y al acabar esta libación quedó su amistad soldada para siempre. Hay un fatalismo en

estas cosas, señores; no hay que ponerlo en duda.

»En cuestión de figura, mi tío era de una estatura menos que mediana; era un sí es no es obeso, y tal vez ostentara su fisonomía cierto matiz rojizo pronunciado. Tenía el rostro más jovial que puede verse, señores; algo semejante a Punch, con nariz y mentón más hermosos aún; sus ojos no hacían más que parpadear y chispear de buen humor, y una sonrisa —no una de estas sonrisas inexpresivas, sino alegre, cordial, sincera— bailaba perpetuamente en su semblante. Una vez volcó en un tálburi, y fue a dar con la cabeza contra un guardacantón. Allí quedó privado de sentido, con la cara cortada por un canto de grava que se hallaba apilada en el camino, y en tal estado, que, según la expresión gráfica de mi tío, si su madre hubiera revivido no le reconociera. Ciertamente que cuando pienso en el asunto, señores, bien creo que no hubiera podido, porque la buena señora había muerto cuando mi tío tenía dos años y siete

meses, y me parece muy probable que, aun sin la cortadura de la grava, ya hubieran bastado sus medias botas para desconcertar un tanto a su madre; esto sin contar con su alegre y rubicunda faz. Allí quedó, pues, y he oído referir a mi tío muchas veces que, según dijo luego el hombre que le levantó, se lo había encontrado sonriente como si hubiera caído por broma, y que, después de sangrarle, los primeros destellos de vida que manifestó consistieron en dar un salto en la cama, romper a reír, besar a la muchacha que tenía la jofaina y pedir una chuleta de carnero y nueces aliñadas. Era muy aficionado a las nueces, señores. Decía que tomadas en vinagre le hacían menospreciar la cerveza.

»El gran viaje anual de mi tío coincidía con la caída de la hoja, en cuya época recogía notas y pedidos en el Norte; iba de Londres a Edimburgo, de Edimburgo a Glasgow, de Glasgow otra vez a Edimburgo, y de allí a Londres, embarcado. Han de saber ustedes que su segundo

viaje a Edimburgo era de puro placer. Acostumbraba pasarse allí una semana, con el objeto exclusivo de ver a sus antiguos amigos, y almorzando con uno, comiendo con otro, merendando con un tercero y cenando con otro se le pasaba una buena semana. Yo no sé si alguno de ustedes, señores, habrá disfrutado la sustanciosa hospitalidad de un almuerzo escocés; si habrá luego saboreado en la comida el barril de ostras, con su buena docena de botellas de cerveza y el frasco o los dos frascos de whisky por contera. Si así lo han hecho, convendrán conmigo en que se necesita una cabeza bastante firme para atreverse luego con la merienda y con la cena.

»Pero Dios les bendiga los corazones y las cejas; todo esto no era nada para mi tío. Estaba tan admirablemente ponderado, que todo eso era para él juego de niños. Le he oído decir que se las tenía tiasas con la gente de Dundee un día y otro, y que se iba a su casa luego sin vacilar en el paso; y tengan ustedes presente que las

gentes de Dundee son las que tienen la cabeza y el ponche más fuertes que pueden hallarse entre los dos polos de la tierra. He oído hablar de uno de Glasgow y otro de Dundee que se estuvieron bebiendo, por apuesta, quince horas de una sentada. Ambos se sofocaron un poco, según parece, al mismo tiempo; pero, con esa pequeña excepción, señores, no les sentó mal, ni mucho menos.

»Una noche, la anterior al día en que tenía determinado embarcarse para Londres, cenó mi tío en la casa de un antiguo amigo suyo —un bailío Mac, algo más y cuatro sílabas después—, que habitaba en la parte vieja de Edimburgo. Asistieron la esposa del bailío, las tres hijas del bailío, el hijo mayor del bailío y tres o cuatro gordos personajes de frondosas cejas, finos escoceses de pura cepa, a quienes había invitado el bailío para obsequiar a mi tío y para animarla comida. Fue una gloriosa cena. Hubo salmón escabechado, pescadas de Finnan, una cabeza de cordero y una empanada —celebrado plato

escocés, señores, del que mi tío acostumbraba decir que le parecía, al venir a la mesa, algo así como un estómago de Cupido—, y muchas otras cosas más, cuyos nombres he olvidado, pero que eran muy buenas, sin embargo. Las muchachas eran lindas y simpáticas; la esposa del bailío, uno de los seres más agradables del mundo, y mi tío estuvo de vena durante todo el tiempo. Como consecuencia de todo esto, las señoritas se desternillaron, la señora rió a mandíbula batiente y el bailío y los otros señores no cesaron de resoplar durante la comida, hasta el punto de ponérseles las caras como tomates. No puedo decir cuántos fueron los vasos de whisky que se bebió cada uno de sobremesa; lo que sí sé es que, hacia la una de la madrugada, el hijo mayor del bailío perdió el conocimiento al intentar decir el primer verso de "Guillermo coció un celemín de cebada"; y como éste fuera, desde hacía media hora, el único hombre que permanecía visible sobre la caoba, ocurriósele a mi tío que ya iba siendo hora de marcharse;

tanto más cuanto que se había empezado a beber a las siete, con objeto de retirarse a una hora prudente. Mas, considerando que tal vez no sería correcto retirarse en aquel momento, asumió mi tío la presidencia, compuso otro vaso de ponche, levantóse para brindar a su propia salud, y dirigióse a sí mismo un delicado y amable discurso, bebiendo con gran entusiasmo. Pero nadie se despertó, por lo cual mi tío bebió otro sorbo —puro esta vez, para que la bebida estuviera a tono con él—, y, calándose violentamente el sombrero, salió a la calle.

»Era una noche borrascosa y terrible aquella en que mi tío cerró la puerta del bailío, y ajustándose bien el sombrero para evitar que el viento se lo llevase, se metió las manos en los bolsillos y, mirando a lo alto, examinó el estado atmosférico. Amontonábanse las nubes sobre la luna en carrera vertiginosa, oscureciéndola a ratos completamente, permitiéndole brillar esplendorosa en otros y derramar su luz sobre los objetos circundantes; volvían a cubrirla a poco

con velocidad mayor, envolviéndolo todo en tinieblas. "Realmente, esto no viene a cuento", dijo mi tío, dirigiéndose a la atmósfera, como si se sintiera ofendido personalmente. "Esto no me conviene para mi viaje; no puede tolerarse", dijo mi tío con gran viveza. Después de repetir esto no pocas veces, volvió a coger el ritmo de su paso con alguna dificultad, por haberle ofuscado en cierto modo aquella prolongada contemplación del cielo, y partió alegremente.

»La casa del bailío estaba en Canongate, y mi tío se dirigía al otro extremo de Leith Walk, lo que representaba más de una milla de camino. A uno y otro lado de él disparábanse contra el cielo altas y desmedradas casas vacilantes, cuyas fachadas ostentaban la pátina del tiempo y cuyas ventanas parecían haber compartido el destino de los ojos humanos por lo sombrías y hundidas. Seis, siete, ocho pisos tenían estas casas, que se superponían como en los edificios de naipes de los niños. Todas arrojaban sus negras sombras sobre el piso desigual del ca-

mino, oscureciendo más a la noche misma. Unos cuantos faroles de aceite veíanse espaciados, pero sólo servían para señalar la inmunda entrada de algún estrecho callejón o para marcar por dónde comunicaba una escalera común con los pisos superiores por medio de intrincados pasadizos.

»Mirando a todas estas cosas con el aire de un hombre que las había visto demasiado para juzgarlas dignas de atención en aquel momento, caminaba mi tío por medio de la calle, con los pulgares en los bolsillos de su chaleco, entregándose de cuando en cuando a repetidos conatos de canciones, entonadas con tanta gana y ánimos, que las gentes pacíficas despertaban sobresaltadas de su primer sueño y permanecían temblando en sus lechos hasta que se perdía el eco en la distancia; y, tranquilizadas por juzgar que se trataba de algún borracho que seguía vacilante el camino de su casa, tapábanse hasta la boca y volvían a dormirse.

»Me extiende en describir a mi tío caminando por medio de la calle con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, señores, porque, como él solía decir, y con sobrada razón, esta historia no tiene nada de extraordinaria, como no sea que ustedes se hayan hecho cargo desde el principio de que no hay en ella el menor detalle maravilloso o romántico.

»Mi tío, señores, marchaba con los pulgares en los bolsillos del chaleco, haciéndose dueño del centro de la calle y cantando, ora un verso de un canto amoroso, ora el comienzo de una tonadilla báquica, y cuando se cansaba de uno y otra, silbando melodiosamente, hasta que llegó al puente del Norte, que une la nueva y la vieja Edimburgo. Allí se detuvo un minuto a contemplar los extraños e irregulares grupos que formaban las luces, encaramadas las unas sobre las otras y titilando en lontananza, tan altas, que parecían estrellas, fulgurando desde los muros del castillo por un lado y desde Calton Hill por el otro, cual si iluminasen verdade-

ros castillos aéreos, mientras que la antigua ciudad pintoresca dormía profundamente allá abajo envuelta en sombras tétricas, con su palacio e iglesia de Holyrood, guardado día y noche, como solía decir un amigo de mi tío, por la Silla de Arturo, que dominaba, hosca y tenebrosa, como un genio ceñudo, la vieja ciudad que tan largamente contemplara. Digo, señores, que mi tío se detuvo allí un minuto para mirar en derredor, y dirigiendo una cortesía al temporal, que había cedido un poco, aunque la luna estaba a punto de hundirse, reanudó su marcha tan majestuosa como antes, siguiendo con gran dignidad por medio de la calle y mirando por doquier como si anhelara encontrarse con alguien que quisiera disputarle su posesión. Pero como nadie hubiera para discutir el punto, siguió su camino con los pulgares en los bolsillos del chaleco, lo mismo que un cordero.

»Al llegar mi tío al final de Leith Walk tuvo que cruzar un extenso solar, que le separaba de una calle corta que tenía que seguir para diri-

girirse a su morada. En este vasto solar había en aquel tiempo un recinto que pertenecía a un carpintero de carretería, que tenía contrato con la Casa de Correos para comprar los coches inutilizados; y siendo mi tío muy aficionado a los carruajes viejos, jóvenes o de edad madura, ocurriósele al punto desviarse de su camino con el solo objeto de curiosear entre las tablas de la empalizada aquellos viejos correos, media docena de los cuales recordaba luego haber visto arrinconados y en estado del mayor abandono y desmantelamiento. Mi tío era un hombre muy entusiasta, bastante enfático, señores, y convencido de que no podía observar bien por entre las tablas, escaló la valla, y, sentándose tranquilamente sobre un viejo eje, se puso a contemplar los coches correos con toda gravedad.

»Había una docena de ellos, o tal vez más — mi tío nunca estuvo cierto en este punto, y como era hombre de escrupulosa veracidad en achaque de números, no gustaba decir cuántos

había—; pero allí estaban apelotonados, en la mayor desolación. Las puertas habían sido arrancadas de sus goznes; los paños de los asientos, destrozados: sólo un jirón colgaba aquí y allá de un herrumbroso clavo; las lámparas habían volado; las lanzas habíanse evaporado; los herrajes estaban mohosos; la pintura no se veía ya; silbaba el viento a través de las desnudas armazones, y la lluvia, depositada en los techos, caía gota a gota en el interior con ruido sordo y melancólico. Allí estaban los desmedrados esqueletos de los difuntos correos, y en aquel solitario paraje, en aquella hora de la noche, aparecían lúgubres y ateridos.

»Mi tío descansaba con la cabeza apoyada en sus manos y pensaba en las gentes afanosas que años antes fueran dando tumbos en los viejos coches que ahora se veían tan cambiados y silenciosos; pensaba en la multitud de seres a quienes alguno de aquellos desvencijados armadores había llevado una y otra noche, durante muchos años y en todo tiempo, la noticia

esperada con ansia, y el envío anhelado, la garantía prometida de salud y seguridad, el anuncio repentino de la enfermedad y de la muerte. El mercader, el amante, la esposa, la viuda, la madre, el estudiante, hasta los niños que pululaban a la puerta, al oír la llamada del cartero, ¡con cuánto afán no esperaban la llegada del viejo coche! ¡Y dónde estarían ya todos!

»Señores: mi tío solía decir que él pensaba todo esto; pero yo más bien sospecho que lo aprendió después en algún libro, porque él aseguraba que había caído en una especie de sopor, a poco de sentarse sobre el eje y de contemplar los abandonados carruajes, y que fue despertado bruscamente por el agudo tañido de una esquila de iglesia al dar las dos. Ahora bien; mi tío nunca fue un pensador de gran viveza, y de haber imaginado todas aquellas cosas, yo estoy seguro de que hubiera necesitado para ello hasta las dos y media por lo menos. Lo que sí creo firmemente, señores, es que

mi tío cayó en una especie de sopor sin haber pensado en nada de esto.

»Sea lo que quiera, el caso es que la esquila de la iglesia dio las dos. Mi tío se despertó, se restregó los ojos y se puso de pie, desconcertado.

»A poco de dar las dos en el reloj, aquel lugar tranquilo y desierto tornóse en escenario de vida y animación. Las portezuelas de los coches giraban sobre sus goznes; los paños de los asientos habían sido renovados; los herrajes parecían nuevos; la pintura estaba restaurada; lucían todas las linternas; los almohadones y las hopalandas estaban en las cajas de los coches; los mozos guardaban los paquetes en las bolsas; los empleados iban depositando las valijas; regaban los palafreneros las ruedas nuevas; otros mozos ocupábanse en fijar las lanzas en los coches; llegaban pasajeros; cargábanse los portamantas y enganchábanse caballos. Era evidente, en una palabra, que todos los coches estaban a punto de partir. Mi tío, señores, abrió

los ojos de tal manera, que hasta el último momento de su vida decía maravillarse de cómo había podido volver a cerrarlos después.

»—¡Ea! —dijo una voz, al tiempo que sintió mi tío en el hombro la presión de una mano—. Está usted apuntado para el interior. Entre usted ya.

»—¿Apuntado yo? —dijo mi tío, mirando a todos lados.

»—Sí, efectivamente.

»Mi tío no pudo decir palabra de asombrado que estaba. Lo más raro del caso era que, a pesar de la muchedumbre que allí se juntaba y de que no cesaban de llegar caras nuevas, no podía decirse de dónde venían. Parecían brotar mágicamente del suelo o del aire y desaparecer de igual manera. Cuando un mozo había depositado el equipaje en un coche y recibía su propina, giraba sobre sus talones y se desvanecía, y antes de que mi tío empezara a preguntarse por dónde se había marchado, otra media docena de ellos salían, sin saber por dónde, y camina-

ban en todas direcciones bajo el peso de bultos, tan grandes, que no se concebía cómo no les aplastaban. Además, los pasajeros mostraban un extrañísimo ropaje. Llevaban casacas de anchos faldones, con grandes bocamangas y sin cuello, y pelucas, señores, grandes pelucas con colete. Mi tío no comprendía nada de esto.

»—Vaya, ¿no entra usted? —dijo la persona que se había dirigido a él antes.

»Llevaba el uniforme del Correo, con peluca y enormes bocamangas, con su casaca, una linterna en una mano y un enorme arcabuz en la otra.

»—¿Va usted a montar, Jacobo Martin? —dijo el guarda, acercando la a linterna ala cara de mi tío.

»—¡Hola! —dijo mi tío, haciéndose atrás—. Eso es muy familiar.

» —Así está en la hoja de ruta —replicó el guarda.

»—¿No hay allí un "míster" delante? —dijo mi tío.

»Porque aquello de que un guarda que no le conocía le llamara Jacobo Martin a secas era una licencia que la Oficina de Correos no hubiera sancionado seguramente.

»—No, no lo hay —repuso el guarda con indiferencia.

»—¿Está pagado el billete? —preguntó mi tío.

»—Claro que sí —contestó el guarda.

»—¡Ah!, ¿sí? —dijo mi tío—. ¡Entonces voy! ¿Qué coche es?

»—Éste —dijo el guarda, señalando a un coche del antiguo estilo de los que llevaban el correo de Edimburgo a Londres, que tenía el estribo preparado y abierta la portezuela—. ¡Espere! Aquí hay otros pasajeros. Déjeles entrar primero.

»Al decir esto el guarda, apareció frente a mi tío, de repente, un joven de empolvada cabeza y casaca azul con ribetes plateados, de grandes faldones, guarnecida de bocací. Tiggin y Welps estaban tan impuestos en la moda del percal

con dibujos y del paño de los chalecos, señores, que mi tío conoció los géneros al punto. Llevaba el joven pantalones ajustados a media pierna, bandas arrolladas sobre las medias de seda y zapatos con hebillas; llevaba manguitos en las muñecas, sombrero de tres picos y una larga espada. Los vuelos del chaleco le llegaban a las caderas, y los extremos de la corbata, hasta la cintura. Apoyado gravemente contra la portezuela del coche, quitóse el sombrero y lo agitó en el aire, haciendo un ademán con el dedo meñique, como ciertas personas amaneradas al tomar una taza de té. Cuadróse en seguida y marcó una profunda reverencia tendiendo la mano izquierda. Mi tío ya iba a adelantarse y estrechársela cordialmente, cuando se percató de que aquellas atenciones no iban dirigidas a él, sino a una señorita que apareció en aquel momento al pie de la escalera, vestida de terciopelo verde a la antigua moda, con talle bajo y coselete. No llevaba sombrero, señores, y la cabeza se hallaba envuelta en un manto de seda

negra. Miró a su alrededor un instante antes de subir al coche, y dejó ver un rostro tan hermoso, que mi tío decía no haber visto nunca otro igual, ni aun pintado. Entró en el coche la señorita, recogiendo el vestido con una mano; y, como decía mi tío, acompañándose de una interjección rotunda, siempre que contaba la historia, no hubiera creído posible que existieran piernas y pies tan perfectos si no los hubiera visto con sus propios ojos.

»Pero sólo con la mirada de refilón que pudo dirigir a la hermosa faz observó mi tío que la señorita echaba sobre él una mirada implorante, y que parecía aterrada y triste. Observó también que el joven de la peluca empolvada, no obstante su alarde de galantería, que había sido correctísimo, apretaba fuertemente la muñeca de la señora al entrar y la seguía inmediatamente. Un personaje de aspecto detestable, con peluca castaña y traje de color ciruela, que llevaba una gran espada y botas altas, viajaba con ellos; y cuando se sentó al lado de la joven,

que se acurrucó en un rincón al aproximarse éste, confirmó mi tío su impresión primera de que había allí algún misterio, o, según se decía a sí mismo, de que había allí algo que no le sonaba bien. Es asombroso lo rápidamente que concibió el propósito de auxiliar a la señorita, si llegaba el caso.

»—¡Muerte y rayos! —exclamó el joven, empuñando el espadín, al entrar mi tío en el coche.

»—¡Sangre y truenos! —rugió el otro señor.

»Y al decir esto desenvainó su espada y se arrancó hacia mi tío, sin otros preliminares. Mi tío no llevaba arma ninguna; pero, con gran destreza, agarró el tricornio del adversario, y recibiendo la punta de su espada en el copete, apretóla fuertemente y la sujetó.

»—¡Pínchale por detrás! —gritó el feo a su compañero, en tanto que pugnaba por recobrar su espada.

»—Más vale que no lo haga —gritó mi tío, destacando el tacón de uno de sus zapatos en forma amenazadora—. Le voy a sacar los sesos,

si tiene algunos, o a romperle el cráneo, si lo tiene.

»Desplegando toda su fuerza en este momento, arrancó mi tío la espada de manos del hombre feo y la arrojó bonitamente por la ventanilla del coche. Al ver esto empezó el joven a vociferar "¡Rayos y muerte!" otra vez, y llevó su mano al pomo de su espada con aire de fiereza, pero no la sacó. Y no la sacó, señores, tal vez, según decía mi tío sonriendo, por temor de alarmar a la señora.

»—Ahora, señores —dijo mi tío, volviendo a sentarse con gran aplomo—, no hay para qué hablar de muerte, con o sin rayos, en presencia de una dama, y me parece que ya hemos tenido bastante sangre y bastantes truenos para un viaje. De modo que, si les parece, ocuparemos nuestros asientos como viajeros pacíficos. ¡Eh, guarda, recoja usted el trinchante de ese señor!

»Tan pronto como dijo mi tío estas palabras apareció el guarda a la ventanilla del coche con la espada en la mano. Alzó su linterna y miró

escrutadoramente a mi tío, entregándole el arma. Entonces advirtió mi tío, con gran sorpresa, una inmensa multitud de guardas del correo, que pululaban junto a la ventanilla y que todos fijaban sus ojos curiosamente en él. En su vida había visto un mar como aquel de caras blancas, cuerpos rojos y miradas intrigadas.

»—Ésta es la cosa más extraña que he topado en mi existencia —pensó mi tío—. Permítame, sir, que le devuelva su sombrero.

»Recibió el feo en silencio su sombrero de tres picos; contempló con curiosidad el agujero que se le había hecho, y se lo plantó, por último, sobre la peluca con una solemnidad que hubo de desmerecer un tanto por habersele escapado un violento estornudo que le hizo vacilar.

»—¡Listos! —gritó el guarda de la linterna, ocupando su asiento en la trasera.

»Partieron. Asomóse mi tío a la ventanilla al salir al coche del patio y observó que los otros correos, con sus cocheros, guardas, caballos y

pasajeros, estaban dando vueltas, en círculos concéntricos, a un trotecillo de cinco millas por hora. Mi tío, señores, se indignó. En su calidad de comerciante, opinaba que no era lícito jugar de aquella manera con las valijas, y resolvió presentar un memorial a la Oficina Central de Correos acerca de este asunto no bien llegase a Londres.

»Por entonces, sin embargo, sus pensamientos giraban en torno de la señorita que se sentaba en el extremo opuesto del vehículo, con la cara cuidadosamente envuelta en su capuz; el de la casaca azul celeste se hallaba enfrente de ella; el del traje ciruela, a su lado, y ambos la avizoraban afanosamente. Si se le ocurría a la señorita sacudir los pliegues de su velo, oía mi tío al hombre feo golpear la empuñadura de su espada, y por la respiración del otro —pues había tanta oscuridad que no podía verle la cara— deducía que la miraba de tal manera, que no parecía sino que iba a comérsela de un bocado. Esto sobresaltó a mi tío, hasta el punto

de decidirse a llegar hasta el fin pasara lo que pasara. Sentía una gran admiración por los ojos brillantes, por las caras dulces y por las piernas y los pies pequeñitos y lindos; era, en una palabra, aficionadísimo al bello sexo. Es de familia, señores; yo también lo soy.

»Muchos fueron los recursos que hubo de emplear mi tío para atraer la atención de la señora o para entablar conversación con los misteriosos caballeros. Mas fue vano el resultado de todos ellos; los caballeros no querían charlar y la dama no se atrevía. Mi tío asomaba de cuando en cuando la cabeza por la ventanilla y gritaba preguntando por qué no iban más de prisa. Pero vociferó hasta enronquecer y nadie le hizo el menor caso. Arrellanóse en su asiento y dedicóse a regalar su pensamiento con la hermosa faz, las lindas piernas y los brevísimos pies. Esto le sirvió de mucho, porque le ayudó a pasar el tiempo y le impidió recapacitar en la finalidad de su empresa y en los motivos que le habían llevado a tan rara situación. No es que

estas cosas le hubieran preocupado mucho: era un hombre libérrimo, emprendedor, despreocupado y que se paraba poco a meditar en las consecuencias de sus actos.

»En esto se detuvo el coche.

»—¡Hola! —dijo mi tío—. ¡Cómo sopla el viento ahora!

»—Hagan el favor de apearse aquí —dijo el guarda, bajando el estribo.

»—¿Aquí? —gritó mi tío.

» —Aquí —respondió el guarda.

» —No haré tal —dijo mi tío.

»—Muy bien; pues entonces quédese donde está —dijo el guarda.

»—Eso pienso hacer —dijo mi tío.

»—Perfectamente —dijo el guarda.

»Escucharon con gran atención este coloquio los demás pasajeros, y comprendiendo que mi tío estaba dispuesto a no apearse, el joven acompañante de la señora pasó difícilmente junto a él y tendió la mano a la joven. En aquel momento examinaba el feo el agujero de su

tricornio. Al pasar la joven rozando a mi tío, dejó caer en las manos de éste uno de sus guantes, y murmuró suavemente, acercando tanto sus labios a la cara de mi tío, que sintió éste darle en la nariz el cálido aliento de la señorita, la palabra "¡Defiéndame!". Entonces, señores, saltó mi tío del coche con tal violencia, que le hizo bambolearse sobre sus ballestas.

»—¡Oh! ¿Lo ha pensado usted mejor? —dijo el guarda al ver a mi tío en el suelo.

»Miró mi tío al guarda por unos segundos, pensando si no sería mejor apoderarse del arcabuz, dispararlo en la misma cara del hombre del espadón, golpear al otro acompañante con la culata y arrebatarse a la dama, ocultándose en la nube de humo. Mas, pensándolo mejor, abandonó este proyecto, por considerarlo excesivamente melodramático, y siguió a los dos hombres misteriosos, que, llevando en medio a la dama, entraban en un viejo caserón que daba frente al edificio en que paraba el coche. Penetraron en el portal, y les siguió mi tío.

»De cuantos edificios desolados y ruinosos viera mi tío, era éste uno de los más. Por la traza debió de haber sido fonda en tiempos; pero faltaba la techumbre en algunos sitios y las escaleras eran empinadísimas y estaban desvencijadas. Había en la estancia principal una enorme chimenea, cuya campana se hallaba ennegrecida por el humo; pero no había lumbre. El polvo ceniciento de las maderas quemadas aún se advertía en el hogar; pero ahora estaba frío, y por doquier reinaban la sombra y la lobreguez.

»—¡Bien! —dijo mi tío, mirando a sus alrededores—. Esto de que un correo de seis millas y media la hora se detenga por tiempo indefinido en una zahurda como ésta me parece un abuso. Esto hay que contarlo. Me dirigiré a los periódicos.

»Dijo esto mi tío en alta voz y en forma ostensible, con objeto de ver si podía meter en conversación a los acompañantes. Pero ninguno de los dos le hizo caso, y siguieron murmurando entre sí, después de mirarle con hostili-

dad. La señora estaba en el fondo de la estancia, y una vez aventuróse a hacerle una seña con la mano, como solicitando la ayuda de mi tío.

»Por fin avanzaron un poco los acompañantes y empezó la conversación en tonos vivos.

»—Por lo visto no sabe usted que ésta es una habitación privada, amigo —dijo el de ropaje celeste.

»—No, no lo sé, amigo —respondió mi tío—. Lo que me parece es que si ésta es una habitación privada y especialmente dispuesta, habrá que ver la sala del público.

»Y diciendo esto, sentóse mi tío en una silla de alto respaldo y examinó a su interlocutor, tomándole medida con tanta exactitud, que Tiggin y Welps podrían haberle confeccionado un traje de percal sin que hubiera diferido una sola pulgada.

»—Salga de aquí —dijeron los dos hombres, echando mano a sus espadas.

»—¿Cómo? —dijo mi tío, fingiendo no haber comprendido.

»—Salga de aquí o dese por muerto —dijo el feo del espadón, desenvainándolo y haciendo un molinete en el aire.

»—¡Duro con él! —gritó el caballero celeste, sacando también su espada y retrocediendo dos o tres yardas—. ¡Duro con él!

»La dama lanzó un agudísimo chillido.

»Mi tío siempre se había distinguido por su audacia y presencia de ánimo. Mientras que permaneciera, al parecer, indiferente acerca de lo que iba a pasar, había estado mirando furtivamente en torno con objeto de descubrir algún utensilio o arma de defensa; y en el momento en que los otros sacaron sus espadas, advirtió en un rincón de la chimenea un viejo espadín con empuñadura revestida de mimbre y herrumbrosa vaina. De un salto se apoderó mi tío del arma, la desenvainó, blandiéndola gallardamente sobre su cabeza, y encareciendo a la dama que se hiciera a un lado, arrojó la silla al hombre celeste, la vaina al del traje ciruela y,

aprovechando la confusión, cayó sobre ambos a mansalva.

»Hay un vieja historia, señores, que nada desmerece por ser auténtica, referente a cierto caballero holandés, al que, habiéndosele preguntado si podría tocar el violín, respondió que seguramente podría, pero que no lo sabía de cierto, porque nunca lo había intentado. Esto puede ser aplicable a mi tío y a su defensa. Jamás había tenido una espada en su mano, como no fuera una vez en que representó el Ricardo III en un teatro particular, en cuya ocasión convino con Richmond en que sería herido por la espalda en vez de celebrar el duelo en la escena. Pero allí estaba, tirándose estocadas y tajos con dos consumados espadachines: atacaba y volvía a la guardia, lanzábase a fondo, amagaba fintas y paraba con la mayor bravura y destreza, aunque hasta aquel momento no hubiera tenido la menor noción de esta ciencia. Esto viene a demostrar cuán cierta es la vieja senten-

cia de que un hombre nunca sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta.

»Era espantoso el ruido del combate; los adversarios juraban como lanceros, y sus espadas producían al encontrarse el mismo estrépito que si todos los cuchillos y aceros del mercado de Newport chocaran entre sí al mismo tiempo. En lo más empeñado de la lucha, la señora, probablemente con objeto de animar a mi tío, descubrióse por completo el rostro y mostró a la luz tan fascinadora belleza, que mi tío hubiera sido capaz de batirse con quince hombres, con tal de ganar una sonrisa y morir. Había hecho maravillas hasta entonces; mas desde aquel momento empezó a disparar tajos y estocadas como un gigante furioso.

»Al volverse en aquel momento el caballero celeste y ver a la joven con la cara descubierta, profirió una exclamación de rabia y celos, y, dirigiendo el arma hacia el hermoso pecho de la joven, le apuntó al corazón, lo cual hizo a mi tío lanzar un grito de terror tal, que hizo retemblar

el edificio. Desvióse ágilmente la señorita, y, arrebatando la espada de la mano del joven, antes de que pudiera recobrar su aplomo le empujó contra la pared y, hundiéndosela hasta el pomo, le dejó clavado.

»Fue un ejemplo fecundo. Mi tío, con un grito de triunfo y con fuerza irresistible, obligó a su adversario a retirarse en la misma dirección, y dirigiendo el viejo espadín al propio centro de una roja flor que formaba parte del rameado del chaleco, le dejó ensartado junto a su amigo. Allí quedaron los dos, señores, agitando sus brazos y piernas, con esfuerzos de agonía, como esos muñecos de juguete que se mueven tirándoles de un hilo. Decía luego mi tío que era éste uno de los medios más seguros que conocía para deshacerse de un enemigo; pero el procedimiento era recusable desde el punto de vista económico, toda vez que exigía el gasto de una espada por cada individuo despachado.

»—¡Al coche, al coche! —gritó la dama abalanzándose a mi tío y echándole al cuello sus hermosos brazos—. ¡Aún podemos salvarnos!

»—¡Cómo que aún podemos! —exclamó mi tío—. Pero, querida mía, ¿es que todavía queda alguno a quien matar?

»Sintióse mi tío bastante contrariado, porque consideraba que un breve rato de amoroso pique hubiera sido muy agradable después de la matanza, aunque no fuera más que por variar de tema.

»—No tenemos un instante que perder —dijo la señorita— Ése —añadió, señalando al joven de traje celeste— es el hijo único del poderoso marqués de Filletoville.

»—¿Sí? Pues entonces, querida mía, presumo que no va a llevar jamás el título —dijo mi tío, contemplando con la mayor indiferencia al joven que estaba clavado en la pared como un saltamontes—. Ha suprimido usted el mayoralgo, amor mío.

»—He sido arrebatada de mi casa y de los míos por esos dos villanos —dijo la señorita, sofocada por la indignación— Ese malvado se hubiera casado conmigo a la fuerza dentro de una hora.

»—¡Maldito sinvergüenza! —dijo mi tío, lanzando una mirada despreciativa al moribundo heredero de Filletoville.

»—Como habrá usted podido adivinar por lo que ha visto —continuó la señorita—, todo estaba preparado para asesinarme si llamaba yo a alguien en mi auxilio. Si los cómplices nos encuentran aquí, estamos perdidos. Dentro de dos minutos sería ya tarde. ¡Al coche!

»Diciendo esto, y aniquilada por las emociones y por el esfuerzo desplegado para ensartar al joven marqués de Filletoville, cayó la señorita en los brazos de mi tío. Levantóla mi tío en sus brazos y la condujo a la puerta de la casa. Allí estaba el coche, con cuatro caballos de luengas colas y flotantes crines ya enganchados; mas no había cochero, ni guarda, ni siquie-

ra palafrenero que tuviera cuenta de los caballos.

»No creo, señores, ofender la memoria de mi tío si consigno mi opinión de que, no obstante ser soltero, había tenido en sus brazos a alguna dama antes de aquella ocasión; llegaré hasta decir que, creo, tenía la costumbre de besar a las chicas de las posadas, y sé de buena tinta que en dos o tres ocasiones se le ha visto estrechar de modo ostensible a una patrona. Apunto este comentario para encarecer la calidad de la hermosa señorita que tan profundamente logró conmoverle. Decía muchas veces que al sentir desbordarse en su brazo los cetrinos y largos cabellos de la doncella, y al ver clavarse en los suyos aquellos hermosos y negros ojos en el momento de volver a la vida, experimentó tan extraña conmoción nerviosa, que le temblaron las piernas. ¿Pero quién podría contemplar sin sentirse desconcertado un par de ojos suaves y acariciadores? Lo que es yo, no, señores. A mí

me sobrecoge el mirar ciertos ojos que yo me sé, créanme ustedes...

»—¿No me abandonará usted nunca? —murmuró la señorita.

»—¡Nunca! —dijo mi tío.

»Y lo decía con toda su alma.

»—¡Mi querido libertador! —exclamó la joven—. ¡Mi adorado, mi generoso y valiente salvador!

»—No diga eso —replicó mi tío atajándole.

»—¿Por qué? —objetó la dama.

»—Porque su boca se ofrece tan deliciosa cuando usted habla —repuso mi tío—, que temo cometer la brutalidad de besarla.

»Levantó la joven su mano como para impedir que lo hiciera, y dijo..., bueno, no dijo nada...; no hizo más que sonreír.

»Si ustedes contemplan los labios más deliciosos del mundo y los ven abrirse en dulce y traviesa sonrisa...; si se hallan ustedes muy cerca de ellos y nadie por allí..., no es posible que discurran ustedes manera mejor de testimoniar

la admiración que les inspira la gracia de su línea y su color que la de besarlos al punto. Eso hizo mi tío, y yo se lo alabo.

»—¡Oiga! —gritó la señorita, sobresaltada—. ¡Ruido de coches y caballos!

»—Es verdad —dijo mi tío, poniéndose a escuchar.

»Tenía un oído finísimo para las ruedas y las herraduras de los caballos; mas tantos parecían ser los carruajes y los caballos que hacia ellos venían a lo lejos, que se hacía imposible adivinar su número. El estrépito correspondía, por lo menos, a cincuenta coches tirados por seis pura sangre cada uno.

»—¡Nos persiguen! —gritó la señorita, juntando sus manos—. ¡Nos persiguen! No tengo otra esperanza que usted.

»Tal fue el terror que se pintó en su bello rostro, que mi tío adoptó al punto su resolución. Depositó en el coche la preciosa carga, dijo a la señorita que no se asustara, imprimió otro beso en sus labios y, advirtiéndole que

subiera la ventanilla para resguardarse del frío exterior, subió al pescante.

»—Un momento, querido mío —dijo la señorita.

»—¿Qué ocurre? —contestó mi tío desde su asiento.

»—Tengo que decirle una cosa —dijo la señorita—; sólo una cosa; sólo una, queridísimo mío.

»—¿Es preciso que baje? —preguntó mi tío.

»Guardó silencio la señorita, pero volvió a sonreír. ¡Y qué sonrisa, señores! Eclipsó a la anterior. Mi tío se apeó en menos que se dice.

»—¿Qué es ello, querida mía? —dijo mi tío, contemplándola en la ventanilla.

»Asomóse la señorita en aquel momento, y mi tío la encontró aún más hermosa que antes. Y nada tiene esto de particular, porque ahora la veía, señores, desde más cerca.

»—¿Qué es ello, querida? —repitió mi tío.

»—¿No amaré usted más a ninguna otra? ¿Se casará usted con alguna que no sea yo? — dijo la señorita.

»Juró mi tío rotundamente que no se casaría con ninguna que no fuera ella, y la doncella metió la cabeza en el coche Y levantó la ventanilla. Saltó mi tío de nuevo al pescante, ajustó las riendas, tomó el látigo, que estaba en el techo, hízole restallar y allá fueron los cuatro caballos negros, de luengas colas y crines flotantes, arrastrando la vieja diligencia a razón de quince millas inglesas por hora. Ja!... ¡Cómo arrancaron!

»Pero iba aumentando el ruido a retaguardia. Cuanto más corría el coche, más se acercaban los perseguidores: hombres, caballos, perros, rivalizaban en el afán de darles alcance. Era espantosa la batahola; pero sobre ella destacábase la voz de la señorita, que gritaba a mi tío: "¡Más de prisa! ¡Más de prisa!"

»Cruzaron vertiginosamente las sombrías arboledas, como plumas que impulsa el huracán.

cán. Casas, iglesias, barreras, setos, todo lo dejaban atrás, con una velocidad y un estrépito que recordaban el mugido de las aguas que rompen bruscamente el dique. Mas seguía acercándose la avalancha perseguidora, y oyendo mi tío el grito desesperado de la señorita: "¡Más de prisa! ¡Más de prisa!".

»Agitó mi tío con ardor redoblado riendas y látigo, y volaron los caballos, hasta cubrirse de blanca espuma. Y aún crecía el ruido a la zaga, y aún gritaba la joven: "¡Más de prisa! ¡Más de prisa!". Dio mi tío un fuerte pisotón en el fondo del coche, excitado por lo crítico del momento, y... se encontró con que amanecía y que estaba en el taller del carpintero, sentado en el cupé de un vetusto correo de Edimburgo, tiritando de humedad y de frío y golpeando el suelo con los pies para calentárselos. Apeóse en seguida, y buscó ávidamente a la señorita en el interior. ¡Oh desilusión! El carruaje no tenía portezuela ni asientos: era un informe armatoste.

»Por supuesto que mi tío sabía muy bien que allí había algún misterio y que todo había pasado tal y como él lo refería. Siempre fiel al juramento prestado a la hermosa señorita, rehusó, en honor de ella, varias patronas aceptables, y murió, al fin, soltero. Siempre decía lo extraordinario que había sido aquello de enterarse, por el solo hecho de saltar una valla, de que los espectros de los coches, caballos, guardas, cocheros y pasajeros tenían la costumbre de viajar por las noches con toda regularidad. Solía decir que se consideraba el único ser viviente que había sido tomado como pasajero en una de estas excursiones. Y creo que tenía razón, señores; por lo menos, yo no sé de ningún otro.»

—Me gustaría saber qué es lo que estos fantasmas de correos llevan en sus valijas —dijo el patrón, que había escuchado la historia entera con atención profunda.

—Hombre, pues las cartas muertas —respondió el viajante.

—Toma, claro está —repuso el patrón—. No había caído en ello.

## 50. CÓMO MR. PICKWICK SE APRESURÓ A CUMPLIR SU COMETIDO Y CÓMO SE LE OFRECIÓ DESDE EL PRINCIPIO EL REFUERZO DE UN AUXILIAR INESPERADO

Dispuestos los caballos a las nueve menos cuarto en punto de la mañana siguiente, y una vez que Mr. Pickwick y Sam Weller ocuparon sus asientos respectivos, dentro el uno y fuera el otro, ordenóse al postillón detenerse, en primer término, en casa de Mr. Bob Sawyer, con objeto de recoger allí a Mr. Benjamín Allen.

No fue escasa la sorpresa ni flojo el asombro que experimentó Mr. Pickwick cuando, al detenerse el carruaje ante la puerta del farol rojo y con la muestra de «Sawyer, antes Nockemorf» y asomar la cabeza por la ventanilla, vio al chico de uniforme gris ocuparse afanosamente en la tarea de cerrar las maderas del establecimiento, faena que, por lo impropio de la hora temprana y de las costumbres inherentes a un ne-

gocio público, sugiriéronle al punto dos hipótesis diversas: que algún buen amigo y cliente de Mr. Bob Sawyer había muerto, o que el propio Mr. Bob Sawyer habíase declarado en quiebra.

—¿Qué ocurre? —dijo al muchacho Mr. Pickwick.

—No ocurre nada, sir —respondió el chico, abriendo la boca hasta las orejas.

—¡Bien, bien! —dijo Mr. Bob Sawyer, saliendo a la puerta de improviso con un pequeño saco de cuero viejo y sucio en una mano y con un tosco gabán y una bufanda en la otra—. Allá voy, buen amigo.

—¡Usted! —exclamó Mr. Pickwick.

—Sí —replicó Bob Sawyer—, y vamos a hacer la gran expedición. ¡Venga, Sam, coloque esto!

Y con esta sumaria advertencia a Mr. Weller lanzó Mr. Bob Sawyer el saquito, que Sam se apresuró a acomodar debajo del asiento, no sin mostrarse grandemente admirado de lo que pasaba. Hecho esto, Mr. Bob Sawyer, asistido

del chico, se introdujo laboriosamente en el tosco gabán, que le estaba bastante pequeño, y, acercándose al coche, metió la cabeza por la ventanilla y se echó a reír estrepitosamente.

—¿Qué sorpresa, verdad? —gritó Bob, enjugándose las lágrimas con una de las bocaman-gas del tosco gabán.

—Mi querido señor —dijo Mr. Pickwick con cierto embarazo—, no tenía idea de que iba usted a acompañarnos.

—No, pues ésa es la cosa —replicó Bob, asiendo a Mr. Pickwick por la solapa de la chaqueta—. Eso es lo chusco.

—¡Ah! ¿Eso es lo chusco? —dijo Mr. Pickwick.

—Claro —repuso Bob—. Ahí está el quid de la cuestión, eso es; y dejar que el negocio se cuide de sí mismo, ya que parece dispuesto a no cuidarse de mí.

Con esta explicación del fenómeno del cierre, señaló Mr. Bob Sawyer a la tienda y se entregó a un éxtasis de regocijo.

—¡Pero hombre, por Dios, no será usted tan loco que deje a sus clientes sin asistencia! —le reconvinó Mr. Pickwick con mucha seriedad.

—¿Por qué no? —objetó Bob en guisa de respuesta—. Así economizo: para que usted lo sepa, ninguno de ellos me paga jamás. Además —continuó Bob en murmullo confidencial—, les conviene muchísimo, porque, hallándome ahora exhausto de drogas y siéndome imposible por el momento hacerme de ellas a crédito, me vería obligado a dar calomelanos a diestro y siniestro, lo cual puede que le sentara mal a alguno. De modo que todos ganamos con ello.

Había en esta réplica una filosofía y una fuerza de razonamiento tales, que no se sintió Mr. Pickwick con preparación bastante para rebatirla. Guardó silencio un momento, y añadió con menos firmeza que antes:

—Pero en este coche sólo caben dos, y ya estoy comprometido con Mr. Allen.

—Usted no se ocupe de mí —replicó Bob—. Ya lo tengo yo arreglado: Sam y yo comparti-

remos la trasera. Mire, este papelito es para pegarlo en la puerta: «Sawyer, antes Nockemorf. Preguntar a la señora Cripps, aquí al lado». La señora Cripps es la madre del chico. «Mr. Sawyer lo siente muchísimo», dice la señora Cripps, «no ha podido evitarlo... Le mandaron llamar esta mañana temprano para una consulta con el primer cirujano de la comarca... no podían prescindir de él... a cualquier precio... tremenda operación». La cosa es —dijo Bob en conclusión— que me conviene por todos los conceptos. Y si esto se cuenta en los periódicos locales, me hago hombre. ¡Aquí está Ben! ¡Ea, Ben, arriba!

Con estas apremiantes palabras empujó Bob de un lado al postillón, hizo entrar en el coche a su amigo, cerró la portezuela, subió al estribo, plantó el anuncio en la puerta de su casa, echó la llave, la guardó en el bolsillo, saltó a la trasera, dio la voz de partir y todo esto lo llevó a cabo con rapidez tan extraordinaria, que antes de que Mr. Pickwick tuviera tiempo de recapa-

citar en si procedía o no que les acompañara Mr. Bob Sawyer ya iban rodando con Mr. Bob Sawyer como parte integrante y fardo imprescindible de la impedimenta.

Mientras cruzaron las calles de Bristol, el jocundo Bob conservó su gravedad y sus antiparras profesionales, permitiéndose tan sólo algunos dicharachos para exclusivo solaz y pasatiempo de Mr. Samuel Weller. Pero no bien salieron al campo abierto, despojóse a un tiempo de sus verdes antiparras y de su gravedad profesionales, y se entregó a una gran variedad de manifestaciones festivas, con objeto de llamar la atención de los caminantes que al paso encontraban y con el designio de hacer del coche y de sus ocupantes, blancos de la más viva curiosidad. Entre estas manifestaciones podrían señalarse como las más notables una escandalosa imitación de la corneta de llaves y la ostentosa tremolación de un pañuelo rojo atado al extremo de un bastón, cuya enseña hacía de cuando en cuando ondear en el aire con aspa-

vientos y gesticulaciones de altanería y provocación.

—Me extraña —dijo Mr. Pickwick, deteniéndose en mitad de la más sosegada conversación referente a las innumerables prendas de Mr. Pickwick y de la hermana de Mr. Ben Allen—, me extraña que todo el que pasa se nos queda mirando de una manera rarísima.

—Será la forma elegante del coche —replicó Ben Allen con cierto orgullo—. No están acostumbrados a ver estas cosas todos los días.

—Es posible —repuso Mr. Pickwick—. Tal vez sea eso. Puede ser.

No es difícil que Mr. Pickwick hubiera aceptado esa explicación, de no haber acertado en aquel momento a mirar por la ventanilla y observar que la actitud de los caminantes denotaba todo menos admiración respetuosa, y que parecían cambiarse telegráficas señales entre ellos y alguna persona que iba en el exterior del vehículo, concibiendo al punto la sospecha de que tales demostraciones podrían tener alguna

relación, no del todo remota, con las aficiones humorísticas de Mr. Bob Sawyer.

—¿Supongo —dijo Mr. Pickwick— que nuestro volátil amigo no estará cometiendo desatinos desde la trasera?

—¡Oh, no querido! —replicó Ben Allen—. Como no esté un poco excitado, es el ser más tranquilo del mundo.

En aquel momento, una prolongada imitación de la corneta de llaves atronó los oídos de todos, oyéndose en seguida varios gritos y exclamaciones, que procedían de la garganta y pulmones del ser más tranquilo del mundo, o, en más claros términos del propio Mr. Bob Sawyer.

Cambiaron una mirada de inteligencia Mr. Pickwick y Mr. Ben Allen, y, quitándose el sombrero Mr. Pickwick y asomándose a la ventanilla hasta echar fuera casi todo el chaleco, logró al fin descubrir a su chistoso amigo.

Mr. Bob Sawyer estaba sentado, no en la trasera, sino en el techo del carruaje, despata-

rrado a su placer, con el sombrero de Mr. Samuel Weller de lado, con un enorme emparedado en una mano y una respetable cantimplora en la otra, aplicándose a ambas cosas con verdadero ahínco y divirtiéndose la monótona tarea con frecuentes berridos y cambiando animadas chocarrerías con todos los que hallaban al paso. La roja bandera campeaba enhiesta, cuidadosamente atada a la barra del coche, y Mr. Samuel Weller, engalanado con el sombrero de Mr. Bob Sawyer, sentado en el centro, despachaba un par de emparedados de carne con risueño semblante, cuya expresión denotaba la absoluta y perfecta aprobación que le merecía cuanto estaba ocurriendo.

Esto era ya bastante para irritar a un caballero del comedimiento de Mr. Pickwick; pero lo grave del caso cifrábase en que en aquel preciso momento venía a cruzarse con ellos una diligencia atestada de gente dentro y fuera, cuyo asombro tomaba formas palpables. Las congratulaciones de una familia irlandesa mendicante

que seguía al coche pidiendo sin cesar resultaban un tanto escandalosas, sobre todo las del cabeza de la tribu, que parecía considerar todo aquel aparato ambulante como formando parte de alguna charanga política o de cualquier otra procesión triunfal.

—¡Mr. Sawyer! —gritó Mr. Pickwick con gran excitación—. ¡Por Dios, Mr. Sawyer!

—¡Hola! —respondió el aludido, mirando desde arriba con la mayor tranquilidad.

—¿Está usted loco, sir? —le preguntó Mr. Pickwick.

—Nada de eso —replicó Bob —; alegre solamente

—¡Alegre, sir! —exclamó Mr. Pickwick—. Baje usted ese escandaloso pañuelo rojo, haga el favor. Se lo suplico, sir. Bájallo, Sam.

Antes de que Sam pudiera intervenir, arrió graciosamente su bandera Mr. Bob Sawyer, y, luego de guardársela en el bolsillo, saludó cortésmente a Mr. Pickwick, limpió la boca de la cantimplora y se la aplicó a la suya, dándole a

entender, sin necesidad de gastar palabras, que aquel trago iba por su dicha y prosperidad. Hecho esto, tapó cuidadosamente la botella, y, mirando beatíficamente a Mr. Pickwick, tomó un gran bocado del comestible y sonrió.

—Vamos —dijo Mr. Pickwick, cuya ira momentánea no pudo resistir el imperturbable aplomo de Bob—, haga el favor de no hacer más disparates.

—No, no —replicó Bob, cambiando otra vez su sombrero con Mr. Weller—; no era ése mi propósito. Me animó tanto la carrera, que no pude contenerme.

—Fíjese en el efecto que hace —le observó Mr. Pickwick—, y cuide un poco más de las apariencias.

—¡Oh sí! —dijo Bob—. No es propio de las circunstancias, ni mucho menos. Se acabó, mi dueño y señor.

Satisfecho con la promesa, volvió a meter la cabeza en el coche Mr. Pickwick, y levantó la vidriera; mas no bien reanudara la conversa-

ción interrumpida por Mr. Bob Sawyer, sobresaltóse al ver aparecer un objeto negro de forma oblonga junto a la ventanilla, y golpeándola repetidamente, como si se impacientara por ser admitido.

—¿Qué es esto? —exclamó Mr. Pickwick.

—Parece una cantimplora —observó Ben Allen, examinando el objeto en cuestión con interés a través de sus lentes—; yo creo que es de Bob.

La impresión no podía ser más exacta, porque, habiendo atado Mr. Bob Sawyer la cantimplora al extremo del bastón, golpeaba la ventanilla con ella con intención de que sus amigos del interior participaran del contenido en la mejor armonía.

—¿Qué debemos hacer? —dijo Mr. Pickwick, mirando la botella—. Esto es más disparatado aún que lo anterior.

—A mí me parece que lo mejor será cogerla —replicó Mr. Ben Allen—. Le estaría muy me-

recido que la cogiéramos y nos quedáramos con ella, ¿no es verdad?

—Ciertamente —dijo Mr. Pickwick—. ¿La cojo?

—Creo que es el mejor partido que podemos tomar —repuso B en.

Como este parecer coincidiera perfectamente con el suyo propio, bajó suavemente Mr. Pickwick la vidriera y desató la botella del bastón, después de lo cual subió de nuevo la vidriera, y se oyó reír con toda su alma a Mr. Bob Sawyer.

—¡Qué gracioso es el bribón! —dijo Mr. Pickwick, mirando a su compañero, con la botella en la mano.

—Sí que lo es —dijo Mr. Allen.

—No hay manera de enfadarse con él —añadió Mr. Pickwick.

—Claro que no —asintió Benjamín Allen.

Durante este intercambio de opiniones, Mr. Pickwick descorchó distraídamente la botella.

—¿Qué es? —preguntó al descuido Ben Allen.

—No lo sé —replicó Mr. Pickwick con igual negligencia—. Parece que huele a ponche.

—¡Ah!, ¿sí? —repuso Ben.

—Me parece —repitió Mr. Pickwick, precaviéndose contra toda posibilidad de decir una inexactitud—; ahora, que no lo puedo asegurar sin probarlo.

—Pues pruébelo usted —dijo Ben—, y así sabremos lo que es.

—¿Cree usted? —replicó Mr. Pickwick—. Bien; si tiene usted curiosidad por saberlo, yo no me opongo.

Propicio siempre a sacrificar sus opiniones a los deseos de su amigo, echó Mr. Pickwick un buen trago.

—¿Qué es? —preguntó Ben Allen, interrumpiéndole con cierta impaciencia.

—Es curioso —dijo Mr. Pickwick, relamiéndose los labios—; hasta ahora no caigo. ¡Oh sí! —dijo Mr. Pickwick después de un segundo trago—. Es ponche.

Mr. Ben Allen miró a Mr. Pickwick; Mr. Pickwick miró a Mr. Ben Allen, y sonrió Mr. Ben Allen; pero no Mr. Pickwick.

—Bien se lo merecía —dijo el último con cierta severidad—; se merecía que nos lo bebiésemos, sin dejar gota.

—Eso mismo se me había ocurrido a mí —dijo Ben Allen.

—¿Verdad que sí? —repuso Mr. Pickwick—. ¡Entonces, a su salud!

Con estas palabras tiró el excelente caballero un buen viaje a la botella, y se la pasó a Ben Allen, que no se quedó atrás. Dirigiéronse mutuas sonrisas, y el ponche fue gradual y alegremente consumido.

—Después de todo —dijo Mr. Pickwick—, sus cosas son muy divertidas; realmente, entretenidísimas.

—Bien puede usted decirlo —repuso Mr. Ben Allen.

Y en prueba de que Mr. Bob Sawyer era el ser más ocurrente del mundo, procedió a contar

prolija y detalladamente a Mr. Pickwick cómo en cierta ocasión el exceso de bebida produjo a Bob una fiebre de tal naturaleza, que no hubo más remedio que afeitarle la cabeza; narración que aún no había terminado cuando se detuvo el coche en el Soto de la Campana de Berkeley para mudar el tiro.

—¡Señores! Comeremos aquí, ¿verdad? —dijo Bob, inclinándose sobre la ventanilla.

—¡Comer! —dijo Mr. Pickwick—. ¡Pero hombre, si no hemos andado más que diecinueve millas, y nos faltan veintiocho y media todavía!...

—Precisamente por esa razón debiéramos tomar algo que nos confortase para la fatiga de la jornada —arguyó Mr. Bob Sawyer.

—¿Pero cómo vamos a hacer la comida a las once y media de la mañana? —replicó Mr. Pickwick, consultando el reloj.

—Claro está, señor —repuso Bob—; lo que se impone es almorzar. ¡Eh, buen hombre: almuerzo para tres inmediatamente, y que no

enganchen hasta dentro de un cuarto de hora! Diga que nos saquen todo lo que tengan de fiambres a la mesa, alguna que otra botella de cerveza y el mejor madeira que haya.

Dadas estas órdenes con señorial desenvoltura, entró en la casa Mr. Bob Sawyer apresuradamente, con objeto de vigilar los preparativos, volviendo a los cinco minutos para decir que estaba todo perfectamente.

La calidad del almuerzo justificaba cumplidamente los elogios de Bob, y tanto éste como Mr. Ben Allen y Mr. Pickwick le rindieron grandes honores. Ante el combinado ataque de los tres, pronto sucumbieron la botella de cerveza y la de madeira. Y cuando, enganchados los caballos, ocuparon de nuevo sus asientos, llena la cantimplora del mejor sustitutivo del ponche que pudo proveerse en tan corto tiempo, resonó la corneta y ondeó el banderín rojo, sin la más ligera protesta por parte de Mr. Pickwick.

En el Salto de la Lanza de Tewkesbury hicieron alto para comer. Entonces volvieron a correr la cerveza, el madeira y algún oporto de añadidura, y por cuarta vez se llenó la cantimplora. Bajo la influencia de aquellos estimulantes combinados, permanecieron dormidos Mr. Pickwick y Mr. Ben Allen durante las treinta millas, en tanto que Bob y Mr. Weller cantaban a dúo en la trasera.

Era ya completamente de noche cuando Mr. Pickwick se halló bastante despierto para mirar por la ventanilla. Las casitas, salpicadas a uno y otro lado del camino; el sombrío matiz de todos los objetos que se descubrían; la brumosa atmósfera; las sendas rojizas y cenicientas; el rojo fulgor de los hornos, lejanos aún; las densas humaredas que despedían las piramidales y elevadas chimeneas, que todo lo ennegrecían en torno; el resplandor de las luces distantes; los enormes carromatos, que seguían fatigosamente el camino, abarrotados de lingotes de hierro o de otros pesados materiales..., todo

anunciaba la proximidad de la industriosa Birmingham.

A medida que penetraban en las angostas callejuelas acentuábanse los síntomas visuales y acústicos del trajín laborioso: las calles veíanse llenas de obreros; de todas las casas salía el sordo zumbido de la faena; los amplios ventanales de los talleres derramaban sus haces luminosos, y el giro de las ruedas y el trepidar de las máquinas hacían retemblar las paredes; las llamas, cuyo tenue resplandor percibiérase desde unas millas antes, veíanse ahora brillar voraces en las fábricas de la ciudad; el golpear de los martillos, los resoplidos del vapor y el pesado machacar de las férreas piezas oíanse por doquier en rudo concertante.

El postillón llevó el coche a escape por las anchurosas calles y pasó por delante de las hermosas e iluminadas tiendas que unen los arrabales de la ciudad con el antiguo Hotel Real antes de que Mr. Pickwick tuviera tiempo de

recapacitar en la delicada y difícil misión que allí le llevaba.

La delicada naturaleza de su comisión y la dificultad de llevarla a cabo no disminuían en manera alguna con la espontánea compañía de Mr. Bob Sawyer. A decir verdad, Mr. Pickwick comprendía que la presencia del ocurrente amigo en aquella ocasión, aunque grata y apetecible, constituía un honor que muy de su gusto hubiera declinado; en una palabra: que hubiera dado una respetable suma con tal de que Mr. Bob Sawyer se trasladara sin demora a cualquier sitio que estuviera a más de cincuenta millas de distancia.

Mr. Pickwick nunca había mantenido trato personal con Mr. Winkle padre, si bien había comunicado con él por carta dos o tres veces para darle respuesta satisfactoria a otras tantas consultas del primero referentes al modo de ser y al comportamiento de su hijo, y ocasionábale no poca nerviosidad el pensar que visitarle por vez primera en compañía de Bob Sawyer y Ben

Allen, que estaban un tanto beodos, no era la forma más adecuada que emplear podía para inclinar al anciano en su favor.

—Sin embargo —decía Mr. Pickwick, tratando de cobrar seguridad—, haré cuanto esté de mi parte. He de verle esta misma noche, porque así lo he prometido. Si se empeñan en acompañarme, abreviaré la entrevista todo lo posible, y espero que, aunque no sea más que por su propio decoro, no cometerán ninguna inconveniencia.

Cuando se tranquilizaba con estas reflexiones, deteníase el coche a la puerta del Hotel Real. Despierto a medias Ben Allen de un estupendo sueño y una vez sacado, asido del cuello, por Mr. Samuel Weller, logró apearse Mr. Pickwick. Fueron introducidos en un confortable aposento, y, sin perder momento, interrogó al camarero Mr. Pickwick acerca de la morada de Mr. Winkle.

—Aquí cerca, sir —dijo el camarero—, a menos de quinientas yardas. Mr. Winkle es dele-

gado del muelle del canal, sir. Su casa particular no está de aquí ni... ¡ca!... ni a quinientas yardas.

Entonces apagó el camarero una vela e hizo ademán de encenderla otra vez, con el solo objeto de dar tiempo a que Mr. Pickwick preguntara más, si así lo deseaba.

—¿Va a tomar algo ahora, sir? —dijo el camarero, encendiendo, al fin, la bujía, desesperado por el silencio de Mr. Pickwick—. ¿Té o café, sir? ¿Algo de comer?

—Ahora, nada.

—Muy bien, sir. ¿Desea que se le prepare la cena, sir?

—Por ahora, no.

—Muy bien, sir.

Dirigióse lentamente hacia la puerta y, deteniéndose bruscamente, volvióse y dijo con suavidad:

—¿Quiere que envíe a la camarera, sir?

—Como a usted le parezca —replicó Mr. Pickwick.

—A su gusto, sir.

—Y traiga un poco de soda —dijo Bob Sawyer.

—¿Soda, sir? Sí, sir.

Aliviado el peso que agobiaba su mente por haber conseguido al fin que se le pidiera alguna cosa, desvaneci6se imperceptiblemente el camarero. Los camareros nunca andan ni corren. Tienen un poder especial y misterioso de esfumarse de las habitaciones que no poseen los dem6s mortales.

Habiendo aparecido ciertos leves s6ntomas de vitalidad en Mr. Ben Allen, gracias a la soda, pudo conseguirse de 6l que se lavara y que se dejara cepillar por Sam. Despu6s de reparar Mr. Pickwick y Bob Sawyer el desorden producido por el viaje en su indumento, encamin6ronse los tres del brazo a casa de Mr. Winkle. Bob Sawyer impregnaba la atm6sfera, al andar, con el olor del tabaco.

A cosa de un cuarto de milla, en bien urbanizada y tranquila calle, alz6base una vetusta

casa de rojo ladrillo con una escalinata de tres peldaños a la entrada y una placa de bronce, en la que se leía, inscritas en gruesos caracteres romanos, las palabras «Mr. Winkle». Eran muy blancos los escalones, muy rojos los ladrillos de la fachada y muy limpio y perfilado el edificio, y a él llegaron Mr. Pickwick, Mr. Benjamín Allen y Mr. Bob Sawyer al sonar las campanadas de las diez.

Acudió a la llamada una elegante doncella, que se sorprendió al ver a los visitantes.

—¿Está en casa Mr. Winkle, querida? — preguntó Mr. Pickwick.

—En este momento va a cenar, sir — respondió la muchacha.

—Tenga la bondad de pasarle esta tarjeta — repuso Mr. Pickwick—. Dígale que siento molestarle a una hora tan avanzada; pero que deseo vivamente verle esta misma noche, y acabo de llegar.

Miró la doncella tímidamente a Mr. Bob Sawyer, que manifestaba, por medio de una

serie de gestos de maravilla, la admiración que le merecían sus encantos personales, y, echando una ojeada a los sombreros y gabanes que estaban colgados en la antesala, llamó a otra muchacha para que tuviera cuidado de la puerta mientras ella subía. Mas pronto fue relevado el centinela, pues a los pocos momentos volvió la primera y, pidiendo perdón a los caballeros por haberles dejado a la intemperie, les introdujo en un alfombrado salón, mitad despacho, mitad tocador, cuyos principales elementos de ornato y mobiliario consistían en un pupitre, un lavamanos, un espejo de afeitarse, un calzador, un abrochador, un elevado taburete, cuatro sillas, una mesa y un viejo reloj con cuerda para ocho días. Sobre la chimenea veíase, empotrada en la pared, una caja de caudales, y un par de estanterías llenas de libros, un almanaque y varios rimeros de empolvados papeles decoraban los muros.

—Siento mucho haberles dejado a la puerta, sir —dijo la muchacha, encendiendo un quin-

qué y dirigiéndose a Mr. Pickwick con solícita sonrisa—; pero yo no les conocía, y son tantos los rateros que vienen sólo para ver a qué pueden echar mano, que realmente...

—No tiene que darme ninguna explicación, querida —dijo, risueño, Mr. Pickwick.

—Ni la más pequeña, amor mío —dijo Bob Sawyer, extendiendo sus brazos con ademán juguetón y saltando a uno y otro lado, con objeto de impedir que la muchacha saliera de la estancia.

No debió complacerse mucho la doncella con estas maniobras, porque se apresuró a expresar su opinión de que Mr. Bob Sawyer era un «tío antipático», y como éste persistiera en sus apremiantes galanterías, le plantó en la faz sus cinco dedos y escapó del salón entre exclamaciones de aversión y desprecio.

Privado de la compañía de la bonita joven, dedicóse Mr. Bob Sawyer a entretenerse metiendo las narices en el pupitre, curioseando los cajones de la mesa, simulando forzar la cerra-

dura de la caja, poniendo el almanaque al revés, probándose las botas de Mr. Winkle padre sobre las suyas y haciendo diversas otras experiencias humorísticas con el mobiliario, todo lo cual producía indescriptible horror y crueles agonías a Mr. Pickwick, al par que regocijaba a Mr. Bob Sawyer.

Abrióse al fin la puerta y penetró en la estancia a paso menudo, con la tarjeta de Mr. Pickwick en una mano y una palmatoria en la otra, un viejecito con traje de color tabaco y con una cabeza y una cara que eran trasuntos de las pertenecientes a Mr. Winkle hijo, con la sola diferencia de la calva.

—Mr. Pickwick, sir: ¿cómo está usted? —dijo el viejo Winkle, dejando la palmatoria y tendiendo su mano—. Supongo que bien, sir. Encantado de verle. Siéntese, Mr. Pickwick, se lo suplico. Este señor...

—Mi amigo Mr. Sawyer —se apresuró a decir Mr. Pickwick—, un amigo de su hijo.

—¡Ah! —dijo Mr. Winkle padre, mirando a Bob con gesto de alguna desconfianza—. Supongo que estará usted bien, sir.

—Derecho como unas trébedes, sir —replicó Bob Sawyer.

—Este otro caballero —exclamó Mr. Pickwick— es, como usted verá cuando haya leído la carta que se me ha confiado, un pariente muy cercano, o, mejor dicho, un amigo íntimo de su hijo de usted. Su nombre es Allen.

—¿Ese caballero? —preguntó Mr. Winkle, señalando con la tarjeta hacia Ben Allen, que se había quedado dormido en una posición tal, que sólo se le veía la espina dorsal y el cuello de la chaqueta.

Ya iba Mr. Pickwick a replicar y a pronunciar el nombre de Mr. Benjamín Allen, detallando por extenso las honrosas distinciones que poseía, cuando el inquieto Mr. Bob Sawyer, con objeto de infundir a su amigo el sentido de la situación en que se hallaba, le propinó un tremendo pellizco en la parte carnosa de su

brazo, que le hizo dar un salto y un alarido. Percatándose repentinamente de que se hallaba en presencia de un extraño, adelantóse Mr. Ben Allen y, estrechando afectuosamente con ambas manos las de Mr. Winkle por espacio de cinco minutos, murmuró, en frases entrecortadas e indescifrables, el gran placer que experimentaba al verle y una solícita pregunta encaminada a averiguar si se encontraba dispuesto a tomar algo después de su paseo, o si prefería esperar la hora de cenar; hecho lo cual, se sentó y miró vagamente en torno con aire de estatua, cual si no tuviese la más remota idea del sitio en que se hallaba, como, a la verdad, no la tenía.

Todo esto azoraba extraordinariamente a Mr. Pickwick, tanto más cuanto que Mr. Winkle padre mostrábase palpablemente asombrado ante la excéntrica, por no decir insólita, conducta de los dos compañeros del gran hombre. Con objeto de plantear la cuestión lo más pronto posible, sacó una carta de su bolsillo y, presentándosela a Mr. Winkle padre, dijo:

—Esta carta, sir, es de su hijo. Verá usted, por su contenido, que de la acogida paternal y favorable que usted le conceda dependen su futura dicha y bienestar. ¿Querría usted hacerse acreedor a mi gratitud leyéndola con toda calma y serenidad, discutiendo luego el asunto conmigo en el único tono en que debe ser discutido? De la importancia que la decisión de usted tiene para su hijo, así como de la intensa ansiedad que éste abriga, puede usted juzgar por la visita que le hago, sin aviso previo, a hora tan avanzada —añadió Mr. Pickwick, dirigiendo su mirada hacia sus dos acompañantes— y en circunstancias tan desfavorables.

Terminado este prelude, puso Mr. Pickwick cuatro carillas de apretada escritura en papel superfino, que contenían un complicado tejido de exculpaciones en las manos del asombrado Mr. Winkle padre. Sentándose luego en su silla, avizoró sus gestos y ademanes, ansioso, ciertamente, pero con la frente levantada, cual corresponde a un caballero que se halla conven-

cido de que su intervención no necesita paliativos ni excusas.

El viejo delegado de Aduanas dio varias vueltas a la carta; miróla de frente, del revés y de canto; examinó microscópicamente el robusto infante que en el sello campeaba; alzó sus ojos hacia Mr. Pickwick, y, sentándose a su vez en el alto taburete y acercando la lámpara, rompió el sello, desplegó la epístola y, aproximándola a la luz, se dispuso a leer.

En este preciso momento, Mr. Bob Sawyer, cuyo ingenio dormitara desde hacía varios minutos, apoyó las manos en las rodillas y puso una cara que remedaba bastante bien los retratos del difunto Mr. Grimaldi, vestido de payaso. Mas aconteció que Mr. Winkle padre, en vez de enfrascarse profundamente en la lectura de la carta, como presumía Mr. Bob Sawyer, miró por encima de ella al propio Mr. Bob Sawyer, y conjeturando, acertadamente, que la mencionada faz habíase compuesto con propósito de ridiculizarle y de hacer chacota de su propia

persona, fijó en Bob sus ojos con severidad tan expresiva, que los lineamentos del difunto Mr. Grimaldi fundiéronse gradualmente en un bellísimo gesto de confusa humildad.

—¿Decía usted, sir? —preguntó Mr. Winkle padre, después de un silencio de mal agüero.

—No, sir —replicó Bob, sin el menor gesto de histrionismo, como no fuera la extremada rubicundez de sus mejillas.

—¿Está usted seguro de que no? —dijo Mr. Winkle padre.

—¡Oh, querido! Sí, sir, completamente —replicó Bob.

—Me parecía, sir —repuso el anciano con indignado énfasis—. ¿No me miraba usted, sir?

—¡Oh no, sir, nada de eso! —contestó Bob con exagerada urbanidad.

—Me alegro de saberlo, sir —dijo Mr. Winkle padre.

Luego de mirar ceñudamente al abatido Bob con gran magnificencia acercó de nuevo el an-

ciano la carta a la luz y empezó a leer con toda seriedad.

Mr. Pickwick contemplábale ávidamente mientras trasladaba sus ojos de la última línea de la primera cara a la primera de la segunda, de la última de la segunda a la primera de la tercera, de la última de la tercera a la primera de la cuarta; pero ni la más leve alteración de su semblante proporcionó una clave que permitiera adivinar las emociones que recibiera con el anuncio del matrimonio de su hijo, el cual anuncio, según sabía Mr. Pickwick, figuraba en las seis primeras líneas.

Leyó hasta el fin la carta; plególa de nuevo con toda la precisión y escurpulosidad de un hombre de negocios, y en el momento que Mr. Pickwick esperaba una gran explosión sentimental, mojó la pluma en el tintero, y dijo, con la misma tranquilidad que si se tratara de una simple transacción mercantil:

—¿Cuáles son las señas de Nathaniel, Mr. Pickwick?

—Por ahora, Jorge y el Buitre —respondió éste.

—Jorge y el Buitre. ¿Dónde está eso?

—Glorieta de Jorge, Lombard Street.

—¿En la City?

—Sí.

Escribió el anciano metódicamente la dirección en el respaldo de la carta, y, guardándose-la en el pupitre y echándole la llave, dijo, apeándose del taburete y metiéndose el llavero en el bolsillo:

—Creo que no hay nada más que nos detenga, Mr. Pickwick.

—¿Nada más, sir? —observó el efusivo personaje, desconcertado por la indicación—. ¡Nada más! ¿Y no tiene usted ninguna opinión que formular acerca de este repentino evento en la vida de nuestro joven amigo? ¿Ninguna seguridad que transmitirle por mediación mía acerca de la persistencia de su afecto y protección? ¿Nada que decir que le anime y conforte a él, ni

a la acongojada señorita que en él cifra su apoyo y consuelo? Piénselo, mi querido señor.

—Lo pensaré —replicó el anciano—. No tengo ahora nada que decir. Soy un hombre de negocios, Mr. Pickwick. Nunca acometo un negocio atropelladamente, y por lo que veo en éste, no me gusta nada el cariz que presenta. Mil libras no me parece mucho Mr. Pickwick.

—Tiene usted razón, sir —interrumpió Ben Allen, que acababa de despertarse lo bastante para darse cuenta de la facilidad con que había gastado sus mil libras—. Es usted un hombre inteligente. Bob es un chico muy listo.

—Me satisface muchísimo el ver que me hace usted justicia, sir —dijo Mr. Winkle padre, mirando despectivamente a Ben Allen, que movía la cabeza con ademán profundo y solemne—. El caso es, Mr. Pickwick, que cuando yo otorgué a mi hijo licencia para vagar por ahí un año, con objeto de que viera algo acerca de los hombres y sus costumbres, lo cual ha llevado a cabo bajo la dirección de usted, para que

no entrase en la vida como un párvulo que se deja engañar por cualquiera, nunca me comprometí a eso. Él lo sabe muy bien; así es que si yo le desatiendo en este punto, no tiene derecho a sorprenderse. Él recibirá mis noticias, Mr. Pickwick. Buenas noches, sir. Margarita, abre la puerta.

Durante todo este tiempo había estado Bob Sawyer apremiando a Mr. Ben Allen para que dijera algo a derechas. En consecuencia, Ben reventó, al cabo, sin el más ligero preliminar, en un breve, aunque patético, discurso.

—¡Sir —dijo Mr. Ben Allen, atalayando al anciano con ojos lánguidos y agitando su brazo derecho con vehemencia—, no sé... no sé cómo no le da a usted vergüenza!

—Como hermano de la señora, es usted, por supuesto, un excelente juez —repuso Mr. Winkle padre—. Bueno, se acabó. Le suplico que no insista, Mr. Pickwick. ¡Buenas noches, señores!

Diciendo estas palabras, tomó el anciano la palmatoria, y, abriendo la puerta, indicó la salida con toda cortesía.

—Ya lamentará usted esto, sir —dijo Mr. Pickwick, apretando los dientes para reprimir su cólera, porque comprendía el efecto que ello habría de producir a su joven amigo.

—Por ahora tengo una opinión distinta —replicó tranquilamente Mr. Winkle padre—. Una vez más, señores, les deseo buenas noches.

Echó a andar Mr. Pickwick y salió a la calle con paso airado. Mr. Bob Sawyer, anonadado por la decisión inapelable del anciano, se condujo de la misma manera. Mr. Ben Allen rodó por la escalinata inmediatamente después de su sombrero. Los tres viajeros metiéronse en la cama silenciosos y sin cenar, y Mr. Pickwick pensó antes de dormirse que, de haber sabido que Mr. Winkle padre era tan hombre de negocios, nunca se le hubiera ocurrido probablemente encargarse de tal comisión.

51. EN EL CUAL MR. PICKWICK SE ENCUENTRA CON UN ANTIGUO CONOCIDO, A CUYA AFORTUNADA CIRCUNSTANCIA DEBE PRINCIPALMENTE EL LECTOR UN INTERESANTE EPISODIO QUE AQUÍ SE RELATA, CONCERNIENTE A DOS HOMBRES PÚBLICOS DE GRAN INFLUENCIA

La mañana en que abrió los ojos Mr. Pickwick, al dar las ocho, no se ofrecía propicia a levantar su espíritu ni a mitigar la depresión ocasionada por la inesperada resultante de su embajada. El cielo estaba sombrío y lóbrego. El aire, húmedo, agitábase en ráfagas violentas; las calles estaban encharcadas y llenas de lodo. El humo gravitaba perezosamente sobre las bocas de las chimeneas, cual si le faltara aliento para ascender, y la lluvia caía pausadamente y de mala gana, como si le faltara el ánimo para descender. Un gallo de pelea, privado de su habitual vivacidad, balanceábase melancólicamente sobre una pata en un rincón de la cua-

dra; un burro, dormitando cabizbajo al abrigo de la techumbre mezquina de un pequeño cobertizo, según se deducía de su desconsolado y meditabundo semblante, debía estar acariciando la idea del suicidio. En la calle no se veían más que paraguas, ni se oía otra cosa que el chocar de los zuecos y el salpicar de las gotas de lluvia.

Apenas si se interrumpió el desayuno con diálogos brevísimos; hasta Mr. Bob Sawyer sufría la influencia del tiempo Y las consecuencias de la excitación del día precedente. Según su expresión propia, estaba aplastado. Así estaba Mr. Ben Allen. Así estaba Mr. Pickwick.

En prolongada espera de que el tiempo aclarase, leyóse y releyóse el periódico de Londres correspondiente a la noche anterior con la avidez y la curiosidad que sólo se manifiestan en los casos de extremado aburrimiento; cada pulgada de la alfombra fue recorrida con análoga perseverancia; miróse a través de las ventanas con la asiduidad inherente a un deber forzoso;

iniciáronse numerosas conversaciones, que al punto se abandonaban; por fin, al mediodía, sin el menor anuncio de un cambio favorable, tiró de la campanilla resueltamente Mr. Pickwick y mandó preparar el coche.

Aunque los caminos estaban embarrados y la lluvia caía con más fuerza que antes, y aunque el agua y el lodo salpicaban a cada momento, entrando por las ventanillas del coche de tal manera que caminaban igualmente molestos los de dentro y los de fuera, algo había en el movimiento y en la sensación de actividad que significaba un cambio tan favorable respecto de la permanencia en un recinto lóbrego, mirando la lluvia monótona, que sólo en el hecho de partir reconocieron una indiscutible ventaja, y se preguntaron cómo era posible que lo hubieran demorado tanto tiempo.

Cuando se detuvieron en Coventry para cambiar el tiro, el vaho de los caballos ascendía en nubes tan densas, que ocultaron al palafrenero, cuya voz oíase, sin embargo, entre la ne-

bulosa, declarando que estaba seguro de obtener en la inmediata distribución de recompensas de la Sociedad Humanitaria una primera medalla de oro por quitarle el sombrero al posillón, de cuyas alas caía tanta agua, que afirmaba el hombre invisible hubieranle ahogado a no ser por su presencia de ánimo arrancándole el sombrero a toda prisa y enjugando la cara del náufrago con un puñado de paja.

—Esto es muy divertido —dijo Bob Sawyer, levantándose el cuello de la chaqueta y tapándose la boca con la bufanda para contener los vapores de un vaso de aguardiente que acababa de beberse.

—Mucho —respondió Sam con indiferencia.

—Parece que no le da usted ninguna importancia —observó Bob.

—Hombre, no sé qué iba a sacar de dársela —replicó Sam.

—Ésa es una razón irrefutable —dijo Bob.

—Sí, sir —repuso Mr. Weller—. Sea lo que sea, está perfectamente, como dijo el joven aris-

tócrata dulcemente al enterarse de que le habían incluido en una lista de pensiones porque el abuelo de la esposa de un tío de su madre había, en cierta ocasión, encendido la pipa del rey con un trozo de yesca.

—No está mal eso, Sam —dijo Mr. Bob Sawyer con aire de aprobación.

—Eso es precisamente lo que decía todos los días el joven aristócrata —replicó Mr. Weller.

—¿Le han llamado a usted —preguntó Sam, mirando al cochero, después de una breve pausa y apagando la voz hasta convertirla en misterioso murmullo—; le han llamado a usted, cuando fue aprendiz de sierrahuesos, para visitar a un postillón?

—No me acuerdo de que me hayan llamado —respondió Mr. Bob Sawyer.

—¿No vio usted nunca un postillón en ese hospital en que usted rondaba, como se dice de los fantasmas? —preguntó Sam.

—No —replicó Bob Sawyer—. Me parece que no.

—¿No vio nunca un cementerio donde hubiera una tumba de postillón, ni vio ningún postillón muerto? —preguntó Sam, prosiguiendo su catecismo.

—No —contestó Bob—. No lo vi jamás.

—¡No! —repuso Sam triunfante—. Ni lo verá usted; y hay otra cosa que nadie puede ver, y es un burro muerto. No hay quien haya visto un burro muerto, como no fuera el caballero de negros pantalones de seda, amigo de la joven que tenía una cabra; y cuenta que ése era un burro francés así es que, probablemente, no se trataba tampoco de un tipo normal.

—Bueno. ¿Pero qué tiene eso que ver con los postillones? —preguntó Bob Sawyer.

—Pues tiene que ver —replicó Sam—. Sin llegar a afirmar, como hacen muchas personas, que los postillones y los burros son inmortales, lo que yo digo es que, en cuanto se sienten torpes y fatigados del trabajo, se marchan juntos: un postillón para cada tronco de burros; nadie sabe adónde van a parar; pero es muy probable

que vayan a solazarse a algún otro mundo, porque no hay ser humano que haya visto burro ni postillón que lo pasen bien en éste.

Explayándose en esta docta y notable teoría y citando curiosas estadísticas y numerosos hechos en su apoyo, engañó el tiempo Sam Weller hasta llegar a Dunchurch, donde se proporcionaron de un postillón seco y tomaron caballos de refresco; la parada inmediata la hicieron en Coventry, y la segunda en Towcester. Al final de cada trayecto llovía más furiosamente que al principio.

—Oiga —protestó Bob Sawyer, acercando la cabeza a la ventanilla al detenerse el coche a la puerta de La Cabeza del Moro, en Towcester—, esto no puede ser.

—¡Dios mío! —dijo Mr. Pickwick, que acababa de despertarse de un sueñecillo—. Creo que se ha mojado usted.

—¡Ah!, ¿cree usted? —respondió Bob—. Sí, un poco. Desagradablemente empapado.

Debía de estar Bob bien empapado, porque la lluvia corría por su cuello, por sus mangas, por sus faldones y rodillas, y brillaba todo él con la mojadura de tal manera, que su ropa podría haberse confundido con un traje de lienzo embreado.

—Estoy algo húmedo —dijo Bob, sacudiéndose y despidiendo en derredor un chaparrón, como un perro de Terranova recién salido del agua.

—Yo creo que es imposible continuar esta noche —dijo Ben.

—Claro está, sir —observó Sam Weller, terciando en la conferencia—; es una crueldad pedir a los animales que sigan de esta forma. Aquí hay camas, sir —dijo Sam a su amo—; todo está limpio y confortable. En media hora se puede preparar una buena comidita, sir... un par de gallinas, sir, y chuletas de vaca, judías francesas, tarta y aseo. Lo mejor que podía usted hacer era quedarse aquí, si se me permite

dar el consejo. Tómelo usted, sir, como dijo el doctor.

El posadero de La Cabeza del Moro presentóse oportunamente para confirmar las indicaciones de Mr. Weller relativas a las comodidades del establecimiento, y para reforzar sus instancias con gran variedad de funestas conjeturas referentes al estado de los caminos, a la incertidumbre de hallar caballos en el próximo cambio, a la mortal certeza de que llovería toda la noche y a la seguridad de que había de aclarar a la mañana, con otras frases de solicitud familiares a los posaderos.

—Bien —dijo Mr. Pickwick—; pero es preciso que envíe una carta a Londres por cualquier medio, de manera que sea entregada a primera hora de la mañana, pues si no, tendría que seguir a todo evento.

El posadero sonrió encantado.

—Nada es más fácil para el señor que meter una carta en una hoja de papel de estraza y enviarla por el correo o por la diligencia noc-

turna de Birmingham. Y si el señor tiene gran afán de que llegue a su destino lo más pronto posible, podría escribir en el respaldo: «Entréguese inmediatamente», lo que será ejecutado, sin duda, o «Páguese al portador media corona de propina en el instante de la entrega», lo cual da todavía más seguridad.

—Muy bien —dijo Mr. Pickwick—; entonces nos quedaremos aquí.

—¡Lleva luces al Sol, Juan; enciende el fuego: los señores están mojados! —gritó el posadero—. Por aquí, señores. No se preocupen ustedes del postillón, sir. Yo se lo enviaré a ustedes cuando le llamen, sir. Pronto, Juan, las velas.

Trajéronse las velas. Atizóse el fuego, al que hubo de añadirse un nuevo leño. A los diez minutos ya estaba un camarero poniendo el mantel para la comida. Bajáronse las cortinas, ardía el fuego vivamente y todo estaba a punto —cual siempre ocurre en todas las posadas inglesas decentes—, como si los viajeros hubie-

ran sido esperados, y ultimados los preparativos con varios días de anticipación.

Sentóse a la mesa Mr. Pickwick y escribió sin perder momento una esquela a Mr. Winkle, participándole meramente que se hallaba detenido por el temporal; pero que llegaría a Londres al día siguiente, hasta cuyo momento difería toda relación acerca de su embajada. Empaquetóse convenientemente la esquela y la llevó a la cantina Mr. Samuel Weller.

Entregó Sam la carta a la posadera y volvía ya para despojar de las botas a su amo, después de secarse un poco al fuego de la cocina, cuando, dirigiendo casualmente la mirada hacia una habitación cuya puerta estaba entreabierta, quedóse sorprendido al ver a un caballero de cabeza jara sentado junto a una mesa, en la que había un gran montón de periódicos, que estaban leyendo el fondo de uno de ellos con un aplomo desdeñoso, que daba a su nariz y a todos los demás rasgos de su fisonomía una expresión majestuosa de altivo desprecio.

—¡Calle! —dijo Sam—. ¡Juraría conocer esa cabeza y esa cara; también el monóculo y la teja de grandes alas! Ha sido en Eatanswill, o yo soy romano.

Sintióse acometido Sam al punto de un violento golpe de tos, con objeto de llamar la atención del caballero. Sorprendido éste por el ruido, levantó la cabeza y el monóculo, y descubriéronse los profundos rasgos de Mr. Pott, de *La Gaceta de Eatanswill*.

—Perdóneme, sir —dijo Sam, avanzando y saludando—. Mi amo está aquí, Mr. Pott.

—¡Chist, chist! —gritó Pott, haciendo entrar a Sam y cerrando la puerta con aire misterioso de suspicacia y temor.

—¿Qué ocurre, sir? —preguntó Sam, mirando intrigado en derredor.

—No murmure siquiera mi nombre —replicó Pott—; ésta es una vecindad «amarilla». Si esta irritable población supiera que estoy aquí, me haría pedazos.

—¡Cómo! ¿Es posible, sir? —dijo Sam.

—Sería yo víctima de su furor —repuso Pott—. Vamos a ver, joven, dónde está su amo.

—Se queda aquí esta noche para continuar a la ciudad con dos amigos —replicó Sam.

—¿Es uno de ellos Mr. Winkle? —preguntó Pott con ligero fruncimiento del entrecejo.

—No, sir. Mr. Winkle está ahora en la ciudad —contestó Sam—. Se ha casado.

—¡Casado! —exclamó Pott con vehemencia terrible.

Guardó silencio, sonrió tristemente y añadió por lo bajo, en tono vengativo:

—¡Se lo merece!

Después de dar salida a esta cruel efervescencia de enconada malicia y de triunfo salvaje sobre el enemigo caído, preguntó Mr. Pott si los amigos de Mr. Pickwick eran «azules». Luego de recibir una respuesta satisfactoria de Sam, que sabía de este asunto lo mismo que Pott, consintió en acompañarle al cuarto de Mr. Pickwick, donde le esperaba una cordial acogida. Convinieron en juntar las comidas.

—¿Y cómo van las cosas en Eatanswill? — preguntó Mr. Pickwick al sentarse Pott junto al fuego y luego que todos se hubieron quitado las botas y calzado zapatillas secas—. ¿Vive aún *El Independiente*?

—*El Independiente*, sir —replicó Pott—, aún arrastra su existencia miserable y solapada: odiado y menospreciado hasta por aquellos pocos que conocen su desdichada existencia; ahogado por la inmundicia que tan profusamente desparrama; cegado y ensordecido por las emanaciones de su propio cieno. El obscuro periódico, inconsciente, por fortuna, de su degradada situación, se hunde cada vez más en el fango traicionero, y mientras cree hallar base firme en las clases inferiores de la sociedad, cada vez asciende más la masa cenagosa que no tardará en tragárselo.

Pronunciadas estas frases —que constituían una parte de su artículo de la última semana— con énfasis vehemente, detúvose el editor para

cobrar aliento, y miró majestuosamente a Bob Sawyer.

—Usted es joven —dijo Pott.

Mr. Bob Sawyer asintió.

—Y usted también, sir —dijo Pott a Mr. Ben Allen.

Ben aceptó el suave calificativo.

—¿Y están ustedes imbuidos en esos principios azules, que he prometido defender mientras viva a los habitantes de estos reinos? —inquirió Pott.

—Hombre, yo no estoy enterado de eso —respondió Bob Sawyer—. Yo soy...

—No «amarillo», Mr. Pickwick —interrumpió Pott, haciendo atrás la silla—. ¿Su amigo no es «amarillo», sir?

—No, no —repuso Bob—; yo soy al presente algo así como una manta de viaje: una combinación de toda clase de colores.

—Un pastelero —dijo Pott solemnemente—, un pastelero. Me gustaría darle a conocer una serie de ocho artículos, sir, que han aparecido

en *La Gaceta de Eatanswill*. Creo poder asegurar que no tardaría usted mucho en formar sus opiniones sobre una sólida base «azul», sir.

—Apostaría cualquier cosa a que me volvería azul mucho antes de acabar esa lectura —respondió Bob.

Miró Mr. Pott con desconfianza a Bob Sawyer por algunos segundos, y, volviéndose hacia Mr. Pickwick, dijo:

—¿Ha visto usted los artículos literarios que han aparecido de cuando en cuando en *La Gaceta de Eatanswill* durante los tres últimos meses y que han producido tan general... puedo decir tan universal interés y admiración?

—Hombre —replicó Mr. Pickwick con cierto embarazo—, el caso es que he estado tan ocupado en otras cosas, que, en realidad no he tenido ocasión de leerlos.

—Pues debía usted haberlo hecho, sir—dijo Pott con severo continente.

—Los leeré—dijo Mr. Pickwick.

—Aparecieron en forma de una copiosa revista acerca de una obra de metafísica china, sir —dijo Pott.

—¿Escritos por usted, supongo? —observó Mr. Pickwick.

—Por mi crítico, sir —repuso Pott con dignidad.

—Será un tema bien abstruso —dijo Mr. Pickwick. —Mucho, sir —respondió Pott, adoptando un gesto sumamente docto—. Se ha cebado para ello, si se me permite la expresión técnica. He leído, a este objeto, por indicación mía, en la *Enciclopedia Británica*.

—¡Ah! —dijo Mr. Pickwick—. No sabía yo que esa obra notable contenía referencias acerca de la metafísica china.

—Leyó, sir—continuó Pott, apoyando su mano en la rodilla de Mr. Pickwick y mirando en torno con sonrisa de intelectual superioridad—, leyó para la metafísica en la letra «M», y para la China en la letra «C», y combinó los elementos que sacó de una y de otra.

La fisonomía de Mr. Pott asumió tanta grandeza al recordar el esfuerzo investigador desplegado en la erudita producción, que transcurrieron algunos minutos antes de que Mr. Pickwick osara reanudar la conversación; por fin, los rasgos del editor fueron recobrando paulatinamente su expresión habitual de moral supremacía, y el primero se aventuró a proseguir el diálogo, preguntando:

—¿Sería indiscreto preguntarle acerca del objeto que le ha traído tan lejos de su casa?

—El objeto que palpita y alienta en toda mi titánica labor, sir —replicó Pott con plácida sonrisa—, el bien de mi país.

—Creí que se trataba de algún negocio público —observó Mr. Pickwick.

—Sí, sir—continuó Pott—, eso es.

Inclinándose entonces hacia Mr. Pickwick, murmuró en tono de bajo profundo:

—Mañana por la noche tendrá lugar en Birmingham un baile amarillo.

—¡Dios nos asista! —exclamó Mr. Pickwick.

—Sí, sir, y una cena después —añadió Pott.

—¡Es posible! —dijo asombrado Mr. Pickwick.

Pott asintió con portentoso ademán.

Y aunque Mr. Pickwick fingiera gran estupefacción ante la extraña nueva, se hallaba tan poco versado en política local, que no podía formarse una noción exacta de la importancia que entrañaba aquella infame conspiración, observando lo cual, Mr. Pott, sacando el último número de *La Gaceta de Eatanswill*, que de ella se ocupaba, dio lectura al párrafo siguiente:

## UNA AMARILLADA A CENCERROS TAPADOS

«Un reptil colega ha vomitado recientemente su negra ponzoña con el vano y desesperado empeño de oscurecer el claro nombre de nuestro distinguido y excelente representante: el honorable Mr. Slumkey—de ese Slumkey, a quien nosotros, mucho antes de que alcanzara

su actual posición elevada y nobilísima, habíamos predicho que llegaría a ser, como es ahora, la honra más brillante de su pueblo y su más legítimo blasón: esforzado paladín e inmarcesible gloria—. Nuestro reptil colega ha intentado hacer chacota con motivo de un soberbio cestillo de carbón, preciosamente esmaltado, que ha sido ofrecido al grande hombre por sus entusiastas correligionarios, y en la compra del cual insinúa el miserable anónimo que el honorable Mr. Slumkey ha contribuido, por mediación de un amigo confidencial de su carnicero, con más de las tres cuartas partes de la cantidad suscrita. ¿Cómo no se alcanza a tal ente rastrero que, aun suponiendo la exactitud de semejante hecho, sólo consigue que aparezca el honorable Mr. Slumkey bajo una luz más fúlgida y radiante? ¿No comprende el obtuso comentarista que este magnánimo y conmovedor anhelo de favorecer la consecución de los deseos de sus correligionarios no ha de hacer sino ligarle más entrañablemente a las almas y a los corazones de

aquellos de sus conciudadanos que no se hayan rebajado aún hasta la categoría del cerdo, o, en otras palabras, que no han descendido aún hasta el íntimo nivel de nuestro colega? ¡Pero tal es la malvada astucia de la hipocresía amarilla! Y no son éstas sus únicas argucias. Hay traición además. Nosotros afirmamos, ya que nos hemos propuesto descubrir sus manejos, y colocándonos bajo el amparo de nuestra policía ciudadana, nosotros afirmamos valientemente que en estos momentos se prepara en secreto un baile "amarillo", que ha de celebrarse en una ciudad "amarilla", en el centro y en el verdadero núcleo de una población "amarilla", que ha de ser dirigido por un maestro de ceremonias "amarillo", en el que han de tomar parte cuatro miembros ultraamarillos del Parlamento, y cuyas invitaciones consisten en papeletas amarillas. ¿Es que se estremece indignado nuestro adverso colega? Pues retuézase en malvada impotencia, en tanto que escribimos las palabras: "Nosotros estaremos allí".»

—Ni más ni menos, sir—dijo Pott, doblando el periódico, casi extenuado por la lectura—. ¡Ésa es la situación!

En aquel momento entraron el posadero y el criado con la comida, con lo cual Mr. Pott llevó sus dedos a los labios, dando a entender que su vida estaba en las manos de Mr. Pickwick y que confiaba en su sigilo. Mr. Bob Sawyer y Mr. Benjamín Allen, que habíanse quedado dormidos de modo irreverente durante la lectura del artículo de *La Gaceta de Eatanswill* y la discusión subsiguiente, despertáronse al solo murmullo de la palabra mágica «comida». Y pusiéronse a comer con un gran apetito, servido por un estómago admirable, con magnífica salud y con un camarero para los tres.

En el curso de la comida y de la sobremesa correspondiente, Mr. Pott, descendiendo por unos minutos a los asuntos domésticos, participó a Mr. Pickwick que, por no probar a su señora el aire de Eatanswill, había ésta empren-

dido un viaje por diferentes balnearios de moda, con objeto de recobrar la salud y el ánimo quebrantados. Con esto encubría el hecho de que la señora Pott, cumpliendo sus reiteradas amenazas de separación, y en virtud de una transacción negociada por su hermano el teniente y refrendada por Mr. Pott, habíase ido a vivir con el fiel guardia de Corps, contando con la mitad de la renta y los beneficios anuales procedentes de la venta y publicidad de *La Gaceta de Eatanswill*.

En tanto que Mr. Pott se explayaba sobre este y otros asuntos, entreverando la conversación con diversos extractos de sus propias lucubraciones, un malhumorado viajero llamaba desde la ventanilla de una diligencia que se había detenido en la posada para entregar varios paquetes, exigiendo se le dijera si, en el caso de hacer alto para pasar la noche, podía contar con una cama.

—Seguramente, sir—respondió el posadero.

—¿Puedo? —preguntó el viajero, que parecía de natural suspicaz y desconfiado.

—Sin duda, sir—replicó el posadero.

—Bueno —dijo el viajero—. Cochero, yo me quedo aquí. ¡Guardia, mi saco!

Después de despedirse con maneras un tanto bruscas de los demás pasajeros, apeóse del coche. Era un hombre bajo, de hirsuta cabellera cortada en guisa de puercoespín o de cepillo, que se mantenía erecta y firme sobre la cabeza; su aspecto era pomposo y amenazador; sus modales, apremiantes; sus ojos, penetrantes e inquietos, y su conjunto daba la sensación de una gran confianza en sí mismo y de una inconmensurable y consciente superioridad sobre las demás gentes.

Fue introducido el viajero en la habitación que primeramente ocupara el patriótico Mr. Pott. El camarero observó con mudo asombro la singular coincidencia de que, no bien se encendieron las luces, sacó el viajero un periódico que en el sombrero llevaba y empezó a leerlo

con la misma expresión de airado desdén que una hora antes advirtiera con profunda extrañeza en los rasgos majestuosos de Pott. También se fijó el criado en que mientras el desprecio de Mr. Pott habíase despertado por un periódico titulado *El Independiente de Eatanswill*, el colérico desdén del recién llegado suscitábase por un periódico cuyo título era *La Gaceta de Eatanswill*.

—Que venga el posadero —dijo el recién llegado.

—En seguida, sir—respondió el camarero.

Avisado el posadero, presentóse al punto.

—¿Es usted el posadero? —preguntó el nuevo huésped.

—Sí, sir—contestó el posadero.

—¿No me conoce usted? —interrogó el caballero.

—No tengo el gusto, sir—repuso el posadero.

—Me llamo Slurk —dijo el caballero.

El posadero hizo una ligera inclinación de cabeza.

—¡Slurk, sir! —repitió el caballero altivamente—. ¿No me conoce usted, hombre?

¡Rascóse la cabeza el posadero, miró al techo, miró al viajero y sonrió ligeramente.

—¿No me conoce usted, hombre? —repitió el viajero en tono adusto.

Hizo el posadero un gran esfuerzo y replicó al fin:

—Bien, sir; no le conozco.

—¡Gran Dios! —dijo el viajero, descargando sobre la mesa el puño cerrado—. ¡Esta es la popularidad!

Avanzó el posadero dos pasos hacia la puerta, y, clavando en él sus ojos el viajero, prosiguió:

—Ésta —dijo el viajero—, ésta es la gratitud con que se pagan tantos años de trabajo y estudio en beneficio de las masas. Me apeo del coche empapado y fatigado; no hay una muchedumbre entusiasta que se agolpe para saludar a

su campeón. Las campanas permanecen silenciosas. El nombre no halla eco en sus dormidos pechos. Es demasiado —dijo indignado Mr. Slurk, recorriendo la estancia a grandes pasos—. No hace falta más para hacer hervir la tinta en la pluma de un hombre e inducirle a abandonar la causa para siempre.

—¿Decía usted aguardiente y agua, sir? —dijo el posadero, aventurando la indicación.

—Ron —dijo Mr. Slurk, volviéndose fieramente hacia él—. ¿Hay lumbre en alguna parte?

—Podemos encenderla en seguida, sir —dijo el posadero.

—Que no dará calor bastante hasta que sea la hora de acostarse —objetó Mr. Slurk—. ¿Hay alguien en la cocina?

Ni un alma. Ardía un hermoso fuego. Todos se habían ido y la puerta de la casa se había cerrado ya.

—Beberé mi ron —dijo Mr. Slurk— junto al fuego de la cocina.

Y recogiendo su sombrero y el periódico, echó a andar solemnemente detrás del posadero hacia el humilde lugar, y, acomodándose en un banco junto al fuego, recobró su desdeñoso talante y empezó a leer y a beber con silenciosa dignidad.

El espíritu de la discordia, que debía de rondar por La Cabeza del Moro en aquella ocasión, al pasear su mirada, por mera curiosidad ociosa, por aquellos rincones, acertó a sorprender a Slurk cómodamente sentado al fuego de la cocina y a Pott, un tanto animado por el vino, en otro aposento; esto bastó para que el malicioso diablejo, descendiendo con rapidez inconcebible sobre este último aposento, colárase al punto en la cabeza de Mr. Bob Sawyer y con demoníaca perfidia le sugiriera las siguientes palabras:

—Se nos ha apagado el fuego. Después de la lluvia se nos ha echado encima un frío atroz, ¿verdad?

—Así es, en efecto —replicó, tiritando, Mr. Pickwick.

—No creo que estaría mal echar un cigarro en la cocina. ¿Qué les parece? —dijo Bob Sawyer, aún influido por el mencionado diablejo.

—Pues que sería verdaderamente agradable —respondió Mr. Pickwick—. ¿Qué piensa usted de esto, Mr. Pott?

Asintió inmediatamente Mr. Pott, y los cuatro viajeros, con sus vasos en las manos, trasladáronse a la cocina en procesión, que encabezaba Sam Weller para enseñarles el camino.

Aún estaba leyendo el recién llegado en la cocina; levantó su mirada y se estremeció. Mr. Pott se estremeció.

—¿Qué pasa? —murmuró Mr. Pickwick.

—¡Hombre, ese reptil! —contestó Pott.

—¿Qué reptil? —dijo Mr. Pickwick, mirando a su alrededor, con miedo de pisar una cucaracha gigantesca o alguna araña hidrópica<sup>7</sup>.

—Ese reptil —murmuró Pott, cogiendo del brazo a Mr. Pickwick y señalando al viajero—. ¡Ese reptil de Slurk, el de *El Independiente*!

—Lo mejor será que nos vayamos —murmuró Mr. Pickwick.

—Jamás, sir —respondió Pott, envalentonado por la bebida—. ¡Nunca!

Diciendo esto, Mr. Pott ocupó un banco del lado opuesto, y tomando uno de los numerosos periódicos que llevaba empezó a leer frente a su enemigo.

No hay que decir que Mr. Pott leía *El Independiente* y que Mr. Slurk leía *La Gaceta*, ni que cada uno de los dos manifestaba el desprecio

---

<sup>7</sup> Mr. Pickwick interpreta la palabra reptil con harta licencia, que no deja de ser explicable en la confusión del momento. (N. del T.)

que le merecían los artículos del otro por medio de amargas sonrisas y resoplidos sarcásticos; empezando así, llegaron a expresar sus opiniones en frases tales como «absurdo», «canallesco», «barbaridad», «ridículo», «pérfido», «asqueroso», «repugnante», «inmundo», «cloaca», y otras observaciones críticas de este jaez.

Tanto Mr. Bob Sawyer como Mr. Ben Allen habían presenciado estos síntomas de odio y rivalidad con un placer que añadía singular encanto al que les producían los cigarros, que chupaban con vigor extraordinario. En cuanto el tiroteo fraseológico empezó a remitir, el malicioso Mr. Bob Sawyer, dirigiéndose con gran amabilidad a Slurk, dijo:

—¿Me permite usted que lea ese periódico, sir, luego que haya acabado con él?

—Me parece que va usted a encontrar muy poco que le compense la molestia de leer esta despreciable cosa, sir —respondió Slurk, lanzando a Pott una satánica ojeada.

—Puede usted leer éste ahora mismo —dijo Pott, alzando la cabeza, pálido de rabia y tartamudeando por la misma causa—. ¡Ja, ja! Se distraerá usted con las audacias de este tío.

Las palabras «cosa» y «tío» fueron pronunciadas con énfasis terrorífico, y las caras de ambos editores empezaron a fulminar rayos de desafío.

—Las sandeces de este miserable son asquerosamente desagradables —dijo Pott, simulando dirigirse a Bob Sawyer y mirando de reojo a Slurk.

Echóse a reír Slurk con mucha gana y, doblando el periódico como para descubrir una nueva columna, dijo que aquellas imbecilidades le divertían realmente.

—¡Cuánto desatino dice este tío sinvergüenza! —dijo Pott, pasando del rojo sombra al escarlata.

—¿Ha leído usted alguna vez las atrocidades de este hombre, sir? —preguntó Slurk a Bob Sawyer.

—Nunca —respondió Bob—. ¿Es muy malo?

—¡Oh, grosero, grosero! —repuso Slurk.

—¡Qué atrocidad! ¡Pero hombre, esto es tremendo! —exclamó Pott en esta coyuntura, fingiendo aún hallarse absorbido en la lectura.

—Si quiere usted echar una ojeada a unas cuantas frases maliciosas, insulsas, falsas, traidoras y desordenadas... —dijo Slurk, entregando el periódico a Bob—, tal vez se ría un poco con el estilo gramatical de ese charlatán.

—¿Qué ha dicho usted, sir? —preguntó Mr. Pott, alzando los ojos y temblando de ira.

—¿A usted qué le importa? —respondió Slurk.

—Charlatán sin gramática. ¿Era eso, sir?— dijo Pott.

—Sí, sir, eso era —replicó Slurk—. Y majadero azul, sir, si le parece mejor. ¡ja, ja!

Sin dignarse Mr. Pott contestar al festivo insulto, dobló con toda parsimonia el ejemplar de *El Independiente*, lo aplastó cuidadosamente, lo

colocó bajo su bota, lo pisoteó con gran ceremonia y lo arrojó al fuego.

—Ahí está, sir—dijo Pott, retirándose del fuego—, y eso es lo que haría con la víbora que lo produce, si, afortunadamente para él, no me lo vedaran las leyes de mi país.

—¡Lo que haría, sir! —grito Slurk, levantándose—. ¡Pues esas leyes no serían invocadas por él, sir, en caso tal! ¡Lo que haría, sir!

—¡A ver! ¡A ver! —dijo Bob Sawyer.

—Esto es divertidísimo —observó Mr. Ben Allen.

—¡Lo que haría, sir! —repitió Slurk, levantando la voz.

Lanzó Mr. Pott una mirada de desprecio que hubiera dejado seca a un ancla.

—¡Hágalo, sir! —insistió Slurk en tono más elevado aún.

—No quiero, sir—repuso Pott.

—¡Oh! ¿No quiere, no quiere, sir? —dijo Mr. Slurk con retintín burlón—. ¡Ya oyen ustedes,

señores: no quiere! No es que tenga miedo, ¡oh no!, es que no quiere. ¡Ja, ja!

—Considero a usted, sir —dijo Mr. Pott excitado por este sarcasmo—, miro a usted como a una víbora. Tengo a usted, sir, por un hombre que se ha colocado más allá de los linderos de la sociedad por lo audaz, abominable y desdichado de su conducta pública. Considero a usted, sir, personal y políticamente, sir, como la más envenenada y perversa de las víboras.

No esperó el indignado independiente el fin de esta calificación personal, y cogiendo su saco de alfombra, que aún estaba repleto de menudencias, blandiólo en el aire al volverse Pott, y, dejándolo caer sobre su cabeza, luego de describir un amplio círculo, fue a darle con el ángulo del bulto, en cuyo interior había un gran cepillo de cabeza, oyéndose en la cocina un fuerte testarazo y cayendo al suelo el agredido.

—¡Señores! —gritó Mr. Pickwick, mientras Pott se levantaba y se apoderaba de la badila—. ¡Señores! ¡Repórtense, por Dios... socorro...

Sam... aquí... hagan el favor, señores...! ¡Que los separe alguien!

Con estas incoherentes exclamaciones precipitóse Mr. Pickwick entre los enconados combatientes a tiempo de recibir un golpe de saco por un lado y un badilazo por el otro. No podríamos decir si fue que los representantes de la opinión pública de Eatanswill estaban cegados por el odio, o si —por ser agudos razonadores— comprendían la ventaja de mantener a un tercero entre los dos, que se llevara todos los golpes. Lo cierto es que no prestaron la menor atención a Mr. Pickwick y que, prosiguiendo su duelo con incontrastable ardor, continuaron esgrimiendo el saco y la badila de una manera espantosa. Es evidente que hubiera sufrido Mr. Pickwick no poco daño, a consecuencia de su humanitaria intervención, si Mr. Weller, atraído por los gritos de su amo, no hubiera entrado en aquel momento y, cogiendo un talego de harina, no hubiera suspendido la contienda echándolo sobre la cabeza y hombros del forzado

Pott y sujetándole enérgicamente por los brazos.

—¡Quitadle el saco a ese otro loco! —dijo Sam a Ben Allen y a Bob Sawyer, que no habían hecho más que dar vueltas en torno del grupo con sendas lancetas en sus manos, dispuestos a sangrar al primero que se desmayara—. Suelte eso, criatura, si no quiere que le ahogue ahí dentro.

Atemorizado por estas amenazas y con la lengua fuera, consintióse desarmar el independiente, y, arrebatando Mr. Weller la paleta de manos de Pott, le soltó bajo garantía.

—Váyanse los dos a la cama sin chistar —dijo Sam—, o les meto en el saco y les dejo que luchen, atándolo con una cuerda, como lo haría con otra media docena si se dedican a esos juegos. Y usted, sir, haga el favor de venir por aquí.

Dirigiéndose a su amo, cogióle Sam por un brazo y le hizo salir, mientras que los rivales editores eran conducidos a sus camas por el

posadero bajo la vigilancia de Mr. Bob Sawyer y de Mr. Benjamín Allen, no sin que los adversarios rezongaran en el camino sanguinarias amenazas y se emplazaran vagamente para luchar al siguiente día. Mas, pensándolo detenidamente, recapacitaron en que podrían hacerlo mejor por medio de la imprenta, y así, reanudaron en seguida sus mortales hostilidades, y de nuevo conmovieron a todo Eatanswill con sus bravas audacias... de papel.

Quitáronse de en medio en distintos coches al amanecer del día siguiente, antes de que dieran señales de vida los otros viajeros. Y, habiendo aclarado el tiempo, los compañeros de carruaje caminaron de nuevo de cara a Londres.

## 52. QUE COMPRENDE UNA SERIA MUDANZA EN LA FAMILIA DE WELLER Y LA PREMATURA CAÍDA DEL RUBICUNDO NASO MR. STIGGINS

Considerando que, en atención a la delicadeza, debía abstenerse de presentar a Bob Sawyer y a Ben Allen al joven matrimonio hasta tanto que estuvieran convenientemente preparados para esperarles, y deseando ahorrar todas las emociones posibles a Arabella, propuso Mr. Pickwick que él y Sam se apeasen poco antes de llegar a Jorge y el Buitre y que los dos jóvenes se alojaran por el momento en cualquiera otra parte. Aviniéronse a esto fácilmente, y la indicación fue atendida al punto: Mr. Ben Allen y Mr. Bob Sawyer fueron a buscar acomodo en una retirada taberna situada en los más remotos confines del Borough, tras de cuya puerta aparecieron en otro tiempo sus nombres con frecuencia a la cabeza de una larga y compleja serie de cálculos marcados con tiza.

—¡Dios querido, Mr. Weller! —dijo la linda doncellita al ver entrar a Sam.

—¡Ojalá fuera yo querido, adorada mía! —replicó Sam, quedándose un poco atrás para evitar que les oyera su amo—. ¡Qué criatura tan rica es usted, María!

—¡Por Dios, Mr. Weller; qué tonterías está usted diciendo! —dijo María—. ¡Oh, nada, nada, Mr. Weller!

—¿Nada de qué, querida mía? —dijo Sam.

—Nada de eso —replicó la linda doncellita—. ¡Por Dios, váyase!

Reconviniéndole de esta suerte, empujó a Sam la linda doncellita contra la pared, quejándose de que le hubiera desencajado el sombrero y desordenado la cabellera.

—Y oiga, además, lo que tengo que decirle —añadió María—: hay una carta que le está esperando hace cuatro días; no hacía ni media hora que usted se había marchado cuando llegó, y en el sobre pone «urgente».

—¿Dónde está, amor mío?—preguntó Sam.

—Yo la guardé por consideración a usted. Si no, se pierde seguramente—respondió María—. Aquí está, tómela. No se lo merece usted...

Dicho esto, y al cabo de unas cuantas monedas, recelos y seguridades acerca del cuidado con que la había conservado, sacó la muchacha la carta, que llevaba oculta bajo el más lindo canesú de muselina, y se la entregó a Sam, que besó la misiva con devota galantería.

—¡Bendito sea Dios! —dijo la doncella, arreglándose el corpiño y fingiéndose inocente—. ¡Qué amor le ha entrado por ella de pronto!

Sólo respondió a esto Mr. Weller con un guiño de indescriptible significación, y, sentándose junto a María al pie de una ventana, abrió la carta y echó una ojeada por su texto.

—¡Caramba! —exclamó Sam—. ¡Qué es esto!

—No será nada grave, ¿verdad! —dijo María, mirando por encima del hombro de Sam.

—¡Benditos sean esos ojos! —dijo Sam, levantando los suyos.

—No se ocupe de mis ojos; lo que tiene que hacer es leer la carta —dijo la linda doncellita.

Y al decir esto hizo un movimiento con los ojos tan bello y picaresco, que era imposible resistir.

Reparó Sam las fuerzas con un beso y leyó lo siguiente:

«MARQUES GRAN

Por Dorken.

Miércoles.

»Mi querido Sammie:

»Siento mucho tener el gusto de ser el portador de malas noticias tu madrastra cojió un catarro a consecuencia de quedarse imprudentemente sentada mucho tiempo en la hierba mojada por la lluvia ollendo á un pastor que no pudo marcharse hasta muy de noche por que se había llenado de aguardiente y de agua y no pudo pararse hasta estar un poco fresco y pasa-

ron muchas horas para eso el médico dice que si ella hubiera tomado la bebida caliente después en lugar de antes puede que no le hubiera pasado nada se le engrasaron las ruedas en seguida y se hizo todo lo que pudo inventarse para hacerla marchar tu padre tubo esperanzas de que ubiera dado la vuelta como siempre pero estaba ya cerca del recodo tomó mal el camino y rodó cuesta abajo con una belocidad que no puedes figurártela a pesar de que la droga se le puso inmediatamente por el médico no sirvió de nada porque pagó la última puerta veinte minutos antes de las seis de ayer tarde abiendo echo el viaje en mucho menos tiempo que el ordinario quizás debido en parte a llebar poco equipaje en el camino tu padre dice que si quieres venir a berme Sammy será un gran favor porque estoy muy solo Samivel o b quiere que se escriba así lo cual que yo sé que no está bien y como ay tantas cosas que arreglar está seguro de que tu amo no se opondrá Samy porque le conozco vien así que le manda sus

afectos con los cuales van los míos y soy Samivel infernalmente tuyo.

*Antonio Veller*

—¡Qué carta tan incomprensible! —dijo Sam—. ¡Quién sabe lo que quiere decir! No está escrita por mi padre, salvo la firma, en letras de imprenta; ésa es suya.

—Puede que le haya pedido a alguien que se la escriba y la haya firmado él luego —dijo la linda doncellita.

—Aguarde un minuto—dijo Sam, pasando la vista otra vez por la carta y parándose aquí y allí para reflexionar—. Ha acertado usted. El que la ha escrito estaba contando todo lo referente a la desgracia, y se conoce que mi padre se puso a mirar lo que escribía y lo ha echado todo a perder metiendo su remo. Eso es lo que ha pasado. Tiene usted razón, María, querida mía.

Satisfecho acerca de este punto, leyó Sam la carta una vez más, y, pareciendo formarse una idea clara de su contenido, al fin exclamó con aire pensativo, doblando la epístola:

—¡De manera que se murió la pobre mujer! Lo siento. No era mala, y si la hubiera dejado sola ese pastor... Lo siento mucho.

Pronunció Mr. Weller estas palabras con tan serio talante, que la linda doncellita bajó los ojos y se puso muy triste.

—Pero, en fin—dijo Sam, guardando la carta en su bolsillo, suspirando ligeramente—, tenía que ser... y fue, como dijo la vieja cuando se casó con el lacayo. No se puede evitar, ¿verdad, María?

Movió la cabeza María y suspiró también.

—Tengo que ver al emperador para pedirle licencia —dijo Sam.

María suspiró otra vez. ¡Era tan conmovedora la carta!...

—¡Adiós! —dijo Sam.

—¡Adiós! —respondió la linda doncellita, volviendo a otro lado la cabeza.

—Bueno, nos daremos las manos, ¿no? —dijo Sam.

Tendió la linda doncellita una de sus manos, que no por pertenecer a una criada dejaba de ser muy pequeña, y se levantó para salir.

—No tardaré en volver—dijo Sam.

—Siempre anda usted por ahí —dijo María, haciendo oscilar ligeramente su cabeza—. No bien ha venido, Mr. Weller, ya se va otra vez.

Atrajo Mr. Weller más hacia sí a la doméstica belleza, y empeñóse en un cuchicheo que no hiciera más que empezar cuando la muchacha miró a su alrededor y le entregó de nuevo sus ojos. Al separarse, no tuvo ella más remedio que marchar a su cuarto, para arreglarse el sombrero y los rizos antes de presentarse a su ama; y al alejarse con propósito de cumplir esta ceremonia preparatoria, dedicó a Sam innumerables sonrisas, asomándose por el pasamanos de la escalera.

—No estaré fuera más que uno o dos días a lo más, sir—dijo Sam al comunicar a Mr. Pickwick la nueva de la desgracia de su padre.

—Todo lo que sea necesario, Sam —replicó Mí. Pickwick—. Tienes plena autorización mía.

Inclinóse Sam.

—Dirás a tu padre, Sam, que si puedo serle útil en algo en su actual situación, estoy dispuesto a prestarle toda la ayuda que me sea posible —dijo Mr. Pickwick.

—Gracias, sir—repuso Sam—. Así se lo diré, sir.

Y al cabo de varias frases de interés y afectos mutuos separáronse amo y criado.

Eran las siete en punto cuando Samuel Weller, apeándose de la diligencia que pasa por Dorking, encontrábase a unos pocos cientos de yardas de El Marqués de Granby. Era un anochecer triste y frío. La estrecha calle aparecía lúgubre y tétrica y el caobeño semblante del noble y galante marqués parecía asumir una expresión más triste y melancólica que de cos-

tumbre y rechinaba fúnebremente mecido por el viento. Estaban echados los visillos y entornadas las contraventanas; ni uno se veía de los que constituían habitualmente el grupo que junto a la puerta pululaba; el lugar estaba silencioso y desolado.

Como no viera a nadie a quien interrogar acerca de las cuestiones preliminares, entró Sam sin hacer ruido, miró a su alrededor y no tardó en reconocer a su padre a lo lejos.

El viudo se hallaba sentado junto a una mesa redonda en la pequeña trastienda de la taberna, fumando una pipa y con los ojos inmóviles, fijos en la lumbre. El funeral habíase verificado indudablemente aquel día, porque en su sombrero, que aún conservaba en la cabeza, veíase una cinta de yarda y media que caía negligentemente sobre el respaldo de la silla. Mr. Weller se hallaba en una actitud de abstracción contemplativa. No obstante haberle llamado Sam varias veces por su nombre, continuó fumando, con la faz inmóvil y tranquila, y sólo despertó

de su ensimismamiento al recibir una palmada de su hijo en el hombro.

—Sammy—dijo Mr. Weller—, bien venido seas.

—Le he llamado media docena de veces —dijo Sam, colgando su sombrero en la percha—; pero usted no me oyó.

—No, Sammy—replicó Mr. Weller sin dejar de mirar al fuego con aire pensativo—. Estaba recordando, Sammy.

—¿Recordando qué? —preguntó Sam, acercando al hogar su silla.

—Estaba recordando, Sammy—replicó el viejo Weller—, cosas de ella.

Sacudió entonces su cabeza Mr. Weller, dirigiendo sus ojos hacia el cementerio de Dorking, dando así muda explicación de sus palabras relativas a la difunta señora Weller.

—Estaba pensando, Sammy —dijo Mr. Weller, mirando a su hijo con gran fijeza por encima de su pipa, cual si quisiera darle a entender que, aunque la declaración se le antojase extra-

ordinaria e increíble, hacía la serenamente y en perfecta conciencia—. Estaba pensando, Sammy, que, después de todo, siento mucho que se haya marchado.

—Bien, y así debe ser —replicó Sam.

Asintió Mr. Weller, y, clavando de nuevo sus ojos en el fuego, envolvióse en una nube de humo y quedó profundamente ensimismado.

—Es que me dijo unas cosas muy sentidas —dijo Mr. Weller, disipando el humo con la mano, después de un largo silencio.

—¿Qué observaciones? —preguntó Sam.

—Las que me hizo cuando se puso mala —replicó el viejo.

—¿Cuáles fueron?

—Pues algo parecido a esto: «Weller», dijo, «comprendo que no he hecho por ti lo que debía haber hecho; eres un hombre muy bondadoso, y yo debía haber dado más felicidad a tu hogar. Ahora empiezo a ver, dijo, «demasiado tarde, que, si una mujer casada quiere ser religiosa, ha de empezar por cumplir los deberes

de su casa y hacer a los suyos alegres y felices. Y si va a la iglesia, o a la capilla, o adonde sea, a ciertas horas, ha de tener mucho cuidado de no convertir esto en excusa de su pereza o de su regalo. Yo he hecho esto», dijo «y he gastado mi tiempo y mi dinero en aquellos que procedían aún peor que yo; pero yo espero que, cuando me vaya, Weller, pensarás en mí como yo era antes de conocer a esa gente y como yo era realmente por mi natural». «Susana», dije yo, «yo estaba muy tierno con esto, Samivel; no te lo negaré, hijo mío». «Susana», dije yo, «tú has sido para mí una buena esposa, a pesar de todo; no tienes que decirme nada; tranquilízate, querida, y ya vivirás para ver aún cómo le aplasto la cabeza a este Stiggins». Sonrió al oír esto, Samivel —dijo el viejo, ahogando un suspiro en la pipa—; pero murió al fin.

—Bien —dijo Sam, aventurándose a ofrecer un pequeño consuelo, después de tres o cuatro minutos que empleó el viejo en mover la cabeza pausadamente de un lado a otro y en fumar

solemnemente—, bien, padre; todos hemos de pasar por eso un día u otro.

—Así es, Sammy—dijo el anciano Mr. Weller.

—Hay una providencia en todo ello—dijo Sam.

—Ya lo creo que la hay—replicó su padre con grave ademán de aprobación—. ¿Qué sería de los empresarios<sup>8</sup> sin ella, Sammy?

Perdido en el inmenso campo de conjeturas que abriera esta reflexión, abandonó el anciano Weller su pipa en la mesa y atizó el fuego con gesto meditabundo.

Mientras el viejo permanecía absorto, una vivaracha y enlutada cocinera, a la que desde hacía rato oíase trastear por la taberna, deslizóse en la estancia y, dirigiendo a Sam innumerables gestos amistosos, fue a colocarse silenciosamente tras el respaldo de la silla del padre y

---

<sup>8</sup> Se refiere a los de pompas fúnebres. (N. del T.)

dio a conocer su presencia por una ligera tosecilla; tosecilla que, por pasar inadvertida, fue seguida de otra más fuerte.

—¡Hola! —dijo el anciano Weller, mirando en derredor, dejando el hurgón y retirando su silla apresuradamente—. ¿Qué se le ocurre ahora?

—Tome una taza de té, alma de Dios —replicó, zalamera, la vivaracha hembra.

—No quiero —replicó Mr. Weller, un tanto enojado—. Quisiera verla... —pero se contuvo Mr. Weller a tiempo y añadió por lo bajo—: En otra ocasión.

—¡Oh, pobre, pobre! ¡Cómo se cambia con la adversidad! —dijo la señora, mirando al techo.

—Eso y el doctor es lo único que ha de hacerme cambiar —musitó Mr. Weller.

—En verdad que no he visto hombre de más malas pulgas —dijo la vivaracha hembra.

—No le importe. Todo es por mi bien, que es la reflexión con que se consolaba el estudiantillo siempre que le pegaban —repuso el anciano.

Movió la cabeza la vivaracha mujer con aire compasivo, y, apelando a Sam, le dijo que si no convenía con ella en que su padre debía hacer un esfuerzo por animarse y no entregarse a tan honda tribulación.

—Ya ve usted, Mr. Samuel —dijo la vivaracha mujer—, que, como le decía ayer, va a encontrarse muy solo, y no puede esperar otra cosa; por eso no tiene más remedio que hacer de tripas corazón. Aquí todos le compadecemos por su desgracia y estamos dispuestos a hacerlo todo por él; y después de todo, no hay situación en la vida, Mr. Samuel, que no tenga arreglo. Eso es lo que me dijo a mí una persona de mucho seso cuando murió mi marido.

Tapándose la boca con la mano, tosió de nuevo la mujer y miró con ternura al anciano Mr. Weller.

—Como no necesito para nada en este momento la conversación de usted, señora, ¿tiene usted la bondad de retirarse? —dijo Mr. Weller con voz firme y grave.

—Bien, Mr. Weller —dijo la vivaracha mujer—. Bien sabe Dios que sólo le digo a usted esto por afecto.

—Seguramente, señora—replicó Mr. Weller—. Samivel: acompaña a esta señora a la puerta y ciérrala en cuanto haya salido.

No desoyó esta indicación la vivaracha mujer, porque dejó la estancia al punto y dio un portazo al salir; después de lo cual, desplomándose Mr. Weller padre sobre la silla, sudando copiosamente, dijo:

—Sammy: si me quedo aquí nada más que una semana... sólo una semana, hijo mío... esa mujer se casa conmigo a la fuerza antes de que pase la semana.

—¡Cómo! ¿Tanto le quiere? —preguntó Sam.

—¡Querer! —replicó su padre—. No me la puedo quitar de encima... Si yo estuviera encerrado en una caja de hierro sistema Brahmín, ella sería capaz de dar con el medio de llegar hasta mí, Sammy.

—¡Qué suerte es saber hacerse desear tanto!  
—observó Sam, sonriendo.

—No me enorgullece lo más mínimo, Sammy —replicó Mr. Weller, atizando el fuego con vehemencia—. Es una situación horrible. Es una cosa que me echa ahora de mi casa y de mi hogar. Aún alentaba tu pobre madrastra cuando una vieja me mandó un tarro de mermelada; otra, un tarro de gelatina, y otra me trajo un gran jarro de manzanilla.

Detúvose Mr. Weller con aire de intenso disgusto y, mirando en torno, añadió por lo bajo:

—Todas eran viudas, Sammy, todas menos la de la manzanilla, que es una señorita soltera de cincuenta y tres.

Sonrió Sam cómicamente por toda respuesta, y, habiendo logrado el viejo romper un terrón de hulla tenacísimo con afanoso y maligno semblante, cual si hubiere sido aquél la cabeza de una de las viudas mencionadas, dijo:

—En una palabra, Sammy: yo sé que no estoy seguro más que en el pescante.

—¿Cómo puede usted estar allí más seguro que en ninguna otra parte? —interrumpió Sam.

—Porque un cochero es un ser privilegiado —replicó Mr. Weller, mirando a su hijo con fijeza—; porque un cochero puede hacer lo que ningún otro hombre sin que de él se sospeche; porque un cochero puede manifestarse en los términos más amistosos con ochenta mil mujeres sin que nadie se figure que intenta casarse con ninguna de ellas. ¿Y de qué otro hombre puede decirse lo mismo, Sammy?

—Hay mucha verdad en eso —dijo Sam.

—Si tu amo hubiera sido cochero —argumentó Mr. Weller—, ¿crees tú que ningún jurado se hubiera atrevido a condenarle, aunque las cosas hubieran llegado al extremo? No se hubieran atrevido a hacerlo.

—¿Por qué no? —dijo Sam, algo disconforme.

—¡Cómo por qué no! —repitió Mr. Weller—. Porque hubieran tenido que proceder contra su conciencia. Un cochero normal es una especie de eslabón entre el celibato y el matrimonio, y todo hombre discreto lo sabe.

—¡Cómo! ¿Quiere usted decir que son los favoritos y que nadie intenta abusar de ellos? —dijo Sam.

El padre movió la cabeza.

—Cómo se las arreglan para que así suceda —continuó Weller padre— no te lo puedo decir. En qué puede consistir que los mayores posean esa seducción y sean estimados... adorados mejor dicho... por todas las jóvenes de los pueblos por donde pasan, no lo sé. Sólo sé que así es. Es una ley de la Naturaleza... un dispensario, como solía decir tu pobre madrastra.

—Una dispensa—dijo Sam, corrigiendo al anciano.

—Muy bien, Samivel; una dispensa, una concesión, si te parece mejor—respondió Mr. Weller—. Yo le llamo un dispensario, y eso es

lo que está escrito en todos los sitios en que se dan medicinas gratuitas, llevando uno la botella. Eso es.

Diciendo esto, volvió a llenar y a encender su pipa Mr. Weller, y, adoptando una vez más un continente meditabundo, prosiguió así:

—De manera, hijo mío, que, como no veo la ventaja de quedarme aquí, arriesgándome a casarme quiera o no, y como al mismo tiempo no deseo tampoco alejarme de los interesantes individuos que componen la sociedad, he tomado la determinación de llevar La Seguridad y entrar otra vez en la Belle Savage, que es mi elemento, Sammy.

—¿Qué va a ser del negocio? —preguntó Sammy.

—El negocio, Samivel—replicó el viejo—, o sea la tienda, la clientela, los géneros y los muebles, serán vendidos por contrato privado; y el dinero, doscientas libras, cumpliendo un deseo de tu madrastra, que me comunicó poco

antes de morir, será invertido, a tu nombre, en ... ¿cómo llamas tú a esas cosas?

—¿Qué cosas? —preguntó Sam.

—Esas cosas que están siempre subiendo y bajando en la City.

—¿Ómnibus? —sugirió Sam.

—No, hombre —replicó Mr. Weller—. Esas cosas que están siempre fluctuando y que se relacionan de alguna manera con la Deuda nacional, con los bonos y todas esas cosas.

—¡Ah!, los fondos públicos—dijo Sam.

—¡Eso! —asintió Mr. Weller—. Los fondos. Doscientas libras serán impuestas, Samivel, a tu nombre, en fondos públicos. Cuatro y medio por ciento consolidado, Sammy.

—Ha sido muy buena la vieja acordándose de mí —dijo Sam—, y se lo agradezco muchísimo.

—El resto se impondrá a mi nombre —continuó Mr. Weller—, y cuando yo cambie de ruta irá a parar a ti; así, que ten cuidado de no gastártelo de una vez, hijo mío, y procura que

ninguna viuda le eche el ojo a tu fortuna, porque de lo contrario estás perdido.

Formulado este consejo, continuó Mr. Weller su pipa con rostro sereno, pues estas revelaciones parecieron tranquilizar su ánimo considerablemente.

—Llaman a la puerta —dijo Sam.

—Deja que llamen —replicó su padre con dignidad.

Procedió Sam de acuerdo con esta orden. Oyóse otro golpe, otro después y una larga serie de llamadas luego. Entonces preguntó Sam por qué no se admitía al que llamaba.

—¡Chisst! —murmuró Mr. Weller con aire receloso—. Haz como que no lo oyes, Sammy, no vaya a ser una de las viudas.

Como no se hiciera el menor caso de las llamadas, el invisible visitante, después de un breve lapso, se aventuró a abrir la puerta y a asomarse. No fue una cabeza femenina la que se dejó ver por la abertura, sino los luengos

cabellos y roja faz de Mr. Stiggins. A Mr. Weller se le cayó la pipa de las manos.

Abrió el reverendo la puerta, por grados casi imperceptibles, hasta que el espacio abierto fue bastante para que pasara su robusto cuerpo, deslizóse en la estancia y cerró tras de sí con gran cuidado y suavidad. Volviéndose hacia Sam, y levantando las manos y los ojos en señal del inefable dolor que le producía la calamidad familiar, arrastró la silla de alto respaldo hacia su rincón habitual, al lado del fuego, y, sentándose en el borde, sacó un pañuelo marrón y empezó a limpiar sus lentes.

Mientras esto ocurría, el viejo Mr. Weller estaba repantigado en su silla, con los ojos desmesuradamente abiertos, con las manos apoyadas en las rodillas y manifestando en su semblante el más intenso asombro. Sam sentábase frente a él en silencio absoluto, esperando con avidez el desarrollo de la escena.

Mantuvo Mr. Stiggins el pañuelo marrón sobre sus ojos por espacio de algunos minutos,

gimiendo discretamente, hasta que, logrando dominar sus sentimientos, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se guardó el pañuelo en el bolsillo y se lo abrochó. Después atizó el fuego, frotóse luego las manos y quedóse mirando a Sam.

—¡Oh mi joven amigo! —dijo Mr. Stiggins, rompiendo el silencio, con voz queda—. ¡Qué aflicción tan profunda!

Sam asintió ligeramente.

—¡Hasta para este impío! —añadió Mr. Stiggins—. ¡Como que hace sangrar a un corazón de barro!

Algo oyó Sam murmurar a Mr. Weller que parecía referirse a hacer sangrar una nariz de barro; pero no le oyó Mr. Stiggins.

—¿Sabe usted, joven —díjole por lo bajo Mr. Stiggins, acercando su silla a la de Sam—, si ha dejado algo para Emmanuel?

—¿Quién es? —preguntó Sam.

—La capilla —replicó Mr. Stiggins—. Nuestra capilla, nuestro rebaño, Mr. Samuel.

—No ha dejado nada al rebaño, ni al pastor, ni a los animales —dijo Sam con energía—, ni a los perros tampoco.

Mr. Stiggins miró a Sam con desconsuelo; dirigió sus ojos al anciano, que estaba sentado, al parecer dormido, y, acercando más la silla, dijo.

—¿Y a mí nada, Mr. Samuel?

Sam movió la cabeza negativamente.

—Yo creo que debe de haber algo —dijo Stiggins, palideciendo todo lo que él podía—. Considere, Mr. Samuel, ¡ni un pequeño recuerdo!

—Ni siquiera una cosa que tenga el valor de ese paraguas viejo que usted lleva —respondió Sam.

—¿Y no me habrá recomendado quizá —dijo vacilante Mr. Stiggins después de meditar profundamente unos momentos—, no me habrá recomendado quizá al cuidado del impío, Samuel?

—Es muy probable, por lo que le he oído decir —repuso Sam—; precisamente ahora mismo hablaba de usted.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó radiante Mr. Stiggins—. ¡Ah, eso es que ha cambiado! Podíamos vivir ahora juntos muy bien, Mr. Samuel, ¿verdad? Yo cuidaría de su propiedad en ausencia de usted... cuidaría perfectamente, ya ve usted.

Dejando escapar un profundo suspiro, Mr. Stiggins calló, aguardando respuesta. Meneó Sam la cabeza y el viejo Mr. Weller produjo un ruido extraño, que, sin ser gemido, ni gruñido, ni resoplido, ni aullido, participaba, a la verdad, de esas cuatro formas.

Envalentonado Mr. Stiggins por este ruido, que interpretó como signo de remordimiento o de contricción, miró en torno, frotóse las manos, lloró, sonrió, lloró otra vez, y, atravesando suavemente la estancia hacia una alacena que le era familiar y que estaba en un rincón, sacó un vaso y con gran parsimonia echó en él cuatro terrones de azúcar; hecho esto, miró de nuevo

en derredor y suspiró tristemente; dirigióse luego silenciosamente a la taberna y volvió a poco con el vaso mediado de ron de manzana; acercóse al puchero, que hervía alegremente en el hogar, hizo la mezcla con el agua, agitó la bebida, la probó, se sentó y, administrándose un gran trago de ron y agua, detúvose para tomar aliento.

El anciano Weller, que aún seguía haciendo diversos y vanos intentos por aparecer dormido, no dijo palabra mientras se llevaban a cabo todos estos pormenores; mas al detenerse Stiggins para tomar resuello, abalanzóse a él, y arrancando el vaso de su mano arrojóle a la cara el resto de la bebida y a la rejilla del hogar el vaso. Asiendo después al reverendo enérgicamente por el cuello, empezó a darle furiosos puntapiés, acompañando cada aplicación de las punteras de sus botas a la persona de Mr. Stiggins de varios anatemas incoherentes y violentos relativos a los miembros, a los ojos y a otros diversos detalles de la humanidad del pastor.

—Sammy —dijo Mr. Weller—, asegúrame bien el sombrero.

Ajustó Sam cuidadosamente el sombrero de larga cinta sobre la cabeza de su padre, y reanudando el anciano su agresiva faena con más agilidad que antes, hizo pasar a Mr. Stiggins, a fuerza de puntapiés, de la trastienda a la taberna; de ésta, al pasillo, a la puerta y, por fin, a la calle, propinándole los puntapiés durante todo el trayecto y redoblando su vehemencia, más que moderándola, cada vez que levantaba una de sus botas.

Era un bello y regocijado espectáculo el ver retorcerse al de la nariz roja bajo la presa de Mr. Weller y verle temblar con angustia a medida que los puntapiés se sucedían rápidamente; pero aún era más curioso observar a Mr. Weller, después de la fatigosa refriega, sumergir la cabeza de Mr. Stiggins en el abrevadero caballar, que estaba lleno de agua, y sujetarle hasta verle a punto de ahogarse.

—¡Así! —dijo Mr. Weller, acumulando toda su energía en un complicado puntapié, cuando, al fin, permitió a Mr. Stiggins retirar su cabeza del agua—. ¡Tráigame acá a esos pastores haraganes, y yo les haré papilla y les ahogaré después! Sammy, ayúdame a entrar, y lléname un vasito de aguardiente. No puedo respirar, hijo mío.

53. COMPRENDE LA SALIDA DEFINITIVA DE MR. JINGLE Y DE JOB TROTTER, CON LA NARRACIÓN DE UNA MAÑANA ATAREADÍSIMA EN GRAY'S INN SQUARE, TERMINANDO CON UNA DOBLE LLAMADA A LA PUERTA DE MR. PERKER

Cuando Arabella, después de una discreta y gradual preparación y al cabo de asegurarle repetidas veces que no había el menor motivo para desanimarse, fue al fin informada por Mr. Pickwick del adverso resultado de su visita a Birmingham, rompió a llorar y, sollozando ruidosamente, comenzó a lamentarse en términos conmovedores de ser la causa infeliz de una desavenencia entre padre e hijo.

—Querida niña —dijo cariñosamente Mr. Pickwick—, no es culpa de usted. Era imposible prever que el viejo estuviese tan enérgicamente predispuesto en contra del matrimonio de su hijo. Estoy seguro —añadió Mr. Pickwick, contemplando su lindo rostro— de que no tiene la

menor idea del placer de que a sí mismo se priva.

—¡Oh mi querido Mr. Pickwick! —dijo Arabella—. ¿Qué vamos a hacer si continúa enojado con nosotros?

—Hija, esperar con paciencia, querida mía, hasta que lo piense mejor —replicó alegremente Mr. Pickwick.

—Pero, querido Mr. Pickwick, ¿qué va a ser de Nathaniel si su padre le retira su ayuda? —arguyó Arabella.

—En ese caso, amor mío —repuso Mr. Pickwick—, me atrevo a profetizar que ya se podrá encontrar algún otro amigo que no rehúse ayudarle a dar sus primeros pasos en el mundo.

No estaba tan desfigurado el sentido de esta respuesta de Mr. Pickwick para que Arabella dejara de comprenderlo. Así, pues, echándole los brazos al cuello y besándole con ternura, sollozó más fuerte que antes.

—Vamos, vamos —dijo Mr. Pickwick, tomando su mano—, esperemos unos días más y veremos si escribe o si hace algo en vista de la comunicación de su marido de usted. Si no, yo tengo ya pensados media docena de proyectos, cualquiera de los cuales ha de hacerla feliz en seguida. ¡Eso es, querida, eso es!

Con estas palabras, oprimió suavemente Mr. Pickwick la mano de Arabella y le suplicó que se enjugara los ojos para no angustiar a su marido. Y Arabella, que era uno de los seres más buenos del mundo, guardó su pañuelo en el bolsillo, y al llegar Mr. Winkle mostró todo el fulgor espléndido de aquellos ojos chispeantes y reidores que desde el primer momento le cautivaron.

«Es una situación muy crítica la de esos muchachos», pensaba Mr. Pickwick mientras se vestía a la mañana siguiente. «Voy a ver a Perker para consultarle sobre el caso.»

Como Mr. Pickwick sentía, además, vivo deseo de trasladarse a Gray's Inn Square para

arreglar sus cuentas, sin más dilación, con el bondadoso procurador, desayunóse apresuradamente, y puso por obra su intento con tal presteza, que no habían dado las diez cuando llegaba a Gray's Inn.

Aún faltaban diez minutos para esa hora cuando subía la escalera que daba acceso a las habitaciones de Perker. Los escribientes no habían llegado todavía, y nuestro amigo engañó el tiempo mirando por la ventana de la escalera.

La luz risueña de una hermosa mañana de octubre prestaba cierto brillo a los viejos caserones, algunas de cuyas empolvadas ventanas parecían casi alegres a los reflejos del sol. Los escribientes iban entrando a toda prisa en el patio por ambas puertas y, mirando al gran reloj, aceleraban o moderaban su andar, según las horas a que empezaban nominalmente sus oficinas; los de las nueve y media redoblaban el paso, mientras que los de las diez adoptaban una marcha de la más aristocrática lentitud. Dio

el reloj las diez, y los escribientes empezaron a llover más de prisa que nunca, viéndose a cada uno sudar más copiosamente que el que le precediera. El ruido de abrir y cerrar puertas resonaba por doquier; en todas las ventanas aparecían a cada momento mágicamente sus cabezas; los ordenanzas ocupaban sus puestos; la des-harrapada lavandera corría de un lado a otro; el cartero iba de casa en casa, y todo el enjambre legal comenzaba a agitarse.

—Madruga usted, Mr. Pickwick—dijo una voz a su espalda.

—¡Ah, Mr. Lowten! —replicó Mr. Pickwick, mirando alrededor y reconociendo a su antiguo amigo.

—Vaya un calorcito, ¿verdad? —dijo Lowten, sacando del bolsillo una llave Bramah, con un pequeño fiador para sacar el polvo.

—Ya lo demuestra usted —respondió Mr. Pickwick, sonriendo al escribiente, que estaba como un tomate.

—Vengo muy acalorado, es verdad —replicó Lowten—. No hace ni media hora que atravesé el Polígono; pero como estoy aquí antes que él, todo va bien.

Tranquilizado con esta reflexión, extrajo Mr. Lowten el fiador de la llave, y luego de abrir la puerta introdujo de nuevo el fiador, guardóse su Bramah y cogió las cartas que el cartero había echado en el buzón. Acto seguido introdujo en el despacho a Mr. Pickwick. Entonces despojóse de su chaqueta en un abrir y cerrar de ojos, vistió una raída casaca que sacó de un pupitre, colgó su sombrero, sacó unas cuantas hojas de papeles de estraza y secantes en hileras alternas y, colocándose una pluma detrás de la oreja, frotóse las manos con aire de gran satisfacción.

—Ahí tiene usted, Mr. Pickwick —dijo—, ya estoy completo. Me he puesto mi chaqueta de trabajo, me he quitado la de calle, y que venga cuando quiera. ¿No tiene usted por ahí un poco de tabaco?

—No, no tengo—respondió Mr. Pickwick.

—Lo siento —dijo Lowten—. Pero no importa. Voy a llamar en seguida para que traigan una botella de soda. ¿No se me notan algo encendidos los ojos, Mr. Pickwick?

Examinó el apelado individuo desde alguna distancia los ojos de Lowten, y manifestó su opinión de que nada extraño se echaba de ver en aquellos rasgos.

—Me alegro —dijo Lowten—. Anoche lo pasamos bastante bien en El Tronco, y estoy algo trastornado. Perker se ha ocupado algo del asunto de usted.

—¿De qué asunto? —preguntó Mr. Pickwick—. ¿Las costas de la señora Bardell?

—No, no me refiero a ése —replicó Mr. Lowten—. Sobre lo de ese parroquiano por el que hemos pagado diez chelines por libra, según orden de usted, para rescatar el pagaré y sacarle de Fleet, ya sabe... y mandarle a Demerara.

—¡Ah, Mr. Jingle! —dijo en seguida Mr. Pickwick—. Sí. ¿Qué hay de eso?

—Pues que está arreglado —dijo Lowten, recortando su pluma—. El agente de Liverpool dice que está muy obligado a usted por varios motivos y que se complacería en tomarle por su recomendación.

—Está bien—dijo Mr. Pickwick—. Me alegro de saberlo.

—Pero oiga usted —continuó Lowten, raspando el revés de la pluma, antes de darle otro corte—: ¡qué blanducho es el otro!

—¿Cuál otro?

—Hombre, el criado, o amigo, o lo que sea; ya sabe usted: Trotter.

—¿Sí? —dijo, sonriendo, Mr. Pickwick—. Pues yo siempre pensé lo contrario.

—Claro; yo también, a poco de haberle visto —replicó Lowten—. Eso enseña cuán fácilmente puede uno engañarse. ¿Y qué piensa usted de esto de mandarle a Demerara?

—¡Cómo! ¿Y dejar lo que aquí se le ofrece? —exclamó Mr. Pickwick.

—Despreciar como si fuera una porquería el ofrecimiento que le ha hecho Perker de dieciocho chelines semanales y un aumento si se porta bien —repuso Lowten—. Pero dijo que tenía que irse con el otro; convenció a Perker de que escribiera otra vez, y se le ha conseguido algo en la misma casa, no tan bueno, ni mucho menos, dice Perker, como lo que pudiera obtener un ex presidiario en Nueva Gales del Sur si compareciese ante el Tribunal con ropa nueva.

—¡Qué locura! —dijo Mr. Pickwick con ojos centelleantes—. ¡Qué locura!

—¡Oh!, es peor que un loco: es una perfidia ruin —replicó Lowten, tajando su pluma con aire despreciativo—. Dice que es el único amigo que ha tenido y que les une un gran afecto. La amistad es una gran cosa en sí; nosotros nos tratamos de una manera muy amigable y muy grata en El Tronco, por ejemplo, cuando estamos bebiendo nuestro ponche y pagando cada cual lo suyo; pero nada de perjudicarse por otro, ¡nada! Nadie debe tener más que dos afec-

tos: el primero para el número uno, y el segundo para las señoras. Esto es lo que yo pienso... ¡ja, ja!

Remató Mr. Lowten el párrafo con una estrepitosa risa, mitad alegre, mitad burlesca, que hubo de interrumpirse prematuramente por el ruido de los pasos de Perker en la escalera, al oír los cuales encorvóse el escribiente sobre el taburete con la más admirable agilidad y se puso a escribir con gran afán.

Caluroso y efusivo fue el saludo que hubo de cruzarse entre Mr. Pickwick y su consejero; pero aún no se había acomodado por completo el cliente en el sillón del procurador, cuando se oyó llamar a la puerta y preguntar si estaba allí Mr. Perker.

—¡Caramba! —dijo Perker—. Ése es uno de sus vagabundos... el propio Jingle, mi querido señor. ¿Quiere usted verle?

—¿Qué le parece a usted? —preguntó vacilando Mr. Pickwick.

—Sí, me parece lo mejor. ¡Eh, sir, quien sea: pase!

Atendiendo esta llana invitación, entraron Jingle y Job en la estancia, y al ver a Mr. Pickwick quedáronse algo cortados.

—Bien —dijo Perker—. ¿No conocen ustedes a este señor?

—De sobra —replicó Mr. Jingle adelantándose—. Mr. Pickwick... obligadísimo... salvador de mi vida... me ha hecho hombre... no se arrepentirá, sir.

—Me gusta oírle decir eso —dijo Mr. Pickwick—. A lo que parece, está usted mucho mejor.

—Gracias a usted, sir... cambio radical... la cárcel de Su Majestad... poco saludable... —dijo Jingle, meneando la cabeza.

Estaba pulcra y decentemente vestido, así como Job, que permanecía detrás de él contemplando a Mr. Pickwick con aire imperturbable.

—¿Cuándo se van a Liverpool? —preguntó Mr. Pickwick aparte a Perker.

—Esta tarde, sir, a las siete —dijo Job, dando un paso adelante.

—En el coche de la City, sir.

—¿Han tomado ustedes los asientos?

—Sí, sir —replicó Job.

—¿Está usted completamente decidido a marchar?

—Lo estoy, sir—replicó Job.

—En cuanto a la ropa que necesitaba Jingle —dijo Perker, dirigiéndose en alta voz a Mr. Pickwick—, me he permitido hacer un arreglo, deduciendo una pequeña suma de su sueldo trimestral, con lo que al cabo de un año, y siempre que me haga el envío con regularidad, podrá cubrirse el gasto. Desapruebo por completo el que usted haga nada más por él, mi querido señor, como no se haga acreedor a ello por su trabajo y buena conducta.

—Ciertamente —interrumpió Jingle con gran seguridad—. Clara inteligencia... hombre de mundo... muy natural... perfectamente.

—Por el acuerdo con su acreedor, desempeño de sus ropas, liberación y gastos de pasaje — continuó Perker, sin parar mientes en la observación de Jingle—, ha perdido usted ya más de cincuenta libras.

—Perdido, no —se apresuró a decir Jingle—. Se pagará todo... tenaz para los negocios... reembolsaré... hasta el último penique. La fiebre amarilla, pudiera ser... fuerza mayor... si no...

Detúvose en esto Mr. Jingle, y golpeando con violencia el casquete de su sombrero, se pasó la mano por los ojos y se sentó.

—Quiere decir—dijo Job, avanzando unos pasos más— que si no se le lleva la fiebre, devolverá el dinero. Si vive, lo hará, Mr. Pickwick. Lo doy por hecho. Sé que lo hará, sir —dijo Job con energía—. Me atrevería a jurarlo.

—Bien, bien —dijo Mr. Pickwick, que llevaba un rato haciendo a Perker una larga serie de gestos, con objeto de interrumpir la enumeración de los beneficios dispensados; señas que el pequeño procurador se obstinó en desaten-

der—, procure usted no jugar más partidos dudosos de cricket, Mr. Jingle, y no reanudar su amistad con sir Tomás Blazo, y no dudo que se conservará usted bien.

Sonrió Mr. Jingle esta salida; pero manifestóse un tanto confuso, por lo cual Mr. Pickwick cambió el tema, diciendo:

—¿No sabría usted, por casualidad, qué ha sido de aquel otro amigo de usted... tan humilde, a quien vimos en Rochester?

—¿Jemmy el nefasto? —preguntó Jingle.

—Sí.

Jingle movió la cabeza.

—Un truhán de primera... punto original, gran trapisondista... hermano de Job.

—¡Hermano de Job! —exclamó Mr. Pickwick—. Sí; ahora que le miro de cerca descubro el parecido.

—Siempre se nos ha tenido por gemelos, sir —dijo Job, mirando de soslayo, con malicia—; sólo que yo fui siempre más serio, mucho más serio que él. Emigró a América, sir, porque le

buscaban aquí demasiado para estar tranquilo, y desde entonces no ha vuelto a saberse de él.

—Pues ésa debe de ser la explicación de que yo no haya recibido aquella «página o novela de la vida real» que me prometió una mañana en que parecía meditar el suicidio en el puente de Rochester —dijo, sonriendo, Mr. Pickwick—. ¡No necesitaré preguntar si aquella lúgubre actitud constante suya era natural o fingida!

—Él podía fingir todo lo que quiera, sir —dijo Job—. Puede usted darse por contento con haberse librado de él tan fácilmente. Hablando con sinceridad, hubiera sido para usted una amistad más peligrosa aún que la...

Job miró a Jingle titubeando, y por fin añadió:

—Que la... que la mía.

—Vaya una familia recomendable, Mr. Trotter —dijo Perker, señalando a una carta que acababa de escribir en aquel momento.

—Sí, sir—replicó Job—. Mucho.

—Bien —dijo, riendo, el hombrecito—. Pues me parece que va usted a desmentir la casta. Entregue esta carta al agente cuando llegue a Liverpool y permítanme que les aconseje, señores, que no ejerciten sus mañas en las Indias del Oeste. Si desaprovechan ustedes esta ocasión, merecen que se les ahorque, pues no otra cosa creo que hicieran con ustedes. Y ahora, lo mejor que pueden hacer es dejarme solo con Mr. Pickwick, porque tenemos que hablar de varias cosas y el tiempo es precioso.

Diciendo esto Perker, miró hacia la puerta con deseo manifiesto de que se abreviase la despedida todo lo posible.

Y no pudo ser más breve por parte de Mr. Jingle. Agradeció al pequeño procurador en unas cuantas atropelladas palabras la amabilidad y la rapidez con que le había prestado su asistencia, y volviéndose hacia su bienhechor, permaneció unos segundos indeciso acerca de lo que debiera decir o hacer. Pero Job Trotter disipó su perplejidad, pues inclinándose

humilde y lleno de gratitud ante Mr. Pickwick, cogió a su amigo por el brazo suavemente y se lo llevó.

—Magnífica pareja —dijo Perker no bien se cerró la puerta detrás de ellos.

—Bien puede ocurrir que lo sea —replicó Mr. Pickwick—. ¿Qué piensa usted? ¿Habrá alguna probabilidad de enmienda definitiva?

Encogióse de hombros Perker en señal de duda; pero advirtiendo la contrariedad y desconsuelo de Mr. Pickwick, respondió:

—Claro que hay probabilidades. No desconfío de que se corrijan. Ahora están indudablemente arrepentidos; pero no olvidemos que está en ellos muy reciente el recuerdo de lo que han sufrido. ¿Qué ocurrirá cuando ese recuerdo se disipe? Es un enigma que ni usted ni yo podemos resolver. Mas sea lo que fuere, mi querido señor —añadió Perker, apoyando la mano en el hombro de Mr. Pickwick—, siempre será meritoria la acción de usted. Si esa clase de beneficencia tan cauta y precavida, que rara vez

se ejerce por miedo a salir chasqueado con detrimento del amor propio, es verdadera caridad o hipocresía mundana, decídanlo otras cabezas más avisadas que la mía. Pero si esos dos mozos cometen mañana un robo, mi juicio sobre la acción de usted sería igualmente enaltecedor.

Con estas palabras, que fueron pronunciadas con énfasis mucho más caluroso de lo que es corriente entre las gentes de ley, acercó Perker su silla al pupitre y se puso a escuchar la relación que le hizo Mr. Pickwick acerca de la testarudez del viejo Winkle.

—Déle usted una semana—dijo Perker, moviendo su cabeza en ademán profético.

—¿Cree usted que cambiará de parecer? —preguntó Mr. Pickwick.

—Creo que sí —repuso Perker—. Si no, podremos ensayar la labor persuasiva de la señora, y eso es lo que hubiera empezado por hacer cualquiera otro que no fuera usted.

Tomaba Mr. Perker un polvo de rapé entre contracciones grotescas de su rostro, con las

que quería realzar el poder de persuasión que atesoran las señoras, cuando se oyó en el despacho de al lado el murmullo de una pregunta y una respuesta, y llamó Lowten a la puerta.

—¡Adelante! —gritó el hombrecito.

Entró el escribiente y cerró la puerta con gran misterio.

—¿Qué hay? —preguntó Perker.

—Le buscan a usted, sir.

—¿Quién me busca?

Miró Lowten a Mr. Pickwick y tosió.

—¿Quién me busca? ¿No puede usted decírmelo, Mr. Lowten?

—Ya lo creo, sir —replicó Lowten—. Está ahí Dodson, y Fogg viene con él.

—¡Dios nos asista! —dijo el hombrecito, consultando su reloj—. Les cité aquí a las once y media para ultimar el asunto de usted, Pickwick. Les di un documento de compromiso, sobre el cual me enviaron ellos la renuncia; es muy violento, mi querido señor. ¿Qué va usted

a hacer? ¿Quiere usted pasar a la habitación inmediata?

Como la habitación inmediata no fuera otra que aquella en que estaban los señores Dodson y Fogg, respondió Mr. Pickwick que él se quedaría donde estaba; tanto más cuanto que los señores Dodson y Fogg habrían de ser los que se avergonzaran de mirarle a la cara, en vez de ser él el que tuviera que avergonzarse. Esto lo dijo, encareciendo de Mr. Perker que lo tuviera muy en cuenta, con semblante airado e inequívocas señales de indignación.

—Muy bien, mi querido señor, muy bien — replicó Perker—; lo único que he de decirle es que si usted espera que Dodson o Fogg manifiesten al ver a usted el menor síntoma de vergüenza o confusión, es usted el hombre más iluso que me he topado en mi vida. Hágales pasar, Mr. Lowten.

Desapareció Mr. Lowten marcando un gesto significativo y volvió inmediatamente para

introducir a la firma en el orden debido: Dodson primero y Fogg después.

—¿Han visto ustedes a Mr. Pickwick, verdad? —dijo Perker a Dodson, señalando con su pluma hacia donde estaba sentado el aludido.

—¿Cómo está usted, Mr. Pickwick? —dijo Dodson con voz clara.

—Calle —gritó Fogg—, ¿cómo está, Mr. Pickwick? ¿Está usted bien? Yo creía conocer la cara —dijo Fogg, tomando una silla y mirando en torno con una sonrisa.

Inclinó Mr. Pickwick la cabeza muy ligeramente en respuesta a estas saluciones, y viendo que Fogg sacaba un legajo del bolsillo de su chaqueta, levantóse y fue hacia la ventana.

—No tiene por qué molestarse Mr. Pickwick, Mr. Perker —dijo Fogg, desatando el balduque que sujetaba el legajo y sonriendo de nuevo con más dulzura que antes.

—Mr. Pickwick está muy familiarizado con estos procedimientos. No hay secretos entre nosotros, creo yo. ¡Je, je, je!

—No muchos, me parece a mí —dijo Dodson—. ¡Ja, ja, ja!

Rieron a coro ambos socios, con la alegría y el optimismo con que hacerlo suelen los que van a recibir dinero.

—Haremos pagar a Mr. Pickwick por presenciar el espectáculo —dijo Fogg con marcado y natural humorismo, al desplegar sus papeles—. El importe de las costas es mil treinta y tres, seis, cuatro, Mr. Perker.

Hubo un prolongado cotejo de papeles y pase de hojas por parte de Fogg y de Perker, después de esta estipulación de beneficios y pérdidas. Entre tanto, dijo Dodson afablemente a Mr. Pickwick:

—Encuentro a usted algo menos grueso que la última vez que tuve el gusto de verle, Mr. Pickwick.

—Es posible, sir —repuso Mr. Pickwick, que no había cesado de asestarles coléricas miradas, sin producir el menor efecto en ninguno de los dos ladinos profesionales—. Claro que no lo estoy tanto, sir. En estos últimos tiempos he sido perseguido y molestado por unos canallas, sir.

Tosió Perker violentamente y preguntó a Mr. Pickwick si no deseaba entretenerse leyendo el periódico de la mañana, a cuya pregunta opuso Mr. Pickwick la más resuelta negativa.

—Verdaderamente —dijo Dodson— que bien lo han molestado en Fleet; hay allí gentes muy particulares. ¿Hacia dónde caían las habitaciones de usted, Mr. Pickwick?

—Mi única habitación —replicó el ultrajadísimo caballero estaba en la galería del café.

—¡Ah! —dijo Dodson—. Tengo entendido que es una parte muy agradable del establecimiento.

—Mucho —respondió secamente Mr. Pickwick.

La frialdad que envolvían todas estas frases tenía que ejercer en tales circunstancias y en una persona de irritable temperamento una influencia más bien exasperante. Mr. Pickwick logró refrenar su cólera a costa de esfuerzos titánicos; pero una vez que extendió Perker un cheque por el importe total y luego que Fogg lo guardó en un pequeño cuaderno, mientras bailaba en su risueña fisonomía una triunfal sonrisa, de que hubo de contagiarse el severo rostro de Dodson, sintió el primero que se le encendían las mejillas por la indignación.

—Y ahora, Mr. Dodson —dijo Fogg, guardándose el cuaderno y sacando los guantes—, estoy a sus órdenes.

—Muy bien —dijo, levantándose, Dodson—; yo estoy listo.

—Encantado —dijo Fogg, enternecido por el cheque— de haber tenido el gusto de conocer a Mr. Pickwick. Espero que no pensará ahora tan mal de nosotros, Mr. Pickwick, como la primera vez que tuvimos el placer de verle.

—Así lo creo —dijo Dodson con el tono altivo de la virtud calumniada—. Confío en que ya nos conoce mejor Mr. Pickwick; cualquiera que sea su opinión acerca de los de nuestra profesión, le aseguro, sir, que no abrigamos mala voluntad ni rencor vengativo hacia usted por las manifestaciones que tuvo a bien formular en nuestro despacho de Freeman's Court, Cornhill, en la ocasión a que mi socio acaba de aludir.

—¡Oh, no, no; yo no! —dijo Fogg con acento de perdón.

—Nuestra conducta, sir —dijo Dodson—, se explica por sí misma, y se justifica, en mi opinión, en todos los casos. Llevamos algunos años en la profesión, Mr. Pickwick, y nos hemos visto honrados con la confianza de muchos y muy buenos clientes. Buenos días, sir.

—Buenos días, Mr. Pickwick—dijo Fogg.

Y diciendo esto se colocó el paraguas bajo el brazo, se quitó el guante de la mano derecha, ofreciósele por vía de reconciliación al indignado caballero, viendo lo cual éste cruzó sus ma-

nos bajo los faldones de su levita y miró al procurador con gesto de estupefacción desdeñosa.

—¡Lowten! —gritó Perker en aquel momento—. Abra la puerta.

—Espere un instante —dijo Mr. Pickwick—, Perker, voy a hablar.

—Mi querido señor: deje las cosas donde están —dijo el pequeño procurador, que había permanecido en estado de nerviosa inquietud durante toda la entrevista—. ¡Mr. Pickwick, se lo suplico!

—¡A mí no se me atropella, sir! —apresuróse a replicar Mr. Pickwick—. Mr. Dodson, usted acaba de hacerme unas observaciones.

Volvióse Dodson, inclinó servilmente su cabeza y sonrió.

—Algunas observaciones —repitió Mr. Pickwick, casi jadeante—; y su socio me ha tendido su mano, y los dos se han manifestado con un tono de perdón y magnanimidad que entraña una desvergüenza, que aun en usted me ha sorprendido.

—¡Cómo, sir! —exclamó Dodson.

—¡Cómo, sir! —reiteró Fogg.

—¿No saben ustedes que he sido víctima de sus estratagemas y celadas? —continuó Mr. Pickwick—. ¿No saben ustedes que soy yo la persona a quien ustedes han aprisionado y robado? ¿No saben que fueron ustedes los procuradores del demandante en el proceso Bardell—Pickwick?

—Sí, sir, lo sabemos —contestó Dodson.

—Claro que lo sabemos, sir —repuso Fogg, acariciándose el bolsillo... tal vez por casualidad.

—Veo con satisfacción que lo recuerdan ustedes —dijo Mr. Pickwick, intentando el sarcasmo por primera vez en su vida y fracasando de la manera más completa—. Aunque hace mucho tiempo que ansío decirles con toda claridad cuál es mi opinión acerca de ustedes, hubiera dejado escapar esta oportunidad, defiriendo a los deseos de mi amigo Perker, de no haber sido por la actitud intolerable que han

adoptado ustedes y por su insolente familiaridad. ¡Digo insolente familiaridad, sir! —dijo Mr. Pickwick, dirigiéndose a Fogg con un gesto tan airado y frenético, que hizo a éste retroceder hacia la puerta con gran presteza.

—Cuidado, sir —dijo Dodson, quien, a pesar de ser el más corpulento de todos, habíase atrincherado prudentemente detrás de Fogg y hablaba por encima de la cabeza de éste con la faz lívida—. Déjese pegar, Mr. Fogg; no se defienda por ningún concepto.

—No, no, no he de contestarle —dijo Fogg, retrocediendo a medida que hablaba, con alivio notorio de la inquietud de su socio, que iba por este medio acercándose cada vez más al despacho contiguo.

—Son ustedes —continuó Mr. Pickwick, reanudando el hilo de su discurso—, son ustedes un buen par de miserables granujas y leguleyos salteadores.

—Bien —interrumpió Perker—. ¿Es eso todo?

—En eso se condensa todo —replicó Mr. Pickwick—: son unos miserables granujas y salteadores leguleyos.

—¡Bueno! —dijo Perker en el tono más conciliador—. Mis queridos señores, ya ha dicho lo que tenía que decir. Ahora hagan el favor de marcharse; Lowten: ¿está abierta la puerta?

Mr. Lowten, riéndose a lo lejos, contestó afirmativamente.

—Bien, bien... buenos días... buenos días... hagan el favor, mis queridos señores... ¡Mr. Lowten, la puerta! —gritó el hombrecito, empujando a Dodson y Fogg, que no ofrecían la menor resistencia, hacia fuera de la oficina—. Por aquí, mis queridos señores... no prolonguen esto... ¡Por Dios... Mr. Lowten!... La puerta, sir... ¿Por qué no me hace caso?

—Si hay justicia en Inglaterra, sir —dijo Dodson, mirando a Mr. Pickwick en tanto que se ponía el sombrero—, tendrá usted que pagarnos esto.

—Son ustedes un par de miserables...

—No olvide, sir, que lo pagará usted bien caro —dijo Fogg.

—... Granujas, ladrones, picapleitos —continuó Mr. Pickwick, sin hacer el menor caso de las amenazas que se le dirigían—. ¡Ladrones! —gritó Mr. Pickwick, corriendo a la escalera cuando ya bajaban los procuradores—. ¡Ladrones! —rugió Mr. Pickwick, desasiéndose de Lowten y Perker y sacando la cabeza por la ventana de la escalera.

Cuando Mr. Pickwick se apartó de la ventana, mostrábase su rostro sonriente y plácido, y mientras volvía tranquilamente al despacho, declaró haberse quitado un gran peso de encima y sentirse completamente sereno y feliz.

Guardó silencio Perker hasta que, habiendo vaciado su tabaquera y enviado a Lowten para que de nuevo la llenase, sintióse acometido de un ataque de risa que le duró cinco minutos, al cabo de los cuales dijo que comprendía que debía haberse indignado, pero que no podía

pensar aún seriamente en aquel asunto...; que ya se indignaría cuando le llegara el turno.

—Bueno; ahora —dijo Mr. Pickwick— permítame liquidar con usted.

—¿Del mismo modo que con los otros? —preguntó Perker, echándose a reír de nuevo.

—Precisamente lo mismo, no —repuso Mr. Pickwick, sacando su cartera y estrechando efusivamente la mano del hombrecito—; se trata solamente de una liquidación pecuniaria. Debo a usted muchas pruebas de bondad, que nunca podré pagarle, y que no quiero pagarle, porque prefiero continuar con esa obligación.

Después de este preámbulo, zambulléronse en una complicada serie de cuentas y justificantes, que, detallados puntualmente por Perker, fueron al punto saldados por Mr. Pickwick entre protestas de estima y amistad.

No bien llegaron al término de esta operación cuando se oyó en la puerta un violento golpe; no se trataba de una doble llamada de las corrientes, sino de una constante e ininte-

rrumpida sucesión de fuertes golpes distintos, como si el llamador estuviese animado de movimiento continuo o como si la persona que llamaba hubiera olvidado la manera de abandonar su tarea.

—¡Qué es eso! —exclamó Perker, sobresaltado.

—Me parece que es que llaman a la puerta —dijo Mr. Pickwick, como si cupiera alguna duda acerca del hecho.

El de fuera formuló una réplica infinitamente más enérgica que si se hubiera servido de la palabra, porque continuó golpeando con fuerza y estrépito sorprendentes sin un punto de tregua.

—¡Caramba! —dijo Perker, tirando de la campanilla—. Vamos a alarmar a la casa. ¿No oye usted llamar, Mr. Lowten?

—Voy a contestar en seguida, sir —replicó el escribiente.

El que llamaba pareció oír la respuesta y demostró que le era completamente imposible

esperar por más tiempo: produjo un escándalo horroroso.

—Es espantoso —dijo Mr. Pickwick, tapándose los oídos.

—Dese prisa, Mr. Lowten —gritó Perker—; nos van a echar la puerta abajo.

Mr. Lowten, que estaba lavándose las manos en un oscuro cuartito, corrió hacia la puerta, y levantando el picaporte, descubrió el cuadro que se describe en el capítulo siguiente.

54. CONTIENE ALGUNOS DETALLES RELATIVOS A LOS ALDABONAZOS Y A OTROS ASUNTOS, ENTRE LOS CUALES FIGURAN CIERTAS INTERESANTES REVELACIONES CONCERNIENTES A MR. SNODGRASS Y A UNA SEÑORITA QUE NO SON AJENAS A ESTA HISTORIA

El objeto que hubo de ofrecerse a los ojos del asombrado escribiente era un muchacho extraordinariamente gordo, con traje de lacayo, que se hallaba de pie sobre la estera, con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. Nunca había visto el escribiente un muchacho tan rollizo, ni siquiera en las caravanas trashumantes; y unida esta gordura desmesurada a la placidez y reposo de su actitud, que guardaba tan remota conexión con lo que debía esperarse racionalmente del causante de aquel estrépito, quedóse Lowten maravillado.

—¿Qué se ofrece?—preguntó el escribiente.

No contestó palabra el extraordinario mozalbete; pero inclinó la cabeza, y la imaginación del pasante le hizo oír un débil ronquido.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el escribiente.

El muchacho no hizo el menor movimiento. Respiró pesadamente, mas sin alterar lo más mínimo su quietud perfecta.

El escribiente repitió tres veces la pregunta, y como no obtuviera respuesta, disponíase a cerrar la puerta, cuando el muchacho abrió de repente los ojos, parpadeó varias veces, estornudó y levantó la mano en ademán de seguir llamando. Mas hallando la puerta abierta, miró asombrado entorno, y al fin toparon sus ojos con la cara de Mr. Lowten.

—¿Para qué demonio llama usted de esa manera? —preguntó enfadado el escribiente.

—¿De qué manera? —dijo el muchacho en voz queda y dormilona.

—Hombre, como no llamarían cuarenta cocheros—replicó el pasante.

—Pues porque me dijo el amo que no dejara de llamar hasta que abrieran la puerta, por miedo a que yo me durmiera —dijo el muchacho.

—Bien —dijo el escribiente—. ¿Qué recado trae?

—Está él abajo —contestó el muchacho.

—¿Quién?

—El amo. Quiere saber si está usted en casa.

En aquel momento acertó Mr. Lowten a mirar por la ventana, y viendo en un carruaje abierto a un risueño anciano, que miraba hacia arriba con impaciencia, aventuróse a llamarle, con lo cual bastó para que el anciano saltara del coche inmediatamente.

—¿Ese que está en el carruaje es su amo, supongo? —dijo Lowten.

El muchacho asintió.

Hízose inútil toda indagación posterior por la aparición del viejo Wardle, quien, subiendo a escape las escaleras y reconociendo a Lowten, entró al punto en el despacho de Mr. Perker.

—¡Pickwick! —dijo el viejo—. ¡Venga esa mano, muchacho! ¿Cómo es que no hemos sabido hasta anteayer que se ha dejado usted coger en la trampa? ¿Y cómo ha consentido usted eso, Perker?

—No pude evitarlo, mi querido señor —replicó Perker con una sonrisa y un polvo de tabaco—; ya sabe usted lo terco que es.

—Ya lo creo, ya lo creo —replicó el anciano—. Pero contentísimo de verle, sin embargo. Ya me cuidaré de no perderle de vista en mucho tiempo.

Diciendo esto estrechó Wardle una vez más la mano de Mr. Pickwick, y luego de hacer lo mismo con Perker, acomodóse en un sillón, con la faz radiante de sonrisas y bienestar.

—Bien —dijo Wardle—. Traigo muchas cositas... Un pellizco de rapé, Perker, amigo mío... Vaya unos tiempos que corren, ¿eh?

—¿Qué quiere usted decir?—inquirió Mr. Pickwick.

—¡Que qué quiero decir! —replicó Wardle—. Pues que me parece que las muchachas se están volviendo locas. Que eso no es ninguna novedad, dirá usted. Tal vez; pero es cierto, sin embargo.

—¿No habrá usted elegido Londres entre todas las ciudades del mundo para venir a decirnos eso, verdad? —insinuó Perker.

—No; para eso sólo, no —replicó Wardle—, aunque eso es la causa principal de mi venida. ¿Cómo está Arabella?

—Muy bien —replicó Mr. Pickwick—, y le producirá gran alegría el ver a usted, seguramente.

—¡La coquetuela morenucha de ojos negros! —replicó Wardle—. Tuve mis grandes proyectos de casarme con ella, allá en días de locura; pero me alegro, me alegro mucho.

—¿Cómo lo supieron ustedes? —preguntó Mr. Pickwick.

—¡Ah!, la noticia llegó a mis hijas, por supuesto —replicó Wardle—. Escribió Arabella

anteayer diciendo que había sido raptada y se habla casado sin el consentimiento del padre de su marido, y que había usted ido a solicitarlo cuando su negativa no podía ya impedir el matrimonio, y todo lo demás. Yo juzgué oportuna la ocasión para dar a mis chicas algunos consejos. Les dije que era una cosa espantosa esto de que los muchachos se casaran sin el consentimiento de sus padres, etc., etc.; pero, ¡ah, amigos míos!, no logré producirles la menor impresión. Consideraban una cosa mucho más espantosa el que las bodas se verificasen sin damas de honor; así es que resultó lo mismo que si hubiera predicado a José.

El anciano se detuvo para reír, y, habiéndolo hecho a satisfacción, prosiguió inmediatamente:

—Pero no es esto lo mejor, según parece. Esto no ha sido más que la mitad de la serie de amoríos y conspiraciones que se han desarrollado. Durante los últimos seis meses hemos

estado paseándonos sobre un terreno lleno de minas, que al fin han reventado.

—¿Pero qué significa eso? —exclamó Mr. Pickwick, palideciendo—. ¿No habrá algún otro matrimonio secreto, me figuro?

—No, no —replicó el anciano Wardle—; no se ha llegado a eso, no.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó Mr. Pickwick—. ¿Tengo yo algo que ver en ello?

—¿Debo contestar a esa pregunta, Perker? —dijo Wardle.

—Siempre que no se condene usted al hacerlo, mi querido señor.

—Bueno, pues entonces, sí; tiene usted que ver... —dijo Wardle.

—¡Cómo! —preguntó intrigadísimo Mr. Pickwick—. ¿En qué forma?

—Hombre —repuso Wardle—: es usted un chico tan violento, que casi me da miedo decirselo; mas si Perker se sienta entre los dos para evitar cualquier desaguizado, me arriesgaré.

Habiendo cerrado la puerta y tomado coraje mediante una nueva aplicación de la tabaquera de Perker, procedió el anciano a formular su gran revelación en estas palabras:

—El caso es que mi hija Bella... Bella, la que se casó con Trundle, ya sabe usted...

—Sí, sí, ya lo sabemos —dijo, impaciente, Mr. Pickwick.

—No me asuste así al empezar. Mi hija Bella, luego que Emilia se fue a la cama con dolor de cabeza, después de leerme la carta de Arabella, se sentó junto a mí la otra noche, y empezó a charlar sobre este negocio matrimonial. «Bien, papá», dijo. «¿Qué piensa usted de eso?» «Pues, querida», dije, «supongo que resultará muy bien; espero que hagan su felicidad». Yo contes-té así porque estaba sentado junto al fuego bebiendo mi ponche distraídamente, y sabía que, soltando de cuando en cuando cualquier frase vaga, bastaría para que mi hija continuase charlando. Mis dos hijas son retratos vivos de su querida madre, y a medida que voy siendo vie-

jo me gusta cada día más tenerlas sentadas a mi lado, pues sus voces y sus miradas me retrotraen al período más dichoso de mi vida y me hacen por el momento tan joven como entonces, aunque claro está que no tan feliz. «Es verdaderamente un matrimonio de amor, papá», dijo Bella después de una breve pausa. «Sí, querida», dije yo; «pero esos matrimonios no siempre resultan los más venturosos».

—¡Yo protesto contra eso, téngalo usted en cuenta! —interrumpió fogosamente Mr. Pickwick.

—Muy bien —respondió Wardle—. Proteste contra todo lo que le dé la gana cuando le toque hablar, pero no me interrumpa.

—Pues dispéñseme usted —dijo Mr. Pickwick.

—Dispensado —replicó Wardle—. «Siento muchísimo oírte esa opinión contra los matrimonios de amor, papá», dijo Bella, ruborizándose un poco. «Habré sido injusto; no debiera haber dicho eso, hija mía», dije, acariciándole la

mejilla con toda la suavidad que puede esperarse de un hombre tan tosco como yo, «porque tal ha sido el caso de tu madre, y también el tuyo». «No es eso lo que quiero decir, papá», dijo Bella. «El caso es, papá, que yo quería hablarte de Emilia.»

Mr. Pickwick se sobresaltó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Wardle, interrumpiendo su narración.

—Nada —replicó Mr. Pickwick—. Haga el favor de continuar.

—Jamás pude hilvanar una historia completa —dijo Wardle bruscamente—; pero como ha de salir más pronto o más tarde, siempre ha de ahorrarnos tiempo que salga de una vez. La cosa, en resumidas cuentas, es que Bella se armó al final de valor para decirme que Emilia era muy desgraciada; que ella y su amigo Snodgrass habían mantenido correspondencia y comunicación desde la última Pascua; que ella había formado, después de meditarlo mucho, la resolución de escaparse con él, siguien-

do el laudable ejemplo de su amiga y compañera de colegio. Pero que, sintiendo algunos resquemores de conciencia, por reconocer que yo siempre me había mostrado cariñoso para con los dos, habían pensado, en primer lugar, guardarme la consideración de preguntarme si me opondría yo a que se casaran en la forma usual y corriente. Así, pues, Mr. Pickwick, si le es a usted posible reducir sus ojos a su abertura natural y decirme lo que cree que debo hacer, se lo agradeceré bastante.

El lúgubre tono con que el bondadoso anciano pronunció esta última frase no estaba completamente injustificado, porque el rostro de Mr. Pickwick había adoptado una expresión de sorpresa y de perplejidad verdaderamente curiosas.

—¡Snodgrass! ¡Desde la última Pascua! — fueron las primeras palabras entrecortadas que salieron de labios del confuso y asombrado caballero.

—Desde la última Pascua —replicó Wardle—. Es muy sencillo, y bien malos anteojos hemos de haber tenido para no descubrirlo antes.

—No lo entiendo —dijo Mr. Pickwick, sin dejar de meditar—; realmente no puedo entenderlo.

—Pues es muy fácil de entender —replicó el colérico anciano—. Si usted hubiera sido más joven, haría mucho tiempo que estaría en el secreto; y además —añadió Wardle después de un momento de vacilación— la verdad es que, ignorando yo esto, había apremiado a Emilia cuatro o cinco meses atrás para que aceptase (si podía, que yo jamás habría de intentar forzar las inclinaciones de una muchacha) las solicitudes de un joven de nuestras cercanías. No tengo duda de que, procediendo como suelen proceder las muchachas, con objeto de cobrar ánimos ella misma y con el de avivar el ardor de Mr. Snodgrass, ella se ha representado este asunto con matices exagerados, y así han llega-

do ambos a la conclusión de que eran un par de infortunados terriblemente perseguidos y que no tenían otra solución que el matrimonio clandestino o el picón. Ahora lo que falta saber es qué debe hacerse.

—¿Qué es lo que ha hecho usted?—preguntó Mr. Pickwick.

—¡Yo!

—Quiero decir que qué hizo usted cuando su hija casada le dijo eso.

—¡Oh!, hice una porción de tonterías, por supuesto —repuso Wardle.

—Eso es —interrumpió Perker, que durante este diálogo no había cesado de ocuparse en someter a diversas torsiones la cadena de su reloj, de frotarse airadamente la nariz y de manifestar otros varios síntomas de impaciencia—. Eso es muy natural. ¿Pero cómo?

—Me puse hecho una fiera, y asusté a mi madre hasta el punto de producirle un ataque —dijo Wardle.

—Eso era natural —observó Perker—. ¿Y qué más?

—No cesé de rabiar y de reñir en todo el día siguiente, produciendo un enorme trastorno —repuso el anciano—. Cansado al fin de mortificarme y de entristecer a los demás, tomé un coche en Muggleton y, engancho a él mis caballos, vine a la ciudad con pretexto de traer a Emilia para ver a Arabella.

—¿Entonces está con usted Miss Wardle?— dijo Mr. Pickwick.

—Nada de eso —contestó Wardle—; no ha dejado de llorar amargamente, a no ser un rato anoche entre el té y la cena, en que se puso con gran aparato a escribir una carta, de la que yo fingí no enterarme.

—¿De modo que solicita usted mi consejo en este asunto? —dijo Perker, paseando su mirada de la muda faz de Mr. Pickwick al ávido semblante de Wardle y administrándose repetidas dosis de su estimulante favorito.

—Claro está —dijo Wardle a Mr. Pickwick.

—Naturalmente —replicó éste.

—Bien. Pues entonces—dijo Perker, empujando su silla hacia atrás— mi consejo es que se vayan los dos a paseo juntos, a pie o en coche, o en cualquier otro medio, y que arreglen el asunto entre ustedes, porque me tiene ya harto; y si en la primera ocasión que los vea no lo han ultimado, ya les diré yo lo que hace al caso.

—Muy satisfactorio —dijo Wardle, que no sabía si sonreír o enfadarse.

—¡Bah, bah!, mi querido señor —repuso Perker—: conozco a ustedes mucho mejor que ustedes mismos. Eso ya lo tienen ustedes decidido *in mente*.

Y al decir esto el hombrecito hundió su tabaquera en el pecho de Mr. Pickwick primero, y después en el chaleco de Mr. Wardle, con lo cual echáronse a reír los tres, y especialmente los dos últimos señores, que se estrecharon efusivamente las manos sin motivo inmediato que lo justificara.

—Usted comerá hoy conmigo —dijo Wardle a Perker al despedirles éste.

—No puedo prometerlo, mi querido señor, no lo prometo —replicó Perker—. De todos modos, a la tarde veremos.

—Pues a las cinco le esperamos —dijo Wardle—. ¡José!...

Y habiendo despertado, al fin, José, partieron los dos amigos en el coche de Wardle, en el que, por elemental humanidad, había un asiento posterior para el chico gordo, quien, de haber tenido que ir de pie, según la manera ordinaria de los lacayos, habríase caído y matado al primer sueñecillo.

Dirigiéronse a Jorge y el Buitre, donde se enteraron de que Arabella y su criada habían perdido un coche de punto no bien recibieron una breve esquela de Emilia anunciándoles su llegada a la ciudad, y trasladándose al Adelphi. Como Wardle tenía que solventar algunos asuntos en la City, enviaron al carruaje y al

chico gordo al hotel con recado de que Mr. Pickwick y él volverían a las cinco para comer.

Con este mensaje volvió el muchacho, dormitando en su percha y saltando sobre las piedras con la misma placidez que si descansara en un colchón de muelles. Por milagro extraordinario despertó espontáneamente al detenerse el coche, y dándose una buena sacudida para poner en actividad sus facultades, subió la escalera para cumplir su mandado.

Ahora, si la sacudida había trastornado todas las facultades del muchacho en vez de disponerlas según su orden natural, o si le sugirió tal cantidad de nuevas ideas que hicieronle dar al olvido las ceremonias ordinarias, o, lo que es muy posible, si resultó ineficaz para impedir que se quedara dormido al subir la escalera, es lo cierto que entró en el salón sin llamar a la puerta previamente, y que se encontró con un caballero que estrechaba el talle de una señorita, sentado amorosamente con ella en un sofá, mientras que Arabella y su linda doméstica

simulaban mirar a la calle por una ventana situada en el fondo de la estancia. A la vista de este singular fenómeno, el chico gordo profirió una interjección, chillaron las señoras y juró el caballero simultáneamente.

—¡Miserable! ¿Qué busca usted aquí? —dijo el caballero, que no necesitamos decir que era Mr. Snodgrass.

El chico gordo, grandemente aterrado, respondió solamente:

—¡Señoritas!

—¿Qué me quieres? —preguntó Emilia, volviendo la cabeza—. ¡Estúpido!

—El amo y Mr. Pickwick vienen a comer a las cinco —replicó el chico gordo.

—¡Fuera de aquí! —dijo Mr. Snodgrass, dirigiendo una mirada centelleante al asustado mancebo.

—No, no, no —añadió Emilita en seguida—. Bella querida, aconséjame.

En esto, Emilita y Mr. Snodgrass y Arabella y María agrupáronse en un rincón y se pusie-

ron a cuchichear afanosamente por espacio de algunos minutos, durante los cuales dormitó el chico gordo.

—José —dijo al fin Arabella, mirando en torno con la más hechicera sonrisa—. ¿Cómo te va, José?

—José —dijo Emilia—, eres un buen muchacho; ya me acordaré de ti, José.

—José —dijo Mr. Snodgrass, acercándose al asombrado mozo y tomándole la mano—, no te había conocido. ¡Toma cinco chelines, José!

—Yo te prometo cinco, José —dijo Arabella—, por nuestra antigua amistad.

Y otra cautivadora sonrisa fue dispensada al corpulento inoportuno.

Hallándose dotado el chico gordo de un defectuoso sentido de percepción, pareció confuso al principio al observar este repentino cambio en su favor, y miró en torno suyo un tanto alarmado. Por fin comenzó su ancha faz a iniciar una sonrisa de dimensiones proporcionadas, y metiéndose entonces media corona en

cada uno de sus bolsillos acompañadas de manos y muñecas, rompió a reír estrepitosamente por primera vez en su vida.

—Ya nos ha entendido, por lo que veo —dijo Arabella.

—Lo mejor es que coma algo en seguida— observó Emilia.

Casi se echó a reír otra vez el chico gordo al oír esta proposición. María, después de otro ligero cuchicheo, destacóse del grupo y dijo:

—Hoy comeré con usted, sir, si usted no se opone.

—Por aquí —dijo el chico gordo ávidamente—. ¡Hay una empanada de carne magnífica!

Dichas estas palabras, bajó la escalera el chico gordo; su linda compañera le seguía, cautelando a todos los camareros y haciendo rabiar a todas las camareras al dirigirse al comedor.

Allí estaba la empanada de carne de la que el joven hablara tan ardorosamente y allí había además fiambre, un plato de patatas y un vaso de cerveza.

—Siéntese —dijo el chico gordo—. ¡Oh, qué rico! ¡Qué hambre tengo!

Luego de encomiar en una especie de raptó cinco o seis veces el dichoso espectáculo que sus ojos descubrían, ocupó el mozo la cabecera de la mesa, y se sentó María enfrente.

—¿Quiere usted un poco de esto? —dijo el chico gordo, hundiendo en la empanada el cuchillo y el tenedor hasta los respectivos mangos.

—Un poco, si me hace el favor—replicó María.

Sirvió a María el chico gordo un poco; sirvióse él un mucho, y ya se disponía a comer, cuando abandonó bruscamente su cuchillo y su tenedor, echóse hacia adelante y, apoyando sus manos, provistas de tenedor y cuchillo, en sus rodillas, dijo pausadamente:

—Pero oiga: ¡qué bonita es usted!

Dijo esto con tanta admiración, que no podía menos de ser lisonjero; mas percibíase tanto

canibalismo en los ojos del joven, que no parecía sino que la fineza tenía un doble sentido.

—¡Por Dios, José! —dijo María, fingiendo ruborizarse—. ¿Qué dice usted?

Recobrando poco apoco el chico gordo su posición primera, replicó con un hondo suspiro, y quedando pensativo unos momentos, bebió un buen trago de cerveza. Hecho esto, suspiró de nuevo y se aplicó denodadamente a la empanada.

—¡Qué mona es la señorita Emilia! —dijo María al cabo de un largo silencio.

El chico gordo acababa de dar fin a la empanada en aquel momento. Fijó sus ojos en María y replicó:

—Conozco otra más mona.

—¡Ah!, ¿sí?—dijo María.

—¡Sí, ya lo creo! —replicó el chico gordo con insólita vivacidad.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó María.

—¿Cuál es el de usted?

—María.

—Pues ése es —dijo el chico gordo—. Ésa es usted.

Sonrió el muchacho para subrayar el piropo, y puso sus ojos de manera que parecía entre bizco y tuerto, por lo cual hay razones para creer que intentó hacer un guiño.

—No me diga usted esas cosas—dijo María—. Usted no sabe lo que dice.

—¿Que no? —replicó el chico gordo—. ¡Pues lo digo!

—Bien.

—¿Va usted a venir aquí con frecuencia?

—No —repuso María, moviendo la cabeza—; me voy esta noche. ¿Por qué?

—¡Oh! —dijo el chico gordo con acento de gran emoción ¡Cuánto disfrutaríamos colas comidas si usted viniera!

—Podría venir algunas veces a verle a usted —dijo María, planchando el mantel con afectada cortedad—, si usted me hiciera un favor.

Miró el chico gordo al plato de empanada y al fiambre, como si pensara que el favor pudie-

ra relacionarse en alguna manera con la comida; sacó luego una de las monedas y la contempló nerviosamente.

—¿No me entiende usted? —dijo María, mirándole maliciosamente a la gordísima cara.

Miró él de nuevo a la media corona y dijo con voz débil: —No.

—Las señoras desean que usted no diga nada al viejo sobre el señorito que ha estado arriba, y yo también lo deseo.

—¿Es eso todo? —dijo el chico gordo, guardándose otra vez la moneda y viendo el cielo abierto—. Claro que no lo voy a decir.

—Ya ve usted —dijo María—, Mr. Snodgrass está muy enamorado de la señorita Emilia; la señorita Emilia está muy enamorada de él; y si usted contara lo que ha visto, el viejo se los llevaría a ustedes muy lejos, donde no podrían ver a nadie.

—No, no, no lo diré —dijo el chico gordo rotundamente.

—Es usted muy bueno —dijo María—. Ya es hora de que me suba para ayudar a vestirse a mi señora.

—No se vaya usted aún —suplicó el chico gordo.

—No tengo más remedio —replicó María—. ¡Adiós, pues!

El chico gordo, con el ademán juguetón de un elefante, extendió sus brazos para arrebatarse un beso a la muchacha; mas como no exigía gran agilidad librarse de la presa logró escapar su bella tirana antes de que el mozo cerrara el compás de sus brazos. El apático mancebo se comió una libra de fiambres con gesto sentimental y se quedó dormido.

Era tanto lo que tenían que decirse arriba y tantos los planes de escapatoria y matrimonio que precisaba concertar en caso de que el viejo Wardle persistiera en su cruel actitud, que sólo faltaba media hora para la comida cuando Mr. Snodgrass dio el último adiós. Las señoras se fueron a toda prisa a vestirse al cuarto de Emi-

lia, y tomando el galán su sombrero, salió del salón. No había llegado a la puerta de fuera cuando oyó hablar alto a Mr. Wardle, y mirando por la barandilla, le vio, seguido de otro caballero, subir la escalera. Como no conocía la distribución de la casa, Mr. Snodgrass, presa de gran confusión, volvió a entrar más que a escape en la sala que acababa de dejar, y pasando de allí a un cuarto interior —el dormitorio de Mr. Wardle—, cerró la puerta suavemente en el mismo momento en que las personas que había entrevisto penetraban en la sala. Eran Mr. Wardle, Mr. Pickwick, Mr. Nathaniel Winkle y Mr. Benjamín Allen, a quienes fácilmente reconoció por sus voces.

«Me alegro de haber tenido la presencia de ánimo necesaria para evitar que me vean», pensó Mr. Snodgrass, sonriendo y marchando de puntillas hacia otra puerta que estaba junto a la cama. «Ésta se abre al mismo pasillo y puedo salir con toda tranquilidad.»

Sólo había un obstáculo para que pudiera salir con toda tranquilidad: que la puerta estaba cerrada y que no tenía llave.

—Vamos a ver: tráiganos hoy alguno de sus mejores vinos —dijo el viejo Wardle, frotándose las manos.

—Tendrá usted uno de los más exquisitos, sir—respondió el camarero.

—Que avisen a las señoras que hemos llegado.

—Sí, sir.

Mr. Snodgrass deseaba fervorosa y ardientemente que las señoras se enteraran de que él estaba allí. Una vez se aventuró a decir, muy por lo bajo, «¡Camarero!», por el ojo de la cerradura; mas, temiendo la posibilidad de que acudiera en su socorro un camarero poco conveniente, se abstuvo de hacerlo otra vez, y vino a su mente la gran semejanza que existía entre su propia situación y la en que se había visto cierto caballero recientemente en un hotel vecino —la relación de cuyos contratiempos había

aparecido en la sección de «Policía» de un periódico de la mañana—. Sentóse sobre un portamantas y comenzó a temblar violentamente.

—A Perker no tendremos que esperarle —dijo Wardle, consultando su reloj—; siempre es puntual. Si ha de venir, llegará a tiempo; y si no, es inútil esperarle. ¡Ah, Arabella!

—¡Mi hermana! —exclamó Mr. Benjamín Allen, estrechándola en un romántico abrazo.

—¡Oh querido Ben! ¡Cómo hueles a tabaco! —dijo Arabella, conmovida por esta prueba de afecto.

—¿Sí? —dijo Mr. Benjamín Allen—. ¿Huelo, Bella? Sí; es posible.

Y tan posible que era. Como que acababa de abandonar una reunión de doce estudiantes de Medicina, todos fumadores, celebrada en un pequeño gabinete con un gran fuego.

—¡Estoy encantado de verte, mi querida Arabella! —dijo Mr. Ben Allen.

—Vaya —dijo Arabella, inclinándose hacia adelante para besar a su hermano—, no me aprietes más, querido Ben, que me deshaces.

En este momento de la reconciliación entregóse Mr. Ben Allen a la emotiva influencia de los cigarros y de la cerveza y miró a los circunstantes con los lentes húmedos.

—¿Y para mí no hay nada? —gritó Wardle, abriendo los brazos.

—Mucho —exclamó Arabella, recibiendo las efusivas caricias y felicitaciones del anciano—. ¡Tiene usted un corazón de piedra: es un insensible, un monstruo cruel!

—Y usted es una pequeña rebelde —replicó Wardle en el mismo tono—, y temo verme precisado a prohibirle la entrada en casa. Las criaturas que, como usted, se casan contra viento y marea de todo el mundo, no debían andar sueltas por la sociedad. ¡Pero vamos allá! —añadió el anciano con voz fuerte—. Aquí está la comida; usted se sentará a mi lado. ¡José! ¡Caramba, el maldito chico está despierto!

Con extraordinaria contrariedad de su amo, el chico gordo hallábase realmente en un estado de pronunciada vigilia. Tenía los ojos tan abiertos, que no parecía sino que habían de quedarse así para siempre. Había en su continente, además, una viveza que era verdaderamente insólita: cada vez que sus ojos se encontraban con los de Emilia o Arabella, se ponía a hacer visajes y a sonreír. En una ocasión, Wardle habría jurado verle hacer un guiño.

Estas singularidades en la conducta del chico gordo tenían su origen en el concepto que acababa de adquirir de su propia importancia y de la dignidad que había cobrado al entrar en la confianza de las señoritas; y los gestos, las sonrisas y los guiños eran otras tantas manifestaciones con las que encarecía la seguridad que podían tener de su fidelidad. Mas como estas señales eran más apropiadas para despertar sospechas que para desvanecerlas y resultaban un tanto aparatosas, eran contestadas de cuando en cuando por un gesto o un movimiento de

cabeza de Arabella, que, interpretado por el chico gordo como advertencias para que se mantuviera en guardia, no vacilaba en devolver, gesticulando, sonriendo y guiñando con redoblada frecuencia.

—José —dijo Mr. Wardle, después de una infructuosa busca en todos sus bolsillos—: ¿está mi tabaquera en el sofá?

—No, sir —replicó el chico gordo.

—¡Ah!, ya me acuerdo: la dejé en el tocador esta mañana —dijo Wardle—. Vete al cuarto de al lado y búscala.

Dirigióse el chico gordo a la habitación contigua, y al cabo de un minuto de ausencia volvió con la tabaquera y con el más pálido semblante que se vio jamás en un chico gordo.

—¡Pero qué le pasa al chico! —exclamó Wardle.

—A mí no me pasa nada —replicó José con nerviosidad.

—¿Es que has visto algún espíritu? —le preguntó el anciano.

—¿O tomado alguno?—añadió Ben Allen.

—Creo que tiene usted razón —murmuró Wardle desde el otro extremo de la mesa—. Está borracho, sin duda.

Ben Allen replicó que pensaba lo mismo; y como este señor había visto bastantes casos de la enfermedad en cuestión, confirmóse Wardle en la sospecha que rondaba su mente hacía media hora, y llegó a la conclusión de que el chico gordo estaba completamente beodo.

—Obsérvele usted un poco —murmuró Wardle—. En seguida nos enteraremos de si lo está o no.

El infortunado mancebo sólo había cambiado unas cuantas palabras con Mr. Snodgrass; éste, después de rogarle que llamase aparte a algún amigo para que le auxiliara, habíale empujado para que saliese con la tabaquera, recelando que una ausencia prolongada fuera motivo de que llegaran a descubrirle. Recapacitó un poco el muchacho, y con semblante alarma-

dísimo abandonó la estancia para correr en busca de María.

Pero María había ido a vestir a su señora, y el chico gordo volvió de nuevo más alarmado que antes.

Wardle y Mr. Ben Allen cambiaron varias miradas.

—¡José! —dijo Wardle.

—Mande, sir.

—¿Para qué has salido?

El chico gordo miró con aire desesperado a todos los que había en la mesa y balbució que no lo sabía.

—¡Ah! —dijo Wardle—. ¿No lo sabes, eh? Lleva este queso a Mr. Pickwick.

Mr. Pickwick, que se hallaba en vena y en el más completo bienestar, habíase manifestado amenísimo durante toda la comida y mantenía en aquel momento viva conversación con Emilia y Mr. Winkle; en el énfasis de su peroración inclinaba la cabeza cortésmente, accionaba suavemente con la mano izquierda y se deshacía

en plácidas sonrisas. Tomó un pedazo de queso, e iba a volverse para reanudar la conversación, cuando, encorvándose el chico gordo hasta poner su cabeza a nivel con la de Mr. Pickwick, le hizo una seña con el pulgar por encima del hombro y puso la más horrible y repulsiva cara que haya podido verse en una pantomima de Navidad.

—¡Por Dios! —dijo Mr. Pickwick sobresaltado—. Qué cosa más... ¿eh?

Detúvose bruscamente al ver que el muchacho se enderezaba y se quedaba o fingía quedarse completamente dormido.

—¿Qué pasa?—preguntó Wardle.

—¡Qué raro es este muchacho! —replicó Pickwick, mirando inquieto al chico—. Será una figuración; pero juraría que no está en sus cabales.

—¡Oh, Mr. Pickwick, no diga eso! —gritaron a la vez Emilia y Arabella.

—No estoy seguro, claro está —dijo Mr. Pickwick en medio del más profundo silencio y

percibiendo en torno miradas inquietas—; pero el ademán que le acabo de ver es verdaderamente alarmante. ¡Oh! —exclamó Mr. Pickwick, dando un brusco salto y dejando escapar un tímido grito—. Perdónenme, señoras, pero en este momento me ha metido en la pierna un instrumento agudo. Indudablemente no está en su juicio.

—¡Está borracho! —rugió colérico el viejo Wardle—. ¡Tirad de la campanilla! ¡Que vengan los camareros! Está borracho.

—No lo estoy—dijo el chico gordo, cayendo de rodillas al tiempo que su amo le agarraba por el cuello de la chaqueta—. No estoy borracho.

—Entonces estás loco, que es peor. ¡Que vengan los camareros! —dijo el anciano.

—No estoy loco; estoy triste —repuso el chico gordo, empezando a llorar.

—Entonces, ¿para qué demonios metes instrumentos agudos en la pierna de Mr. Pickwick? —preguntó airado Wardle.

—Porque no quería mirarme—replicó el muchacho—. Tenía que hablarle.

—¿Qué tenías que decirle?—preguntaron a la vez media docena de voces.

Suspiró el chico gordo, miró hacia la puerta del dormitorio, suspiró otra vez y se enjugó dos lágrimas con los nudillos de sus índices.

—¿Qué era lo que tenías que decir? —preguntó Wardle, zamarreándole.

—¡Alto! —dijo Mr. Pickwick—. Permítame, ¿qué es lo que deseaba comunicarme, pobre muchacho?

—Quería hablar con usted por lo bajo —replicó el chico gordo.

—Eso es que quieres arrancarle la oreja de un mordisco, seguramente —dijo Wardle—. No se acerque a él; está rabioso; llamad, y que se lo lleven.

En el preciso instante en que Mr. Winkle agarraba el cordón de la campanilla, fue interrumpido en su acción por una exclamación general de asombro; el cautivo amante, con la

faz arrebatada por la confusión, salió brusca-  
mente del dormitorio e hizo un saludo general  
a la concurrencia.

—¡Cómo! —gritó Wardle, soltando al chico  
gordo y retrocediendo vacilante—. ¿Qué es  
esto?

—Que he estado escondido en el cuarto de al  
lado, sir, desde que usted volvió —explicó Mr.  
Snodgrass.

—Emilia, hija mía —dijo Wardle con tono de  
reproche—: detesto la bajeza y el engaño; esto  
no tiene justificación y es incorrecto en alto  
grado. No merezco esto de ti, Emilia, no lo me-  
rezco.

—Papá querido —dijo Emilia—: Arabella  
sabe... todo el mundo sabe aquí... José sabe...  
que yo no he tenido parte en esa ocultación.  
¡Augusto, por amor de Dios, explícalo!

Mr. Snodgrass, que sólo esperaba una oca-  
sión para hacerse oír, relató al punto cómo  
había llegado a tan desagradable situación;  
cómo el temor de suscitar disensiones íntimas

habíale impulsado a evitar que al entrar le viera Mr. Wardle; cómo hablase propuesto tan sólo salir por otra puerta, y cómo, por hallarla cerrada, hablase visto obligado a permanecer allí contra su voluntad. Era muy penosa, en efecto, la situación en que se habla colocado; pero no lo lamentaba, ya que le ofrecía oportunidad para declarar, delante de sus comunes amigos, que amaba profunda y sinceramente a la hija de Mr. Wardle; que se enorgullecía de poder asegurar que era correspondido, y que, aunque se interpusiesen entre ellos miles de millas, o las aguas de todos los océanos, nunca podría olvidar aquellos felices días en que por primera vez... y así sucesivamente.

Luego de producirse Mr. Snodgrass de esta manera, saludó de nuevo, quedóse mirando a la copa de su sombrero y dirigióse a la puerta.

—¡Espere! —gritó Wardle—. Porque en el nombre de todo lo que es...

—Inflamable —sugirió dulcemente Mr. Pickwick, que ya veía venir algo peor.

—Bueno... que es inflamable—dijo Wardle, aceptando el sinónimo—. ¿No pudo usted decirme todo esto en primer término?

—O confiármelo a mí... —añadió Mr. Pickwick.

—Vaya, vaya —dijo Arabella, tomando la defensa—. ¿A qué viene preguntar ahora todo eso, cuando usted había puesto sus codiciosas miras en un yerno más rico y cuando es usted además tan duro e irascible, que todo el mundo le teme menos yo? Estréchele la mano y mande que le den algo de comer, en nombre del cielo, porque, según parece, no se puede tener de hambre. Y usted pida su vino a escape, porque no ha de estar tratable hasta que se haya tomado dos botellas por lo menos.

Tiró a Arabella de la oreja el digno anciano, la besó sin el menor escrúpulo, besó también a su hija con gran ternura y estrechó calurosamente la mano de Mr. Snodgrass.

—Después de todo, hay un punto en el que tiene razón absoluta —dijo con alegría el anciano—. Que traigan el vino.

Llegó el vino en el momento en que Perker subía la escalera. Comió Mr. Snodgrass en una mesa de al lado, y en cuanto acabó, acercó a Emilia su silla, sin la más leve oposición por parte del anciano.

La velada fue agradabilísima. El pequeño Perker estuvo maravilloso. Contó varias historias cómicas y cantó una canción seria, que resultó tan divertida como las anécdotas. Arabella estuvo encantadora, jovialísimo Mr. Wardle, conciliador Mr. Pickwick, escandaloso Mr. Ben Allen, callados los amantes, Mr. Winkle muy charlatán, y todos contentísimos.

55. MR. SALOMÓN PELL, ASISTIDO POR UN SELECTO COMITÉ DE COCHEROS, ARREGLA LOS ASUNTOS DEL VIEJO MR. WELLER

Samivel —dijo Mr. Weller a su hijo después del funeral—, lo he encontrado, Sammy. Ya suponía yo que estaba aquí.

—¿Que estaba ahí qué? —preguntó Sam.

—El testamento de tu madrastra, Sammy —replicó Mr. Weller—. En virtud del cual es preciso dar los pasos, como te dije anoche, para lo de los fondos.

—¿Pero es que no se lo había dicho ella?— inquirió Sam.

—Ni una palabra, Sammy —replicó Mr. Weller—. Nosotros estábamos ajustando nuestras pequeñas diferencias, y yo me ocupaba de levantar su espíritu y sostenerla, por lo cual se me olvidó preguntar nada sobre ello. No sé realmente si lo hubiera hecho de haberme acordado —exclamó Mr. Weller—, porque

siempre es violento, Sammy, eso de manifestar ansia por la propiedad de uno cuando se le asiste en una enfermedad. Es lo mismo que si se ayuda a subir a un pasajero que se ha caído de un coche y se le mete la mano en el bolsillo mientras se le pregunta suspirando que cómo se encuentra, Sammy.

Con estas gráficas alegorías de sus intenciones agarró Mr. Weller su cuaderno de bolsillo y sacó una hoja sucia de papel de cartas, en la que se veían escritos varios caracteres acumulados en notable confusión.

—Éste es el documento, Sammy —dijo Mr. Weller—. Lo encontré en la teterita negra en la tabla de arriba de la alacena de la tienda. Ella acostumbraba a guardar allí los billetes; antes de casarnos, Samivel, la vi muchas veces levantar la tapadera para pagar una cuenta. La pobre podía haber llenado de testamentos todas las teteras de la casa sin el menor inconveniente, porque tomaba muy poco té, salvo en las noches de templanza, en las que echaba los ci-

mientos de té, para que sobre ellos se levantara los espíritus.

—¿Y qué es lo que dice? —preguntó Sam.

—Pues lo que ya te conté, hijo mío —contestó su padre—: «Doscientas libras en bonos para mi hijastro Samivel, y el resto de mi propiedad, sin distinción alguna, a mi esposo Mr. Antonio Weller, a quien nombro mi único ejecutor».

—¿Es eso todo?—dijo Sam.

—Todo —replicó Mr. Weller—. Y como me parece que está completamente en regla para ti y para mí, que somos las partes interesadas, podemos echar al fuego este papelucho.

—¿Pero qué va usted a hacer? ¿Está usted loco? —dijo Sam, apoderándose del papel cuando ya su padre, con la mayor naturalidad, atizaba el fuego, dispuesto a que siguiera la acción a la palabra—. Pues vaya un ejecutor que es usted.

—¿Por qué no? —preguntó Mr. Weller, mirando severamente alrededor con el hurgón en la mano.

—¡Porque no! —exclamó Sam—. Porque tiene que ser probado, y legalizado y jurado, y hay que llenar todas las formalidades.

—¿Es posible? —dijo Mr. Weller, soltando el hurgón.

Guardó Sam cuidadosamente el testamento en el bolsillo, no sin dar a entender con una mirada que era posible aquello, y muy serio además.

—Entonces te diré una cosa —dijo Mr. Weller al cabo de una breve meditación—; éste es un caso para el amigo confidencial del canciller. Pell tiene que meter baza en esto, Sammy. Es el hombre a propósito para todas las dificultades legales. Tenemos que llevar este asunto a la Sala de Insolventes, Samivel.

—¡No he visto en mi vida viejo más testarudo que usted! —exclamó Sam irritado—. Con sus viejos bailíos, y Salas de Insolventes, y coar-

tadas, y todas esas monsergas a retortero siempre. Más valía que se vistiera con traje de calle y viniera a la ciudad para arreglar este negocio, que no estarse aquí predicando sobre todas esas cosas de que no entiende una palabra.

—Muy bien, Sammy —replicó Mr. Weller—. Yo apruebo todo lo que sirva para resolver este asunto cuanto antes, Sammy. Pero ten en cuenta, hijo mío, que nadie más que Pell... nadie más que Pell, como consejero legal.

—Y ningún otro ha de ser —replicó Sam—. ¿Viene o no?

—Aguarda un minuto, Sammy —replicó Mr. Weller, que, después de atarse la bufanda con el auxilio de un reducido espejo que colgaba en la ventana, desplegaba en aquel momento los mayores esfuerzos para penetrar en sus ropas externas—. Aguarda un minuto, Sammy: cuando seas tan viejo como tu padre, no entrarás en el chaleco tan fácilmente como ahora, hijo mío.

—Pues si no puedo entrar más cómodamente, maldito si he de usarlo —repuso el hijo.

—Eso lo dices ahora —dijo Mr. Weller con la gravedad propia de sus años—; pero ya verás cómo te haces más sabio cuando te pongas más gordo. La gordura y la sabiduría, Sammy, crecen siempre juntas.

Formulada que fue por Mr. Weller esta infalible máxima, como resultado de muchos años de observación y experiencia personales, logró, por una diestra contorsión de su cuerpo, que cumpliera su cometido el último botón de su chaqueta. Deteniéndose un momento para tomar resuello, cepilló su sombrero con el codo, y dijo que ya estaba preparado.

—Como cuatro cabezas valen más que dos, Sammy —dijo Mr. Weller, cuando ya iban en el carricoche por la carretera de Londres—, y como estos bienes suelen ser muy golosos para las gentes de ley, vamos a tomar un par de amigos para que estén a la mira, por si acaso notan algo irregular; dos de ellos son los que viste aquel día en Fleet. Son los mejores jueces —agregó Mr. Weller a media voz—, los mejores para

juzgar sobre un caballo, que puedes haber conocido.

—¿Y también sobre un curial? —preguntó Sam.

—El hombre que es capaz de formar juicio exacto acerca de un animal puede formar juicio exacto sobre todo —replicó su padre, tan dogmáticamente, que Sam ni siquiera intentó discutir la afirmación.

De acuerdo con esta notable resolución, fueron requeridos los servicios del de la cara pintada y otros dos gordos cocheros, seleccionados por Mr. Weller, tal vez mirando a la sabiduría, que garantizaban cumplidamente sus volúmenes; y, contando ya con su ayuda, encamináronse todos a una taberna de Portugal Street, desde donde se despachó un mensajero a la Sala de Insolventes, que no estaba lejos, requiriendo la inmediata comparecencia de Mr. Salomón Pell.

Por fortuna, el mensajero halló a Mr. Salomón Pell en el patio de la Audiencia, regalán-

dose con una merienda de fiambre, consistente en una torta de Abernethi y un chorizo, pues los negocios escaseaban un tanto. No bien se le comunicó al oído el recado, metióse en el bolsillo los comestibles, entre varios documentos profesionales, y acudió a la llamada con tanta diligencia, que llegó a la taberna antes de que el mensajero saliera de la Audiencia.

—Señores —dijo Mr. Pell, saludando—, a las órdenes de todos. No lo digo por adularles, señores; pero no hay otros cinco hombres en el mundo por los que hubiera yo abandonado la Audiencia hoy.

—Muy ocupado, ¿eh? —dijo Sam.

—¡Ocupado! —respondió Pell—. Estoy cosido a ella, como decía mi difunto amigo el lord canciller, señores, cuando salía de oír las interpelaciones en la Cámara de los Lores. ¡Pobre hombre! Se fatigaba en seguida; aquellas interpelaciones le anonadaban. Muchas veces he pensado después que fueron ellas las que le mataron.

Cabeceó varias veces Mr. Pell y guardó silencio; y el anciano Mr. Weller, llamando la atención a su vecino para que se fijara en las magníficas relaciones del procurador, preguntó si aquellos quehaceres habrían producido alguna enfermedad crónica a su noble amigo.

—Yo creo que siempre se resintió de ellas —replicó Pell—: nunca se repuso, en opinión mía. «Pell», solía decirme muchas veces, «es un misterio para mí cómo puede usted resistir tantas cosas como lleva en la cabeza». «Pues mire usted», solía contestarle yo, «en realidad no lo sé». «Pell», añadía suspirando y mirándome con un poquillo de envidia... envidia amistosa, ya comprenden ustedes, señores, simplemente amistosa; nunca pensé otra cosa de ella, «Pell, es usted un asombro, un verdadero asombro». ¡Ah!, les hubiera gustado mucho si le hubieran conocido, señores. Tráigame tres peniques de ron, querida.

Esta última frase fue dirigida a la camarera en tono de dolor contenido. Suspiró luego Mr.

Pell, se miró los zapatos, miró al techo, y, llegado que fue el ron, se lo bebió inmediatamente.

—Sin embargo —dijo Pell, arrimando la silla a la mesa—, un profesional no tiene derecho a entretenerse en recordar sus amistades privadas cuando se requieren sus servicios. Por cierto, señores, que desde que les vi aquí hemos tenido que llorar un triste suceso.

Sacó Mr. Pell un pañuelo al llegar a la palabra llorar; pero no hizo con él más que enjugarse unas cuantas gotas de ron que humedecían su labio superior.

—Lo vi en *El Avisador*, Mr. Weller —continuó Pell—. ¡Pero hay que ver, nada más que cincuenta y dos! ¡Caramba!... ¡Qué atrocidad!

Estas melancólicas reflexiones fueron dirigidas al hombre de la cara pintada, cuyos ojos habíanse cruzado casualmente con los de Mr. Pell. El hombre de la cara pintada, cuyas aptitudes de percepción eran un tanto nebulosas, se agitó inquieto en su asiento, y opinó que, en

realidad, no era posible explicarse cómo había ocurrido, observación que, por envolver una sutil afirmación, difícil de discutir, no fue rebatida por nadie.

—Yo he oído decir que fue una mujer hermosísima, Mr. Weller —dijo Pell en tono compasivo.

—Sí, sí lo fue—replicó el anciano Weller, no muy conforme con este modo de discutir el asunto, mas sin dejar de recapacitar en que el procurador, por su larga intimidad con el lord canciller, debía de hallarse familiarizado con todo lo referente a la urbanidad—. Era una hermosa mujer, sir, cuando la conocí. Entonces, sir, era viuda.

—Hombre, es curioso —dijo Pell, mirando en torno con dolorida sonrisa—; la señora Pell era viuda.

—Es extraordinario —dijo el de la cara pintada.

—Sí, es una rara coincidencia—dijo Pell.

—Nada de eso —observó malhumorado Mr. Weller—. Se casan más viudas que solteras.

—Muy bien, muy bien —dijo Pell—; tiene usted razón, Mr. Weller: la señora Pell era elegante y perfecta; sus maneras eran universalmente admiradas en la vecindad. Yo me enorgullecía viéndola bailar, con aquella serena dignidad y aquella naturalidad que había en sus movimientos. Su continente era la misma sencillez... ¡Ah, bien, bien! Permítame una pregunta, Mr. Samuel —continuó el procurador con voz queda—: ¿era alta su madrastra?

—No mucho —replicó Sam.

—La señora Pell tenía una gran estatura —dijo Pell—. Era una espléndida mujer, de noble talle, y con una nariz, señores, que parecía hecha para mandar, de majestuosa que era. Me quería mucho... mucho... y con muy buenas relaciones también. El hermano de su madre tuvo una quiebra de ochocientas libras como copista legal.

—Bien —dijo Mr. Weller, que se había manifestado algo molesto durante la discusión—. Vamos al asunto.

Esta palabra sonó como una música a Mr. Pell. Hacía rato que rondaba por su mente la duda de si tenía que ventilarse algún negocio, o si habíasele invitado solamente para tomar una copa de aguardiente y agua o de ponche, o para hacerle cualquier otro obsequio profesional, y ahora que se le despejaba la incógnita, sin haber mostrado, por su parte, la menor avidez, sus ojos resplandecían de gozo. Dejó el sombrero sobre la mesa y dijo:

—¿Cuál es el asunto que se me... hum?... ¿Va a comparecer ante la Audiencia alguno de estos caballeros? Necesitamos un arresto, un arresto amistoso; ya comprenden ustedes. ¿Aquí no hay más que amigos, supongo?

—Dame el documento, Sammy —dijo Mr. Weller, recibiendo el testamento de manos de su hijo, al que la entrevista parecía divertir ex-

traordinariamente—. Lo que necesitamos, sir, es una probatura de esto.

—Prueba, mi querido señor, prueba—dijo Pell.

—Bien, sir —replicó atufado Mr. Weller—. Probatura y prueba son poco más o menos lo mismo; si no entiende usted lo que quiero decir, sir, ya encontraré quien lo entienda.

—No he querido ofenderle, Mr. Weller —dijo Pell humildemente—. Por lo que veo, es usted el ejecutor —añadió, echando una ojeada sobre el papel.

—Lo soy, sir —respondió Mr. Weller.

—Estos otros señores supongo que serán los legatarios, ¿verdad? —inquirió Pell con una sonrisa de felicitación.

—Halagatorio no es más que para Sammy —replicó Mr. Weller—. Esos otros caballeros son amigos míos, que han venido precisamente para ver si las cosas van bien; una especie de árbitros.

—¡Ah! —dijo Pell—. Muy bien. No tengo que hacer la menor objeción. Necesitaré cosa como de cinco libras para empezar. ¡Ja,ja,ja!

Habiendo decidido el Comité que podía hacerse el anticipo de cinco libras, entregó Mr. Weller esta cantidad, después de lo cual celebróse un conciliábulo sin finalidad alguna, en el curso del cual demostró Mr. Pell, con la más perfecta conformidad de los árbitros, que de no habersele encomendado a él el manejo del negocio las cosas hubieran tenido mala solución, por razones poco manifiestas, mas suficientes sin duda alguna. Resuelto este punto, confortóse Mr. Pell con tres chuletas y con bebidas de alcohol y de malta a costa de la herencia; y con esto dirigiéronse todos a Doctor's Commons.

Al día siguiente hízose otra visita a Doctor's Commons, durante la cual hubo de darles bastante que hacer un palafrenero que iba de testigo, y que, hallándose completamente embriagado, negóse obstinadamente a jurar como no fuera en votos absolutamente profanos, con

gran escándalo del procurador y del delegado. En la semana siguiente visitóse otras varias veces Doctor's Commons, y también el Negociado de últimas Voluntades. Hubo que redactar contratos para el traspaso de arriendo y negocio, con la correspondiente ratificación; hubo de hacer inventarios; celebráronse almuerzos y comidas e hicieron otras muchas cosas de provecho; y fueron tantos los papeles acumulados, que Mr. Salomón Pell, el muchacho y el saco azul engordaron de tal manera, que nadie los hubiera tomado por el mismo hombre, muchacho y saco que vagaran por Portugal Street unos cuantos días antes.

Ultimados estos graves asuntos, fijóse el día para la venta y transferencia de los títulos, para lo cual tuvieron que entrevistarse con Wilkins Flasher, esquire, agente de Bolsa que vivía cerca del Banco y que había sido recomendado por Mr. Salomón Pell.

Fue un motivo de fiesta, y los elementos que en ella tomaron parte se ataviaron de manera

adecuada. Las botas de Mr. Weller estaban recién limpiadas y su traje denunciaba cuidado especialísimo. El de la cara pintada llevaba en el ojal una dalia de tamaño natural con varias hojas, y las chaquetas de sus dos amigos veíanse adornadas con ramos de laurel y otras plantas perennes. Los tres ostentaban sus mejores trajes de fiesta; es decir, que estaban abrochados hasta la barbilla y que llevaban cuantas prendas podían resistir, lo cual responde y ha respondido siempre al concepto que de la indumentaria solemne ha dominado entre los cocheros de punto desde que fueron inventados.

Mr. Pell esperaba en el punto habitual de cita a la hora señalada, y hasta el mismo Pell llevaba un par de guantes y una camisa limpia rozada por el cuello y los puños a consecuencia de los frecuentes lavados.

—Las dos menos cuarto —dijo Pell, mirando al reloj de la taberna—. Si vamos a casa de Mr.

Flasher a las dos y cuarto, me parece que es la mejor hora.

—¿Qué tendrían ustedes que decir de un trago de cerveza, señores? —insinuó el de la cara pintada.

—Y un poquito de carne fiambre —dijo el segundo cochero.

—Y unas ostras—añadió el tercero, que era un individuo de ronca voz, sostenido por gruesas piernas.

—¡Vaya, vaya! —dijo Pell—. Para festejar a Mr. Weller al entrar en posesión de su propiedad, ¿eh? ¡Ja, ja!

—Completamente de acuerdo, señores —contestó Mr. Weller—. Sammy, tira de la campanilla.

Obedeció Sam, y traídos que fueron rápidamente la cerveza, el fiambre y las ostras, hízose al almuerzo amplia justicia. En un empeño en el que todos habían tomado parte tan activa sería injusto establecer distinciones; mas si alguno de ellos patentizó facultades y empuje

mayores, fue el cochero de voz ronca, que se tomó con las ostras una pinta<sup>9</sup> de vinagre sin denotar la más leve alteración.

—Mr. Pell, sir —dijo el anciano Mr. Weller, agitando el agua y el aguardiente de uno de los vasos que habían sido colocados ante los comensales, luego de retiradas las conchas de las ostras—; Mr. Pell, sir, era mi intención haber brindado por los títulos en esta ocasión; pero Samivel me ha dicho por lo bajo...

En esto, Mr. Samuel Weller, que se había tomado sus ostras en silencio y con tranquilas sonrisas, gritó «¡Vamos a ver!» en voz muy alta.

—...Me ha dicho por lo bajo —continuo su padre— que sería mejor dedicar el licor a desear a usted éxitos y prosperidad y a darle gracias por la manera que ha tenido de llevar este negocio. A su salud, sir.

---

<sup>9</sup> Como medio litro (*N. del T.*)

—¡Alto! —interrumpió el de la cara pintada con repentina energía—. ¡Pongan atención, señores!

Y diciendo esto, el de la cara pintada se levantó, como había hecho el otro. Paseó su mirada por la concurrencia; levantó pausadamente su mano, a cuyo ademán todos, incluso él, hicieron una larga inspiración y levantaron las copas a sus labios. Inmediatamente después bajó de nuevo su mano el de la cara pintada, y todos los vasos quedaron vacíos sobre la mesa. Es imposible describir el hondo efecto producido por la conmovedora ceremonia, que resultó digna, solemne, impresionante y verdaderamente grandiosa.

—Bien, señores —dijo Mr. Pell—: todo lo que yo puedo decir es que tales pruebas de confianza no pueden menos de lisonjear a un profesional. Nada quiero decir que trascienda a vanagloria, señores, pero me alegro mucho, por ustedes, de que hayan venido a mí. Eso es todo. De haberse dirigido a cualquier currinche de la

profesión, tengo la convicción firme y les aseguro a ustedes que lo hubieran pasado mal antes de llegar este momento. Hubiera deseado que viviera mi noble amigo para haberme visto desenvolverse en este caso. No lo digo por orgullo; mas presumo... Sin embargo, señores, no quiero importunarles con estas cosas. A mí se me encuentra aquí generalmente, señores; pero si no estoy aquí o en las inmediaciones, he aquí mis señas. Hallarán ustedes mis honorarios muy razonables y módicos; no hay ninguno que atienda a sus clientes como yo, y me parece que de mi profesión conozco un poco. Si tienen ustedes ocasión de recomendarme a alguno de sus amigos, señores, he de quedarles muy agradecido, como ellos habrán de quedarles a ustedes, no bien me conozcan. A su salud, señores.

Al terminar Mr. Salomón Pell esta exposición de sus sentimientos, entregó tres tarjetas escritas a los amigos de Mr. Weller, y mirando de nuevo al reloj, expresó su opinión de que era

tiempo de partir. Ante esta advertencia, pagó la cuenta Mr. Weller, y levantándose el ejecutor, el legatario, el procurador y los árbitros, encamináronse hacia la City.

El despacho de Mr. Wilkins Flasher, esquire, del Stock Exchange<sup>10</sup>, estaba en un primer piso de una plazoleta situada a la espalda del Banco de Inglaterra; la casa de Wilkins Flasher, esquire, hallábase en Brixton, Surrey; el caballo y la carretela de Wilkins Flasher, esquire, estaban en una elegante cochera próxima; el lacayo de Wilkins Flasher, esquire, había tenido que ir a West End a entregar un dinero; el escribiente de Wilkins Flasher, esquire, se había ido a comer; así es que el propio Wilkins Flasher, esquire, tuvo que gritar «¡Adelante!» cuando Mr. Pell y sus acompañantes llamaron a la puerta de su oficina.

---

<sup>10</sup> La bolsa de Londres (*N. del T.*)

—Buenos días, sir —dijo Pell, saludando amablemente—. Deseamos hacer una pequeña transferencia, si hace usted el favor.

—¡Oh, adelante; tengan la bondad! —dijo Mr. Flasher—. Siéntense un minuto; estoy con ustedes en seguida.

—Gracias, sir —dijo Pell—; no hay prisa. Siéntese, Mr. Weller.

Tomó una silla Mr. Weller; tomó Sam un cajón; tomaron lo que pudieron los árbitros, y pusiéronse a contemplar el almanaque y uno o dos periódicos que estaban pegados a la pared con el mismo asombro y reverencia que si se tratara de las más hermosas obras clásicas.

—Bien; le apuesto a usted media docena de botellas. ¡Vamos! —dijo Wilkins Flasher, esquire, reanudando la conversación que, momentáneamente, interrumpiera la entrada de Mr. Pell.

Esta frase iba dirigida a un elegante joven que llevaba el sombrero inclinado sobre el diestro mostacho y que holgaba en el pupitre matando moscas con una regla. Wilkins Flasher,

esquire, columpiábase en el taburete, que hacía oscilar sobre dos patas, entreteniéndose en herir una caja de obleas con un cortaplumas, que hacía caer de cuando en cuando con gran destreza en el propio centro de una pequeña oblea roja. Los dos caballeros mostraban holgados chalecos, grandes cuellos vueltos, pequeñas botas, enormes tumbagas, diminutos relojes y gruesas cadenas, simétricos pantalones y perfumados pañuelos.

—Yo no apuesto nunca media docena —dijo el otro caballero—: apuesto una docena.

—¡Convenido, Simmery, convenido! —dijo Wilkins Flasher, esquire.

—P. P., por supuesto—observó el otro.

—Por supuesto —replicó Wilkins Flasher, esquire.

Wilkins Flasher, esquire, consignó el acuerdo en un librito con un lápiz de caja de oro, apuntándolo el otro en otro librito con otro lápiz de oro.

—Me han dado esta mañana una noticia acerca de Boffer —observó Mr. Simmery—. ¡Pobre diablo; ha sido desahuciado!

—Le apuesto a usted diez guineas contra cinco a que se degüella —dijo Wilkins Flasher, esquire.

—Van —replicó Mr. Simmery.

—¡Espere! Me retracto —dijo Wilkins Flasher, esquire, con aire pensativo—. Tal vez se ahorque.

—Muy bien —repuso Mr. Simmery, sacando otra vez el lápiz de oro—. Acepto esa forma. Digamos que se quita de en medio.

—Concretando: que se suicida —dijo Wilkins Flasher, esquire.

—Eso es —replicó Mr. Simmery, apuntándolo—. «Flasher... diez guineas contra cinco; Boffer se mata.» ¿Qué plazo diremos?

—¿Quince días...? —sugirió Mr. Wilkins Flasher, esquire.

—¡No, caramba! —repuso Mr. Simmery, deteniéndose un instante para aplastar una mosca con la regla—. Pongamos una semana.

—Partamos la diferencia —dijo Wilkins Flasher, esquire—. Diremos diez días.

—Bien; diez días—aceptó Mr. Simmery.

Consignóse en los cuadernitos que si Boffer no se mataba en el término de diez días, Wilkins Flasher, esquire, habría de pagar a Francisco Simmery, esquire, la suma de diez guineas; y que si Boffer se mataba dentro de ese plazo, Francisco Simmery, esquire, tendría que pagar a Wilkins Flasher, esquire, cinco guineas.

—Siento mucho que haya quebrado —dijo Wilkins Flasher, esquire—. Daba magníficas comidas.

—Tenía un oporto riquísimo —observó Mr. Simmery—. Mañana vamos a mandar a nuestro despensero a recoger algo de ese sesenta y cuatro.

—Es usted el demonio —dijo Wilkins Flasher, esquire—. El mío va también. Cinco gui-

neas a que mi hombre le gana la mano al de usted.

—Van.

Anotóse ese compromiso con el lápiz de oro en los cuadernitos, y habiendo ya matado Mr. Simmery en aquel momento todas las moscas y aceptado todas las apuestas, encaminóse a la Bolsa con objeto de ver lo que pasaba.

Entonces Wilkins Flasher, esquire, se dignó recibir las instrucciones de Mr. Salomón Pell, y luego de llenar unos impresos, suplicó a sus visitantes que le acompañaran al Banco. Hicieronlo así éstos. Mr. Weller y sus tres amigos no cesaban de mirar en torno con asombro inenarrable, en tanto que Sam contemplábalo todo con una indiferencia imperturbable.

Después de cruzar un patio lleno de ruido y de gente y de pasar por delante de un par de porteros que parecían vestidos obedeciendo al solo designio de emular a una bomba de incendios que había en un rincón, llegaron a la oficina en que había de formalizarse su negocio, y

en la que Pell y Mr. Flasher les dejaron unos momentos mientras que ellos subían al Negociado de Testamentos.

—¿Qué departamento es éste? —murmuró el de la cara pintada al anciano Mr. Weller.

—La Oficina de Consolidado —replicó en voz queda el ejecutor.

—¿Qué es lo que hacen esos señores detrás de las ventanillas? —preguntó el cochero de voz ronca.

—Consolidados, supongo —replicó Mr. Weller—. ¿No son consolidados reducidos, Samivel?

—¡Hombre, me figuro que no pensará usted que los consolidados reducidos son hombres de carne y hueso! —arguyó Sam con cierto desdén.

—¿Y cómo he de saberlo yo? —respondió Mr. Weller—. Yo creí que se parecían mucho a eso. ¿Qué son entonces?

—Escribientes —replicó Sam.

—¿Y por qué están comiendo todos emparedados de jamón? —inquirió su padre.

—Porque están cumpliendo con su deber, supongo —replicó Sam—; es una parte del régimen. ¡Eso es lo que hacen durante todo el día!

Sin que Mr. Weller y sus amigos tuvieran apenas un momento para reflexionar acerca de esta regulación singularísima del sistema monetario del país uniéronseles Pell y Wilkins Flasher, esquire, que lo llevaron a una ventanilla sobre la cual había una redonda placa negra con una gran «W».

—¿Para qué es eso, sir? —preguntó Mr. Weller, llamando la atención de Pell sobre la placa en cuestión.

—La primera letra del nombre del difunto —repuso Pell.

Oigan ustedes—dijo Mr. Weller, volviéndose hacia los árbitros—: yo creo que no está bien. Nuestra letra es la «V»... esto no está bien.

Los árbitros manifestaron al punto su opinión decidida de que el asunto no podía conducirse en estricta legalidad con la letra «W», y según todas las probabilidades, hubiérase para-

lizado todo un día por lo menos, de no haber sido por la rápida y a primera vista desleal intervención de Sam, que, cogiendo a su padre por el faldón de la chaqueta, le arrastró a la ventanilla y allí le hizo permanecer hasta que hubo estampado su firma en un par de documentos; empeño que, dada la costumbre que Mr. Weller tenía de firmar con caracteres de imprenta, fue un trabajo tan largo y penoso, que el escribiente actuante peló y comió tres manzanas de Ribston durante la operación.

Como el anciano Mr. Weller insistiera en vender sin demora sus valores, trasladáronse desde el Banco a la puerta del Stock Exchange, donde permanecieron hasta que volvió Wilkins Flasher, esquire, después de corta ausencia, con un cheque sobre Smith Tavn y Smith por la cantidad de quinientas treinta libras, que era la suma en que venían a convertirse a la cotización del día los ahorros de la señora Weller. Transferidas que fueron a nombre de Sam las doscientas libras y pagada la comisión de Wil-

kins Flasher, esquire, dejó éste caer el dinero con indiferencia en el bolsillo de su chaqueta y regresó perezosamente a su oficina.

Mr. Weller obstinóse en los primeros momentos en hacer efectivo el cheque, transformándolo en soberanos; mas como le hicieron observar los árbitros que procediendo así había de serle preciso gastar algún dinero en un saco para llevárselos a casa, consintió en recibir la cantidad en billetes de cinco libras.

—Mi hijo —dijo Mr. Weller al salir del Banco—, mi hijo y yo tenemos que hacer esta tarde, y desearía arreglar las cosas de una vez; así es que vámonos a cualquier parte donde podamos liquidar las cuentas.

No les fue difícil hallar un tranquilo recinto donde se examinaron las cuentas. La de Mr. Pell fue tasada por Sam y algunas partidas fueron desautorizadas por los árbitros; mas, no obstante declarar Mr. Pell con solemnes aseveraciones que le trataban con excesiva dureza, resultaron sus honorarios muy superiores a los

que hasta entonces había percibido en el curso de su vida profesional, y a expensas de los cuales comió, durmió y se lavó por espacio de seis meses.

Luego de mojarse un poco el gaznate, los árbitros despidiéronse y se alejaron, por tener que salir con sus coches de la ciudad aquella noche misma. Comprendiendo Salomón Pell que no había más probabilidades de comer ni de beber, se despidió amistosamente, dejando solos a Sam y a su padre.

—¡Perfectamente! —dijo Mr. Weller, guardando su cartera en un bolsillo lateral—. Con lo del traspaso y las demás cosas tenemos aquí mil ciento ochenta libras. Ahora, Samivel, hijo mío, vuelve los caballos hacia Jorge y el Buitre.

## 56. IMPORTANTE CONFERENCIA CELEBRADA ENTRE MR. PICKWICK Y SAMUEL WELLER, CON ASISTENCIA DE SU PADRE. LLEGA INESPERADAMENTE UN ANCIANO CON TRAJE COLOR DE TABACO

Estaba Mr. Pickwick sentado y solitario, meditando en una porción de cosas y pensando en cómo habría de componérselas para atender a las necesidades de la joven pareja, cuya precaria situación preocupábale constantemente, cuando entró María apresuradamente en la habitación y, acercándose a la mesa, dijo con cierta precipitación:

—Abajo está Samuel, y dice que si puede usted ver a su padre.

—Desde luego —contestó Mr. Pickwick.

—Gracias, sir —dijo María, dirigiéndose a la puerta de nuevo.

—¿Hace mucho que está ahí Sam? —preguntó Mr. Pickwick.

—¡Oh, no, sir! —replicó María con viveza—. Acaba de llegar. Dice que no va a pedirle a usted más permisos.

Es posible que María se percatara de haber formulado esta advertencia con más calor del que parecía necesario, y no es difícil que observara la benévola sonrisa con que la miró Mr. Pickwick al acabar de hablar. De lo que no hay duda es de que bajó la cabeza y empezó a examinar la punta de su elegante delantal con más atención de la que requerían las circunstancias.

—Dícales que pueden venir en seguida —dijo Mr. Pickwick.

Tranquilizada María en apariencia, partió a escape con el recado.

Dio Mr. Pickwick dos o tres vueltas por la estancia, y frotándose la barbilla con la mano izquierda, pareció quedar absorto en hondos pensamientos.

—Bien, bien —dijo al cabo Mr. Pickwick en tono dulce y melancólico—, es la mejor manera de recompensarle su adhesión y fidelidad. Lo

haremos así, en nombre del cielo. Es destino de los viajeros solitarios que aquellos que les rodean se creen nuevos y diferentes afectos y les abandonen. No tengo derecho a esperar que conmigo se proceda de otra manera. No, no —añadió Mr. Pickwick, reanimándose en cierto grado—; sería ingratitud y egoísmo. Yo debo considerar me feliz al encontrar una oportunidad de ayudarle. Y me siento feliz. Ya lo creo que me siento feliz.

Tan ensimismado estaba Mr. Pickwick con estas reflexiones, que tuvo que repetirse tres o cuatro veces un golpe dado en la puerta para que él lo oyera. Sentándose en seguida, y adoptando su grato aspecto habitual, otorgó la licencia que se le pedía, y entró Sam Weller seguido de su padre.

—Mucho me alegro de verte otra vez, Sam —dijo Mr. Pickwick—. ¿Cómo va, Mr. Weller?

—Tan fuerte; gracias, sir —replicó el viudo—. Usted parece hallarse bien, sir.

—Completamente; gracias—repuso Mr. Pickwick.

—Pues yo quería tener una pequeña conversación con usted, sir —dijo Mr. Weller—. Si pudiera darme unos cinco minutos, sir.

—Ya lo creo—replicó Mr. Pickwick—. Sam: ponle una silla a tu padre.

—Gracias, Samivel, aquí la tengo —dijo Mr. Weller, en tanto que acercaba una silla—. Magnífico día hemos tenido, sir —añadió el viejo, poniendo el sombrero en el suelo al tiempo que se sentaba.

—Admirable realmente —replicó Mr. Pickwick—. Muy propio de la estación.

—El más propio que he visto nunca, sir—repuso Mr. Weller. Aquí el anciano se vio acometido de un violento golpe de tos, terminado el cual comenzó a gesticular y a hacer guiños, entre suplicantes y amenazadores, a su hijo, todos los cuales se abstuvo resueltamente de observar Sam Weller.

Advirtiéndolo Mr. Pickwick el azoramiento del viejo, simuló hallarse ocupado en cortar las hojas de un libro que a su lado tenía, y aguardó pacientemente que descubriera Mr. Weller el objeto de su visita.

—No he visto en mi vida un chico más inútil que tú, Samivel —dijo Mr. Weller, mirando indignado a su hijo—; no lo he visto en mis días.

—¿Pues qué hace, Mr. Weller? —preguntó Mr. Pickwick.

—Que no quiere empezar, sir —repuso Mr. Weller—. Sabe perfectamente que tengo gran dificultad para explicarme cuando tengo algo importante que decir, y, sin embargo, se queda tan tranquilo viéndome aquí hacerle a usted perder su tiempo y divirtiéndose de verme, en vez de ayudarme, aunque fuera con una sílaba. Ésa no es una conducta filial, Samivel —dijo Mr. Weller, enjugándose la frente—, ni mucho menos.

—Dijo usted que hablaría—replicó Sam—. ¿Cómo había yo de saber que iba usted a hacerse un lío desde el principio?

—Debías haber visto que yo no podía arrancar —contestó su padre—, que estoy mal colocado en la carretera, que voy reculando, que me veo apurado, y, sin embargo, no me echas una mano para ayudarme. Eso es una vergüenza, Samivel.

—La cosa es —dijo Sam, haciendo una ligera inclinación— que el padre ha cogido su dinero.

—Muy bien, Samivel, muy bien —dijo Mr. Weller, moviendo la cabeza con aire satisfecho—; no quise reñirte, Sammy. Muy bien, así se debe empezar. Vamos al asunto. Muy bien, Samivel.

Movió su cabeza Mr. Weller gran número de veces en el paroxismo de su complacencia, y aguardó en actitud expectante que Sam reanudara su peroración.

—Puedes sentarte, Sam —dijo Mr. Pickwick, comprendiendo que la entrevista llevaba trazas de durar más de lo que al principio supusiera.

Inclinóse Sam de nuevo y se sentó; mientras su padre miraba a todos lados, continuó:

—El padre, sir, ha cogido quinientas treinta libras.

—Consolidados      reducidos—interrumpió Mr. Weller padre por lo bajo.

—No tiene nada que ver que sean consolidados reducidos o que no lo sean —dijo Sam—; la cantidad es quinientas treinta libras, ¿no es verdad?

—Exactamente, Samivel —replicó Mr. Weller.

—A cuya suma ha añadido por la casa y el negocio...

—Arriendo, clientela, géneros y muebles —intercaló Mr. Weller.

—... Lo que hace—continuó Sam— en total mil ciento ochenta libras.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Mr. Pickwick—. Me alegro mucho de eso. Felicito a usted, Mr. Weller, por haberlo hecho tan bien.

—Espere un poco —dijo Mr. Weller, alzando la mano en ademán suplicante—. Adelante, Sam.

—Este dinero —dijo Sam con cierta vacilación— desea él ponerlo en alguna parte donde sepa que está seguro; yo también lo deseo mucho; si se queda con ello se lo va a prestar a cualquiera, o lo va a invertir en caballos, o va a perder el cuaderno, o va a hacer la momia egipcia en una u otra parte.

—Muy bien, Samivel —observó Mr. Weller, con la misma complacencia que hubiera sentido de haber hecho Sam los mayores elogios de su tacto y previsión—. Muy bien.

—Por cuyas razones—continuó Sam, agarrando nerviosamente el ala de su sombrero—, por cuyas razones lo ha sacado hoy, y viene conmigo a decir, en resumidas cuentas a ofrecer, o en otras palabras...

—... A decir —dijo el anciano Weller impaciente— que esto a mí no me sirve para nada; voy a tomar un coche, y no tengo dónde guardarlo, a menos de que pague al guarda para que tenga cuidado de él, o lo ponga en una de las bolsas del coche, lo que sería una tentación para los pasajeros. Si usted se encargara de ello, yo se lo agradecería mucho. Tal vez —dijo Mr. Weller, acercándose a Mr. Pickwick y murmurándole al oído—, tal vez sirviera, hasta cierto punto, para los gastos de aquella condena. Lo que le digo es que usted se lo guarde hasta que yo se lo pida otra vez.

Diciendo esto, puso Mr. Weller la cartera en manos de Mr. Pickwick, cogió el sombrero y salió de la estancia con una celeridad incomprendible en tan corpulento personaje.

—¡Deténle, Sam! —exclamó impetuosamente Mr. Pickwick—. ¡Atájale, hazle volver al instante! ¡Mr. Weller... oiga... vuelva en seguida!

Advirtiéndole a Sam que no era posible desobedecer las órdenes de su amo, agarrando a su padre por el brazo cuando ya bajaba la escalera, arrastróle, haciéndole volver a viva fuerza.

—Mi buen amigo —dijo Mr. Pickwick, tomando la mano del viejo—: su honrada confianza me anonada.

—No hay motivo para decir eso, sir —replicó obstinadamente Mr. Weller.

—Le aseguro a usted, mi buen amigo, que tengo más dinero del que pueda nunca necesitar; mucho más de lo que puede gastar en su vida un hombre de mi edad —dijo Mr. Pickwick.

—No hay hombre que sepa lo que puede gastar hasta que hace la prueba —observó Mr. Weller.

—Es posible —dijo Mr. Pickwick—; pero como no tengo intención de meterme en esos experimentos, no es probable que me haga falta. Le suplico a usted que se quede con esto, Mr. Weller.

—Muy bien —dijo Mr. Weller con aire de contrariedad—. Fíjate en lo que digo, Sammy. ¡Con este dinero voy a hacer alguna barbaridad, algo disparatado!

—Más vale que no lo haga —replicó Sam.

Reflexionó Mr. Weller unos momentos y, abrochándose la chaqueta con gran parsimonia, dijo:

—Voy a colocarme en una barrera.

—¡Cómo! —exclamó Sam.

—En una barrera —repitió Mr. Weller, apretando los dientes—; voy a colocarme en una barrera. Despidete de tu padre, Samivel. Voy a consumir en una barrera el resto de mis días.

Tan espantosa era la amenaza, y tan resuelto mostrábase Mr. Weller a ponerla por obra, y tan mortificado parecía por la repulsa de Mr. Pickwick, que, después de reflexionar unos momentos, dijo éste:

—Bien, bien, Mr. Weller; guardaré el dinero. Tal vez pueda emplearlo mejor que usted.

—Pues ahí está la cosa —dijo radiante Mr. Weller—; claro que puede usted, sir

—Pues no hablemos más—dijo Mr. Pickwick, guardando la cartera en su bufete—. Obligadísimo a usted, mi buen amigo. Ahora siéntese. Necesito pedirle una opinión.

El íntimo regocijo ocasionado por el éxito de su visita, que había convulsionado, no sólo el rostro, sino los brazos, las piernas y el cuerpo todo de Mr. Weller, durante la operación de guardar en el bufete su cuaderno, vino a ser reemplazado por la más digna gravedad al escuchar las últimas palabras.

—Sal fuera un momento, Sam. ¿Quieres hacerme el favor? —dijo Mr. Pickwick.

Sam se retiró inmediatamente.

Mr. Weller adoptó un aire de asombro y discreción extraordinarios al comenzar Mr. Pickwick, diciendo:

—¿Usted no es un adepto del matrimonio, me parece, Mr. Weller?

Movió la cabeza Mr. Weller. Manifestóse absolutamente incapaz de articular palabra; el vago presentimiento de alguna taimada viuda triunfante en sus designios sobre Mr. Pickwick vino a interceptarle el habla.

—¿No ha visto usted a una muchacha abajo cuando usted entraba con su hijo? —preguntó Mr. Pickwick.

—Sí, vi a una jovencita —replicó lacónicamente Mr. Weller.

—Vamos a ver. ¿Y qué piensa usted de ella? Sinceramente, Mr. Weller, ¿qué ha pensado usted de ella?

—Pues pienso que está muy gordita y muy bien hecha —dijo Mr. Weller con aire de crítica.

—Lo está —dijo Mr. Pickwick—, lo está. ¿Y qué piensa usted de su modo de ser, por lo que de ella ha visto?

—Muy agradable —repuso Mr. Weller—, muy grato y confortable.

No era fácil de descubrir el verdadero sentido que adscribía Mr. Weller al último adjetivo;

mas como por el tono en que hubo de decirlo debía lógicamente colegirse que se trataba de una expresión favorable, quedó tan satisfecho Mr. Pickwick como si lo hubiera comprendido de un modo claro y preciso.

—Me intereso mucho por ella, Mr. Weller — dijo Mr. Pickwick.

Mr. Weller tosió.

—Quiero decir que deseo hacerle todo el bien que pueda —prosiguió Mr. Pickwick—; anhelo su bienestar y prosperidad. ¿Usted me entiende?

—Con toda claridad—replicó Mr. Weller, a pesar de no haber entendido nada.

—Esa joven —dijo Mr. Pickwick— está enamorada de su hijo.

—¡De Samivel Weller! —exclamó el padre.

—Sí —dijo Mr. Pickwick.

—Es natural —dijo Mr. Weller después de una breve reflexión—, natural, pero algo alarmante. Sammy tiene que andar con ojo.

—¿Cómo dice usted?—preguntó Mr. Pickwick.

—Que debe andar con ojo y no decirle a ella una palabra —respondió Mr. Weller—. Mucho ojo, para que no se le vaya a escapar, inocentemente, alguna cosa que pueda acarrear una condena por ruptura de promesa. Nunca se está seguro con ellas, Mr. Pickwick; una vez que se les ha puesto un hombre entre ceja y ceja, no se sabe cómo zafarse de ellas, y en lo que se piensa, ya le han atrapado a uno. Así me casé yo la primera vez, sir, y Sammy fue la consecuencia de la maniobra.

—La verdad es que no me da usted ánimos para concluir de decirle lo que quiero —observó Mr. Pickwick—; pero hay que acabar. No se trata sólo de que esa muchacha está enamorada de su hijo, Mr. Weller, sino de que su hijo de usted está enamorado de ella.

—Bien —dijo Mr. Weller—. ¡Bonita cosa es ésa para que la oiga un padre!

—Les he observado en varias ocasiones — dijo Mr. Pickwick, sin pararse a comentar la última observación de Mr. Weller— y no abrigo ninguna duda sobre ello. En el caso de que yo deseara establecerles de un modo conveniente como marido y mujer, a base de algún pequeño negocio o empleo que les diera para vivir decorosamente, ¿qué pensaría usted de ello, Mr. Weller?

Al principio escuchó Mr. Weller la participación con el rostro duro y adusto con que escuchaba cualquier proposición relacionada con el matrimonio de cualquier persona que le interesara; pero como Mr. Pickwick discutió el punto con él e hizo resaltar el hecho de que María no era viuda, fue poco a poco aviniéndose a razones. Mr. Pickwick tenía una gran influencia sobre él, y el viejo habíase impresionado grandemente por la figura de María, a la que había dedicado, digámoslo francamente, unos cuantos guiños nada paternales. Al cabo dijo que él no pensaba oponerse a las inclinaciones de Mr.

Pickwick y que se consideraba feliz rindiéndose a su parecer, oyendo lo cual Mr. Pickwick le tomó alegremente la palabra e hizo entrar de nuevo a Sam.

—Sam —dijo Mr. Pickwick carraspeando—, tu padre y yo hemos hablado un poco de ti.

—De ti, Samivel —dijo Mr. Weller con voz solemne y protectora.

—No estoy tan ciego, Sam, para no haber visto hace mucho tiempo que sientes por la doncella de la señora Winkle algo más que amistad —dijo Mr. Pickwick.

—¿Oyes esto, Samivel, oyes esto, Samivel? —dijo Mr. Weller en el mismo tono judicial de antes.

—Creo que sí —dijo Sam, dirigiéndose a su amo—. Me parece que no hay ningún mal en que un joven se fije en una muchacha que es innegablemente bonita y buena.

—Ciertamente que no —dijo Mr. Pickwick.

—De ninguna manera —asintió Mr. Weller con aire afable, aunque doctoral.

—Lejos de pensar que hay mal en ello — prosiguió Mr. Pickwick—, yo deseo fomentar y ayudar esos propósitos. Con este objeto he hablado un poco con tu padre, y viendo que tu padre es de mi opinión...

—Siempre que la señora no sea viuda — interrumpió Mr. Weller en tono aclaratorio.

—No siendo viuda... —dijo, sonriendo, Mr. Pickwick—, quiero librate de la sujeción que tu estado actual te impone y mostrar el concepto que me merece tu fidelidad y tus muchas excelentes cualidades, facilitándote que te cases en seguida con la muchacha y que puedas ganar el sustento para ti y tu familia. Tendré orgullo, Sam —dijo Mr. Pickwick, cuya voz, temblorosa unos momentos, había recobrado su firmeza habitual—, tendré orgullo y me consideraré feliz por tomar a mi cuidado el porvenir de tu vida.

Reinó un breve silencio, y al cabo dijo Sam con voz tierna, pero entera:

—Agradezco a usted con toda mi alma todas sus bondades, sir; pero no puede ser.

—¡Cómo que no puede ser! —exclamó, asombrado, Mr. Pickwick.

—¡Samivel! —dijo Mr. Weller con dignidad.

—Digo que no puede ser —repitió Sam, elevando el diapasón—, porque, ¿qué sería de usted, sir?

—Hijo mío —repuso Mr. Pickwick—: los recientes cambios que han sobrevenido entre mis amigos han de alterar en lo futuro mi modo de vivir completamente; además, voy siendo viejo, y necesito reposo y quietud. Mis correrías, Sam, han terminado.

—¿Qué sé yo, sir? —arguyó Sam—. ¡Eso lo piensa usted ahora! Pero supongamos que cambia usted de idea, lo cual no es nada difícil, porque tiene usted un alma de veinticinco años, ¿qué sería de usted sin mí? No puede ser, sir, no puede ser.

—Muy bien, Samivel; tienes mucha razón —dijo, animándole, Mr. Weller.

—Digo esto después de meditar largamente, Sam, y seguro de cumplir mi palabra —dijo Mr. Pickwick, moviendo la cabeza—. No son para mí las nuevas escenas; mis correrías han tocado a su fin.

—Muy bien —repuso Sam—. Entonces ésa es la mejor razón para que tenga usted alguien a su lado que le entienda, que le anime y que atienda a sus comodidades. Si es que usted quiere otro más fino y pulido, tómelo en buen hora; pero, con salario o sin salario, con aviso o sin aviso, alimentado o sin alimentar, en casa o fuera de la casa, Sam Weller, al que usted tomó en la vieja posada del Borough, se queda con usted, suceda lo que suceda. ¡Y aunque todo y todos se opongan, no podrán evitarlo!

Al terminar esta declaración, formulada por Sam bastante conmovido, levantóse de la silla el viejo Mr. Weller, y olvidando toda consideración de tiempo, lugar y conveniencia, agitó el sombrero en el aire y dio tres vehementes vivas.

—Hijo mío —dijo Mr. Pickwick luego que se hubo sentado Mr. Weller, anonadado por su propio entusiasmo—, tú no tienes más remedio que pensar en la muchacha.

—Ya pienso en la muchacha, sir —dijo Sam—. En la muchacha he pensado ya. He hablado con ella, le he contado mi situación; ella está dispuesta a esperarme, y creo que lo hará. Si no lo hiciera, no sería la muchacha que yo creí, y bien pronto la dejaría. Usted ya me conoce, sir. Estoy resuelto, y nada puede hacerme cambiar.

¿Quién podría combatir esta resolución? Mr. Pickwick desde luego que no. La desinteresada ternura de este humilde camarada despertaba en su pecho más orgullo y gratitud que diez mil protestas amistosas de los más grandes hombres de la tierra.

Mientras se ventilaba esta conversación en la estancia de Mr. Pickwick, un viejecito con traje color de tabaco, seguido de un mozo que llevaba un pequeño portamantas, presentóse en el

vestíbulo, y luego de pedir una cama para pasar la noche, preguntó al camarero si hospedábase allí cierta señora Winkle, a cuya pregunta no hay que decir que respondió el camarero afirmativamente.

—¿Está sola? —preguntó el viejecito.

—Creo que lo está, sir —replicó el camarero—. Puedo llamar a su doncella, sir, si usted...

—No, no la necesito —dijo con prontitud el viejecillo—. Indíqueme su habitación sin anunciarme.

—¿Cómo, sir? —preguntó el camarero.

—¿Es usted sordo? —inquirió el viejecito.

—No, sir.

—Entonces escuche si quiere. ¿Me oye usted ahora?

—Sí, sir.

—Está bien. Indíqueme la habitación de la señora Winkle sin anunciarme.

Al pronunciar este mandato el viejecito deslizó una moneda de cinco chelines en la mano del camarero y le miró con firmeza.

—La verdad, señor —dijo el camarero—, yo no sé, sir, si...

—¡Ah!, ya veo que lo hará usted —dijo el viejecito—. Lo mejor será que lo haga inmediatamente. Así no perderemos el tiempo.

Advirtióse en el viejecito tanto aplomo y decisión, que el camarero se metió en el bolsillo los cinco chelines y condujo al anciano al piso de arriba sin decir palabra.

—¿Es ésta la habitación? —dijo el caballero—. Puede usted retirarse.

Obedeció el camarero, no sin preguntarse a sí mismo quién pudiera ser el recién llegado y qué es lo que venía buscando. El viejecito, después de esperar que desapareciera el camarero, llamó ala puerta.

—¡Adelante! —dijo Arabella.

—¡Hum!, por de pronto la voz es muy dulce —murmuró el viejecito—; pero no importa.

Diciendo esto abrió la puerta y entró. Arabella, que estaba sentada haciendo labor, levantó-

se al ver que era un extraño, algo confusa, mas sin perder en manera alguna su gracia habitual.

—Tenga la bondad de no levantarse, señora —dijo el desconocido, entrando y cerrando la puerta—. ¿La señora Winkle, presumo?

Arabella hizo una inclinación de cabeza.

—¿La señora de Nathaniel Winkle, que se casó con el hijo del anciano de Birmingham? —dijo el desconocido, contemplando a Arabella con visible curiosidad.

Inclinó de nuevo Arabella la cabeza y miró inquieta en torno, dudando si llamar o no en demanda de socorro.

—Está usted asustada, bien lo veo, señora —dijo el anciano.

—Confieso que algo —replicó Arabella, cada vez más intrigada.

—Me sentaré, si usted me lo permite, señora —dijo el desconocido.

Tomó una silla, y sacando un estuche de su bolsillo, extrajo con toda pausa unos anteojos y los montó en su nariz.

—¿No me conoce usted, señora? —dijo, mirando con tanta fijeza a Arabella, que empezó ésta a sentirse alarmada.

—No, sir—replicó ella tímidamente.

—No —dijo el caballero, balanceando su pierna izquierda—. ¿Y por qué había de conocerme? Sin embargo, señora, conoce usted mi nombre.

—¿Sí? —dijo Arabella, temblando sin saber por qué—. ¿Me permite que le pregunte cuáles es?

—En seguida, señora, en seguida —dijo el desconocido, sin retirar sus ojos del rostro de la dama—. ¿Se ha casado usted hace poco, señora?

—Sí —replicó Arabella en tono apenas perceptible, dejando su labor y sintiéndose grandemente agitada al notar que un pensamiento, que poco antes se insinuara en su mente, imponíasele ahora con mayor imperio.

—¿Sin haber aconsejado a su marido la conveniencia de consultar previamente a su padre, de quien depende, según creo?

Arabella se llevó el pañuelo a los ojos.

—¿Sin tratar siquiera de averiguar, por cualquier medio indirecto, cuál pudiera ser la opinión del anciano sobre un punto que por razón natural tanto debía interesarle? —dijo el desconocido.

—No puedo negarlo, sir—dijo Arabella.

—¿Y sin poseer fortuna propia suficiente con que proporcionar a su marido una ayuda permanente a cambio de las ventajas materiales que usted sabía podría él haber obtenido de haberse casado a gusto de su padre? —dijo el anciano—. Esto es lo que se llama entre los muchachos y muchachas amor desinteresado, hasta que tienen muchachos y muchachas y llegan a ver las cosas bajo una luz más cierta y diferente.

Las lágrimas comenzaron a fluir rápidamente de los ojos de Arabella, en tanto que implo-

raba desfallecida, alegando su juventud e inexperiencia, que sólo el amor habíala inducido a dar aquel paso y que casi desde su infancia habíase visto privada del consejo y guía de sus padres.

—Mal hecho —dijo el anciano en tono más dulce—, muy mal hecho. Fue locura, romanticismo y nada mercantil.

—Culpa mía, sólo culpa mía, sir —replicó, llorando, la pobre Arabella.

—Tonta —dijo el anciano—. ¿Cómo ha de haber tenido usted la culpa de que él se enamore? Aunque, en rigor —dijo el anciano, mirando a Arabella con cierta picardía—, sí fue culpa de usted. Él no pudo evitarlo.

Esta solapada lisonja, la manera extraña con que el viejo hubo de formularla, o el énfasis vacilante —mucho más amable del que al principio empleara—, o las tres cosas juntas, hicieron sonreír a Arabella a través de sus lágrimas.

—¿Dónde está su marido? —preguntó el anciano de pronto, reprimiendo una sonrisa que pugnaba por asomar a su rostro.

—Le estoy esperando siempre, sir —dijo Arabella—. Le convencí esta mañana para que se diera un paseo. Está muy abatido y triste por no saber nada de su padre.

—Está abatido, ¿verdad? —dijo el anciano—. ¡Se lo merece!

—Lo que siento es que sufre por causa mía —dijo Arabella—; y al ver esto también sufro yo mucho. Yo sola he sido la que le he traído a esta situación.

—No sufra usted por él, querida —dijo el anciano—. Se lo merece bien. Me alegro... me alegro mucho por lo que a él se refiere.

Aún no había pronunciado el viejo estas palabras cuando se oyeron por la escalera unos pasos, que tanto él como Arabella reconocieron al momento. Palideció el hombrecito, y haciendo un gran esfuerzo por conservar la serenidad, levantóse al entrar Mr. Winkle.

—¡Padre! —gritó Mr. Winkle, retrocediendo lleno de asombro.

—Sí, sir—replicó el viejecito—. Bien, sir. ¿Qué es lo que tiene usted que decirme?

Mr. Winkle permaneció silencioso.

—¿Estará usted avergonzado de sí mismo, supongo, sir? —dijo el anciano.

Mr. Winkle persistió en su silencio.

—¿Está usted avergonzado, sir, o no? —preguntó el anciano.

—No, sir —replicó Mr. Winkle, cogiéndose del brazo de Arabella— No estoy avergonzado de mí ni tampoco de mi mujer.

—¡Hay que ver! —gritó irónicamente el anciano.

—Siento mucho haber hecho una cosa que ha hecho menguar su afecto hacia mí, sir —dijo Mr. Winkle—; pero digo al mismo tiempo que no hay razón alguna para que me avergüence de haber tomado a esta señora para esposa mía ni para que usted se avergüence de tenerla por hija.

—Dame tu mano, Nat —dijo el anciano con voz balbuciente—. Dame un beso, amor mío. Después de todo, es usted una nuera encantadora.

A los pocos minutos marchó Mr. Winkle en busca de Mr. Pickwick, y volviendo con él, se lo presentó a su padre, estrechándose las manos ambos caballeros por espacio de cinco minutos.

—Mr. Pickwick: doy a usted las gracias más cordiales por todas las bondades que ha dispensado a mi hijo —dijo el anciano Mr. Winkle con llana vehemencia—. Soy un hombre algo atropellado, y la última vez que le vi me sentí contrariado y sorprendido. Ahora he juzgado ya por mí mismo, y estoy más que satisfecho. ¿Quiere más explicaciones, Mr. Pickwick?

—Ninguna —replicó éste—. Acaba usted de hacer lo único que me faltaba para completar mi felicidad.

Con este motivo estrecháronse de nuevo las manos por espacio de otros cinco minutos, des-

haciéndose en frases amables, que añadían a tal condición el mérito de ser sinceras.

Al volver Sam de dejar solícito a su padre en la Belle Savage, encontróse en el patio al chico gordo, que acababa de llegar con una esquila de Emilia Wardle.

—Oiga —dijo José, con desusada locuacidad—, qué muchacha tan bonita es María, ¿verdad? ¡Si viera usted cuánto la quiero yo!

Abstúvose Mr. Weller de darle verbal respuesta, y contemplando al chico gordo un momento, estupefacto ante aquella presunción, le lanzó hacia un rincón, agarrándole por el cuello, y le despidió, dándole un puntapié inofensivo, aunque ceremonioso. Acto seguido entró en la casa silbando.

## 57. EN EL QUE EL CLUB PICKWICK SE DISUELVE FINALMENTE Y EL RELATO LLEGA A BUEN FIN, PARA SATISFACCIÓN DE TODOS

Durante la semana que siguió a la feliz llegada de Mr. Winkle, de Birmingham, Mr. Pickwick y Sam Weller ausentáronse del hotel todos los días, sin regresar a él más que a las horas de comer, y mostraban en su semblante un aire de misterio y de importancia ajeno por completo a sus caracteres. Era evidente que se preparaban grave y memorables acontecimientos; mas todos perdíanse en conjeturas acerca de la causa de tan raro proceder. Algunos, entre los cuales se contaba Mr. Tupman, inclinábanse a sospechar que Mr. Pickwick acariciaba un proyecto de matrimonio, pero las señoras rechazaban enérgicamente esta hipótesis. Creían otros que tal vez preparase alguna expedición lejana, para la que hacía los aprestos preliminares. Pero también esto había sido rotundamente

desmentido por el mismo Sam, quien, acosado a preguntas por María, aseguró firmemente que no se trataba de emprender nuevos viajes. Al fin, cuando los cerebros de todos hubiéronse atormentado con ociosas figuraciones durante seis días completos, decidióse por unanimidad invitar a Mr. Pickwick a que explicara su conducta y declarase de un modo terminante los motivos que así le retraían de la sociedad de unos amigos que tanto le admiraban.

Con este propósito, Mr. Wardle invitó a todo el círculo a comer en el Adelphi Hotel, y cuando las botellas hubieron dado dos veces la vuelta a la mesa planteó la cuestión en estos términos:

—Estamos todos impacientes —dijo el anciano señor— por saber en qué habremos podido ofenderle para que nos abandone así, consagrando su tiempo a esos solitarios paseos.

—¿Sí? ¡Qué cosa más singular! —respondió Mr. Pickwick—. Precisamente tenía yo la intención de darles hoy mismo una completa expli-

cación. Así, pues, si queréis servirme otro vaso de vino quedará satisfecha vuestra curiosidad.

Las botellas pasaron de mano en mano con ligereza desacostumbrada, y Mr. Pickwick, mirando con alegre sonrisa a sus numerosos amigos, continuó:

—Todos los cambios que han sobrevenido entre nosotros, quiero decir el matrimonio que se ha efectuado y el que debe efectuarse, con los trastornos que acarrean, han hecho necesario que piense seriamente, antes que nada, en mis planes para el porvenir. He determinado retirarme a los alrededores de Londres, a un lugar bonito y tranquilo. He visto una casa que exactamente responde a mi deseo; la he comprado y amoblado. Está completamente dispuesta para recibirme, y cuento instalarme en ella en seguida, esperando que aún pueda vivir para pasar muchos años felices en este apacible retiro, alegrado durante el resto de mis días por la sociedad de mis amigos y seguido a mi muerte de sus tiernos recuerdos.

Aquí Mr. Pickwick se detuvo, dejándose oír alrededor de la mesa un leve murmullo.

—La casa que he comprado —prosiguió Mr. Pickwick— está en Dulwich y situada en uno de los parajes más agradables de los arrabales de Londres; tiene un gran jardín, está arreglada muy confortablemente y tal vez no le falte elegancia; pero sobre esto ya juzgaréis vosotros. Sam me acompañará allí. He tomado, siguiendo la recomendación de Perker, un ama de llaves, una anciana señora, y los criados que ella ha estimado necesarios. Me propongo consagrar ese pequeño retiro con una ceremonia que tengo mucho interés en que allí se celebre. Deseo, si mi amigo Wardle no se opone, que la boda de su hija se efectúe en esta nueva morada el día en que yo tome posesión de ella. La felicidad de los jóvenes —prosiguió Mr. Pickwick, un poco emocionado— ha sido siempre el placer más grande de mi vida; mi corazón se regocijará cuando sea testigo, bajo mi propio techo, de la felicidad de mis más caros amigos.

Mr. Pickwick se detuvo en este punto; se percibían los sollozos de Arabella y Emilia.

—Me he puesto en comunicación verbal y por escrito con el Club —prosiguió Mr. Pickwick—, dándole a conocer mi propósito. Durante nuestra larga ausencia se han producido en él disensiones internas, y mi retirada, unida a otras diversas circunstancias, ha ocasionado su disolución. El Club Pickwick ya no existe. Por muy frívolo que mi afán de novedades haya podido parecer a ciertas gentes —continuó Mr. Pickwick con voz más grave—, jamás sentiré haber dedicado cerca de dos años a estudiar las diferentes variedades y matices del carácter humano. Dedicado casi toda mi vida a los negocios y a la persecución de la fortuna, han surgido ante mí numerosas escenas, de las que no tenía idea alguna, que espero hayan desarrollado mi inteligencia y perfeccionado mi espíritu. Si poco bien he podido hacer, confío que haya sido menor el daño por mí ocasionado. Tengo, pues, la esperanza de que, al

declinar mi vida, todas mis aventuras no serán otra cosa que un manantial de recuerdos consoladores y agradables. ¡Dios os bendiga a todos!

Al terminar estas palabras, Mr. Pickwick llenó y bebió una copa con mano temblorosa. Sus ojos se humedecieron cuando sus amigos, levantándose simultáneamente, brindaron por él desde el fondo de sus corazones.

Pocas cosas había que arreglar para llevar a cabo el matrimonio de Mr. Snodgrass. Como no tenía padres y fuera en su menor edad pupilo de Mr. Pickwick, éste conocía perfectamente el estado de su fortuna. Las cuentas que rindió a Mr. Wardle le satisficieron completamente; bien es verdad que cualquier cuenta hubiérale satisfecho de igual manera, pues el buen anciano rebosaba de bondad y alegría. Habiendo otorgado a Emilia una buena dote, quedó fijada la fecha del casamiento para dentro de cuatro días. La premura con que hubieron de llevarse a cabo todos los preparativos hizo perder la cabeza a tres modistas y a un sastre.

Al día siguiente Mr. Wardle hizo enganchar caballos de posta a su carruaje y partió para Dingley Dell en busca de su madre, para traerla a la ciudad. Se desvaneció al pronto la vieja; mas, recobrándose en seguida, ordenó empaquetar al instante su vestido de brocado y se puso a contar algunas circunstancias semejantes sobrevenidas en el matrimonio de la hija mayor de la difunta lady Tollinglower, cuyo relato duró tres horas y se quedó a la mitad. Precisaba informar a la señora Trundle de los preparativos extraordinarios que se estaban haciendo en Londres; y como su estado de salud era a la sazón bastante delicado, fue comunicada la noticia por Mr. Trundle de modo que no le causara una gran impresión. Mas no le afectó demasiado, pues acto seguido escribió a Muggleton para encargarse de un nuevo sombrero y un vestido de raso negro, y declaró además su propósito de asistir a la ceremonia. Al oír esto Mr. Trundle envió inmediatamente por el doctor, quien dictaminó que la señora Trundle

debía de saber mejor que nadie cómo se encontraba; a esto la señora Trundle contestó diciendo que se sentía con fuerza bastante para ir a Londres, y que estaba decidida a ir. Ahora bien, el doctor, que era un hábil y prudente doctor y que sabía tanto lo que a él le convenía como lo que convenía a los demás, fue de opinión de que si la señora Trundle se quedaba en casa, habría de perjudicarle la contrariedad más que el viaje a la ciudad, y que, por tanto, era preferible dejarla marchar. Partió la dama, en consecuencia, y el doctor tuvo la atención de enviarle una docena de medicamentos para que los fuese tomando por el camino.

Además de todos estos pormenores, Mr. Wardle había sido encargado de escribir dos misivas para dos señoritas que debían figurar en la ceremonia como damas de honor, las cuales, al saber esta importante noticia, se desesperaron, por no estar «a la moda» sus vestidos en ocasión tan señalada y no haber tiempo para encargarse otros, circunstancia que parecía

agradar más que otra cosa a los dignos papás de ambas señoritas.

Modificáronse, sin embargo, los anticuados vestidos; confeccionáronse precipitadamente nuevos sombreros, y las dos señoritas mostráronse tan lindas como fuera de esperar. Como, por otra parte, lloraron el día de la ceremonia cuando las circunstancias lo pidieron y se conmovieron oportunamente, granjeáronse la admiración de todos los convidados.

Es cosa que no podríamos decir cómo se las arreglaron para llegar a Londres los dos parientes pobres; si fueron a pie o montados en la trasera de los carruajes; si apelaron a las carretas o si mutuamente se llevaron a cuestas por turno. Lo cierto es que aún llegaron antes que Mr. Wardle y que fueron los primeros en llamar a la puerta de Mr. Pickwick el día de la boda, de punta en blanco y con risueños semblantes.

Fueron recibidos cordialmente, pues la pobreza y la riqueza merecían de Mr. Pickwick

idéntica acogida. Los nuevos criados eran todo celo y prontitud; Sam se hallaba en un estado indescriptible de buen humor y exaltación y María estaba deslumbradora de belleza y de lindas cintas. El novio, que residía en casa de Mr. Pickwick desde dos o tres días antes, salió galantemente para reunirse con la novia en la iglesia de Dulwich, acompañado por Mr. Pickwick, Ben Allen, Sawyer y Mr. Tupman. Sam iba en el exterior del carruaje, llevando en el ojal un clavel blanco, regalo de su prometida, y vestido con una nueva y flamante librea, inventada expresamente para la ocasión. Esta alegre comitiva se unió a los Wardle y a los Winkle, a la novia y a las damas de honor y a los Trundle, y acabada la ceremonia rodaron todos los carruajes, de vuelta en demanda del almuerzo, hacia la casa de Mr. Pickwick, donde ya les esperaba el pequeño Perker.

Allí se desvanecieron las ligeras nubes de melancolía acumuladas por la solemnidad de la ceremonia. Todos los rostros brillaban con la

más pura alegría y no se oían más que pláceres y felicitaciones. ¡Era tan bello todo!

Por delante, el césped; el jardín, detrás; el diminuto invernadero, el comedor, la sala, las alcobas, el salón de fumar y, sobre todo, el gabinete de trabajo, con sus cuadros, sus butacas, sus vitrinas llenas de curiosidades, sus extravagantes mesas, sus innumerables libros y sus alegres ventanas abiertas sobre un lindo prado y descubriendo un bello paisaje, moteado aquí y allá de pequeñas casas medio ocultas entre los árboles; en fin, las cortinas y las alfombras, las sillas y los sofás, todo era tan hermoso, tan sólido, tan limpio y de un gusto tan exquisito, al decir de todos, que realmente no era posible decidir entre tantas cosas cuál debiera admirarse más.

En medio de todo esto veíase de pie a Mr. Pickwick con su fisonomía iluminada de sonrisas, las cuales no hubiera podido resistir ningún corazón de hombre, mujer o niño. Parecía el más feliz de todos; estrechaba una y otra vez

las manos de las mismas personas, y cuando no estaban las suyas ocupadas de esta suerte, se las frotaba con placer, volviéndose en todas direcciones a cada nuevo gesto de admiración o curiosidad y encantando a todo el mundo con su aire bondadoso y alegre.

Se anuncia el almuerzo. Mr. Pickwick conduce hasta la cabecera de una larga mesa a la vieja señora —tan locuaz como de ordinario sobre el asunto de lady Tollinglower—; Wardle se coloca en el frente opuesto; los amigos se van distribuyendo a su albedrío por una y otra bandas, y Sam ocupa su sitio detrás de la silla de su amo. Acalláronse risas y dicharachos.

Dada la bendición, Mr. Pickwick se detiene un momento, mira a su alrededor, y al hacerlo deslízanse por sus mejillas unas lágrimas que denotan la plenitud de su júbilo.

Despidámonos de nuestro viejo amigo en uno de esos momentos de pura felicidad, que, buscándolos bien, siempre habremos de hallar para que vengan a alegrar nuestro vivir transi-

torio. Cruzan la tierra sombras espesas, mas también sirven, por contraste, para reforzar sus claridades. Ciertos hombres, al igual de los búhos y murciélagos, ven mejor en las tinieblas que a la luz; nosotros, que no disponemos de ese poder visual, nos complacemos en detener nuestra postrer mirada sobre los compañeros imaginarios de muchas horas de soledad en un momento en que el fugaz destello del mundo les ilumina de lleno.

Es fatal para la mayoría de los hombres que viven en el mundo, y aun de aquellos que no rebasan la primavera de su vida, crearse amigos sinceros y perderlos en el curso normal de la existencia. Es el destino de todos los autores y cronistas crearse amigos fantásticos y perderlos en el curso del arte. Pero no es esto todo su infortunio, sino que además están obligados a dar de ellos cumplida noticia. Cumpliendo esta costumbre, mala indudablemente, añadiremos aquí una sucinta nota biográfica acerca de la

sociedad congregada en casa de Mr. Pickwick. Los esposos Winkle, vueltos por completo a la gracia de Mr. Winkle padre, instaláronse poco después en una casa construida de nueva planta a menos de una milla de la de Mr. Pickwick. Actuando Mr. Winkle como corresponsal de su padre en la ciudad, cambió su antiguo indumento por el traje habitual de los ingleses, y en lo sucesivo conservó el aspecto de un cristiano civilizado.

Mr. Snodgrass y su mujer se establecieron en Dingley Dell, donde compraron y cultivaron una pequeña granja, que les daba más entretenimiento que provecho. A Mr. Snodgrass, que aún se mostraba a veces distraído y melancólico, repútasele hoy por un gran poeta entre sus amigos y conocidos, aunque no sabemos que haya escrito nada que venga a fomentar esta fama. Muchos personajes célebres existen en la literatura, en la filosofía y en otras varias artes que gozan de una alta reputación de semejante manera.

Cuando Mr. Pickwick estuvo instalado y sus amigos se hubieron casado, Mr. Tupman se domicilió en Richmond, donde reside desde entonces. Durante los meses de verano se pasea constantemente por la terraza con aire ostentoso y jovial, gracias al cual se ha atraído la admiración de las numerosas solteras de la vecindad. No ha vuelto a hacer proposiciones de matrimonio.

Mr. Bob Sawyer y Mr. Ben Allen, después de haber quebrado, pasaron juntos a Bengala como cirujanos de la Compañía de Indias. Después de pasar ambos la fiebre amarilla hasta catorce veces, han resuelto ensayar un poco de abstinencia, y gozan desde entonces de buena salud.

La señora Bardell alquila sus habitaciones a varios caballeros solteros y comunicativos con excelente provecho; pero no entabla más procesos por violación de promesa de matrimonio. Sus procuradores, Mr. Dodson y Mr. Fogg, siguen todavía con sus negocios, en los que reali-

zan ganancias pingües, considerándose como los más astutos entre los de su oficio.

Sam Weller, fiel a su palabra, permaneció dos años sin casarse; pero al cabo de este tiempo, muerta la vieja ama de llaves de Mr. Pickwick, fue promovida María a esta dignidad por su amo, con la condición de casarse con Sam, lo que fue aceptado sin chistar. Tenemos motivos para suponer no haber sido estéril la unión, pues se ha visto repetidas veces a dos rollizos bebés en la puerta falsa del jardín.

Mr. Weller padre guió el carruaje durante un año; pero, atacado de la gota, viose obligado a retirarse. El contenido de su cartera había sido tan acertadamente invertido por Mr. Pickwick, que pudo vivir con toda independencia en una excelente posada de las cercanías de Shooter's Hill, donde se le reverencia como a un oráculo; ufánase grandemente de su intimidad con Mr. Pickwick y perdura en su aversión desenfrenada hacia las viudas.

Mr. Pickwick continúa viviendo en su nueva casa y emplea sus ratos de ocio, ya en poner en orden las memorias que regaló después al secretario del un tiempo famoso Club, ya oyendo leer en alta voz a Sam Weller, cuyos agudos comentarios nunca dejan de divertirle. Al principio molestáronle un tanto los numerosos ruegos que le hicieran Mr. Snodgrass, Mr. Winkle y Mr. Trundle para que apadrinara a sus vástagos; pero se ha habituado ya y llena sus funciones con la mayor naturalidad del mundo. No ha tenido ocasión de lamentar haber colmado de bondades a Jingle, pues tanto éste como Job Trotter han llegado a ser con el tiempo dos respetables miembros de la sociedad, aunque siempre han rehusado firmemente volver al escenario de sus antiguas tentaciones y querencias. Mr. Pickwick se encuentra ya algo caduco; pero conserva su habitual jovialidad de espíritu y puede vérsese frecuentemente contemplando los cuadros de la galería Dulwich o paseando en los días buenos por aquella grata vecindad.

Conócenle todas las pobres gentes de los alrededores, quienes no dejan nunca de descubrirse respetuosamente cuando pasa. Los niños le idolatran, como le adoran los vecinos todos. Asiste todos los años a una gran fiesta familiar en casa de Mr. Wardle, y tanto en esta ocasión como en las demás, acompáñale su fiel Sam, pues existe entre amo y criado un afecto entrañable y recíproco, que sólo habrá de extinguirse con la muerte.